

LA GEOGRAFÍA DE TU RECUERDO



El pasado se esconde tras cada puerta cerrada



LAIA SOLER (Lleida, 1991) es licenciada en Periodismo por la UAB y se ha especializado en literatura con los másteres en Edición y en Creación literaria de la UPF-BSM. De este último nació *La geografía de tu recuerdo*, su quinta novela. También es autora de *Los días que nos separan* (ganadora del Premio Literario “la Caixa”/Plataforma de novela juvenil en 2013), *Heima es hogar en islandés* (Plataforma Neo, 2015), la serie *Valira* (Puck, 2016), y la serie infantil *Hoy seremos* (La Galera, 2019).

«Reformar la casa. Venderla. Marcharme.»

Ciara ha regresado al pueblo donde creció con un claro objetivo: quiere reformar la casa que su madre le dejó en herencia y usar el dinero que gane vendiéndola para empezar de cero en cualquier otro lugar, lejos de ese pueblecito del sur de Irlanda lleno de rumores, donde todos la critican a sus espaldas. Sabe lo que dicen: «mala hija, abandonó a su madre».

Sin embargo, Ciara no logra escapar de las voces del pasado que resurgen con cada plato que tira, cada mueble que desmonta y cada pared que pinta. Cada recuerdo, cada secreto distorsiona más lo que creía saber de su familia, y convierten su pasado en algo desconocido.

¿Y si no conocía de verdad a su madre? ¿Y si solo supo ver a la triste, arrugada y frágil Edna?

Cuando le abres las puertas al pasado, corres el riesgo de no poder volver a cerrarlas.

Un texto profundamente poético sobre la familia y el sentimiento de pérdida.

«Laia Soler en tres palabras: magia, sensibilidad y emoción.» Alice Kellen, autora

La geografía de tu recuerdo

La geografía de tu recuerdo

Laia Soler



Primera edición: marzo de 2020
Primera edición digital: marzo de 2020

Diseño de cubierta: Ariadna Oliver
Producción del ebook: booqlab.com

© 2019 Laia Soler (texto)
Derechos negociados a través de Ute Körner Literary Agent
© 2020 Catedral (por esta edición)

ISBN EPUB: 978-84-180-5912-4

Cualquier tipo de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra queda rigurosamente prohibida y estará sometida a las sanciones establecidas por la ley. El editor faculta al CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) para que autorice la fotocopia o el escaneo de algún fragmento a las personas que estén interesadas en ello.

A mi hermana Laura. *For good.*

«Una madre no es más que una hija que juega.»

Los días del abandono, Elena Ferrante

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33

Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Agradecimientos

Podría quemarlo todo.

Una vela bastaría para convertir este montón de basura en una pira funeraria. Oigo el crepitar de mis peluches, veo sus ojos derritiéndose como mantequilla, los papeles ardiendo, el humo pegándose al techo y a las paredes.

Podría hacerlo. Lo único que me detiene es que no hay agua corriente, y no estoy tan loca como para incendiar la casa entera. Imagino el anuncio: «Se vende agradable casa familiar a reformar a dos kilómetros de Kilkerry. Dos plantas. Cocina, cuatro habitaciones, dos baños. Garaje anexo. Calcinada. Con vistas al campo. Interesados llamar a...».

La luz de las velas se derrama por las paredes, desnudas por primera vez desde que tengo memoria, y trastabilla por la montaña de basura creando un tétrico juego de luces y sombras. Mi viejo colchón gime al dejarme caer sobre él.

Ropa, pósteres, cuadros, diarios, zapatos, peluches, apuntes, libros, discos. Todas mis cosas están ahí. Podría quemarlo todo porque no necesito nada de lo que dejé en esta casa.

Barcelona, eso es lo que necesito. *Mi* Barcelona, la que me acogió hace tres años; mi ciudad, mis dos trabajos, mi diminuta habitación en un barrio demasiado turístico y mis compañeros de piso, todos de un país diferente.

Ese lugar desapareció hace dieciocho días; el primer viernes de enero salí de casa con dos trabajos y volví con dos cartas de despido.

Ni siquiera me molesté en escuchar las razones de Paula. Desconecté a su tercer «la publicidad está muy mal, Ciara, muy mal»; firmé donde había que firmar y dije que sí, que yo también prefería que ese fuera mi último día. Mientras recogía mis cosas, Carla se acercó a mi mesa para compartir el rumor del día: Paula y Daniel peleándose por mí. Él quería despedirme en diciembre; a ella le horrorizaba la idea de mandarme al paro antes de Navidad.

Me fui con mis cosas y el consuelo de las noches en el Molly Malone's. Aparecí en el pub dos horas antes de lo habitual, así que aproveché para calentar la voz con cerveza y la historia de cómo los cabrones de mis jefes me habían sustituido por dos becarios.

Si hubiera sabido que Jorge ni siquiera esperaría a que guardara a Helvética en su funda para pedirme que habláramos en el almacén, habría bebido mucho más.

—Sabes que estamos contentos contigo, ¿verdad?

—Me voy. —No necesitaba escucharle para saber qué venía a continuación.

Él se puso delante de la puerta.

—Espera. La decisión ya estaba tomada. Quería decírtelo el domingo, pero visto lo visto, creo que mejor hoy, mejor todas las noticias de golpe, ¿no? Las malas noticias de golpe y así es más

fácil... Sí, ¿verdad? Tú sabes que aquí te apreciamos mucho y que estamos contentos contigo, lo sabes. Pero ya llevas aquí mucho tiempo y a veces es bueno cambiar. Los cambios son buenos. Para todos: para ti, para nosotros, para todos. Y no es fácil, a veces uno tiene que tomar decisiones que...

Lo siguiente con sentido que escuché fue la mejor excusa de despido que podía esperar: «Quiero algo más irlandés».

Algo más irlandés, dijo el muy imbécil.

Él, Jorge Díaz, me estaba diciendo que yo, Ciara Ó Rinn, no era lo suficientemente irlandesa para un pub que se creía que estaba en Temple Bar por llamarse Molly Malone's y servir Guinness y tener algunos cuadros con castillos en ruinas colgados en las paredes.

No le rompí a *Helvética* en la cabeza por respeto a mi guitarra. No merece ese final.

Cuando un par de días después me tragué mi orgullo y volví al Molly Malone's para hacer cambiar de opinión a Jorge, entendí a qué se refería con algo «más irlandés». Irlandés, en masculino. Esa noche, tras la barra estaban las tres camareras de siempre, y tras el micrófono, donde había estado yo de miércoles a domingo durante los últimos dos años y medio, había un chico rubio de metro noventa con ojos azules, brazos como troncos y sonrisa de idiota.

Esa misma madrugada, tirada en el sofá de casa en completa oscuridad, comprendí, con una certeza abrumadora, que Barcelona estaba rompiendo conmigo.

Unas horas después, compré un billete de ida a Cork y llamé a Ailís para anunciarle que volvía al pueblo.

Su forma de darme la bienvenida ha sido dejar unas velas en el recibidor junto a una nota: «Aún no hay agua ni luz». Es coherente, una mujer de palabra. Durante estos últimos años, ha hecho lo posible por cumplir lo que me dijo la última vez que nos vimos: «Si no puedes comportarte como familia, yo no te trataré como si lo fueras». Desde entonces no me ha llamado ni una sola vez. Siempre ha respondido a mis llamadas, eso sí, porque si algo aprendió de Edna es a ser una mujer educada.

Dime, Ciara.

Hola a ti también, Ailís.

Hola.

¿Cómo está Aidan?

Bien.

¿Y Connor?

Bien también.

¿Ya habla?

Tiene seis meses.

¿Pero habla?

No, Ciara, no habla.

¿Algún comprador para la casa?

No.

¿Ningún interesado?

Una pareja. Dijeron que olía raro y que llamarían.

¿Y llamaron?

No.

Cuando le dije que volvía a Kilkerry no me dedicó más de cinco minutos, así que no debería sorprenderme que esta tarde no haya venido a recibirme. Y eso que mi vuelta es todo un acontecimiento.

Un milagro, habría dicho Edna.

Si estuviera aquí, le aclararía que no es un milagro. ¿Dos despidos en un día? Mensaje recibido. Es lo mejor que podría haberme pasado, en realidad. Hace demasiado tiempo que estoy posponiendo este viaje.

Sé agradecida.

Edna vuelve a colarse entre mis pensamientos.

El plan de Dios, diría. Da las gracias a Nuestro Señor.

Debería dar las gracias. Por Barcelona, por mis despidos, por esta casa, por esa montaña de basura y por esta noche y esta cama y este colchón que no deja de gruñir.

Debería dar las gracias, sí. Hay que mirar el lado bueno de las cosas.

Eso diría Edna, con las manos en las caderas, sus perlas brillando sobre un vestido estampado y una sonrisa dividiéndole la cara, y la gente asentiría a su alrededor, porque Edna siempre conseguía que le dieran la razón, aunque estuviera diciendo la mayor estupidez del mundo.

Yo no soy ella, así que le hago una peineta a Dios, al universo o a quien quiera o lo que sea que esté observando, si es que hay algo o alguien, y apago las velas para que la noche caiga también en la habitación.

La última llama se apaga y los fantasmas que cubrían las paredes corren hasta tus párpados. Te remueves en la cama, como hacías cuando de pequeña las pesadillas te atrapaban los pies. No puedo moverme, murmurabas en sueños. No puedo moverme, no puedo moverme, no puedo moverme. Lo repetías hasta que alguien te oía y corría hasta tu cuarto, y solo entonces, cuando te despertábamos y veías que estabas en tu habitación, a salvo de los peligros de tus sueños, tu respiración se calmaba.

Esas pesadillas que te atrapaban los pies desaparecieron hace muchos años. Lo que te ha atrapado esta noche es peor, porque impregna cada rincón de esta casa. Oscuridad y silencio, los compañeros que nunca quisiste y que siempre te han sido fieles entre estas paredes. Son ellos quienes empapan tu edredón y hacen que te ahogues y te revuelvas en la cama como si yacieras en un lecho de brasas. Ellos te arrancan palabras desterradas y las dejan caer entre tus sueños para que las escuches ahora y las recuerdes cuando despiertes. Y tú gritas con los labios apretados, pero ya no llamas a nadie como cuando eras pequeña y las pesadillas te atrapaban los pies. Dices que no necesitas a nadie y por eso nadie puede ayudarte.

Yo siento y te observo y me resigno a ser silencio.

—Vaya cara.

Dos palabras, una por cada año sin vernos, infladas con desdén.

Ailís cierra la puerta del coche con un golpe seco. Lleva el pelo recogido en un moño desgarrado que contrasta con su ropa: una blusa blanca perfectamente planchada y unos vaqueros ajustados. Parece una camarera del Molly Malone's.

Atraviesa el jardín sin tratar de disimular el disgusto que siente al verlo tan abandonado. Estoy segura de que aun ahora, con todas las malas hierbas y la basura que hay, es capaz de ver esa alfombra verde milimétricamente recortada, las rosas blancas junto a la verja y las campánulas que en verano hacían estornudar a Edna y de las que, pese a ello, jamás sopesó deshacerse. Le encantaba llegar a casa y meter la llave en la cerradura flanqueada por el color y el aroma de aquellas dos plantas enormes. Un hogar con plantas es un hogar feliz, decía.

Dos macetas de granito, tan sólidas como bastas, eso es todo cuanto queda de las campánulas.

—Mírate —le digo a Ailís, tan educada que pese a que la puerta está abierta, no va a pasar antes que yo. La observo de arriba abajo, con las manos encajadas en la cintura—. Cuánto has crecido.

—Tengo treinta años, Ciara. Hace mucho que dejé de crecer.

Las manos me resbalan y los dedos se me cierran en dos puños que escondo a mi espalda.

—Es lo que decía Edna.

Daba igual que hiciera un mes que no nos hubiera visto o que solo hubiéramos pasado una noche fuera. Al volver a casa siempre estábamos más cerca de ser unas «mujercitas», como decía ella. Y luego, cuando crecimos, más cerca de ser mujeres.

Ailís contrae la cara: entrecierra los ojos, aprieta los labios, arruga la frente.

—Sé perfectamente lo que decía mamá.

Esas palabras, un susurro cortante, es solo una pequeña parte de lo que me está diciendo. Siempre se le ha dado mejor hablar sin pronunciar palabra. Con la línea recta de los labios me echa en cara que a los dieciocho me fuera de Kilkerry; con los brazos cruzados y los dedos agarrándose a la tela de su blusa me está diciendo que con volver cuando terminé la universidad no fue suficiente, y con su mirada impenetrable me recuerda la promesa que me hizo cuando juré que no iba a regresar.

Inspiro profundamente. Las comisuras de los labios me duelen al sonreír.

—¿Dónde está Connor?

—En casa, con Aidan.

—¿Puedo pasarme más tarde? Me gustaría verlo.

Siento como los segundos se cristalizan entre nosotras.

—Los domingos comemos con la familia de Aidan. —Ailís me mira sin parpadear y yo no tengo ni idea de lo que le pasa por la cabeza—. Puedes pasarte más tarde. A las seis.

Sus palabras golpean el suelo.

—A las seis, de acuerdo —digo, y para no darle una oportunidad al silencio, al instante añado—: Te veo bien, Ailís.

—Tú estás...—dice ella. Tiene la amabilidad de dejar suspendida la frase para que yo misma pueda terminarla. No es que cueste mucho saber lo que está pensando.

Lo entiendo. La última vez que nos vimos, yo era una versión cuatro años más joven de ella, con algunos centímetros menos, pero con el mismo pelo castaño, largo y ondulado. Ahora apenas me roza los hombros, es negro como el carbón, con una gruesa mecha de color azul oscuro a modo de flequillo de lado. Lo único que podría delatar que somos hermanas son las mejillas, redondeadas y prominentes, y el marrón oscuro, casi negro, de los ojos.

—Y veo que no te has quitado esa cosa aún —añade, señalando el aro de mi nariz.

—Aún no. —Ni nunca. La sonrisa cada vez se me resiste más—. ¿Quieres ser mi estilista mientras esté aquí, como cuando éramos pequeñas?

Si he conseguido que recuerde las tardes que pasamos de crías dentro de esta casa robándole la ropa a Edna para jugar a los desfiles de modelos, lo disimula a la perfección, porque no mueve ni un músculo. No sé cuánto tiempo pasa antes de que decida que es hora de hacer lo que ha venido a hacer. Señala la casa con un movimiento de cabeza.

—¿Vamos?

Su cortesía, como había previsto, se esfuma en cuanto da tres pasos dentro de la casa.

—¿Aún no has deshecho las maletas? —pregunta cuando cierro la puerta.

—Estaba muy cansada. ¿Sabes cuándo darán de alta el agua y la luz?

—Hoy, mañana. Pronto. —Ailís sigue con los ojos clavados en mis dos maletas y la funda de Helvética. Cuesta creer que mi vida quepa en esos tres bultos—. ¿Sigues tocando?

No sé si lo pregunta porque le molesta el silencio o porque se ha esforzado tanto en olvidar que existo que ha olvidado quién soy.

—En Barcelona tocaba en un pub, ¿te acuerdas?

—Ah, sí. —Tuerce los labios—. ¿Empezamos?

Odio esta casa. La odio con toda mi alma, la odio como odian los gatos el agua o la gente normal la tarde de los domingos, o como odio yo a la gente con ojos azules. La odio porque ni siquiera la luz del día es capaz de darle algo de vida y porque habría que estar loco para vivir aquí. Esta casa es deprimente. No me extraña que Ailís no haya podido venderla. Cada habitación en la que entramos me quita un poco más las ganas de vivir.

Hay que deshacerse de todo, dice Ailís. De todo. Puedes tirar la vajilla y los cuadros y los cacharros inútiles. Si tienes dudas, déjalo en un rincón y ya pasaré a mirarlo cuando pueda. Yo ya me llevé lo importante, las fotografías y las joyas y todo eso. Creo que no me dejé nada, pero si ves algo que deberíamos guardar, déjalo en un rincón. Ya lo miraremos. Lo demás, títalo. Necesitarás muchas bolsas de basura. Y quizás algún cubo de esos grandes. ¿Te acuerdas de

dónde está la ferretería? Sí, donde siempre; no lo digas con ese tono, Ciara. Da igual. No compres ningún cubo. Si fuera tú, dejaría todas las bolsas en el garaje y cuando termines, vengo un día con el coche y te ayudo a llevarlas a los contenedores. Hay que arreglar la cocina y los baños. Si quieres, claro. Tu casa, tu dinero. Tú mandas. Si decides reformarlos, te pasaré algunos números. Pintar y esas cosas puedes hacerlas tú, si quieres ahorrar. Te llevará más tiempo, ya lo sé. No te vas a morir por estar aquí un par de meses, ¿sabes? Déjalo, no quiero discutir. Si necesitas pintura, puedes ir a la ferretería. ¿Los colores? Tú eres la de publicidad, tú sabrás. Lo que le vaya a gustar a la gente. ¿Qué pasa con los muebles? No lo sé, haz lo que quieras con ellos. Tira los que creas que están demasiado viejos o restáuralos o compra muebles nuevos o déjalo todo vacío. No quiero saber nada de eso. Haz lo que quieras. Tu casa, tu dinero.

Haz lo que quieras, dice.

Mi casa, mi dinero.

Yo camino detrás de ella, entrando y saliendo de las habitaciones sin tocar nada, intentando olvidar que estos son mis pasillos, mi cocina, mi despensa, mis cuartos de baño, mis dormitorios, mi salón. Siento que la energía me abandona un poco más con cada puerta que abrimos. Hice bien en ir directamente a mi antiguo cuarto ayer. No habría podido descansar después de ver lo que me espera. Hay cosas por todas partes y nada donde debería estar. Esto es un desastre. La casa es un desastre. No sé ni por dónde empezar. ¿Dónde están esos programas de remodelación de casas de la tele cuando uno los necesita? ¿A quién hay que llamar?

Tengo que respirar y calmarme. Solo he de organizarme. El orden es la clave. Solo tengo que hacer una lista de tareas pendientes, como hacía en la agencia, e ir avanzando, de una en una, sin pausa pero sin prisa. Lo primero es hacer con todas las habitaciones de la casa lo que hice con mi cuarto: deshacerme de toda la porquería que acumuló Edna cuando vivía sola. Descolgar cuadros, revisar cajones y armarios. Llenar bolsas con todo lo que ya no sirva. Tirarlo todo a la basura. Pintar las paredes. Cambiar todas las lámparas de techo. O dejar las que están. Decidir. Desmontar todos los muebles, deshacerme de ellos, también de los electrodomésticos. Reformar la cocina, reformar los dos baños, quizás cambiar la puerta del jardín, hablar con alguien que me diga cuánto necesito para traer la cocina a este siglo y después comparar presupuestos, calcular lo que puedo gastar sin arruinarme, cuadrar gastos e ingresos, aunque antes debería hablar con alguna inmobiliaria para que tase la casa y me diga cuánto puedo conseguir por ella si la reformo, y pintar los marcos de las ventanas y la puerta principal y arreglar el jardín y tal vez el muro de delante y la valla de la parte de atrás y hablar con la inmobiliaria y conseguir un comprador y dividir los beneficios con Ailís y... marcharme de Kilkerry.

¿Por qué Ailís me está mirando con los ojos tan abiertos? ¿Puede oír mi corazón rebotando contra mis costillas? ¿Lo oye?

—Pero ¿qué has hecho? —murmura, señalando mi habitación desde el umbral de la puerta con dedo acusador. La luz del día rebota contra el amarillo apagado de las paredes y descubre las marcas de polvo que todas mis cosas, aún amontonadas en el suelo, han dejado sobre los muebles. La cama está deshecha y las velas, consumidas—: ¿Cuándo llegaste? ¿Por qué está todo tirado en el suelo? ¿Es que...?

No sé si su voz se pierde cuando entra en mi cuarto o si soy yo quien deja de escuchar. La oigo

hablar al otro lado de la pared. No sé qué dice. Estoy ocupada intentando calmar el solo de batería de mi pecho.

Hacer una lista, ir punto por punto y marcharme de Kilkerry para siempre. Tengo tiempo. Tengo tiempo y eso es lo que importa. Arreglaré la casa y la venderé y me iré.

Pasa un minuto, tal vez diez, antes de que Ailís se asome al pasillo. Qué has hecho, pregunta otra vez.

—Lo que se supone que tengo que hacer. Tú lo has dicho: tira todo lo que no quieras. Pues eso he hecho.

—Llevas aquí menos de veinticuatro horas.

—Y ya he empezado a trabajar —digo. Un día, una tarea tachada de la lista. Voy bien—. ¿De qué te quejas? Tienes una hermana trabajadora y eficiente.

Ailís entrecierra los ojos. Odio que haga eso.

—¿Dónde has dejado lo que quieres quedarte?

—No quiero quedarme nada. Más tarde iré al pueblo a por algunas cosas que necesito y compraré bolsas de basura, de esas grandes —le digo. Ella ni siquiera pestañea—. ¿Qué pasa? ¿Te estoy haciendo caso! Has dicho que empezara por deshacerme de toda la porquería, y eso hice ayer, y me has dicho que lo meta todo en bolsas, ¡y eso haré! No me mires así.

—¿De verdad vas a tirarlo todo? ¿No vas a guardar absolutamente nada? ¿Ni un libro, ni fotos, ni tus diarios? ¿Nada? ¿Ni siquiera a Tommy? De pequeña no te separabas de él. —Señala el conejo de peluche que corona el montón de porquería. Su pelaje blanco ha absorbido el color apagado de esta casa y sus ojos están tan rayados que lo único en lo que puedo pensar al verlos es en la pantalla del televisor que había en la cocina cuando éramos pequeñas.

Vuelvo a mirar a mi hermana.

—Ailís, llevo fuera tres años. Si no he necesitado nada de esta habitación en este tiempo, ya no voy a necesitarlo.

Su rostro se contrae como un acordeón.

—Me voy.

Había olvidado que tengo este superpoder sobre mi hermana. Consigo ofenderla sin pretenderlo ni darme cuenta. No sé si ella tiene la piel demasiado fina o yo la lengua demasiado larga y el entendimiento demasiado corto.

—Pero ¿qué he dicho?

—Déjalo.

—¡No! ¿Qué pasa? ¿Qué he dicho? ¿Qué he hecho? ¡Ailís, no seas cría! —La persigo por el pasillo, escaleras abajo, por el recibidor.

Cuando se gira, solo tiene dos palabras para mí:

—Me voy.

—¿Quieres decirme qué he dicho para que te pongas así?

Su respuesta es la puerta principal cerrándose a sus espaldas. Me quedo de pie, envuelta por la penumbra de la casa.

Supongo que vuelvo a tener la tarde libre.

3

Habría que ser sordo y ciego y no tener piel para no apreciar Kilkerry. Las calles son silenciosas, no hay atascos, la gente saluda aunque no te conozca y las playas están limpias. Los edificios son bajos, con tejados inclinados como toboganes y fachadas de colores, y las casas de las afueras tienen jardines con columpios para los niños (y los no tan niños). Hay campos verdes y vivos, llenos de vacas algunos, de caballos otros, y también caminos para pasear o correr o ir en bici. A veces, aunque no hoy, las calles y los tejados y las copas de los árboles están cubiertos de nieve. Tiene un lago tan humilde que nadie le ha dado nombre, y un puerto con apenas una veintena de barcas amarradas y un paseo marítimo concurrido a cualquier hora, y tiendas y pubs y restaurantes y Cork a una hora en coche.

El problema es que yo echo de menos el ruido, los atascos, la gente que choca contigo por la calle y no te pide perdón, caminar por todas partes sin miedo a que alguien te reconozca y te detenga para hablar de lo que no les debería importar. Echo de menos el anonimato de Barcelona y Dublín, la vida de las ciudades que apenas duermen. Kilkerry nunca parece despierta del todo.

Es extraño caminar por el pueblo sin que nadie me detenga. Con cada paso que doy hacia la casa de Léan, estoy un poco más convencida de que eso es lo único que ha cambiado. Por lo demás, Kilkerry sigue siendo el de siempre: los mismos colores, las mismas tiendas, el mismo cielo encapotado, las mismas caras. Reconozco algunas. No sé si no me saludan porque fingen no verme o porque no me reconocen. Tampoco me preocupa. Ahora mismo solo puedo pensar en cómo va a reaccionar Léan. No me atreví a llamarla para comunicarle mis planes. Me aterraba su sinceridad. Lo último que necesitaba mientras hacía las maletas era a alguien diciéndome que no voy a poder vender la casa.

No sé cómo reaccionar a la sorpresa que dilata los ojos de Léan cuando me ve al otro lado de la puerta de su casa, ni a los reproches que me pellizcan los oídos ni a la alegría del abrazo con el que me recibe. Le pido perdón por no haberla avisado de mi visita y ella le quita importancia; le interesa más saber qué hago aquí, cuándo llegué, cuánto tiempo voy a quedarme, cómo voy a pagar la reforma de la casa, de qué color voy a pintar las paredes, por qué no denuncio al capullo de Jorge o a los otros imbéciles —no recuerda sus nombres—, qué puede hacer para ayudarme, qué me parece si vamos a tomar algo más tarde, qué haré cuando venda la casa. Pregunta en la puerta de su piso, en su habitación mientras se cambia de ropa, en la ferretería y el supermercado, mientras colocamos la compra en el maletero de su coche y mientras conduce hacia casa.

Solo cierra la boca cuando entra. No habla durante lo que parece una eternidad. Cuando lo hace, su voz es un susurro:

—¿Qué ha pasado?

Está en la puerta del salón, con la mano derecha apoyada en el marco y la cabeza vuelta hacia mí. La luz se adhiere a su silueta, recortándola de un espacio donde no encaja. La casa ya no es la que Léan conocía ni Léan es quien era la última vez que estuvo aquí.

La chica que tengo delante no se parece en nada a la que esta casa debe de recordar. Ahora tiene el pelo tan corto que no le llega a los hombros y tan rojo como las cerezas con las que se decoraba las orejas de pequeña. Léan dejó de venir a casa mucho antes de que yo me fuera de Kilkerry, así que este lugar no la vio cuando empezó a esconderse las pecas con demasiado maquillaje o cuando por fin aprendió a quererlas; no la vio cruzar los brazos sobre el pecho mientras me decía que, si ser mujer era sufrir todos los meses, prefería ser hombre; tampoco cuando decidió romperle el corazón a sus padres metiéndose a enseñar en lugar de a operar a corazón abierto, ni cuando descubrió que para ella el amor no entiende de sexos. No la vio convertirse en la Léan que es ahora.

Del grupo de amigos del instituto, solo ella decidió quedarse en el pueblo. El porqué, no lo entiendo. Se quedó no porque no pudiera marcharse, que es la desgracia de la mayoría de los que se quedan, sino porque ni siquiera se planteó hacerlo.

A veces me sorprende que nuestra amistad haya sobrevivido tanto tiempo. Ella dice que es porque compartimos las dos únicas cosas que importan en realidad: la música y la cerveza. Las tardes en su casa aprendiendo a tocar juntas acorde tras acorde, los días de verano en que cogíamos las bicis y nos íbamos al lago y la risa que nos daba a las dos cuando aparecía alguien por el camino y nosotras, con la cara roja, dejábamos las guitarras sobre la hierba y fingíamos estar hablando de cualquier tontería. Aquella visita de Léan a Barcelona, todas las noches en el Molly Malone's, sus gestos disimulados para reírse de Jorge o de algún turista borracho mientras yo tocaba, la promesa de que algún día conseguiría que me riera en mitad de una actuación.

Ella es la única amistad que conservo en Kilkerry. Los demás se han marchado, como hice yo en cuanto tuve ocasión, o se han convertido en simples nombres y fotografías en redes sociales. Caitlín, Oliver, Annie, Owen. Podría avisarlos de que he vuelto y sé que en cuestión de horas estaríamos tomando algo en cualquier parte, poniéndonos al día como quien oye las últimas noticias, quejándonos de nuestros ritmos de vida para excusarnos por no haber mantenido el contacto cuando la realidad es que no hemos querido hacer el esfuerzo.

Con Léan es diferente. Por mucho tiempo que pase, por mucho que cambiemos, lo que hay entre nosotras no se altera. Pero hoy, ahora mismo, siento como algo tiembla en el espacio que nos separa. Me doy la vuelta para desengancharme de sus ojos y ella debe de entender que no quiero hablar, porque la oigo alejarse, sus pasos demasiado cortos y pausados para lo largas que son sus piernas.

—Qué desorden —bisbisea, minutos más tarde—. ¿Está toda la casa así?

«Desorden». Ha sido benévola. Desastre, catástrofe, cataclismo, hecatombe: esas sí son palabras para describir el salón. La mesa, las sillas y el sofá han sido conquistados por un ejército de libros, diarios, platos, discos, películas, vinilos, cubiertos, figuras, fotografías —algunas en sus marcos, otras no—, más discos, papeles y cajas que no me atrevo a abrir.

—Más o menos —respondo.

—¿Qué ha pasado? Edna era tan... —Léan mueve las manos por encima de la cabeza, como

hace siempre que intenta buscar una palabra que se le atraganta—. ¿Ailís empezó a vaciar armarios y lo dejó a la mitad porque se cansó?

Respondo con la verdad:

—No lo sé.

Léan no insiste.

—Necesitarás ayuda. Y más bolsas de basura. Has comprado pocas. ¿Ailís va a ayudarte? — Arruga los labios—. Perdona, pregunta estúpida. Se le pasará, no te preocupes, y más ahora que estás aquí. Yo puedo venir los fines de semana y alguna tarde después del trabajo —dice, escudriñando cada centímetro de la sala—. ¿Dónde vas a guardar todo esto?

—No voy a guardarlo.

—¿Nada?

—Si hay algo de valor, se lo daré a Ailís.

Léan mueve la cabeza de un lado a otro.

—No entiendo por qué has vuelto.

—Ya te lo he explicado.

—Ya, los dos despidos y eso de querer algo «más irlandés» y lo de que una ciudad estaba rompiendo contigo. Ya me lo has dicho. Lo que no entiendo es por qué has vuelto al pueblo. Podrías haber...

—Tengo que vender la casa.

—Podría hacerlo Ailís.

—Dice que lo ha intentado y que es imposible, que está vieja y es un desastre y la gente no se imagina viviendo aquí. Tenemos que reformarla. Al menos eso le han dicho en todas las inmobiliarias. Sin reforma es casi imposible venderla, y Ailís no se va a encargar, me lo ha dejado muy claro.

—Hay gente que se dedica a estas cosas.

—Gente que cobra un dinero que no tengo. Mis ahorros dan para la cocina, los baños y poco más.

—Sigo sin entender por qué *tienes* que venderla. Podrías haberte quedado en Barcelona y buscar otro trabajo.

—Si vendo la casa, tengo dinero para vivir una buena temporada mientras decido qué hacer. Ahora mismo solo genera gastos.

Léan pone los ojos en blanco.

—Si no la quieres, dámela. Yo mataría por tener una casa en propiedad, sin hipotecas.

También yo. El problema es que mi casa en propiedad está en Kilkerry.

Mi casa.

Así lo decidió Edna, imprevisible hasta la sepultura. Estoy convencida de que Ailís nunca ha entendido por qué me dejó a mí la casa de su familia y a ella solo las joyas, el coche y el poco dinero que le quedaba. Aunque no lo diga, lo ha interpretado siempre como un insulto, pero Ailís no entendía a Edna. A los veintinueve años, mi hermana ya se había graduado con honores en la maravillosa escuela de Eternamente Kilkerreños: tenía contrato indefinido como encargada de una tienda, marido, dos coches, una casa maravillosa con una maravillosa hipoteca a diez años y un

niño en camino. Mientras tanto, yo estaba compartiendo un piso de setenta metros cuadrados con una italiana, una danesa y un portugués —Bruna, Gerda y Filipe; Edna nunca se aprendió sus nombres—, lejos de lo que Edna consideraba mi hogar, sin pareja estable ni ganas de tenerla. No veía que tenía un buen trabajo ni que estaba donde quería. Yo sé muy bien lo que pensaba mientras firmaba esos papeles en los que dejaba escrito que la casa sería mía si vivía en ella y que tendría que dividir los beneficios con Ailís si la alquilaba o la vendía. Voy a darle la casa a Ciara porque la pobre es un barco a la deriva, no como Ailís, ella sí sabe ser adulta y responsable. Eso era lo que pensaba.

—Toda tuya —bromeo—. Te la vendo.

Léan sonríe.

—No te quiero *tanto*.

El sol aún no ha terminado de esconderse cuando entramos en el Flannery's. Reprimo las ganas de sacar el móvil y mandarle una foto del pub a Jorge. No lo entendería, de todos modos; a simple vista, es prácticamente idéntico al Molly Malone's.

El suelo, el techo y los muebles son de madera, las paredes están llenas de cuadros y pósters antiguos, en la barra hay siete tiradores y, detrás, tres estantes llenos de botellas de sidra y licor. Al fondo de la sala, en un rincón, hay un espacio vacío con una pequeña tarima para los músicos y una gran pantalla de televisión colgada de la pared.

El Molly Malone's tenía todo lo que tiene el Flannery's, y aun así, cinco segundos aquí son suficientes para darse cuenta de que son completamente diferentes.

—¡Léan! ¿Con quién vienes hoy, niña?

La voz de Paddy salta por encima de los cuatro clientes que hay en la barra. Ahí es donde lo veo cuando pienso en él, detrás de los tiradores de cerveza, con esa sonrisa que tanto me ha faltado en el Molly Malone's. Ahora tiene más canas, y las arrugas hacen que sus ojos parezcan más claros y más pequeños y su nariz más grande; a su lado hay dos chicos morenos a los que no reconozco. Eso es lo único que ha cambiado en el Flannery's. Eso y que por más que Paddy me mira, no consigue reconocermé. Tampoco los cuatro clientes ni los dos camareros, aunque ellos, apoyados en la barra de espalda a la puerta, no han detenido su conversación.

Cuando Léan grita mi nombre, el gesto de Paddy se contrae unos segundos antes de llevarse las manos a la cabeza.

El Flannery's ha sido mi pub desde mucho antes de tener edad para beber. Veníamos aquí todos los domingos después de misa y también muchos sábados por la tarde, sobre todo en invierno, cuando el frío nos echaba de las calles. Eso es lo que nunca entendió Jorge; lo que él montó en Barcelona era una trampa para turistas. El Flannery's, como todos los locales que Jorge quería imitar, es un lugar donde puedes venir con tus hijos por la tarde y con tu pareja o con tus amigos por la noche. Aquí no hay hamburguesas ni nachos ni pizza. Cerveza, sidra, patatas, salchichas. La oferta es simple, porque aquí la gente sabe lo que quiere: pasarlo bien y beber viendo un partido de fútbol o escuchando música en directo.

El estómago me ronronea al pensar en la salsa secreta de la casa, que hace que sus patatas sean inimitables; esa salsa es el motivo por el que siempre le he sido fiel a este pub. La salsa y

Paddy, que antes de que me dé cuenta, me está estrujando entre sus brazos.

—¿Qué haces aquí? ¡Y qué te has hecho en el pelo! Casi no te reconozco, niña. ¡Qué cambiada estás! ¿Esto es lo que se lleva en Barcelona? ¿Son ciegos? ¿Y esa cosa de la nariz? Bueno, si a ti te gusta, qué más da. ¿No me digas que has vuelto.

Paddy mira a Léan con incredulidad y ella se ríe. A los hombres, dos de ellos rubios, dos pelirrojos, todos con barbas tan enmarañadas como marcadas son sus arrugas, sé que los conozco, aunque no recuerde sus nombres. A juzgar por cómo me miran, ellos sí saben quién soy yo.

—Ciara se cortaría las venas antes que vivir en este pueblucho.

—Oye, yo no he dicho que Kilkerry sea un pueblucho. —En realidad, sí, y en más de una ocasión, y lo he pensado un millón de veces desde que he vuelto, pero no lo he dicho en voz alta. Hay verdades que a veces están mejor guardadas.

—Niña —Paddy deja caer la mano sobre mi hombro y lo aprieta con suavidad—, Léan tiene razón. No pasa nada, todo el mundo tiene derecho a equivocarse. ¿Qué haces aquí? ¿Estás de vacaciones? ¿Has venido a ver a tu hermana? ¿Trabajo?

Los cuatro hombres nos observan con la atención de una lechuza sobre un roedor, y yo me giro para darles la espalda antes de responder a ninguna de las preguntas de Paddy.

Los minutos tropiezan unos con otros, el pub se llena, nuestras jarras se vacían. De vez en cuando, alguna cara conocida se acerca para saludar. Finjo no ver lo que esconden detrás de sus sonrisas, respondo con monosílabos y me meto una patata tras otra en la boca mientras Léan se encarga de desviar la conversación y librarse de la gente. Léan me habla de su vida en el pueblo y yo le hablo de la mía en Barcelona. No me gusta hablar del pasado, pero esta noche no tengo alternativa. El presente es demasiado asfixiante, y el futuro demasiado incierto. Barcelona es una opción segura. Le hablo de la condescendencia de Paula, de la falsedad de Daniel, del imbécil de Jorge y del miedo que me daba que Helvética se rompiera en el avión. Ella me habla de su trabajo en el colegio del pueblo, de su familia y de su última conquista.

—Echaba de menos la Coors —digo, cuando Ivor deja en la mesa la segunda ronda.

Léan me ha ayudado a recordar que es el primo de Owen, aunque eso y su nombre es casi cuanto sé de él. Lo recordaba más alto y mucho menos musculado; la barba le queda bien, le da cierto aire de autoridad. Pero lo que más me gusta de él es que apenas se acuerda de mí.

—¿No había en Barcelona? —pregunta Léan. Siento sus ojos tan fijos en mí como los de Ivor.

—De importación.

—¿Y no es la misma?

—Supongo. Debería, ¿no? No lo sé, pero no sabe igual. Cuando a algo le tienes que poner la etiqueta de «importación» estás admitiendo que eso no debería estar ahí, que no es su lugar natural, ¿no? A mí no me sabía igual, qué quieres que te diga. ¿Tiene sentido? —Le doy un largo sorbo a la cerveza. Definitivamente, esta sabe mejor—. El problema era el Molly Malone's, el pub. Tú estuviste el año pasado. ¿Te acuerdas? El nombre, los tréboles en las paredes, las Guinness, las liras estampadas en los menús, la música... ¡La música, por Dios! Jorge estaba obsesionado con eso. Me volvía loca. Quería algo moderno y a la vez algo que hiciera sentirse a los turistas irlandeses como en casa. Y encima me echa, el muy imbécil, porque prefiere a un

armario que seguro que ni... Da igual. ¿Sabéis cuál es el problema?

Léan me mira con los labios ligeramente separados.

—¿Cuál es el problema? —pregunta Ivor.

—Que la gente es imbécil. Vivir en una ciudad grande te ayuda a ver la magnitud de la tragedia.

—Eres una exagerada —resopla Léan.

—La mayoría de los clientes del Molly Malone's eran irlandeses o ingleses. No me jodas. ¿Tú lo harías? ¿Te irías de viaje y te meterías en un «pub irlandés»? —Hago las comillas con los dedos y respondo en su lugar—: Claro que no, porque no tiene sentido. Si viajas es para conocer cosas nuevas. Para comer lo de siempre y beber lo de siempre no hace falta salir de casa.

Léan sigue con la risa colgada en la comisura de los labios y la mirada perdida detrás de mí. Cuando me doy la vuelta, veo al otro camarero mirándonos desde la barra.

La milésima de segundo en la que nuestros ojos se cruzan es todo cuanto necesito. Levanto la mano y también la voz para llamar su atención e invitarlo a acercarse.

—Tú me entiendes, ¿verdad? —le pregunto, mientras sale de detrás de la barra. Se encoge de hombros; de cerca, su pelo y sus ojos son aún más oscuros, y su piel, mucho más pálida—. ¿Tú irías a un pub irlandés si fueras a Barcelona? O a Roma o a Nueva York o adonde sea.

El camarero no medita ni un segundo su respuesta:

—¿Qué quieres escuchar?

—Tu opinión.

—Ya, pero ¿cuál quieres que sea mi opinión exactamente? Porque creo que me tirarás la jarra a la cabeza si no digo lo que quieres, y preferiría terminar el turno antes de ir al hospital. Además, está todo eso de que el cliente siempre tiene la razón —dice, convirtiendo sus manos en bocas que abre y cierra por encima de la cabeza con aire burlón—. Así que: ¿qué quieres escuchar?

—¿Cómo te llamas?

—¿Vais a comunicaros con preguntas todo el rato? —interviene Léan, y el camarero le sonrío.

—Finn.

—Finn. Genial. Deja que responda yo y dime si me equivoco: no, no te meterías en un «pub irlandés». Y tú tampoco, ¿verdad, Ivor? Entre otras razones, porque trabajáis en uno, uno de verdad —resuelvo, alargando cada sílaba de las últimas palabras. Me tomo el ligero asentimiento de cabeza de Finn como una invitación para seguir hablando—. Es como si un italiano llega a Kilkerry y se va a cenar a Dominicó's. No lo entiendo. Ahora viajar es más fácil que nunca y ni siquiera sabemos hacerlo bien. Todos de la mano, como un rebaño de borregos. Todos a ver la Sagrada Familia. Todos a ver la Torre Eiffel. Todos al Coliseo. Lo demás no existe. Y luego están los del otro lado, los locales: las personas como Jorge, mi antiguo jefe, que cree que con poner cuatro tréboles en un local y recubrir sus cuatro paredes con paneles de madera ya es irlandés. Lo siento, no funciona así. Estas cosas no se fingen. Si estás en Barcelona, estás en Barcelona. Si estás en Kilkerry, estás en Kilkerry.

Si eres irlandés, eres irlandés. No hay gradaciones. No existe ni más ni menos, Jorge. O lo eres o no lo eres, o me quieres en tu pub de mierda o no me quieres.

La rabia arde en mi estómago junto con todo eso que estoy deseando poder gritarle a Jorge y

que mi cuerpo me implora vomitar.

La sofoco con un trago de cerveza. Mejor dos.

Léan aprovecha para decir:

—No se lo tengáis en cuenta. —Y, sin pedir permiso, me excusa diciendo que sigo afectada porque mi jefe me despidió por, y abre comillas con las manos, «no ser suficientemente irlandesa». Cierra comillas.

—En realidad, quería un hombre como cantante, pero supongo que decir eso no era políticamente correcto y decidió inventarse una excusa barata.

—Terriblemente barata —me apoya Ivor, con una mueca incrédula.

Finn se ha quedado en otro punto de la conversación:

—¿Eres cantante? —me pregunta. Aún estoy asintiendo cuando vuelve a mirar hacia la barra, y con la emoción de quien anuncia que ha encontrado un *leprechaun* o un unicornio grita, junto a un Ivor nada entusiasmado—: ¡Es cantante!

Le pido que baje la voz, porque aquí ya hay más de una docena de personas y eso suman muchas orejas y demasiadas bocas. Él sigue gritando el nombre de Paddy hasta que este asoma la cabeza tras unos clientes y, en cuestión de segundos, tenemos toda la plantilla del pub reunida alrededor de nuestra mesa.

—¿Eres cantante? —me pregunta, rascándose la barba—. ¿Profesional?

—He trabajado en varios pubs —le respondo, y algo me empuja a añadir—: En Barcelona y en Dublín.

—¿Cantante profesional! —Finn alarga las palabras con la misma emoción con la que le palmea la espalda a su jefe, como si estuvieran delante de un gran hallazgo—. Deberías contratarla.

—¿Contratarme? ¿Cómo que contratarme?

—Nos quedamos sin cantante hace poco y a Paddy no se le ha ocurrido otra cosa que ponerme a mí de sustituto. Dice que es temporal, pero todavía no ha encontrado a nadie. ¿Por qué no la contratas?

Paddy frunce el ceño, tuerce los labios. Respondo antes de que lo haga él.

—No vivo aquí, lo sabes, ¿no?

—Paddy me ha dicho que te quedarás un par de meses. Has venido a reformar una casa, ¿verdad? —dice Finn. Yo busco la mirada de Paddy, que asiente sin pudor, como si el hecho de que me lo llevara lejos de la gente para hablarle de la casa no hubiera sido suficiente para darle a entender que no quiero que la gente lo sepa. No le respondo, de modo que tras un silencio que se me hace demasiado largo, prosigue: —Puedes trabajar durante el tiempo que estés aquí, y así yo puedo dedicarme a lo mío, que son las mesas y la barra, y mientras, Paddy ya encontrará a alguien. Son solo cuatro noches a la semana, de miércoles a sábado, siempre y cuando no haya partido.

Paddy arruga los labios y los mueve en un gesto lleno de dudas. Sé lo que piensa: es absurdo contratar a alguien solo durante unas semanas, y más sin haberme escuchado, y más *aún* teniendo a alguien a quien seguramente no pague ningún extra. Su rostro se arruga un poco más.

—No podría pagarte mucho, no quiero engañarte con eso. La pregunta es: ¿tú quieres hacerlo? Esto tiene que ser una broma.

4

No voy a irme nunca.

Cuantas más vueltas doy por la casa, más claro lo veo: está muerta, por dentro y por fuera. Nadie quiere vivir dentro de un cadáver. Este lugar te quita toda la energía; en los tres días que llevo aquí encerrada, el único cambio ha sido que la porquería de mi habitación está dentro de bolsas apiladas bajo el escritorio. Solo he tenido fuerzas para hacer listas: cosas que debo comprar, cosas que debo arreglar y gente a la que debo contratar. Me paso las horas deambulando por la casa, mirándolo todo sin llegar a tocar nada. Lo único que me anima es que el lunes por la tarde recupero el agua y la luz, lo que significa que por fin puedo tirar las velas y dejar de comer sándwiches. No he heredado el amor de Edna por la cocina, pero aun así agradezco poder usar los fogones y el horno.

No sé ni por dónde empezar, y por eso pierdo horas en el jardín tocando la guitarra, y acabo con los dedos entumecidos, el cuerpo frío o la cabeza demasiado perdida en notas y cuerdas para hacer cualquier otra cosa que no sea tumbarme en la cama a leer o a observar el techo.

El primer jueves de febrero, mi sexto día aquí, amanece tan gris como la casa. Observo las primeras gotas perderse entre la maleza del jardín y, apoyada en la encimera con una taza entre las manos, aprovecho el último sorbo de café para aceptar la idea de que ha llegado el momento de rendirse.

No es Ailís quien abre la puerta, sino Aidan, tan alto, tan rubio, tan bien peinado y tan bien vestido y tan encantador como siempre. Su rostro se ensancha en una sonrisa en cuanto me ve, aunque dada su fugacidad bien podría haber sido un espejismo. Aidan parpadea y se gira para mirar hacia el interior. No sé qué es peor: que mi cuñado se sienta obligado a disimular que le caigo bien o que me lleve mejor con él que con mi propia hermana.

—Ciara.

¿Y esta formalidad? ¿Ese tono neutro, los brazos caídos, los labios pegados dibujando una línea recta? No estamos en una película ni somos gente de negocios. Me da igual lo que diga Ailís: somos familia, y la familia se saluda abrazándose, sobre todo si llevan casi dos años sin verse.

Aidan solo duda unos segundos antes de devolverme el abrazo.

—¿Cómo estás? —le pregunto.

—Bien. —Me da un beso en la mejilla y se separa. Luego se rasca la barbilla—. Bien, estoy bien. ¿Y tú?

—Podría estar mejor, pero también podría estar peor, así que lo voy a dejar en bien. Todos

estamos bien. ¿Puedo pasar?

Aidan asiente y se hace a un lado, señalándome el pasillo. Me recibe un salón muy diferente al que recordaba. Esa fea moqueta verde, el color huevo de las paredes, los techos grisáceos, los muebles de caoba pasados de moda. Ahora parece sacado de una revista de decoración. El blanco roto de las paredes contrasta con los tonos rojos de una extensa alfombra que cubre el parqué, una reluciente superficie de color castaño en que no se aprecia ni una mota de polvo. Junto a la puerta principal hay un espejo ovalado sin marco; debajo de él, una mesilla de forja con una robusta pero pequeña superficie de madera sin tratar y, sobre esta, un cuenco con forma de hoja para las llaves y dos jarrones dorados con dos rosas rojas en cada uno, tan perfectas que parecen artificiales.

Esto sí es una casa.

—Puedes colgar ahí el abrigo —dice Aidan en voz baja, señalando el perchero. Cierra la puerta con idéntica suavidad—. ¿Ya ha dejado de llover?

—Hace un rato.

—No sé si a Ailís le hará mucha gracia verte, Ciara —susurra—. Está un poco...

—Ya lo sé —lo interrumpo—. Por favor, Aidan. Necesito hablar con ella. Estoy desesperada.

La carta de la lástima siempre funciona con Aidan. Hoy ni siquiera tengo que sentirme culpable, porque no he mentado.

—Voy a buscarla —accede, acompañando sus palabras con un sonoro suspiro—. Está arriba con Connor.

—Grita «fuego» o algo así si crees que tengo que huir.

Aidan sonríe y desaparece escaleras arriba. Escucho una puerta que se abre y se cierra, voces, el balbuceo de un niño, más voces, susurros y, finalmente, pasos que resuenan por encima de mi cabeza. Ailís no espera a llegar al último escalón para preguntar:

—¿Qué haces aquí?

Hay muchas formas de responder a eso.

—Necesito ayuda. —Busco con los ojos el apoyo de Aidan, que desciende detrás de ella con los labios apretados. A Ailís se le escapa una risa condescendiente. Se detiene en el último peldaño—. No puedo con todo.

—Te dije que contrataras a alguien.

—No puedo, ya te lo dije. No tengo tanto dinero.

—Pues no reformes la casa.

—Ailís... —interviene Aidan, con una suavidad que solo consigue que mi hermana apriete la mandíbula con tanta fuerza que temo que algún diente le salga disparado.

—Aidan, esto es cosa mía.

Él deja caer los brazos y aparta sus ojos de los míos: acabo de perder a mi único aliado.

—Tengo que vender la casa, Ailís. Necesito el dinero.

—No te gastes tus ahorros en reformarla y tendrás dinero —replica ella.

—Ailís, ya lo hemos hablado. Es un gasto enorme para mí. Además, a ti también te interesa que la venda. Te llevarás la mitad. Podréis llevar a Connor al colegio que os apetezca y terminar de reformar la casa, si es que no has terminado ya, y podréis viajar o compraros un coche nuevo o lo que os dé la gana. Vamos, el dinero os iría bien, y yo solo te pido un poco de ayuda. Mira —

digo, al tiempo que saco mi libreta del bolso—, aquí he apuntado todo lo que hay que hacer, todo lo que vamos a necesitar, gente a la que hay que contratar, como fontaneros y...

Paso las hojas delante de la cara de Ailís, que no sé si mira o finge mirar.

—Ciara, no tengo tiempo, he de...

—Ya lo sé. Solo te pido que te ocupes de los baños y la cocina. Dijiste que conocías a gente. Haré que tasan la casa para saber cuánto podemos sacar con la reforma y, según lo que me digan, prepararé un presupuesto. Tú solo tienes que ocuparte de buscar a alguien. Nada más. Yo estaré en casa y me encargaré de pagarles y de lo que haga falta. Yo no tengo teléfono, y tú sabes a quién llamar. Irás más rápido. Además, organizar estas cosas se te da bien. Y tienes buen gusto, si hay que elegir una taza de váter, sabrás cuál es la mejor. De vaciar la casa, pintar las paredes, cambiar las cortinas, montar los muebles y demás me encargo yo, te lo prometo.

Casi puedo ver la seguridad de Ailís tambaleándose. Parpadea, me mira y tuerce los labios.

—Yo puedo ayudarte —dice Aidan.

Ailís se da la vuelta con tanta energía como si su marido acabara de proponer sacrificar a su heredero. Supongo que han desarrollado un lenguaje secreto de esos que solo tienen las parejas, porque apenas unos segundos después, vuelve a dirigirse a mí, ahora con la voz y la expresión suavizadas:

—Hice que la tasaran cuando la pusimos a la venta. Te pasaré los documentos, y tú haz números. Dime qué presupuesto tienes y me encargaré de contratar a alguien y te daré ideas sobre los muebles. Nada más, ¿vale? El resto es cosa tuya.

Podría decirle que si va a llevarse la mitad del dinero, lo justo sería que hiciera la mitad del trabajo. Quiero decírselo.

Me limito a asentir.

—Gracias.

Antes de que ninguna de las dos pueda añadir algo más, Aidan habla:

—Voy a buscar a Connor.

—Ya voy yo —dice Ailís.

En el momento en que me quedo a solas con Aidan, me asalta la urgencia de preguntarle cómo está mi hermana, si volvió muy enfadada después de habernos visto, si le contó por qué se fue de repente. Quiero saberlo y él es la única persona que puede decírmelo. Aún estoy intentando reunir el valor para preguntárselo cuando oigo unas voces y veo a mi sobrino en la escalera, agarrado de la mano de Ailís.

Y esa imagen, esa sencilla imagen de un niño pequeño bajando las escaleras de la mano de su madre, consigue que todas las preguntas se esfumen.

Es pequeño, pero está *enorme*. Solo he visto una foto de él. No tenía ni dos meses, era largo como el antebrazo de Aidan y su cabeza parecía un melocotón. Ahora —tengo que echar cuentas— ya rondará los dos años, le llega a Ailís a la rodilla y en su cara sobresalen unas enormes mejillas rosadas. Tiene el cabello rubio, los ojos pequeños y claros como Aidan, y su nariz parece una avellana.

En este momento, viendo a Connor dando brincos de peldaño en peldaño cogido de la mano de Ailís, todas las razones para no querer volver a Kilkerry me parecen idioteces.

Y entonces llegan al final de las escaleras. Connor me estudia con los labios entreabiertos, como si fuera un misterio que resolver, hasta que al final tira de la camisa de su madre. Ella se agacha y él le susurra, al oído:

—¿Quién?

Quiero irme de aquí.

Pero esta es ahora mi noche, y esas luces son mi pueblo, y este suelo y este techo y estas paredes son mi casa. En este lugar crecí. De este lugar me he marchado ya tres veces. No habrá una cuarta, porque cuando me vaya, no dejaré un lugar al que volver. Convertiré estas paredes llenas de sombras y crujidos en un hogar, como Edna siempre había querido, solo que no será el mío. Y sin esta casa y sin Edna, Kilkerry no tiene con qué atraparme.

Quiero irme y por eso estoy pintando de morado las paredes de la antigua habitación de Ailís a la una de la madrugada de un jueves. Viernes, técnicamente. Cuando se marchó a vivir con Aidan, un par de años antes de que yo me fuera a estudiar a Dublín, se llevó todas sus cosas; solo dejó los muebles, el espejo y esa acuarela del lago de Kilkerry. Por lo demás, la habitación lleva mucho tiempo vacía. No ha tenido más dueño que algún que otro invitado, y Edna en los últimos años. Solo ella se mudó; sus cosas siguieron en su lugar de siempre.

Nunca me ha gustado ver esta habitación tan vacía, pero esta noche lo agradezco. He protegido los marcos de la puerta y la ventana con cinta de pintor, he separado el armario, la cama y la mesilla de noche de la pared y me he puesto a pintar. Era la única habitación vacía, además de la mía, y pintar el lugar donde vas a dormir cinco minutos después es casi tan mala idea como dejar las ventanas abiertas de noche en pleno febrero.

Quiero irme y por eso intento olvidar el entumecimiento de mi brazo derecho y las punzadas que siento en las piernas. No me queda tanto, ya tengo dos paredes pintadas, y con la música de fondo, el trabajo no es tan duro. Por fin algo positivo de esta casa: no tengo vecinos. Canto a pleno pulmón mientras pinto y la habitación va perdiendo el deprimente color mostaza, y cuando por fin todas las paredes están un poco más vivas, voy a buscar la lija y la pintura blanca y me dedico a la ventana. Lijo la madera hasta que mis manos están blancas. Subo el volumen de la música y de mi voz. No sé qué hora es ni me importa. Podré acostarme cuando acabe la ventana. Tengo que terminar.

Da igual qué color elijas. Ninguno puede cubrir lo que intentas ocultar. Entiendo que hayas elegido ese tono violeta, de todos modos. Sabes que es su favorito, y aunque no estás pintando la habitación para ella, sino para alguien que quizás volverá a pintar estas paredes en cuanto se instale, sientes que no podía ser otro color; por mucho que te digas que lo has elegido porque transmite mucha vida.

Da igual qué color elijas, porque nada hará desaparecer los recuerdos.

Esta noche solo ves la pintura desconchada del marco de la ventana. Fuiste tú quien desnudó la mayor parte de la madera. Nunca hablas de esa madrugada, ahora ya tan lejana, ni de los días que la envolvieron. Boca que no habla, corazón que no siente. Pero esta noche es diferente. Aquí no puedes esconderte. El recuerdo de esa madrugada de hace dos años descose tus cicatrices. Te ves de pie junto a la ventana, con los dedos entretenidos con los desconchones y los ojos perdidos en los campos. Estuviste así tanto tiempo que más tarde, durante la ceremonia, aún te estabas quitando restos de pintura de debajo de las uñas.

Aunque volviste a casa lo más rápido que pudiste, llegaste tarde. Nunca le has dicho a Ailís que en cuanto te llamó compraste los billetes, saliste de la oficina corriendo y fuiste directamente al aeropuerto. No quisiste contarle que tu tardanza se debió a que habías olvidado tu documento de identidad y tuviste que regresar a tu piso a por él, y que luego perdiste el avión porque te equivocaste de línea de metro dos veces. No querías que se enfadara contigo. Llegaste a Galway de noche y, a Kilkerry, de madrugada. Yo ya no estaba en casa.

Te fuiste con el alba y nunca regresaste.

Yo te vigilé, como hice siempre, como siempre haré. Te vi perderte en Barcelona, aguantar las lágrimas mientras comprabas los billetes de avión desde la oficina, volar sin despegar los ojos de la noche, esperar a Léan en el aeropuerto, despedirte de ella en la puerta de casa sin haber dicho todo lo que te estaba ardiendo en el estómago. Te vi entrar en casa, por primera vez después de tantos años, con la mirada transparente; te vi abrazarte a tu colcha, intentando conciliar el sueño en una habitación que empezaste a odiar hace mucho tiempo —no creas que no lo sé—, y te vi llorar cuando te sentaste en el primer banco, junto a tu hermana, al lado de un vacío que hasta el último momento todas creímos que vuestro padre llenaría. Te vi repetir los salmos en los que no crees, recibir las condolencias de gente que no te importa y discutir con tu hermana, intentando hacerle entender que tu avión iba a despegar con o sin ti. Si yo ya no estaba, no importaba si te quedabas o no.

Te vi marcharte de Kilkerry con la boca llena de la promesa de no volver y las manos aferradas a la mentira que le habías contado a tu hermana. Cuando llegaste al aeropuerto, te sentaste en un banco delante de los mostradores de facturación a observar a los viajeros que arrastraban sus maletas de un lado para otro. No querías moverte, pero la culpa empezó a acosarte, y cuando no pudiste soportar sus pinchazos en los pulmones, te levantaste y, con tu mochila a la espalda, deambulaste por la terminal. Entraste a todas las tiendas, te probaste sombreros, perfumes y vestidos que nunca te comprarías, hojeaste libros y revistas. Hicieras lo

que hicieras, las últimas palabras de Ailís siguieron pegadas a tu cuerpo. Aún hoy puedo ver su sombra en ti.

Yo ardía de ganas por decirte que esa opresión en el pecho que intentabas ignorar era miedo. Estaba bien tener miedo. Ailís también lo tenía. Te necesitaba. Ese día, en la iglesia, y unas semanas más tarde en la planta de maternidad del hospital. No podías irte. Lo habría dado todo por decirte que todo iría bien, que aunque las cosas fueran distintas, esta casa seguía siendo tu hogar, y Ailís tu familia. Lo habría dado todo, pero no tengo nada. No soy nada, solo silencio, y eso es cuanto fui entonces.

Hay una cosa en la que tienes razón: Ailís es una mujer de palabra. Ha cumplido todo lo que te prometió ese día en la puerta de la iglesia. Pero, como sabes, cariño, las promesas no significan nada.

El ruido de las jarras, las voces, el silencio reptando entre las piernas de los clientes. La gente girándose hacia mí, las miradas expectantes, las conversaciones suspendidas en el aire. La primera nota, la primera palabra. La gente que calla para escuchar, la que sigue hablando en murmullos, la que canta por lo bajo y la que levanta tanto la voz que casi no puedo ni escucharme. La caricia del micro cuando me acerco demasiado. El tiempo rompiéndose con cada acorde. Los aplausos.

A veces es necesario recuperar algo para ser consciente de cuánto lo añorabas.

Mientras apago el micro, descubro a Paddy mirándome desde la barra con semblante complacido. No se ha sorprendido al verme aparecer a las cuatro de la tarde. Sabía que aceptaría el trabajo; Léan estaba segura de que lo haría, y Léan nunca se equivoca conmigo, me ha dicho mientras secaba un vaso. Será temporal, le he advertido. Solo lo hago para no volverme loca. Quiero irme cuanto antes de Kilkerry, pero necesito aire, y eso es lo que ofrecen cuatro noches a la semana tocando en el pub. No lo hago por el dinero. Lo hago porque esta mañana la casa aún olía a pintura, porque desde que me he levantado, con menos de seis horas de sueño encima, no he hecho otra cosa que vaciar los cajones y los armarios de la cocina. Lo he tirado todo excepto un par de platos, algunos cubiertos, una sartén y una olla. El resto de cosas esperan en el salón, metidas en bolsas de basura, a que a Léan le vaya bien venir con el coche para llevarlas a los contenedores. Hasta entonces, el salón seguirá siendo un vertedero.

No puedo pasarme todo el día encerrada, y por eso, cuando he terminado con la cocina, me he duchado, he comido medio sándwich y he caminado los dos kilómetros y medio que me separan del Flannery's. Al fin y al cabo, Paddy siempre ha sido un buen amigo de la familia; aceptar era lo correcto.

A él solo le he dicho que he cambiado de opinión y que será algo temporal.

—Un mes, un mes y medio como mucho, no más, y busca a alguien de todos modos; si lo encuentras, me voy, no pasa nada. Lo primero es el negocio; después, la amistad. — Paddy asentía mientras yo hablaba —. Y me da igual que digas que me has escuchado cantar mil veces, aquí y en la iglesia, porque de eso hace mucho tiempo, cuando era una cría, y vale, hay cosas que no se pierden, pero deberías hacerme una prueba...

—Si quieres cantar, canta —ha dicho él.

Finn me ha puesto su guitarra en las manos con una sonrisa, la he afinado, he regulado la correa y he tocado *Down by the Lagan Side*. No ha sido un momento mágico. No ha sido una experiencia mística, nadie se ha quedado con la boca abierta ni me ha vitoreado como si hubieran escuchado cantar a la mismísima Virgen María. Pero al acabar de tocar el último acorde, todos

han aplaudido. Ivor ha pedido un bis, sin dejar de meter botellas en la nevera, y Finn me ha dado un golpecito en la espalda cuando le he devuelto la guitarra.

—Puedes empezar esta noche.

Casi echo de menos a los turistas borrachos del Molly Malone's, esos que no paraban de gritar y pedir una jarra tras otra y reír como si cualquier frase fuera la más divertida del mundo. Al menos ellos solo intentaban ligar, y les daba igual tirarme los tejos a mí que a alguna de las camareras, porque no era yo quien importaba. En cambio, aquí, sí.

Aquí no hay forma de desaparecer; debo responder las preguntas de Donovan y Fíona con una sonrisa en la cara y la guitarra de Finn aún entre las manos. Edna los adoraba. Edna adoraba a todo el mundo, en realidad. Ahora ellos me miran con ojos tristes y la actitud de quien se cree con derecho a saberlo todo. Comentan cuánto he cambiado, que casi no me reconocen. Alguien les dijo que había creído verme por la calle, pero no, no era posible, ¿la pequeña de los Ó Rinn en Kilkerry? Quieren saber qué he hecho desde que me fui, cómo me va la vida, si he vuelto para quedarme. Preguntan y preguntan y preguntan y yo respondo como puedo, y deseo que Léan estuviera aquí para ayudarme a escapar de estas conversaciones, y la odio por tener una cita y dejarme sola. En cuanto atisbo la oportunidad, corro a guardar la guitarra de Finn en su funda, la dejo en el almacén y voy hacia la barra. Finn me hace un gesto para que me siente.

—Tienes cara de necesitarla. —Pone una jarra de cerveza delante de mí.

Mientras la vacío con sorbos largos, mi nombre no para de dar tumbos por el aire: la pequeña Ciara, dicen, sí. Ciara, sí. La que... Sí, sí. Muy cambiada. Yo la vi el otro día aquí, sí, aquí mismo, y no la reconocí.

Se me acerca gente que juraría que no he visto nunca. Todos quieren hablar de Edna. Algunos lo hacen en presente, cambian al pasado cuando se dan cuenta. No hay nadie que no diga cuánto la echa de menos. Una gran mujer, dicen algunos. Qué tragedia, qué lástima, qué injusta es la vida, dicen otros. Yo asiento. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

Hasta que escucho la última pregunta que esperaba que pudieran hacerme esta noche:

—¿Cómo está Sean?

George. Sigue tal y como lo recuerdo. Bajo, rechoncho, tan rubio como la cerveza que tiene en la mano.

Sus palabras me retuercen el estómago. La gente nunca pregunta por Sean; ni siquiera sus amigos, al menos no a nosotras. No recuerdo la última vez que alguien mencionó su nombre delante de mí. A él lo enterraron mucho antes que a Edna.

—Bien —digo.

Supongo, callo.

—Hace tiempo que no hablo con él. ¿Sigue con Megan?

Una mujer de pelo gris y ojos grandes como dos vinilos le da un golpe en el brazo. Si la conozco, no la recuerdo.

—George.

—¿Qué pasa? —Se da la vuelta un segundo y luego me mira de nuevo—. ¿No puedo preguntarle por su padre?

—¿Qué importa ese desgraciado? —le responde ella.

—¿Ese desgraciado? Preguntaré por *ese desgraciado* si me da la gana. Estoy cansado de vuestras gilipolleces. Pobre Edna. Siempre pobre Edna. ¡Pobre Sean! ¡Él sí que...! ¡No sabéis ni la mitad de lo que tuvo que aguantar! ¡Pobre Edna! ¡Como si...!

Aprovecho las voces que se alzan para escabullirme. Me pierdo entre la gente, sorteando conversaciones, mientras bebo una jarra de cerveza que se vacía demasiado pronto. No le pido permiso a Finn para coger de nuevo su guitarra, ni a Paddy para volver a ponerme detrás del micro. Finn apaga la radio en cuanto se da cuenta de que estoy preparándome para tocar. Esta vez nada de canciones tradicionales. Esta vez música suave, de la que se desliza entre los huecos de las conversaciones y hace que la gente tararee por lo bajo.

Cuando miro hacia la barra, veo la sonrisa en los ojos de Paddy, así que sigo tocando hasta medianoche. El pub se va vaciando poco a poco.

A las doce y media aún sigo ahí, sentada en la barra frente a una jarra de cerveza, junto a un puñado de servilletas garabateadas y un boli en la mano.

Nunca había visto el Flannery's tan silencioso. Si cierro los ojos, casi puedo imaginarme en otro lugar. Lo único que me recuerda que estoy en el pub es el ruido de las jarras que está moviendo Finn.

—¿Sabes que puedes irte a casa?

Paddy me lo ha repetido mil veces. Incluso Ivor se ha ido, me dice, pareces cansada, tienes mucho trabajo que hacer. Está bien, suspira, eres una cabezota. Yo sí estoy cansado, yo sí me voy.

Solo quedamos Finn y yo, las puertas cerradas, el suelo húmedo y las sillas encima de las mesas.

—Lo sé.

—¿No estás cansada?

Estoy agotada.

—Estoy bien. ¿Necesitas ayuda? —Me inclino por encima de la barra para ver cuánto queda por colocar.

Finn niega y señala la cerveza que tengo en la mano.

—Acábate eso. Termina dentro de poco. ¿Qué tal tu primera noche?

—Intensa. —Le doy un trago a la cerveza.

—¿Entonces vas a seguir?

—¿Seguir?

—Trabajando aquí. El domingo parecía que ibas a pagarle a Paddy para que no te contratara y hoy apareces diciendo que has cambiado de opinión —comenta sin levantar la vista de los vasos que está sacando del lavaplatos—. No me fío de ti.

—No tengo nada mejor que hacer.

—¿No estabas reformando una casa? —Se detiene delante de mí.

—No voy a pasarme veinticuatro horas del día ahí metida —respondo. ¿Qué quiere, que me vuelva loca?—. Pero si prefieres que no acepte el trabajo...

—No, no, al contrario. Me preocupa que te echas atrás

—No lo haré. —Yo también puedo ser una mujer de palabra. Y clara, porque al momento le

recuerdo—: Pero es solo temporal.

—Suficiente.

Él vuelve a sus vasos y yo a mi jarra de cerveza.

No mucho después, cuando el lavaplatos está vacío y todos los vasos y jarras, incluida la mía, están en su sitio, Finn baja un taburete de los que ya están colocados sobre la barra y pregunta, con tono cauteloso:

—¿Seguro que estás bien?

No quiero contarle a un desconocido que mi cabeza está llena del nombre de mis padres y de las palabras de todas esas personas que creían estar dándome consuelo esta noche.

—Estoy bien —le aseguro, esforzándome por mantener las emociones lejos de mi cara—. Llévate la guitarra, por cierto. Mañana traeré la mía. Si hubiera sabido que querriais que empezara hoy, la habría traído.

—Vale. Gracias por aceptar el trabajo.

—No lo he hecho por ti.

—Ya lo sé. De todos modos, gracias. Me salvas la vida.

—¿Tanto odias tocar en público?

—Prefiero no hacerlo si puedo elegir, pero para eso está la familia, ¿no? —pregunta, y en cuanto lo miro extrañada, añade—: Paddy es mi tío, creía que lo sabías; aquí todo el mundo lo sabe todo de todo el mundo.

—Ni siquiera sabía que Paddy tuviera hermanos.

Conozco muy poco sobre el hombre que me ha servido en el Flannery's durante toda mi vida. Sé su nombre, su apellido, que es del Cork City —si sigue gritando como solía gritar, ya lo sabrán hasta en Limerick— y que le gusta comer y beber. De su vida personal, lo más que sé es que su mujer, Adaline, murió cuando yo era muy pequeña y ahora es tan tabú como Sean.

—No tiene; mi madre era hermana de Adaline. Paddy es mi tío político. —Finn no entiende de los tabúes de Kilkerry, porque cuando pronuncia el nombre de la mujer de Paddy, lo hace sin titubear ni bajar la voz—. Como sabía que en mi casa nunca hemos andado bien de dinero, cuando le falló uno de los camareros, me llamó. Acababa de quedarme en la calle, porque el dueño del pub en el que trabajaba se había jubilado, así que acepté. Y, en fin, un año y medio después aquí sigo.

Lo dice con una sonrisa. A este chico le falta un trozo de cerebro.

—¿Y qué pasó?

—No sé, cuando me quise dar cuenta habían pasado más de seis meses. Me gusta Kilkerry, tengo trabajo, tengo amigos... No pasó nada, decidí quedarme.

—¿Estás bien de la cabeza?

—¿Perdona?

—Que si estás bien de la cabeza. Aquí no hay nada.

—Tengo playa y un lago cerca, y hay tiendas y restaurantes y pubs. ¿Qué más necesito?

No voy a responder a esa pregunta. Por su tono, sé cuál es su respuesta, y es muy diferente de la mía. No voy a perder el tiempo intentando convencerlo.

—¿De dónde eres?

—De Bray —dice, y cuando me ve asentir, añade—: ¿Has estado allí?

—Alguna vez, cuando vivía en Dublín. —Y antes de que Finn pueda preguntar nada, explico—: Por la universidad.

—¿Y has terminado ahora? ¿Por eso has vuelto?

Se me escapa una sonrisa incrédula.

—Estoy segura de que Paddy te habrá contado la historia de mi familia con pelos y señales, y si no lo ha hecho, la habrás oído por ahí. Ahórrate fingir que no sabes nada, porque yo también trabajo en un pub, así que ambos sabemos que los borrachos hablan aún más que los sobrios. No me trago que no hayas oído nada de mí.

Finn, que me ha escuchado sin despegar los labios, golpeando rítmicamente la silla con los nudillos, entorna los ojos de forma teatral y suelta un suspiro indolente antes de admitir:

—Algo he oído.

No quiero ni pensar cuántas cosas le habrá contado Paddy, cuántas historias y rumores habrá escuchado mientras llenaba vasos de sidras y servía raciones de patatas. Los borrachos siempre dicen la verdad, menos cuando no la conocen y la inventan, y en este pueblo nadie conoce mi verdad. Aun así, mi curiosidad es más fuerte:

—¿Qué sabes?

Finn me observa sin moverse durante unos segundos, se encoge de hombros y dice:

—Que tu padre dejó a tu madre y ella... estuvo mal. Tú volviste un tiempo a cuidarla cuando —se traba unos segundos— terminaste la universidad, te quedaste un año y te fuiste. Luego murió.

—¿Eso es todo?

—¿Hay más?

Claro que hay más. Es insultante resumir la historia de mi familia, a mí, en tan pocas palabras.

—Ese es un buen resumen.

—Entonces hay más.

—No se trata de que haya más o haya menos. No es tan simple, eso es todo.

—Cuéntamelo.

Muevo la cabeza de lado a lado.

—Lo has resumido perfectamente.

—Acabas de decir que no es tan simple.

—No te voy a dar los detalles morbosos, Finn.

Él frunce los labios y suelta un suspiro.

—No te he preguntado eso.

—Ya, seguro. Yo nací y crecí en este pueblo, ¿de acuerdo? Sé cómo funcionan las cosas. Sé cuánto le gusta hablar a la gente, incluso cuando ya no hay nada de qué hablar. ¿Se creen que no sé lo que decían de mí y de Edna cuando vivía aquí? Y ahora que he vuelto, quieren saber más, cualquier cosa, y te envían a ti a sonsacarme.

Finn me mira de arriba abajo con las cejas enarcadas y la boca arrugada en una mueca tan entretenida como condescendiente.

—Eres una paranoica —arrastra las palabras como si quisiera restregármelas por la cara—. ¿Crees que soy un espía encubierto? ¿De verdad?

No lo sé. Como me ocurre con Paddy, todo cuanto sé de él se puede resumir en una serie de datos biográficos básicos. No lo conozco.

Sin embargo, que sea un espía suena ridículo.

—Tienes razón. Perdona. Es la gente de este pueblo... Me vuelven loca con tanta insinuación y tanta miradita de reojo y tanta mierda. Fingen que les importa cómo me va la vida para sentirse menos mal consigo mismos cuando más tarde echen pestes de mí a mis espaldas. Pero tienes razón: tú no tienes la culpa de eso. Ni siquiera eres de aquí.

—No pasa nada. —Su tono es tranquilizador—. A mí también me vuelven loco a veces. Y entiendo que no quieras hablar del tema.

Nunca he sentido que tuviera elección en Kilkerry; aquí, todo el mundo se cree con el derecho de saber, pero no están interesados en mi verdad, porque en sus cabezas la historia ya está escrita.

Pero Finn no es de aquí.

—Invítame a una Coors —le digo—; necesito refrescarme la garganta.

Finn se acomoda en su taburete, bridamos en el aire por nadie ni nada en concreto y empiezo a hablar.

Sean dejó a Edna unos meses antes de que yo terminara la universidad. Edna nos contó que un día —un martes, dijo, era un martes, y yo le estaba cocinando un pastel de carne— llegó a casa después del trabajo, encendió un cigarrillo y se sentó en su sillón, delante de la tele. Como todas las tardes, dijo Edna, solo que cuando entré en el salón para preguntarle si había traído la sal y los huevos, él se quedó mirándome como si no supiera de qué le hablaba, y entonces dijo que había conocido a alguien. Sin un aviso, sin un «tenemos que hablar».

Quiero el divorcio, he conocido a alguien, le dijo. Eso fue todo. Sean dejó a Edna sentada en el sofá del salón con un trapo en las manos y no volvió hasta el día siguiente.

En cuanto lo vio aparecer, pensó que todo había sido una broma, o que había cambiado de opinión. No podía dejarla sola, en esa casa tan grande, y además él la quería, siempre la había querido, ¿qué era eso de que se había enamorado de una mujer, alguien más joven que ella? ¿Qué era eso de que la había conocido por internet?

Edna nunca nos habló de su propia reacción. De eso nos enteramos por Sean. Gritos, lloros, amenazas, más gritos, más lágrimas. Histérica, se comportó como una histérica, dijo él. Por eso quería el divorcio. Era un suplicio, ya no podía más. Admitió que no hizo las cosas bien; debería haber dejado a Edna cuando conoció a Megan, pero no se atrevió. Debíamos entender que nunca quiso causarle daño a Edna. Lo repitió tantas veces que sus palabras dejaron de significar algo.

Sean se marchó del pueblo. A Londres primero, a Vancouver después. Solo se llevó su ropa. Lo demás no era importante. Dejó todos sus discos en casa: Jim Croce, Jackson Browne, U2, Joni Mitchell, The Doors, Patti Smith. Incluso los de Van Morrison. Quiero que te los quedes tú, me dijo. Son míos y te los doy a ti, ni a tu madre ni a Ailís. Son tuyos. Todos.

Durante los meses siguientes, Edna se obsesionó con los ordenadores. Dejó de lado sus libros de poesía, sus recetarios siempre por retocar, incluso el huerto. Todos los días me llamaba un par de veces, desesperada porque no conseguía encontrar una tecla o porque había perdido algún documento. Con el tiempo se disolvió su entusiasmo, como ocurrió con todo en los meses siguientes. Poco después de que yo volviera a Kilkerry para hacerle compañía, se desentendió de

la informática. Se desentendió de todo. Sean se había ido y su ausencia convirtió a Edna en un planeta sin órbita. Se movía por la casa sin saber qué hacer. Siguió encargándose de su huerto un tiempo, hasta que dejó de disfrutar cocinando. Las horas que antes pasaba delante de los fogones se transformaron en horas perdidas delante del televisor. Dejó de cocinar, de salir a pasear, de llamar a sus amigas, y muy pronto empezó a olvidar teñirse las canas y cortarse las uñas, y empezó a ir por casa en pijama y sin zapatillas. Lo único a lo que se permitía regresar, de vez en cuando, era a sus libros de poesía, aquella colección descolorida de tapas marrones y estampados dorados que guardaba en una de las vitrinas del salón.

Y entonces, seis meses después de mi vuelta, se mudó a la habitación de Ailís y la depresión se convirtió en una bestia indomable.

No había esperado que esos meses fueran fáciles, pero jamás había imaginado que Edna se rindiera de aquella manera. Lo intenté todo y nada funcionó. Ni siquiera el psiquiatra lo consiguió: aguantó dos sesiones y sospecho que nunca se tomó la medicación que le recetó, aunque al principio se esforzaba en que creyera que sí lo hacía.

Ella no quería curarse y yo empecé a sentir que la casa se me caía encima.

Tenía una pesadilla recurrente. En mis sueños, encontraba a Edna en el sillón del salón donde se sentaba siempre Sean. Rígida como una muñeca, tenía los ojos vidriosos y los labios entreabiertos. No estaba ni muerta ni viva, ni dormida ni despierta. Yo le hablaba y no respondía, intentaba moverla y pesaba como si fuera de plomo. El silencio se tragaba mis gritos hasta que despertaba y me veía en mi habitación, en la misma cama donde dormía cuando era pequeña, solo que ahora ni Edna ni Sean corrían para ver cómo me encontraba.

A veces, en ese sueño, la muñeca era yo y veía el mundo girando a mi alrededor y no podía ni gritar ni moverme ni romper la cáscara que era mi cuerpo.

No podía quedarme. No podía convertirme en eso.

Debería haberme quedado a cuidar de Edna, pero la dejé en buenas manos. Ailís la cuidó lo mejor que supo. Cuando me fui, contrató a alguien para que estuviera con ella de ocho a ocho, e iba a visitarla todos los días. Nunca consiguió convencerla de que se mudara con ella y Aidan.

Murió diez meses después.

Volví para el funeral, pero me marché en cuanto terminó. No podía aguantar las miradas acusadoras, las voces rebosantes de veneno, los comentarios flotando junto a mi nuca. Era su hija y le debía la vida, tendría que haberla cuidado. ¿Acaso creen que no lo sé? Me lo repetí todos los días en los que me levanté a cuidar a alguien que había renunciado a luchar. Que alguien te dé la vida no le da derecho a pedirte que renuncies a ella, y por eso me fui.

Más tarde, con los prados a mi alrededor y el crujido de la tierra bajo mis pies, escucho el eco de las pisadas de una familia que ya no existe. Recuerdo los paseos de los domingos hasta Kilkerry con mis padres y Ailís. Edna con sus gafas de los días especiales, Sean con su barba recién recortada y Ailís y yo con nuestros vestidos de color crema. Una hora en la iglesia era un pago razonable por pasar el resto de la mañana en el Flannery's, jugando con los demás niños mientras los padres conversaban tomando sidra y cerveza. Cuando llegaba la hora de comer, volvíamos caminando a casa, donde nos esperaba siempre el mismo plato: pollo al vino. *Coq au vin*, nos

corregía siempre Edna. Sean ponía los ojos en blanco. Él era de palabras sencillas. De postre, pastel de manzana.

Nada de eso existe ya.

Ahora solo existimos yo, la noche y un silencio en el que retumban las palabras que durante meses me repitió Ailís:

«Era tu deber cuidar de tu madre».

Ella nunca vio todo lo que hice durante el año que viví con Edna. No madrugó conmigo para regar el huerto, aunque a mí me diera igual que se murieran todas las judías, ni estaba cuando intentaba que Edna se distrajera enseñándome sus recetas, ni vio las tardes que pasé junto a ella contándole historias, ni las noches perdidas instruyéndome sobre el cuidado de personas que sufren depresión. No me vio llorar encerrada en mi habitación, mirando a Helvética, preguntándole por qué mis ganas de tocar se estaban esfumando. Ailís solo escuchaba mis quejas y me echaba en cara que Edna estuviera empeorando. Siempre tenía un consejo a mano, algo que podía mejorar o hacer de otra manera, porque ella, que pasaba solo algunas horas a la semana con nuestra madre, sabía mucho mejor lo que necesitaba que alguien que pasaba veinticuatro horas a su lado.

Ailís no vio nada pero, como el resto del pueblo, lo sabe todo. Todo el mundo se cree ahora con derecho a opinar.

Nadie vio las garras de la enfermedad de Edna abalanzándose sobre mí, y por eso me juzgaron cuando me marché, cuchichearon hace dos años en la iglesia y hablan ahora de la pobre Edna y la santa de Ailís y la desconsiderada de Ciara, que encima ha vuelto para vender el legado de su madre y ¿has visto el pelo que lleva?

Que hablen, no me importa.

Pueden decir que no la quería, que fui mala hija y mala hermana, que soy como Sean.

Que hablen.

Se me están acabando las bolsas de basura, las fuerzas y la paciencia. No importa cuántas horas pase en esta casa, nunca es suficiente. Nunca avanzo. Quizás es porque pierdo la mitad del tiempo entrando y saliendo de las habitaciones, imaginando de qué color puedo pintar mi cuarto y el salón, intentando decidir si debería poner moqueta en el suelo o dejar el parqué a la vista, o si debería cambiarlo o si este ya está bien, ahora que lo antiguo está de moda. *Vintage*. Eso sí es marketing.

Pagaría lo que fuera por estar sentada en aquella silla de oficina que me partía la espalda. No echo de menos las reuniones ni las prisas ni la volatilidad de los clientes, pero cualquier cosa es mejor que esto. Las horas se extienden como plastilina entre estas paredes.

Reformar, vender e irme: lo convierto en un mantra que acaba perdiendo sentido de tanto repetirlo.

El lunes salgo a pasear. Llego solo hasta la mitad del camino que lleva al pueblo, porque empieza a llover con tanta fuerza que me veo obligada a dar media vuelta. Mientras subo las escaleras, dejando un riachuelo detrás de mí, me digo que el parqué es la mejor opción. Debería pulirlo.

El martes por la tarde me paso por el Flannery's, aunque no me toca trabajar, y vuelvo a casa con algo que me salva la vida el resto de ese día y todas las horas del siguiente: un móvil con línea y conexión a internet. Léan me repite mil veces que tengo suerte de tener una amiga con dos dedos de frente y no tan cabezota como yo. Necesitas un teléfono mientras estés aquí, me da igual que digas que no vale la pena porque vas a estar por aquí muy poco tiempo. Es una mierda no poder hablar contigo como las personas normales. Me siento en la Edad Media, así que haz el favor de aceptar la puta tarjeta, porque esto lo hago más por mí que por ti. Es de prepago, eso sí; los pagos son cosa tuya. No te quiero *tanto*.

Ni siquiera espero a llegar a casa para escribirle a mi hermana, aunque ella no tiene la misma prisa por hablar conmigo; su respuesta se hace de rogar hasta la noche siguiente, y pese a la imagen de una Ailís sonriente y amable, emocionada por la idea de rehabilitar la casa, que mi mente se afana en dibujar en cuanto veo su nombre en la pantalla del móvil, al descolgar me encuentro con la misma Ailís cortante de estos últimos años.

Tiene unas cuantas opciones para la reforma, pero necesita un poco más de tiempo para conseguir un precio más barato. Si no me importa esperar una semana, mejor, porque Aidan conoce a alguien que puede hacerlo todo por mucho menos de lo que habíamos pensado. Pues no, no viene de una semana.

—¿Cómo va la reforma?

—Bien. Avanzando.

—¿Y tú? ¿Estás bien?

—Sí —le respondo, aunque es aún menos cierto que lo anterior. Edna estaría orgullosa de mí. Di que estás bien incluso cuando no lo estás, decía, porque las palabras son poderosas, y si dices que estás bien, lo estarás. Tampoco es que quiera decirle otra cosa a Ailís—. ¿Y tú, cómo estás?

—Bien. Aidan está preparando la cena y yo estoy con Connor.

—Dile hola de mi parte —digo, y siento la necesidad de añadir—: De parte de Ciara.

—¿Quieres que te lo pase?

—Da igual. Tengo que prepararme, he quedado.

—Vale. Te llamaré cuando tenga alguna novedad. Si conseguimos algo por menos de lo que tenías presupuestado podrías invertir la diferencia en otras cosas. Descansa. Y saluda a Léan de mi parte.

Cuelga. No son muchas palabras, tampoco le pido más.

Al día siguiente, el timbre de casa suena antes que mi despertador. No es hasta que suena por segunda vez que me doy cuenta de que no estoy soñando. Me levanto de la cama de un salto. ¿Qué querrá Léan a estas horas? Bajo las escaleras agarrándome a la barandilla con una mano y frotándome los ojos con la otra.

Una niebla fina empaña el día. Al otro lado del muro no veo a Léan, sino a una figura alta, rubia y sonriente saliendo de un monovolumen blanco.

—¿Qué estás haciendo aquí? —grito desde la puerta.

—¡Ven! —Aidan me hace un gesto con la mano.

Cojo las llaves que siempre dejo encima de la mesa de la cocina y salgo de casa, descalza y en pijama, como cuando era pequeña

—¿Qué haces aquí? —le repito tras saludarlo con un beso en la mejilla.

—¿Vas descalza? ¿Y por qué no te pones una chaqueta? Estamos en invierno, Ciara, vas a pillar algo.

El espíritu de Edna ha poseído a Aidan.

—Estoy bien.

¿Qué más da si estoy descalza? ¿Qué está haciendo aquí? Son las ocho de la mañana de un jueves. Me inclino hacia un lado para poder ver el interior del coche.

—Ailís no está, entra a trabajar más tarde —responde, adivinando qué busco. Dentro del coche solo entreveo algo de pelo rubio en el reposacabezas de una sillita para bebés—. Acercó a Connor a casa de mis padres de camino al trabajo.

—¿Y mi casa te pilló de paso? —El camino que conduce aquí discurre entre campos y laderas, en los que hay más graneros que casas—. ¿Dónde viven?

—Cerca del viejo polideportivo —admite, con una sonrisa que me recuerda a la de Connor. Cerca del paseo marítimo y cerca de donde viven ellos—. He tomado un atajo. ¿Cómo estás? ¿Cómo va la reforma?

—Yo, bien. La reforma, no tanto. Aún estoy en fase de limpieza.

—Suena divertido. —Sonríe.

—Es fascinante, sí —digo, recogiendo un poco de su buen humor—. ¿Y has venido hasta aquí por algo en concreto o te apetecía dar un rodeo o...?

—Oh. Ah. Sí, claro, claro. Espera. —Abre el maletero y busca algo en su interior. Al otro lado del cristal, Connor juega con algo que tiene entre las manos. De repente, Aidan se interpone entre nosotros. Me ofrece una bolsa de plástico—: Toma.

—¿Qué es esto?

Antes de que me responda, el olor que se escapa de dentro de la bolsa responde a mi pregunta.

—Me lo ha dado Ailís. Es del huerto.

Edna debería haberse conformado con mi hermana. Ella nunca la decepcionó. Nació en Kilkerry, creció en Kilkerry, se casó en Kilkerry y morirá en Kilkerry. Ailís es ordenada y terca y servicial como Edna. De ella aprendió a ponerle al mal tiempo buena cara, a ser una mujer de palabra y a enamorar por el estómago. Ailís, a diferencia de mí, disfrutaba ayudando a Edna con el huerto, y cuando se mudó y tuvo su jardín, plantó el suyo propio, más grande incluso que el de casa.

Edna era demasiado codiciosa; debería haberse conformado con una hija perfecta.

Miro la bolsa, a Aidan, otra vez la bolsa.

¿Es una ofrenda de paz o...?

Sea lo que sea, lo acepto.

—Gracias.

Aidan mira el reloj.

—Tengo cinco minutos. ¿Quieres decirle hola a Connor?

Quiero y no quiero y lo que quiero es imposible. Demasiadas cosas en la cabeza. Le digo que sí.

Aidan abre la puerta del coche. Yo dejo la bolsa junto al muro del jardín y me acerco. A juzgar por cómo ríe Connor con los mugidos que suelta su vaca de peluche cuando la estruja, no parece demasiado incómodo en una de esas sillitas que a mí siempre me han parecido unos tronos-cárcel.

—Hola, Connor.

Él me estudia unos segundos antes de que la sonrisa le ilumine la cara.

—Connor, mira quién está aquí —le dice Aidan, y antes de que su hijo pueda volver a preguntar quién soy, añade—: Es Ciara.

—Ra.

—Ciara.

—Ra. —Este niño es todo elocuencia.

—Es tu tía —insiste Aidan—. Ci... a... ra. Ci...

—Ci.

—A...

—A.

—Ra...

—Ra.

—Ciara —repite Aidan.

—Cara.

Miro a Aidan contener una sonrisa satisfecha. Cara es mejor que «quién». Cara suena a victoria. Y entonces Aidan se hace a un lado y me invita a dar un paso adelante.

—Aidan —le digo, apartándolo un poco, susurrando. No sé ni por qué bajo la voz; seguro que Connor ni siquiera me entiende—. Me dan miedo los niños.

—¿Cómo te van a dar miedo los niños? —Aidan se echa a reír.

—No sé qué decir. Odio a la gente que les habla como si fueran estúpidos, arrastrando las vocales y casi gritando. O peor, la gente que empieza a decir tonterías como «¡Cucú! ¿Dónde está Connor?» o «¿Quién es el niño más guapo, quién es, eh, quién es?». Es peor que hablarle a un perro. Pero puedo hablarle como a una persona normal, porque no es una persona. Es decir, claro que es una persona, me refiero a que no puede contestarme, no podemos tener una conversación. No puedo hablarle como a un adulto, y si no puedo hablarle como a un adulto, ¿cómo le hablo? ¿Qué le digo?

Aidan se ríe.

—Solo tú podrías conseguir que hablarle a un bebé suene difícil.

—Es que es difícil. No quiero que me recuerde como la tía que le hablaba como si fuera tonto.

—Si te sirve de consuelo, te recordará como su única tía de sangre.

La vaca muge, Connor se ríe.

Quizás Aidan tiene razón y me estoy preocupando más de lo que debiera.

Me acerco a Connor y le acaricio la mano con la yema de los dedos. Él levanta la cabeza hacia mí.

—Hola.

Mira a la vaca unos segundos antes de volverme a mirar y decidir que vale la pena responderme.

—Hola.

—¿Cómo estás?

Él parpadea.

—Bien.

—¿Vas con tus abuelos?

—Sí.

—¿Y luego a la guardería? —Me giro para mirar a Aidan, que asiente con la cabeza. Connor no dice nada, así que insisto—: ¿Y te gusta?

Que alguien me mate.

Mueve la cabeza arriba y abajo con tanta energía que me da miedo que se le descuelgue.

La vaca muge otra vez.

—¿Te acuerdas de cómo me llamo? Soy Ciara.

—Cara.

—Cara, sí —le digo, y él sonrío como si hubiera realizado la hazaña más difícil del mundo—. La tía Cara. Soy la hermana de tu mamá.

—Cara —repite y, al tiempo que le aprieta la barriga a su vaca, dice—: Fifa.

El mugido de la vaca Fifa parece despertar a Aidan.

—Tenemos que irnos —interviene Aidan.

Agradecida por el rescate, me despido de Connor. Mientras su padre cierra la puerta, el niño mueve las manecitas delante de su cara y me lanza un beso a través del cristal. Le sonrío y vuelvo a decirle adiós.

—Espera, Aidan. ¿Mi hermana...?

No necesito decir más para que Aidan arrugue el rostro y yo sea consciente de que me ha entendido. Mira de reojo su reloj de muñeca antes de responder.

—Es complicado.

—No es complicado... No *tan* complicado. Sé que no estuve en el entierro, y sé que Ailís no me perdonará eso, ni que no apareciera en el tanatorio, pero no puedo cambiarlo. Solo puedo intentar que me perdone y no sé cómo hacerlo.

—Ciara, eso es cosa suya. No creo que puedas hacer nada para...

—Habla con ella.

—Se le pasará. Necesita un poco de tiempo. Tu vuelta la ha pillado por sorpresa, y ya sabes cómo es.

—Una cabezota y una orgullosa.

Y tan controladora como Edna, tan organizada como Edna. Todo debía hacerse a su manera. Ellas siempre sabían más: que yo, porque eran mayores, y que Sean, porque nunca movió un dedo en casa.

Aidan menea la cabeza de lado a lado.

—Ayer, después de hablar contigo, se pasó más de media hora hablando de lo mal que estás llevando lo de la reforma, lo mal que estás comiendo.

—¿Y se supone que eso tiene que hacerme sentir mejor?

—Ciara, media hora de monólogo. No me dejaba ni abrir la boca. Es más que evidente que se preocupa por ti, y eso es lo que importa. En algún momento estará preparada.

—En algún momento —repito. Eso no es un consuelo—. No todo el tiempo del mundo, Aidan, no puedo esperar a que cambie de opinión por arte de magia. Tengo que irme.

—¿Adónde? ¿Tienes trabajo en alguna parte, te espera alguien...? —Se toma mi silencio como una negativa, y no se equivoca; lo sabe, por eso dice—: No te vayas.

—Aidan...

—Si puedes volver por una casa, puedes volver por tu hermana.

—Aidan.

Suelta un suspiro que suena a resignación.

—No tienes por qué irte. No digo que te quedes para siempre, solo una temporada, hasta que podáis arreglar las cosas.

—Habla con ella, por favor.

—¿Me estás escuchando?

La pregunta es si él me está escuchando a mí. Le estoy suplicando unas migajas de ayuda.

—Por favor, Aidan.

—Ciara, sabes que intento defenderte siempre, pero Ailís tiene razón. ¿Qué pretendes que le diga? No estuviste con ella cuando vuestra madre murió, no la ayudaste con nada del funeral, llegaste tarde, no fuiste al tanatorio ni al entierro, tardaste una semana en volver a llamar.

—Tenía que irme. El avión, la reunión... Y luego...

—Y no apareciste cuando nació Connor, ni has venido a conocerlo.

—Ailís no me pidió que viniera.

—Ciara, Ailís estaba enfadada, no te dijo que vinieras, pero aún así te mandé la invitación del bautizo, ¿verdad? Estabas invitada, eres familia, debías haber estado aquí. Por tu sobrino, porque él no tiene la culpa de que su madre y su tía estén peleadas.

—Aidan...

—No te lo estoy echando en cara. Todos nos equivocamos, y más en momentos difíciles. Nadie es perfecto. Lo que está hecho, hecho está.

—Yo...

—Se le pasará. La conozco —dice Aidan. Me da un beso en la mejilla, le echa un vistazo a la bolsa y, mientras se dirige hacia la puerta del conductor, dice—: Si fuera tú, la llamaría esta noche para darle las gracias. Llega a casa entre las seis y las seis y media. Ah, y también le contaría lo de tu trabajo en el Flannery's. Ya se ha enterado, pero creo que le gustaría escucharlo de ti. No me mires así. Ya sabes que en este pueblo no hay secretos.

Aidan cierra la puerta, el coche gruñe y deja detrás de él una nube de polvo que se mezcla con la niebla de la mañana.

Antes, la casa estaba siempre llena de ruidos y del aroma del último experimento culinario de Edna. Había jarrones con flores en el recibidor, en el salón, en los baños. Ahora no queda nada. Ailís se fue cuando decidió que Aidan era el amor de su vida, Sean cuando descubrió que el suyo no estaba en esta casa y yo cuando me di cuenta de que no podía renunciar a mi futuro. Edna fue la última en vivir aquí y ahora está bajo tierra y yo no dejo de pensar que la casa murió con ella, o que ella se fundió con la casa y que por eso ahora está gris y vacía como lo estuvo Edna antes de morir.

El clima tampoco ayuda. Aquí el invierno es oscuro y triste.

Estoy sentada a la mesa, pasando las páginas de una de las libretas de recetas de Edna.

Sean siempre decía que Ailís cumplió con creces eso de que los niños vienen con un pan debajo del brazo. En su caso, llegó con un pan, un asado, hortalizas, sopas y mil tipos de pasteles. Edna estaba acostumbrada a la cocina tradicional y sencilla que heredó de su madre. Nunca le había importado el exceso de patatas en su dieta hasta que tuvo a Ailís. Quería que su hija creciera fuerte y sana, así que decidió que plantaría algunas cosas en el jardín trasero para empezar a comer mejor. Con el tiempo, el huerto invadió la cocina, y la cocina invadió la vida de Edna. Le encantaba levantarse con el primer rayo de sol para cuidar del huerto, meterse en casa y experimentar con los productos que le brindaba.

Ahora Ailís tiene su propio huerto en su propio jardín y yo no soy capaz ni de decidir qué cocinar con todo lo que me ha traído Aidan. He colocado las lechugas, los pimientos, las judías, las zanahorias y los tomates en la encimera de la cocina como si fueran las evidencias policiales de un delito, con la esperanza de que verlos así me dé una pista de lo que puedo cocinar.

Nada. Lo único que se me ocurre es apartar las lechugas y meter todo lo demás en el horno. No creo que eso impresione a Ailís.

Aidan tiene razón: tengo que darle las gracias a mi hermana por darme todo esto, aunque no se lo haya pedido y tampoco lo necesite. No se me da bien hablar, así que aquí estoy, hojeando los recetarios de mi madre que he rescatado de las bolsas de basura. Los hojeo en busca de algún plato que pueda despertar la compasión de mi hermana y que yo sea capaz de cocinar. Le doy las gracias a Edna por haber apuntado todas sus recetas. Le pido perdón por haberme burlado durante tantos años de sus cuadernos. Me parecía inútil que anotara algo que sabía de memoria, y que pasara horas escribiendo esas recetas a mano, con una letra perfecta y añadiendo incluso algunos dibujos, cuando muchas de ellas no eran más que variaciones de recetas que había robado a otros cocineros. Hay platos que no son de nadie, se defendía ella, y que nadie en el mundo prepara igual. La cocina es una ciencia, y cambiar un ingrediente es el arte que puede hacer que el plato entero cambie. Por eso lo apunto todo. Porque mi *coq au vin* no es el mismo que el de Julia Child, no señor, y cuando tú lo aprendas, y cuando tú se lo enseñes a tus hijos, quiero que lo hagas a mi manera, que les digas que están comiendo el *coq au vin* de su abuela Edna.

Sus palabras trepan por las paredes de la cocina.

Le pido perdón y le doy las gracias. Con ella es fácil. Yo no tengo que hablar y Edna ya no puede escucharme.

—¿Y lo ha aceptado?

Léan masticla la salchicha con una lentitud dramática y enervante.

No tengo ni idea y me da miedo saberlo. Ailís tiene carácter. Basta con que haya tenido un mal día en la tienda para que mis dos horas de trabajo hayan salido volando por la ventana.

De acuerdo, estoy exagerando. Pero no me cuesta imaginar a Ailís dándosela a un vecino —la comida nunca se tira a la basura—. O quizás la ha dejado en el jardín por si pasa algún gato callejero hambriento. O puede que Aidan la haya convencido y se la hayan comido para cenar. ¿Y si está mala? He seguido la receta paso por paso. He cortado las verduras a lo largo —he tenido que recurrir a internet para saber que eso es lo que significa «cortar en juliana»—, he limpiado las pechugas de pollo, les he hecho algunos cortes, lo he colocado todo en la bandeja, lo he regado con sal y cerveza y lo he metido en el horno. Lo único que he hecho diferente ha sido no poner cebolla. Pero ¿y si eso fastidia toda la receta? O peor, ¿y si Ailís se ha vuelto vegetariana o pescetariana o vegana y no me lo ha dicho? No. Aidan me tiene cariño. Me habría avisado cuando le he dicho que les llevaba «Verduras con pollo». Así lo llamaba Edna y así lo he encontrado en su recetario. Así era ella, incapaz de ponerle a un plato un nombre normal.

He dejado que se enfriara y lo he probado. No sabía como el de Edna, pero no estaba mal. Ni salado ni ácido ni amargo. Era un plato perfectamente comestible. Seguro que Ailís está contenta. Aidan lo parecía. Cuando se ha recobrado de la sorpresa de verme en el porche de su casa, con una bolsa en una mano y la guitarra a la espalda, me ha preguntado si había ido a pie hasta ahí con todo aquello. «Claro que he venido a pie, Aidan, ¿cómo quieres que haya venido?». Me ha mirado como si estuviera loca. Seguro que cuando salía con Ailís en el instituto hizo el mismo camino muchas veces; la casa de sus padres no está muy lejos, según Ailís. Sabe que de mi casa a la suya, que está tocando a la playa, hay casi una hora a pie. He tenido que caminar hasta el pueblo, pasar por delante del Flannery's, la iglesia, el colegio y un gimnasio que hace tres años no existía para llegar a su casa. No tengo coche, y la bici no es una opción segura para ir cargada con una bandeja de comida y una guitarra, así que me he colgado a Helvética en la espalda, he cogido las dos bolsas para Ailís, me he puesto mis cascos y he empezado a andar.

«¿Ailís no está en casa?».

He puesto cara de pena, la más falsa y más ensayada de mi repertorio, y Aidan me ha invitado a pasar y esperarla. He negado con la cabeza y he señalado a Helvética. Hoy es jueves, es noche de trabajo.

Ailís no es violenta, pero es impredecible, y eso es igualmente peligroso. Prefiero que sea Aidan quien le dé la comida. Si alguien tiene que salir herido de esta, que sea él, que es su marido

e hizo un voto de amor eterno. Aidan ha mirado el interior de la bolsa grande y me ha preguntado sin despegar los labios qué había dentro. Me ha sobrado comida, he dicho, como excusándome. Lo de la otra bolsa es para Connor. Quizás deberíais lavarlo primero. Y pon la comida en la nevera.

Léan me devuelve al presente chasqueando los dedos delante de mi cara.

—¿Hola? ¿Me escuchas? ¿Estás conectada?

—¿Eh?

—Que si lo ha aceptado.

—No lo sé, se lo he dado a Aidan. Ailís no estaba —resumo.

Pasan cinco minutos de la hora del cierre; Ivor se ha ido hace rato, poco después de que lo hiciera el último cliente, y Paddy y Finn limpian mientras nosotras terminamos de vaciar dos jarras de Coors.

—Si quieres practicar y traerme fiambreras con comida, me ofrezco voluntaria para ser tu conejillo de indias —dice Léan, y aunque sé que bromea, la idea no me parece tan descabellada. Echo de menos el olor que tenía la casa antes de que Edna enfermara, y a no ser que inventen pronto ambientadores con olor a patatas asadas con mantequilla, mi única opción para recuperarlo es cocinar sus platos.

No.

Ahuyento esa idea. La casa no tiene que volver a ser la de antes, porque nadie quería comprar ese lugar; tiene que ser diferente, mejor, más acogedora.

—Claro que tienes tiempo.

—Tengo una casa entera que reformar, ¿recuerdas?

—Algo has comentado —dice Léan, poniendo los ojos en blanco.

—No puedo cocinar —repito—. Tengo un montón de cosas que hacer. Solo he vaciado mi habitación y la de Ailís y la cocina, me falta el resto, y también pintar casi toda la casa y...

—Y hablar con Ailís para que cierre lo de las reformas y decidir si quitas el papel del salón y de qué color pintas las habitaciones y blablablá. Lo sé.

—Y recordarle a una buena amiga que prometió venir con el coche para llevar las bolsas de basura a los contenedores.

Léan levanta las cejas y arruga los labios.

—Cocíname uno de los asados de tu madre y hablamos —tercia.

—¿Aceptas pedidos? —La voz grave de Paddy retumba en el pub; el silencio y el espacio vacío hacen que parezca mucho más grande. Me mira con un brillo divertido en los ojos, sosteniendo la escoba con el brazo extendido. Antes de que pueda responder, se inclina ligeramente hacia atrás, y mira en dirección al almacén—. ¿Has oído, Finn? Creo que con lo de nueva cantante venía incluida una nueva cocinera.

—Ni en sueños.

Mi tono es tan tajante que hace estallar a Paddy en una carcajada. Finn, que ha asomado la cabeza desde el almacén, nos observa uno a uno sin decir nada.

—Es broma, niña —dice Paddy, aún riendo, y se vuelve hacia su sobrino—: Pero si tiene el talento de su madre... —Abre los ojos casi tanto como su sonrisa se expande—. Llegué a ofrecerle trabajo.

—¿Qué? ¿Le ofreciste trabajo? —Mi perplejidad mancha cada sílaba.

Paddy se acerca, con la escoba en la mano.

—Hace mucho tiempo, hace quince años o quizás más. ¿No lo sabías? —Paddy frunce el ceño. Es evidente que no—. No aquí, claro. Tu madre valía más que para freír patatas y salchichas. Un amigo buscaba un ayudante de cocina para un restaurante que iba a abrir en Waterford. Pagaba bien, pero ella dijo que no podía.

No dice nada más. Yo sé lo que calla por cómo me mira, apoyado en la mesa con los brazos y las piernas cruzadas, la escoba a su lado. Bajo esta luz, parece más viejo y más severo.

—¿Por qué? —Finn ha debido de decidir que si el jefe se sienta, él también puede, porque se ha dejado caer junto a Léan y, tras un intercambio de miradas, le ha dado un trago largo a su cerveza.

—Porque no quiso —le respondo—. Se le daba bien cocinar, podría haber aceptado esa oferta.

A Edna no le gustaba cocinar por cocinar. Disfrutaba poniendo los platos encima de la mesa, viendo cómo los engullíamos, cómo todo el mundo pedía repetir. Le encantaba que sus amigas le pidieran que les hiciera un pastel para cualquier ocasión especial. Edna vivió para los demás. Vivió para mí, para Ailís y para Sean, y poco a poco todos desaparecimos. Renunció a todo por nada.

—Tu padre siempre decía que no hacía falta que trabajara—dice Paddy. «El lugar de una esposa es en casa, con los hijos.» Aunque no pronuncia esas palabras, estoy segura de que se le pasan por la cabeza. Sean era un hombre chapado a la antigua y se enorgullecía de ello—. No creo que rechazar esa oferta fuera cosa de Edna.

Sean no quería que Edna trabajara y Edna no quería trabajar. Decía que estaba bien en casa, cuidándonos, educándonos. Además, siempre estaba ocupada, ¿cómo iba a trabajar? Edna era de esas personas que no pueden quedarse sentadas más de cinco minutos. Siempre tenía algo que hacer: nuevas hortalizas que plantar o algo que arreglar en el huerto, nuevos proyectos para mejorar la casa —una nueva estantería, una mano de pintura—, causas benéficas de la iglesia en las que ser voluntaria, compras que hacer, amigas a las que visitar.

—Tampoco quería trabajar. Cuidaba de su huerto y cocinaba porque tenía tiempo libre; pero estoy segura de que no le gustaba de verdad. Lo hacía por Sean, para complacerlo con sus platos favoritos, y por Ailís y por mí, para que creciéramos bien alimentadas. Eso decía siempre: «tenéis que crecer fuertes y bien alimentadas». Perdía la mitad del día entre el huerto, la cocina y sus recetas.

—Si ella era feliz así... —dice Finn.

¿Era feliz? ¿Antes de que Sean la dejara, era feliz? En la mayor parte de mis recuerdos, aparece sonriendo; aun así, hay otros en los que la asocio con tal oscuridad que casi eclipsa la luminosidad de aquellos. La puerta de su habitación ajustada, las cortinas corridas, su silueta echada en la cama, sin taparse, sin moverse, tal vez dormida o tal vez no. Esos días en los que no existía para nadie. Solo para sus libros, y eso solo en los días menos malos.

—A tu madre, que en paz descansa, le encantaba cocinar. —Tanto la voz como la expresión de Paddy son rotundas. Su rostro se contrae ligeramente al volverse hacia mí—. Y tú eres demasiado

dura con ella.

—Ya sabes lo que dicen de las opiniones —zanjo, dándole la espalda para dirigirme a Léan—. Estábamos hablando de que vas a venir a ayudarme a llevar las bolsas de basura a los contenedores.

—Y de que tú vas a prepararme un asado a cambio.

—Lo mejor que puedo ofrecerte son los recetarios de Edna. Fotocopias, claro. —Ailís me mataría si supiera que los he regalado.

—¿Aún los tienes?

No me pasa desapercibida la nostalgia impresa en la voz de Léan. Pasamos muchas tardes de nuestra infancia en la cocina de mi casa, ayudando a Edna a pesar azúcar, tamizar harina y batir huevos. Hornear algo dulce es lo mejor en días como hoy, decía todos los fines de semana de lluvia.

Le prometo que, si me ayuda, haré fotocopias de los recetarios, le enviaré fotos y hasta se los copiaré a mano, si es lo que quiere.

—Eres mi única opción.

Aunque le hablo a Léan, es Paddy quien responde. En este pueblo nadie se da por aludido cuando lo ignoran.

—¿Y tu hermana? —pregunta.

—La casa es mía, así que es mi responsabilidad.

Llevo la lección bien aprendida.

—De modo que es cierto. —No consigo descifrar si lo que tiñe la voz de Paddy es sorpresa, tristeza o victoria—. Hay rumores, pero ya sabes cómo es tu hermana. Nunca dice una palabra fuera de lugar. Hace tiempo que no la veo, por cierto. Antes venía más por aquí, pero desde que tuvo al niño... Estará grande, ¿verdad?

—¿La casa es tuya? ¿Toda tuya? ¿En propiedad? ¿Sin hipoteca? —Finn corta en seco la divagación de su tío.

Paddy sonrío.

—Ciara es un gran partido, niño.

—Es mía si me quedo a vivir aquí. Si la alquilo o la vendo, que es lo que haré, tengo que repartir los beneficios con mi hermana. —Entiendo las expresiones de sus caras—. Son las condiciones que puso Edna en el testamento.

—Entonces, tu hermana debería ayudarte. ¡Cómo vas a encargarte de todo tú sola, niña! Es demasiado —dice Paddy.

Esa inyección de confianza es precisamente lo que necesitaba en estos momentos.

—Me está ayudando. Está buscando a alguien para reformar los baños y la cocina.

—¿Y ya está? —pregunta Finn.

—Es suficiente. —Busco el apoyo de Léan, que asiente con la cabeza. Paddy se encoge de hombros. O entiende que no puedo pedirle más a Ailís o prefiere no insistir. Por mucho que mi hermana no sea de las que airean sus dramas familiares por el pueblo, no hace falta que abra la boca para que la gente se ponga de su lado—. Estoy bien. No necesito ayuda.

Me enrosco la bufanda alrededor del cuello, hasta que mi boca y mi nariz están a salvo del frío y la humedad de la noche. Qué rápido olvidé el frío de Kilkerry y cuánto me está costando volver a acostumbrarme a él.

—¿Estás segura de que quieres ir andando? Puedo llevarte. —Finn señala su moto.

Me quito los auriculares y bajo un poco la bufanda.

—Prefiero caminar. —No sé cuántas veces lo he dicho ya esta noche—. Léan también va andando a casa y no habéis sido tan insistentes con ella.

—Léan vive a cuatro calles de aquí, y según Paddy, tú tienes media hora de camino. —Suenan exactamente como su tío—. Y es casi la una.

—*Quiero* caminar.

El cambio de verbo surge efecto, porque Finn se encoge de hombros y da un paso hacia atrás.

—Como quieras.

Observo cómo sube a la moto mientras vuelvo a ponerme los auriculares. Los faros iluminan la calle unos segundos antes de que la noche caiga otra vez sobre la entrada del Flannery's.

El pueblo está dormido. No se oye más que el viento y el canto de algún pájaro nocturno que nunca seré capaz de identificar; el mar queda demasiado lejos para oírlo, pero el viento impregna el ambiente de su aroma. Kilkerry exuda una calma que me inquieta. Quiero luces y ruido y vida y calles llenas de desconocidos con los que jamás volveré a cruzarme.

Lleno el silencio con mi música y echo a andar hacia casa, dándole la espalda al mar. La niebla se ha levantado y el día ha dejado paso a una noche manchada con unas pocas nubes, que se deshacen al correr. Llevo doce días aquí y cada cielo despejado que veo me parece más estrellado que el anterior.

Cuando notas la madera contra tu piel, tus dedos presionando las cuerdas, cuando la primera nota que corre por tu garganta apaga el mundo a tu alrededor: entonces lo sientes.

Hace unos días, mientras cumplías ese sueño adolescente de tocar en el Flannery's, pensaste que no eres un milagro. Y tienes razón. No tienes la voz de un ángel, tampoco has deseado serlo. Nunca pediste ir a clases de canto ni de guitarra. Eras feliz aprendiendo primero con tu padre, sola después. Decías que no querías a ningún profesor porque hay cosas que no se pueden enseñar, y mientras todos creíamos que no querías esforzarte, las canciones que componías se iban acumulando debajo de tu cama. Nunca supe cómo te convenció tu padre para que empezaras a ir a clases, ni escuché ninguna de tus canciones.

No supe verte entonces, y ahora estoy demasiado lejos para alcanzarte.

Ahora te veo. Te veo y te comprendo. No te importa que el mundo no se detenga a escucharte, porque cuando tocas, tú escuchas al mundo. Todo se apaga y solo estás tú, tus dedos demasiado lentos y tu voz poco instruida. Estás tú, imperfecta, y nada más, y no quieres más porque no necesitas más.

Estás disfrutando, estás viviendo, y eso es lo único que te importa. Con todo, las sonrisas con que recibes los elogios son sinceras y hay cierta codicia en ellas, aunque tú finjas que te da igual si te escuchan o te aplauden o te piden que cantes otra.

Se te da bien fingir.

Tú tienes tu guitarra.

Yo tenía mis fogones.

Y aun así, tú sigues sin verme.

9

Veo a Edna en todas partes.

El domingo por la mañana, casi toda la casa está encerrada en bolsas. Las de mi habitación siguen ahí; las demás están en el salón. Solo me queda por vaciar el garaje y la habitación de Edna.

Son las diez, no hay ni una nube en el cielo matinal por primera vez en una semana y yo estoy de pie en el umbral del dormitorio de Edna. No me atrevo a entrar. Si aún no he sido capaz de visitar su tumba, no estoy preparada para tocar su ropa.

Tengo que ir a verla, y si no quiero dar vueltas entre nichos y tumbas con un ramo de flores en la mano, tendré que preguntarle a Ailís dónde está enterrada, y ella me responderá que lo sabría si me hubiera quedado al entierro o me echará en cara que aún no haya ido a llevarle rosas a mamá, con lo que le gustaban las rosas, es lo primero que debería haber hecho en cuanto volví al pueblo.

Por el momento, solo hablamos de la reforma o de Connor. El viernes me llamó para darme las gracias por la comida y para prometerme que me devolvería la fuente; le dije que podía tirarla.

Podría pedirle a Léan que vacíe la habitación. Para eso están las amigas, para encargarse de cosas así. Para ella no es nada. Para mí es demasiado, porque Edna está en todas partes y en todas partes la veo consumida como una vela. La veo como en los últimos meses en los que viví aquí: tirada en la cama, con las cortinas echadas, con ese haz de luz partiendo su cuerpo por la mitad. Los ojos, transparentes y vacíos como un vaso de cristal. El cuerpo, pesado, adherido al colchón. El olor a cerrado. Su voz.

Casi no recuerdo su voz.

También se ha llevado eso.

Me voy de ahí. No hay nada mío en este lugar, y esta mañana el sol invita a salir al jardín.

Léan está de pie en la esquina, a unos metros de mí, vestida con un abrigo verde tan fino que consigo que me avergüence de mi bufanda y mi gorro. De repente, todo me pica. Dejo caer la mano derecha, y con la izquierda aprieto las cuerdas para hacerlas callar.

Oigo a Finn antes de verlo.

—¿Está ahí?

Aparece tras Léan, algo más abrigado que ella, de negro, desde las deportivas hasta el gorro de lana.

—Te lo he dicho —le responde Léan, cuando él se detiene a su lado. Me mira y entorna los ojos, al tiempo que mueve la cabeza de lado a lado—. Llevamos como media hora llamando al timbre.

—Estaba tocando —digo.

Léan mira a Helvética y enarca una ceja.

—Ya lo veo.

—Pensaba que habíamos quedado a las dos.

—Son las dos y cuarto —dice ella—. Levanta, vamos. He quedado a las cuatro y no quiero llegar tarde.

Léan desaparece dentro de la casa sin decir nada más, y Finn y yo la seguimos. Su cita debe de ser importante, porque es de las que suele llegar tarde con la excusa de que lo bueno se hace esperar.

Ayer por la noche, decidió que no quería escuchar ningún ruego más y acorraló a Finn para pedirle ayuda. Seis manos trabajan más rápido que cuatro y Léan tiene muchas cosas que hacer.

Así que aquí está Finn, repasando todos los rincones y líneas de mi salón, pensativo.

—¿Queréis algo de beber? —Yo también aprendí cosas de Edna, diga lo que diga Ailís. A los invitados hay que ofrecerles siempre una bebida, incluso cuando uno no tiene ni para preparar un triste té con leche. Tanto Finn como Léan niegan con la cabeza. No sé qué dicen las normas sociales sobre comer cuando los invitados declinan tu invitación, pero yo me muero de hambre y les digo que se sienten donde puedan mientras voy a la cocina.

Cada vez que abro uno de estos sándwiches de pollo, beicon y queso, juraría que oigo a Edna gritar por cometer tamaño pecado culinario en su cocina. Tiro el plástico en la papelera y le doy un mordisco al sándwich. El pan está demasiado blando y la pasta de atún y maíz no sabe a nada.

Engullo.

En el salón, Finn está junto a la puerta que da al jardín, inspeccionándolo todo con la mirada. Cuando se cruza con la mía, se aclara la garganta:

—Estaba contando las bolsas.

—No te esfuerces, es imposible. Hay demasiadas. —Léan observa el salón apoyada en el sillón de Sean.

—No son tantas.

—¿Que no son tantas? He llegado a treinta y siete y me he perdido —dice ella—. Al menos dime que están todas aquí.

—Aún faltan algunas. Mis cosas siguen en mi cuarto, y aún no he tenido tiempo de vaciar ni el garaje, pero eso lo haré más adelante, ni la habitación de Edna.

—Dijiste que lo tendrías todo preparado.

—Solo falta bajar las bolsas de mi cuarto, es un momento. Y la habitación de Edna... Eso también es un momento.

Es un momento, no hay que seleccionar ni guardar nada. Es fácil. Podrías hacerlo tú, si quieres. De hecho, es buena idea. Tú vacías la habitación de Edna, y Finn y yo empezamos a hacer viajes hasta los contenedores. Así tú no tienes que moverte ni pasar frío fuera de casa. Así me ayudas, porque de verdad, de verdad, de verdad, no quiero entrar ahí.

Sé lo que quiero decir y pese a ello no digo nada. A veces la distancia que me separa de Léan es insalvable.

Ella debería entender que yo no quiera vaciar la habitación de Edna, y debería saber que quiero pedirle —suplicarle— que lo haga por mí.

Léan suspira y, con las manos en la cadera, mueve la cabeza de un lado a otro.

—Da igual. Haremos lo que podamos. Lo que no nos dé tiempo, otro día. ¿Por dónde empezamos?

No tardamos mucho en crear una cadena: Finn y yo dejamos las bolsas en el jardín, junto a la puerta, y Léan carga el coche. Cuando está lleno, se va y, un rato más tarde, regresa con el coche vacío para hacer otro viaje. Yo no hablo mientras trabajo. Finn no calla. No deja de comentar cuánto pesa esa última bolsa, si debería comprobar que no haya cadáveres dentro, que no quiere ser cómplice de un crimen, que qué poco frío hace para estar a mediados de febrero. Quiere saber qué estamos tirando y cada tres bolsas pregunta si de verdad no quiero guardar nada de eso.

No. Nada.

Lo repito una y otra vez y él no se cansa de preguntar y yo no cambio mi respuesta.

Todas las bolsas están en el jardín delantero y nosotros dos, de pie junto al muro, esperamos a que Léan vuelva. Hace casi veinte minutos que se ha ido; ya debería estar aquí.

—¿Y tu hermana está de acuerdo con que lo tires todo?

—Ya se llevó lo importante en su momento. Solo quedaba porquería. Me dijo que podía tirarlo.

Platos, marcos sin fotos, casetes y películas en VHS, vinilos rotos, ropa de cama, jarrones, cubiertos, portavelas, ceniceros, papeles, cepillos de dientes, documentos que ya no sirven, trapos y fregonas. No voy a decirle que hasta que decidí cocinar algo decente con las hortalizas que me trajo Aidan, los recetarios de Edna también estaban metidos en bolsas.

Lo único que queda en el salón son las bolsas con los libros y los discos. Léan se ha negado a sacarlas de casa. Solo los bárbaros destruyen libros y música. Le he tenido que prometer que

donaré los libros a la biblioteca o al colegio y que revisaré los discos para ver si había algo decente (he repetido sus palabras, porque es la colección que me dejó Sean cuando se fue; claro que hay *algo* decente, *todo* es más que decente).

Con lo demás, no ha puesto objeción. Le parece bien que me deshaga de todo. Al fin y al cabo, yo sé lo que me hago.

—¿Estás segura? —pregunta Finn, en el instante en el que el coche de Léan asoma por el recodo.

Asiento mientras observo avanzar al vehículo. Rescatar los recetarios ha sido una excepción; todo lo demás puede ir a la basura. Por el momento, no he encontrado nada importante, y dudo que lo haya.

No decimos nada más.

Léan aparca el coche de cualquier manera y sale sin apagar el motor. La oigo hablar antes incluso de que haya abierto la puerta para salir.

—... llenos y he tenido que ir hasta los que hay en la plaza de la biblioteca, como si no tuviera nada más que hacer —se queja, jugando con sus llaves entre los dedos—. ¿Esas son todas las bolsas que quedan?

Mira su reloj y luego a mí.

—Sí.

—¿Está todo?

—Sí —repito.

—¿Lo de la habitación de Edna?

—No nos ha dado tiempo.

Habríamos tenido tiempo si no nos hubiéramos pasado los últimos diez minutos aquí sentados.

Léan aprieta los labios y entrecierra los ojos. Cualquiera que la conozca un poco sabe que no es una buena señal.

—He tardado veinte minutos en ir y volver. ¿Cómo no os va a dar tiempo de vaciar cuatro armarios, vosotros que sois dos? Has dicho que se hacía en nada.

—No pasa nada —interviene Finn—. Lo haremos otro día.

—No. No, voy a llamar a Liz y decirle que llego tarde. Qué más da.

Solo hay una persona más cabezota que Léan, y esa es Léan cuando está nerviosa. Como sé que no voy a conseguir nada hablando, le hago un gesto a Finn y los dos empezamos a cargar las bolsas en el coche mientras ella no para de decir que va a llamar a Liz, que da igual que llegue tarde, que qué importancia tiene una tercera cita, que lo importante es la primera, que todo el mundo lo sabe.

Le abro la puerta del conductor y la empujo dentro del coche.

—Solo es ropa, podré llevarla poco a poco con la bici —le aseguro a Léan para que se quede tranquila. Parpadea, sentada en el asiento del conductor con un pie aún sobre el asfalto—. Ahora ve a tu cita y deja de quejarte.

Léan sigue con el ceño fruncido, pero sus labios se están torciendo en una sonrisa. Se deja caer en el asiento y levanta los ojos buscando a Finn.

—¿Y tu abrigo?

—Tenía calor.

—Finn, ve a buscarlo; nos vamos.

Él se vuelve hacia mí y se baja el gorro hasta que le cubre las orejas por completo.

—¿Quieres que te ayude a vaciar la habitación de tu madre?

—No te preocupes, lo haré otro día.

—No es molestia. Además, hoy trabajas, ¿verdad? Podemos ir juntos al pub y aprovechar el camino para llevar algunas bolsas a los contenedores. Si es ropa, no pesarán mucho.

Léan no espera a que nos pongamos de acuerdo. Nos lanza un beso a cada uno desde el coche y nos dice adiós con la mano sacándola fuera de la ventanilla mientras se aleja.

Finn ni siquiera espera a que haya cerrado la puerta del jardín para volver a sacar el tema.

—¿Vamos?

—¿Adónde?

—A vaciar la habitación de tus padres. Así ya estará hecho —dice y, como respuesta, empiezo a cruzar el jardín. Escucho las suelas de sus zapatos crujiendo detrás de mí—. Será un momento.

—Ya lo haremos otro día —le digo.

—¿Le pasa algo a esa habitación? ¿Está embrujada? ¿Una plaga? ¿Cucarachas? ¿Chinches?

No quiero tener que ver y menos aún tocar las cosas de Edna. Esa es la verdad, pero en lugar de decírselo, respondo que no le pasa nada a la habitación. Finn dice que es evidente que sí. Yo insisto y él insiste y yo insisto y entramos en una rueda que gira tan rápido que empiezo a marearme.

—Si lo hacemos ahora, ya estará hecho.

Odio a la gente que argumenta con obviedades. Así es imposible discutir. Mi suspiro y la sonrisa triunfal de Finn son suficientes para que nos entendamos.

Finn se encarga de hacer todo lo que me correspondería hacer a mí. Descorre las cortinas, abre los armarios y lo analiza todo centímetro a centímetro. Yo permanezco en la puerta, mirando a todas partes sin decidirme a hacer nada. Finn me tiende una bolsa de basura.

—Sujétala y yo la voy llenando, ¿vale?

Veo a mi madre caer al fondo de la bolsa. Los calcetines con dibujos de renos que le regalamos unas Navidades y que nunca estrenó. Esas bragas rojas que no tiró por muchos agujeros que coleccionaran. El vestido verde que llevó en la boda de Ailís. Todas esas medias que hacía años que no se ponía, sombreros que jamás la vi usar, zapatos sacados de otro siglo, camisas con hombreras, pantalones de campana, ese abrigo rosa de plumas que tanto le gustaba.

—¿Qué hacías en Barcelona?

La pregunta de Finn me pilla de improviso. Levanto la mirada de la bolsa de basura.

—Trabajar.

—¿No tienes una respuesta con más detalles?

—Trabajar en una agencia de marketing y en un pub.

—¿Eso es una respuesta con detalles?

—¿Qué más quieres?

—Antes de mudarme aquí, trabajaba en un pub en Bray, el Dolan's. Estaba a veinte minutos de casa, así que iba en bici, hasta que un día un coche se saltó un semáforo y me atropelló. Nada

grave, un esguince en el brazo, pero empecé a ir andando a todas partes. A veces llegaba tarde por eso. El caso es que trabajé en el pub tres años. Solo de camarero, nada de cantar. Quería quedarme ahí, no tenía en mente irme de Bray; pensaba que Dolan, el dueño, hablaría conmigo cuando quisiera deshacerse del pub. Siempre repetía que era viejo y que quería descansar. Sabía que yo quería tener mi propio pub en algún momento, y aun así, el día después de cumplir los sesenta y siete, me anunció que había vendido el local. Dos meses más tarde, ni rastro del Dolan's ni de mi trabajo —Finn no deja de tirar cosas, una detrás de la otra. Solo me mira cuando dice—: Eso es una respuesta con detalles.

—¿Quieres tener un pub?

—Algún día —responde—. Tu turno.

Le hablo de los días interminables sentada delante del ordenador, de las reuniones con los clientes, de las campañas que no funcionan, de los algoritmos que me perseguían hasta en sueños y que cambiaban en lo que dura un pestañeo. Le hablo también de los dos becarios que me quitaron el trabajo y de ese «quiero algo más irlandés» que de vez en cuando aún me atraviesa los pensamientos.

No, no he pensado en buscar algo relacionado con «lo mío» mientras estoy aquí, respondo cuando lo pregunta. He venido para arreglar la casa, no puedo tener un trabajo al mismo tiempo. Lo del pub es diferente, son solo unas horas, puedo combinarlo, y necesito salir de casa, ¿sabes? Además, me gusta cantar. No, el trabajo en la agencia... Eso es diferente. Tengo que comer. ¿A ti te gusta tu trabajo, servir cervezas y aguantar a clientes pesados y limpiar mesas? El trabajo es trabajo. Lo del pub es otra cosa, no lo hacía por el dinero.

—Se te da bien —dice él. Lanza un puñado de calcetines dentro de la bolsa—. ¿Tocas desde hace mucho?

—Desde que era pequeña. —Esta vez no quiero dar la respuesta larga, así que le reboto la pregunta—: ¿Y tú?

—Empecé hace cuatro o cinco años. Una mala ruptura, ya sabes. Al menos gané algo. Nunca me había interesado mucho la música. Tocar y eso, digo. Pero quería hacer algo diferente y un amigo me dijo que debería aprender a tocar la guitarra, que con eso ligaba seguro, y como un clavo quita otro clavo... Así que eso es lo que hice. No te rías. Después descubrí que me gustaba, y un día mi tío me escuchó y decidió que sería el suplente para cuando el cantante fallara.

—Y tú no puedes negarte, claro.

—Familia. No le puedes decir que no. No te dejen decir que no, mejor dicho. Saben hacerte sentir culpable: yo te di trabajo, te di la oportunidad de mudarte y empezar de cero, te acogí mientras buscabas piso... Y tiene razón. No se puede decir que no a la familia.

Sí se puede. Claro que se puede. A veces, incluso *se debe*.

Prefiero no decir nada, así que me uno al silencio de Finn y seguimos llenando bolsas con la ropa de Edna hasta que todos los armarios están vacíos. Solo quedan las dos mesillas de noche. La de Edna, en realidad. La del lado de Sean está vacía desde que él se marchó de casa. No me hace falta abrirla para saberlo.

—Tu madre acumuló un montón de porquería.

—Vivió aquí toda su vida —la justifico—. Incluso cuando se casó. Se mudaron aquí de forma

temporal, pero la cosa se alargó y mis abuelos murieron jóvenes, así que no llegó a irse.

Finn asiente y, mientras continúa echando cosas de Edna en la bolsa, empieza a hablar sobre el encanto de vivir en una casa con historia. La funda verde de las gafas de lectura de Edna, una caja de cerillas, dos botes de pastillas vacíos, un panfleto de publicidad de un nuevo restaurante en Kilkerry, un libro que debió de quedarse en el jardín en un día de lluvia... Cada objeto que tira me arrastra un poco más lejos de la conversación.

El dormitorio está lleno de la luz del día, y aun así resulta tétrico. Los armarios están abiertos, la ventana también. La cama está desnuda. La puerta, a medio cerrar. Detrás de esta, cuelga su bata rosa de felpa, como esperando a que Edna la coja, como si el tiempo no hubiera pasado y ella siguiera aquí.

La bata alrededor del cuerpo, bien abrochada a la cintura, las manos siempre limpias, las uñas perfectas.

Si me esfuerzo un poco, puedo verla.

Estoy tirada en mi cama, lejos de Helvética, con los ojos anegados en lágrimas. Edna está sentada al escritorio, con las piernas cruzadas y las manos sobre ellas. Lleva la bata encima de su vestido azul y las perlas de su madre —algún día serán vuestras, niñas; tendréis que compartirlas—. Me dijo que no llorara. Me aseguró que Cathleen no había querido hacerme daño. Si había dicho que mi falda parecía sacada de las donaciones de la parroquia delante de todos había sido por llamar la atención. Quizás tuviera envidia. La gente no siempre actúa bien, ni como queremos que lo hagan. Ahora que eres casi una mujer, es el momento de que aprendas que la vida no es bonita ni justa; la gente se comporta mal, pero le corresponde a Nuestro Señor juzgar. Tú aguanta y, sobre todo, no llores. Las niñas guapas no lloran. Si lloras, te saldrán arrugas y te pondrás fea y ¿quién te va a querer fea?

No llores, no llores...

Así, cierra los ojos. Aléjate de todo, acércate a mí.

Tu madre, a los pies del sofá, contándote un cuento para alejar las pesadillas que te atrapaban los pies. Tu madre, con las cejas nevadas de harina, cocinando tu pastel favorito para tu cumpleaños, con la casa llena de globos y flores. Tu madre, en aquella tienda de Cork aguantando a ese dependiente que creía saberlo todo solo para que tú tuvieras la guitarra que querías. Tu madre, en el Flannery's o en aquel restaurante italiano de Waterford que nos gustaba o a la salida del cine o plantando sus tomates o recogiendo sus judías. Tu madre, sonriente, viva, llena. Te sobran recuerdos de ella, pero tú solo ves a Edna, aquella a quien nunca llamabas mamá.

Acércate a mí, frente a la ventana que aprendiste a temer. Con los pies donde los tuve yo hace no tanto tiempo, y los ojos cerrados en una oscuridad absoluta, me ves tan nítida como un reflejo en un lago tranquilo; ahí mismo, vestida, vestida con mi pijama de cuadros y mi bata de felpa, la que te ha hecho cerrar los ojos y te ha traído hasta aquí. Es de noche, las luces están apagadas dentro y fuera de la casa. La ventana está abierta y yo respiro el aire frío de noviembre. Hace tiempo que no salgo de aquí. La brisa helada es lo único que logra despertar mis sentidos en estos días.

Eso es lo que estoy pensando cuando entras en la habitación. Gritas, corres hacia mí, me abrazas, me apartas de la ventana. Me empujas hasta mi cama, me obligas a sentarme a tu lado mientras hablas. No sé qué dices. Te veo mover los labios, las manos. Estás alterada. Tus ojos parecen dos globos de agua a punto de estallar. No dejas de gritar. Cierras la ventana, corres las cortinas, te vas. En menos de un minuto vuelvo a tenerte delante, con una bandeja en las manos. Un vaso de agua, tres galletas, dos pastillas.

Tardé mucho tiempo en entender lo que pasó aquella noche.

Ahora veo lo que tú creíste ver.

Pobre Edna, ha sacrificado su vida por nada. El marido la abandona. Su hija mayor la abandona. Su hija pequeña, la que la llama por su nombre, ha vuelto a casa por pena y cuenta los segundos para abandonarla. Debe de estar cansada de luchar. Debe de querer que todo acabe.

Desde ese día, cada vez que me acercaba a una ventana o a un cuchillo dabas un respingo. Por suerte para ti, dejé de levantarme de la cama y de acercarme a nada.

No sé qué me pasó. Primero fue esa tristeza que me atenazaba el pecho y me ataba las manos. Echaba de menos a tu padre. No entendía cómo había podido hacerme aquello, después de tanto tiempo, después de tantos recuerdos compartidos. Ailís intentaba animarme, pero ella tenía a Aidan, acababan de casarse. Les dije que no se preocuparan. Estaba bien, solo era un pequeño bache. Entonces volviste de Dublín y creí que las cosas mejorarían. Contigo aquí tenía algo por lo que luchar. Quise ser fuerte por ti, pero no pude. No tenía fuerzas para nada. Abría los ojos y no entendía para qué. Los párpados me pesaban una tonelada. Poco a poco, la tristeza fue desapareciendo. Ya no lloraba por tu padre, ni por esa mujerzuela que le había

engatusado para que abandonara a su familia.

Intentaba mejorar y salir de la habitación de Ailís. A veces, cuando tú ibas a hacer la compra, me levantaba de la cama y paseaba por casa. Intentaba ser normal. Intentaba recordar todo lo que solía hacer antes. Intentaba cocinar, y con la cerilla intacta aún en la mano, me quedaba mirando la olla sin entender por qué no hervía. Tiraba comida que creía que estaba caducada porque no sabía en qué mes vivíamos. Intentaba limpiar y la mitad de las veces no podía recordar dónde guardaba las bayetas.

Dejé de intentar nada. Me refugié en la habitación de tu hermana, el único espacio vacío de la casa que no estaba lleno de la presencia de tu padre. Estaba tan vacía como yo, y yo me sentía a salvo ahí. Nada fuera, nada dentro. Había dejado de sentir. No sé cuándo sucedió. Las pastillas no ayudaron. Dejé de tomarlas. Para qué, si yo no servía para nada. No quería las pastillas ni mi cocina ni a mi marido. Solo quería mi tristeza. Lo habría dado todo por recuperarla, pero no volvió.

Tienes razón: todos os fuisteis, me quedé sola y cada ausencia creó un agujero en mí por los que se filtró todo lo que un día tuve. Sin vosotros, me quedé agujereada y vacía en una casa demasiado grande, llena de las voces de mis padres, esas que decían que debía ser buena madre y buena esposa.

No has podido, no has sabido, no vales para nada.

Tú crees que fui lo que me enseñaron a ser, pero hija, yo siempre fui lo que quise. Fui vuestra madre, la mejor madre que supe ser, y a pesar de eso, para ti morí siendo Edna.

La triste, arrugada y frágil Edna.

Tan insignificante, tan tonta que no vio que su marido tenía una aventura, tan cobarde que cayó y no se atrevió a levantarse. Yo sabía cómo me mirabas y sabía que te irías. Te observaba, incluso cuando creías que no lo hacía. Todas las veces que pusiste los ojos en blanco, que suspiraste demasiado fuerte, que apretaste los labios para no revelar lo que pensabas. Sabía que te marcharías y no hice nada por evitarlo.

Me rendí y dejé que te rindieras.

Edna ya no está aquí y, aun así, la veo en todas partes, todos los días, en cada rincón de esta casa, su cuerpo rechoncho embutido en la bata que cuelga tras la puerta de la habitación, asomado a la ventana en una noche con una brisa como la que corre ahora. Los recuerdos se entremezclan con todas aquellas imágenes que dibujó mi mente cuando Ailís me llamó aquel veintiséis de marzo. «Mamá ha muerto.» La vi en la bañera, al final de las escaleras, bajo una ventana, con la cabeza dentro del horno, tirada en el sofá con un bote de pastillas en la mano, dentro de algún armario.

Finn echa la bata rosa dentro de la bolsa que tengo entre las manos.

—Creo que era lo último —dice.

—Sí. —La habitación ya no es de nadie; lo que quedaba de Edna está encerrado en las cuatro bolsas apiladas junto a la puerta—. Gracias por ayudarme.

—No me des las gracias. Imagino que volver no te estará siendo fácil, y tener que vaciarlo todo, aún menos. Si estuviera en tu piel, agradecería compañía —dice, y en cuanto ve que yo solo logro enderezar una sonrisa que amenaza con romperse, añade, señalando las bolsas con la cabeza —: Deberías donar la ropa a la parroquia.

Busco en todas sus líneas la sombra de mi madre, que por un instante ha invadido el cuerpo de Finn.

—Eso es lo que diría mi madre. ¿Seguro que no la conociste?

—Paddy me ha hablado de ella alguna vez, y como te dije el otro día, este es un pueblo pequeño, aquí todo se sabe. Sé que era religiosa, como el noventa por ciento de la gente del pueblo, así que supongo que preferiría ver su ropa en su parroquia que en un vertedero. Y seguro que hay personas necesitadas que también lo preferirían.

—No hace falta que me convenzas, no he dicho que no.

Finn entorna los ojos.

—Tienes razón. Pero tienes la costumbre de llevar la contraria, así que no puedes tenérmelo en cuenta.

Apenas le dejo dar unos pasos hacia la puerta antes de agarrarlo del jersey para detenerlo.

—Espera —repito. Le suelto la manga y él me escruta de arriba abajo mientras yo busco las palabras adecuadas—. ¿Qué has oído sobre la muerte de mi madre?

Este es un pueblo pequeño, todo se sabe, ha dicho.

—Que la atropellaron —dice, arrugado por la incomodidad y con los ojos clavados en mí; me vuelvo hacia la ventana, hacia los prados y la luz del sol—. Y que el conductor se dio a la fuga. ¿Ha pasado algo? —pregunta, invadido por una energía repentina—, ¿han detenido al conductor?

Claro que no: esas cosas solo pasan en las películas. No había cámaras ni testigos cuando

sucedió, aún estaba amaneciendo. Nunca van a encontrar al culpable; he aprendido a convivir con esa certeza.

—Solo quería saber qué dice la gente —le digo, moviendo la cabeza de lado a lado—. Llevaba mucho tiempo encerrada en casa y...

—Eso también lo he escuchado —me interrumpe Finn, tan suavemente que casi parece que esté pidiendo disculpas.

—No entiendo qué hacía fuera de casa. Nunca salía cuando yo estaba aquí, y la chica que la cuidaba, no sé cómo se llama, le dijo a Ailís que el mayor progreso que había hecho desde que me había marchado fue bajar al salón. —Me siento sobre el colchón, intentando no tocarlo con las manos. Desprende un ligero olor a agua estancada y estoy convencida de que ha sido amarillo mucho más tiempo del que lució su blanco original.

Finn deja que el silencio se trague todas mis palabras, de pie frente a mí con los brazos caídos a los lados, inertes.

Ha sido una mala idea. ¿Por qué he dicho nada? Que Finn me haya ayudado con la habitación de Edna no significa que tenga que contarle su vida, y mucho menos hablarle de su muerte; de todos modos, ya conoce todos los detalles.

Cuando éramos pequeñas, Ailís y yo nos pasábamos las mañanas de domingo transformando nuestras camas en palacios, iglús y fortalezas. Utilizábamos todo lo que teníamos a mano: los colchones, las almohadas, las sábanas, los edredones. Si Ailís se sentía ambiciosa, me mandaba a por los cojines del sofá.

Yo sabía lo que había que hacer: un colchón en el suelo, junto al escritorio, y el otro colocado en vertical a modo de pared. Unas sillas a modo de contrafuerte, una sábana por encima y una almohada como puerta. Aquella fórmula nunca fallaba. Pero Ailís siempre quería probar algo nuevo. ¡Hagamos un iglú! ¡Hoy vamos a hacer un tren! ¿Y por qué no una nave espacial? Cada domingo, nuestras camas se transformaban en algo diferente. A veces, Ailís lo organizaba todo sola. Esos días, yo me quedaba sentada encima del somier de mi cama, mirando cómo trabajaba, y solo me movía cuando ella me retaba a adivinar qué había construido. Casi nunca acertaba. Siempre veía lo mismo: una cueva. Pero cuando Ailís me decía que era la cabaña de un vikingo, entonces lo veía. Un día seré arquitecta, decía ella.

No recuerdo qué fue lo último que construimos. Quizás una tienda apache o un transbordador espacial o un transatlántico. Hace mucho tiempo de eso. Cuando cumplió los trece, Sean y Edna decidieron que Ailís tenía razón y que ya era lo suficientemente mayor para tener su propia habitación. Vacieron el cuarto de los trastos, ese que tiempo atrás había sido la habitación de costura de la abuela Néassa, y en cuestión de semanas lo único que quedaba de él era el cuadro del lago de Kilkerry colgado junto a la puerta. Ailís se llevó todas sus cosas de nuestra habitación y, sin pretenderlo, también nuestros juegos de domingo.

Me pregunto cómo serán ahora sus mañanas de domingo, si se levantará pronto, regará el huerto e irá a despertar a Connor y le dirá que es hora de jugar, y si después se vestirán a toda prisa porque otra vez se le ha hecho tarde, y si irán a misa y al Flannery's a tomarse una sidra antes de regresar a casa, donde les espera el plato de los domingos, siempre el mismo, y si Aidan llenará la casa con la música de Van Morrison y se sentará en el sofá a fumar su puro mientras escucha su disco favorito y Ailís friega los platos y vuelve a convertir su habitación en nada más que una aburrida y ordinaria habitación.

Aidan nunca ha mencionado a Van Morrison en mi presencia y Ailís jamás le dejaría fumar en casa —no había domingo en que no le lanzara una mirada de reprobación a Sean y le recordara lo malo que era el tabaco—. Mis recuerdos intoxican mi imaginación porque solo soy capaz de visualizar a Ailís cuando la tengo delante, como ahora. No sé cómo serán sus domingos, si es ella quien friega los platos, si se acuerda de todos los transatlánticos que echaron anclas en nuestra habitación.

Al menos tengo una certeza: esa emoción que la hacía correr de un lado a otro sonriendo sin parar mientras movía cojines y sábanas ha sobrevivido al paso de los años. La veo en sus ojos abiertos y brillantes, en la energía con que asiente, sonriendo, cuando escucha algo que le gusta. El contratista, un amigo de Aidan, largo como un calabacín y con gafas de culo de botella, arrastra unos zapatos manchados de pintura por el parqué sin dejar de hablar. Ailís lo sigue con el carpesano abierto en las manos como los cantantes del coro sujetan sus cancioneros en la iglesia. Le enseña las fotos, señala, contrasta opiniones e ideas, pide una rebaja, y no sé si esas baldosas son la mejor elección, y por supuesto que vitro. ¿Sabes? Nuestra madre —me señala— decía que la comida no sabía igual con la vitrocerámica. Fuego, decía, no hay nada como el fuego. Nada de electricidad. Vivía en otro siglo, sí. La gente quiere vitro. Es lo más cómodo. Se limpia en un momento. Y hay que quitar ese armario, así podemos poner una nevera más grande. La gente no tiene tiempo para cocinar. La gente quiere espacio en el congelador.

Michael no deja de tocarlo todo, mirarlo todo, cuestionarlo todo. Está aquí solo por la cocina y los baños, pero tiene una opinión muy profesional y honesta sobre cada pequeño detalle y quiere dársela a Ailís. A mí solo me mira de vez en cuando, quizás para asegurarse de que lo estoy escuchando. Mejor. Estoy cansada de asentir mientras comenta que el papel de las paredes estaba anticuado ya en los sesenta o que los muebles del salón valdrían solo para hacer fuego. Conozco a alguien, dice, que os puede desmontar todo esto por prácticamente nada, y a un decorador que haría maravillas con esta casa. Si la tuvierais cuidada, os la quitarían de las manos. Deberíais haberla reformado en cuanto os la dejaron. Aidan ya me contó que no podíais, ya lo sé, pero aun así... La instalación eléctrica está bien, ¿verdad? ¿Me dijiste que la revisaron hace poco?, pregunta, y cuando Ailís le confirma que hace un par de años, él da el visto bueno asintiendo con la cabeza. Voy a traeros mi tarjeta y el presupuesto, dice. Lo calculo en un momento, en la furgoneta, no quería arriesgarme a deciros nada antes de ver la casa. Será aproximado, solo para que os hagáis una idea. Traeré una tarjeta para ti, así tienes mi teléfono.

No sé a quién le habla.

—Ailís —digo, en el instante en el que sé que Michael ya no puede oírnos. Ella deja de pasar hojas de su carpesano para mirarme—. Esto no es lo que habíamos hablado. Se sale de presupuesto.

Ella se encoge de hombros.

—No se sale de presupuesto. El problema es que, como siempre, no te informas bien de las cosas. Solo me dijiste que había que arreglar la cocina y el baño. ¿Y el suelo? ¿Y las ventanas? No tuviste en cuenta muchas cosas.

—No me lo dijiste.

—Por supuesto, la culpa es mía.

Su voz calmada me pone enferma.

—Tú hablaste con las inmobiliarias, te dijeron qué problemas tenía la casa. Si sabías que había que hacer mucho más que arreglar la cocina y los baños, deberías habérmelo dicho antes de...

—¿De qué?

Me muerdo los labios. Ailís me está retando con la seguridad de quien lleva la razón. ¿Antes

de qué? Cuando se enteró de que me volvía para arreglar la casa de Edna, yo ya tenía el billete y ya había avisado a Gerda, Filipe y Bruna de que podían empezar a buscar nuevo inquilino para mi habitación.

—Deberías habérmelo dicho —repito. En ese punto tengo yo la razón, aunque a juzgar por la expresión de Ailís, ella está muy lejos de verlo así.

—Haberlo hecho tú.

—Quería, ¿te acuerdas? Te dije que iba a tasarla y tú me dijiste que no hacía falta, que ya lo habías hecho. ¿De qué me sirve que me ayudes si me das la mitad de la información? —Miro a mi hermana, que me observa con la barbilla ligeramente alzada. Quiere guerra y yo sé que no es el momento. Intento suavizar el tono—. Da igual. Qué más da. De todos modos, no tengo tanto dinero.

—Te dije que no era una buena idea.

—Ailís, por favor. Ya hemos hablado de esto —digo—. ¿Tú no puedes pagar una parte? ¿Nada?

—Nos estamos dejando una fortuna en la guardería de Connor, y Aidan necesita un implante.

—No sería mucho.

—No —repite ella. Se aprieta el carpesano contra el pecho—. Tienes trabajo, ¿verdad?

Se lo he contado antes de que se quitara el abrigo para evitar que pudiera echarme en cara habérselo ocultado; he sido demasiado optimista al pensar que no lo utilizaría en mi contra.

—Ailís, te llevarás la mitad de lo que consigamos por la venta. Es justo que... —Me freno en seco al ver cómo sus dedos emblanquecen por la fuerza con que agarra el carpesano—. Solo digo que necesito ayuda y que vas a recuperar el dinero en pocos meses. Es una inversión.

—Eso no lo sabes.

Echaba de menos su optimismo.

—La venderé.

—Ciara, tengo un hijo. Cuando tengas familia, entenderás...

Me quedo sin saber qué entenderé, porque calla y pone su mejor sonrisa en cuanto el contratista regresa con un papel en la mano que tiende a Ailís. Ella me lo da a mí sin mirarlo siquiera.

Demasiados conceptos. Demasiados números, demasiados ceros. No sé cómo voy a conseguir el dinero. Tendré que prescindir de algo. Los suelos, por ejemplo. Qué más da que no estén pulidos. Es demasiado caro.

—En cuanto lo aprobéis, nos ponemos manos a la obra —dice el hombre, y como si supiera lo que estoy pensando, añade—: Y antes terminaremos.

—¿Cuándo?

Me escruta como si le hubiera preguntado cuál es el secreto de la vida eterna.

Silencio.

—Aproximadamente —interviene Ailís.

El hombre meneaba la cabeza. Se coloca las gafas, arruga los labios.

—Dos semanas para la cocina, otras dos o quizás tres para los baños. No lo sé seguro. Kathryn, la mujer de Joseph, está ya de siete meses, el niño no tiene que llegar aún, pero si se

adelanta, perderemos un par de manos y eso nos retrasará. Cambiar las ventanas y pulir los suelos no costará demasiado, una semana como mucho. Ya, ya sé que no sabéis si lo haréis, pero insisto. Estas ventanas tienen más de cincuenta años. Cambiadlas. A la gente no le gusta pasar frío. Entonces, dos semanas y tres semanas, mejor pasarse que quedarse corto, y otra semana... Un mes y medio, a lo mejor un poco más, desde que empezemos a trabajar. Estamos... ¿a qué? Viernes diecisiete, ¿verdad? Si podemos empezar a principios de marzo, cuenta con que en mayo estará acabado.

¿Mayo?

No. No puede ser mayo. Mayo será junio, porque cuando terminen, yo aún tendré que pintar paredes y acabar de limpiar y encontrar un comprador. La inmobiliaria no quiere saber nada de visitas hasta que la reforma no esté acabada. Llegué en invierno, no puedo irme en verano. Busqué información en internet. Leí que en poco más de un mes tienes la casa reformada si contratas a alguien que sabe lo que hace. O internet miente o Michael miente. No creo que mienta o, al menos, está convencido de que no lo hace. No vacila ni un segundo, solo se detiene para contar las semanas con los dedos. Tres meses más. Dos meses de obras, casi uno de espera. ¿Por qué he tardado tanto en ponerme manos a la obra? ¿Qué he estado haciendo en este tiempo?

Ah, sí.

Llenar bolsas de basura, compadecerme de mí misma, tocar la guitarra en un pub por la mitad de lo que ganaba en el Molly Malone's y esquivar los recuerdos que acechan por todas partes.

Mayo.

Tengo que centrarme o mayo se convertirá en junio y junio en agosto y agosto en diciembre y, sin darme cuenta, Kilkerry lo habrá conseguido otra vez.

—De acuerdo. Te llamaré mañana —digo.

Michael asiente. No parece que le preocupe el presupuesto. Sabe, creo, que voy a decir que sí. No puedo perder más tiempo buscando otras opciones, y Ailís tiene razón: nos está haciendo precio de amigos. No voy a encontrar nada mejor.

Michael se marcha después de juzgar el jardín sin ningún disimulo mientras lo cruza. Sé lo que piensa y en lo que eso se traduce: más dinero.

—Yo también me voy.

Ailís puede ser tan silenciosa como un fantasma.

—Vale.

Me da un beso rápido en la mejilla, casi sin rozarme, y abre la puerta. Da apenas cuatro pasos antes de darse la vuelta, dubitativa:

—Sobre lo del dinero...

—Da igual. —Es tarde. Estoy cansada y no quiero discutir—. Lo entiendo.

Ailís asiente.

No mucho más tarde, cuando estoy en el Flannery's con Léan tomando una jarra de cerveza y una ración de patatas con doble de salsa, recibo un mensaje de Ailís. Ha hablado con Aidan; pueden prestarme algo, mañana me llamará.

Yo debería estar en casa, aprovechando la noche de viernes para empezar a arrancar el papel

de las paredes del salón, pero Léan me ha llamado poco después de que Ailís se fuera. Necesitaba hablar. Problemas con Liz. No me ha dicho más, así que aquí estoy, intentando seguir el hilo de una historia en la que aparece un ex reciente, celos y todos los miedos que Léan lleva arrastrando desde que la conozco. Asiento, le digo que tiene razón y que no la tiene, que hable con Liz, que la comunicación es lo más importante en cualquier relación. Me lleno la boca con consejos reciclados porque mi cabeza está ocupada visualizando la casa sin ese horrible papel en las paredes, con una cocina digna de este siglo, incluso con ventanas y puertas nuevas.

Mayo suena un poco más cercano.

Siempre fuiste una holgazana. Dejabas tus deberes para última hora, te pasabas horas tirada en el sofá sin hacer nada y, los sábados por la mañana, pegada a las sábanas.

¿Quién eres? Desde que vino Ailís con ese hombre que insultó mi hogar y a todos nosotros sin que vosotras reaccionarais, no has parado. Cuando estás en casa, no te quedas quieta ni diez minutos seguidos. Pones la música a todo volumen —y ahí sí, ahí sí eres tú, porque vuelves a tener quince años y cantas y gritas y bailas sabiendo que nadie te ve— y trabajas sin descanso. Te marchas al Flannery's en cuanto se pone el sol y dejas que la noche se revuelque en la agonía de esta casa. Lo entiendo. El paisaje es desolador.

El otoño se ha adueñado del salón: el papel de flores, ese que elegí en una tiendecita de Cork que cerró hace muchos años, cubre el suelo como un manto de hojas. Cuando arrancas el último trozo de papel, te colocas en el centro de la sala y desde ahí contemplas el caos que has creado.

Yo solo desearía ser capaz de llorar por mi casa mientras tú sonríes, orgullosa.

Recoges los trozos de papel y haces un tachón más en tu lista. Desmontar los muebles de la habitación de Ailís, las estanterías de la despensa, arrancar el papel del salón, vaciar el garaje para poder meter los muebles que vayas desmontando. Te pasas tres días metida en ese cuarto de trastos, encuentras cosas que ni yo recordaba que estaban ahí: ropa de cuando erais bebés, herramientas, hamacas, una sombrilla, botes de conserva, zapatos viejos, una nevera portátil, libros estropeados por la humedad, las bicis y el inflador, una báscula rota, carpetas con papeles ya amarillentos.

Utilizas tu vieja bici para llevar todo lo demás, al menos las cosas pequeñas, a los contenedores. No quieres volver a esperar. Te da igual no dormir, porque tienes que terminar pronto. Tienes un mes, sí, ya lo sabes, le dices a esa voz que no para de repetirte que te des un respiro. Te da igual. Casi no has hecho nada desde que llegaste. Te has acomodado y el pueblo está a punto de atraparte otra vez, porque el pueblo tiene conciencia y quienes viven aquí lo hacen porque están encadenados a él. Tienes que terminar antes de que empiecen a arreglar la cocina y los baños. Echarás una mano en lo que sea. Si tienes que aprender a colocar baldosas, lo harás. No has preguntado si te lo permitirán, ni hablar. Es tu casa. Tú pagas, tú mandas.

Ahora estás sentada encima del escritorio de tu padre. Gracias a Dios que no está, porque pondría el grito en el cielo si te viera apoyar los zapatos ahí. Oigo su voz con claridad, como tú: cuidado con la madera, es de nogal, ¿sabes lo que cuesta? Te he dicho mil veces que no entres aquí. No pongas las manos ahí, has estado comiendo porquerías o jugando fuera, ¿verdad? Lo vas a manchar todo. Vete, estoy trabajando.

Se te escapa la sonrisa mientras presionas las suelas de los zapatos contra la mesa, intentando decidir cuál de los cinco botes de pintura que has dejado en el suelo usarás para pintar esta habitación.

En cuestión de cinco minutos estás de pie frente a la puerta, con una de las latas a un lado y la caja de herramientas de tu padre al otro. Lo primero que tienes que hacer es desmontar la

estantería rinconera.

Léan no puede venir hoy, te dice por teléfono. No le has pedido ayuda a nadie más. ¿Qué pasa con Paddy, su sobrino y el otro camarero, y con los amigos de los que me hablabas a veces? ¿Niamh, Owen, Caitlín, Oliver? ¿Qué pasa con Ailís?

No necesitas a nadie. Una hora y media y algunos rasguños y moratones después, la estantería ha quedado reducida a dieciocho tablones de madera amontonados en el pasillo.

Te quedas de pie, con las manos apoyadas en la mesa y los ojos fijos en la marca que la estantería ha dejado en la pared, viendo muchas más sombras de las que proyecta la realidad.

De pequeña no te separabas de él. Era severo, pero eso no quita que fuera un buen padre. Te enseñó a montar en bici, a tocar la guitarra, a jugar a fútbol. Eres quien eres también por él, aunque ahora no habléis. Yo nunca os pedí que dejarais de hacerlo, y aun así, él siempre me culpó. No sabes cuántas veces me llamó para decirme que dejara de comeros la cabeza, que erais sus hijas y tenía derecho a hablar con vosotras. Que nuestro matrimonio se hubiera roto no significaba que tuviera que perderos. Erais tan hijas suyas como mías, decía siempre, y yo os estaba alejando de él. Y yo, tonta de mí, también me guardé eso. No os hablé de esas llamadas porque dejé de querer hablar de vuestro padre. Con vosotras o con cualquiera. Era mi marido, era mi dolor.

¿Cuánto tiempo hace que no hablas con él? Ailís lo llama de vez en cuando. Pero ¿y tú? ¿Lo perdonarás algún día? Llámalo. Dile que te acuerdas de él, de las tardes que pasasteis en el jardín enseñándote a regatear, de las mañanas de sábado sentado él en su sillón, tú sobre sus rodillas, escuchando todos esos discos que Léan impidió que tiraras a la basura. Los nombres siguen contigo. Es la música que suena ahora mismo, porque él, como yo, tampoco va a desaparecer nunca del todo.

Había olvidado esto.

Me sienta bien tomar el aire.

Llevo diez minutos avanzando por el camino que lleva al lago y no me he cruzado con nadie. Ni un coche, ni una bicicleta, ni una persona. Nada. Solo las vacas en los campos y los pájaros en el cielo. Si doy una vuelta sobre mí misma, no puedo contar más que media docena de casas, y el pueblo está tan lejos que parece otro mundo. Me gusta esto. La música, poder dar un salto o girar sobre mis pies si la canción me lo pide, cantar si quiero. No hay nadie que me mire. Aun con todas las nubes que se apretujan en el cielo, el día es mucho más gris dentro de la casa.

Llevaba demasiadas horas encerrada.

Estos caminos están llenos de recuerdos: de tardes en bicicleta, escapadas nocturnas, besos a escondidas, horas perdidas. Hoy, mientras la música suena, me acuerdo de todas esas tardes con Amy.

Amy era la única vecina de mi edad en un kilómetro a la redonda. Vivía en la casa blanca que queda un poco más arriba del camino, en dirección contraria al pueblo. Sus padres y mis padres eran amigos, así que nosotras nos hicimos amigas también. Era pelirroja y llevaba unas gafas redondas que a mí siempre me recordaron a dos galletas. De pequeñas jugábamos en los prados, en este camino, cerca del lago o en una de nuestras casas cuando llovía. Después crecimos y decidimos que jugar era cosa de críos. Por esa época, nos veíamos los fines de semana en el pueblo, y durante la semana Amy pasaba a buscarme cuando sacaba a pasear a su perro, un dálmata tan grande como un ternero. Patrick, creo que se llamaba. ¿Patsy? Algo con pe. Era una excusa, en realidad. Íbamos a institutos diferentes, así que los cotilleos de una eran nuevos para la otra. El perro correteaba y nosotras charlábamos.

En esa época, todos los problemas eran gigantes como montañas. Una mala mirada de una compañera de clase, un comentario fuera de lugar, una discusión con Edna, un chico con pocas luces y otro demasiado listo, una cuerda rota de mi guitarra.

¿Y ahora?

Ahora no sé dónde está Amy ni quién vive en su antigua casa. Ahora camino sola y las únicas montañas son las que se recortan por encima del verde de los campos, a lo lejos, diluyéndose en las nubes.

Ahora voy abrigada hasta las cejas, cuando hace años habría salido de casa solo con una chaqueta gruesa. Sean se reiría de mí si me viera. Eres una blandengue, me diría. Me da igual. Me siento bien con mi abrigo y mi bufanda y mis guantes, protegida del frío, que solo me hiela la nariz y las mejillas.

—¿Qué haces aquí?

Finn gira la cabeza hacia mí al oír mi voz, pero no se levanta del muro en el que está apoyado hasta que me detengo entre él y su moto.

—Léan me ha llamado. Tu móvil no daba señal —dice, como si eso lo explicara todo—. Creía que estábamos juntos. No habíamos quedado, ¿verdad?

—No —respondo, y su rostro se destensa en el acto—. Por eso te pregunto qué haces aquí.

—Léan me ha llamado porque creía que estaba contigo, ayudándote con la casa. Te ha llamado unas cuantas veces, tu móvil no daba señal y...

No hace falta que diga más para saber cómo acaba la historia.

—Se preocupa demasiado. —Me llevo la mano al bolsillo y le enseño mi teléfono a Finn—. Sin batería. Estoy bien, solo he salido a pasear. ¿Has venido a comprobar si seguía entera?

Léan tiene madera de madre: nadie sufre más que ella por todo lo que no ha sucedido.

—Y a ayudarte —dice, al tiempo que señala la verja—. Estaba fregando cuando me ha llamado Léan.

—Desmontar muebles es un plan mucho más digno para tu día libre.

—Si lo hubieras preguntado, te habría dicho que sí.

—No necesito ayuda.

—Tampoco la necesitabas con la habitación de tu madre, pero te fue bien —dice, y en cuanto se da cuenta de que no sé cómo rebatir eso, se acerca a la verja y la abre sin preguntar. Su convicción se resquebraja en cuanto enciende el motor—: Puedo aparcar dentro, ¿verdad?

—Mi casa es tu casa —respondo, invitándole a pasar—. Sobre todo si quieres pagar por ella. Entonces sí será tu casa —digo, levantando la voz a medida que se aleja hacia la casa. Salto el muro para sortear la polvareda que ha dejado la moto y le señalo la verja a Finn para que la cierre—. Y a mí me harías un favor.

—Si tuviera el dinero para pagar esta casa, antes abriría un pub. Pero gracias por la oferta.

—Es una muy buena oportunidad. Tiene cuatro habitaciones. Si fuera tú, lo pensaría.

—¡Cuatro habitaciones! Eso cambia las cosas. Se lo consultaré a mi esposa y a mis dos hijos —bromea, mientras corre el pestillo de la verja—. Y al perro, claro.

—Perfecto.

Finn me sigue a través del jardín mientras voy describiendo cómo podría ser el jardín —como fue hace tiempo—: las rosas, las campánulas, la hierba bien cortada. Exagero el tono tanto como Finn se aferra a un rictus serio, que se desintegra en cuanto ponemos un pie en el comedor. Arrastra los pies hasta el sofá, con las cejas fruncidas y los brazos pegados al cuerpo, como

evitando tocar nada.

—Esto parece sacado de una película de terror.

—Tú siempre tan sincero.

Las paredes son lienzos rasgados, el suelo está cubierto de trozos de papel y los muebles parecen mucho más viejos que hace solo unas semanas.

—¿Has avanzado mucho?

Mucho menos de lo que debería, a este paso no me voy a ir ni en diciembre; por mucho que haga, parece que nunca avanzo. Eso es lo que quiero decir, pero no quiero quejarme.

—Lo suficiente.

Me he pasado una semana en el garaje, llenando bolsas con clavos, barreños, guantes de jardinería, botes de conserva, pilas gastadas, herramientas oxidadas, estropajos, garrafas de aceite de coche, colchonetas de playa, patines, ropa de bebé, latas de pintura, libros escolares, peluches, tijeras de podar, regadoras y no sé cuántas cosas más. Nada con valor sentimental: eso se lo llevó Ailís hace tiempo.

El martes, Léan me acompañó al pueblo para hacer la compra y aproveché para tirar algunas de las bolsas que estaban invadiendo el salón (otra vez). Volví a casa con cinco rollos de bolsas de tamaño industrial y una cantidad desproporcionada de comida. Unas horas antes había descubierto que cuando se habla de alimentación, es imposible razonar con Léan. Se pierde parloteando sobre nutrientes y vitaminas y no atiende a razones. ¿Un sándwich envasado para cenar? Si tu madre te viera, te mataría, sentenció mientras pesaba unas cebollas.

—Te enseñé el resto —le digo a Finn, haciéndole un gesto para que me siga hasta la cocina.

Es solo la concha de algo que un día estuvo vivo. Ahora, con la luz del día llenándola, se ve incluso más vacía. Ya no hay sartenes amontonadas de cualquier manera en las vitrinas, ni botes de especias en cada rincón. No hay cucharones de madera, ni imanes en la puerta de la nevera, ni un bol lleno de fruta junto al microondas; ni siquiera el microondas sigue aquí.

Pero no está muerta del todo: gracias a Léan, mi nevera está llena de hortalizas —que aunque no huelen como las de nuestro huerto, me hacen recordar viejos tiempos—, y de carne fresca, yogures, leche y huevos, y en los armarios hay pasta, arroz, cereales, patatas, cebollas y ajos. Todos los mediodías me entretengo cocinando alguna de las recetas de Edna. Elijo la que parece más fácil o la que se ajusta a los ingredientes que tengo a mano, y si no encuentro nada que me convenza, adapto alguna. Guiso de pollo a la Edna (sin champiñones ni tomates), tortilla a las finas hierbas, sopa y quiche de cebolla.

—¿Vas a reformar tú la cocina?

—¿Quieres que vuele la casa por los aires o qué? He contratado a profesionales, pero aún tardarán dos semanas en empezar las obras.

Mientras seguimos con la visita guiada, le explico cómo quedará la cocina, la habitación de Ailís, la mía, el despacho de Sean y los dos baños. Lo veo todo. La vitrocerámica, una esbelta nevera de aluminio, estanterías nuevas para las habitaciones, escritorios sin rayas ni marcas, los baños blancos en lugar de amarillos, espejos relucientes. Imagino lo que no llegaré a ver: camas nuevas, armarios, lámparas, cuadros en las paredes, plantas en el salón.

Hace un mes, pensaba que no podía odiar más esta casa. Me equivocaba. Cuanto más vacía,

más me inquieta.

Finn mira las tablas de maderas que hay en el pasillo, entre las puertas del despacho de Sean y la habitación de Ailís.

—Es el armario —digo.

Él mueve la cabeza en señal reprobatoria.

—Aún no entiendo por qué lo has hecho sola.

Escondo las manos detrás de la espalda antes de responder. Prefiero que no vea los rasguños.

—He podido hacerlo, ¿no?

—Podrías haberte hecho daño. Estas maderas —le da un golpecito con el pie a uno de los laterales—, parecen pesadas.

—Todo el mundo tenía cosas que hacer.

—Podrías haber esperado.

—No. Voy muy atrasada.

—Pues podrías haber hecho otra cosa.

Eso es verdad. Pero estaba en el despacho y la estantería me pedía a gritos que la desmontara. Tenía que hacerlo.

Finn entra en el despacho y se apoya en la mesa; luego mira a su alrededor.

—¿Qué vas a hacer con esta habitación?

—Pintar las paredes, cambiar las ventanas y arreglar el suelo. Lo mismo que con las otras.

Me siento de un salto encima de la mesa y Finn me imita.

—Esto te estará costando un ojo de la cara.

Me encojo de hombros.

—Hay que invertir para vender.

—¿Eres una multimillonaria que oculta su fortuna para que la gente la quiera por lo que es y no por lo que tiene?

—Más quisiera. Entre lo que me dejó Edna y mis ahorros... De todos modos no es suficiente. He tenido que pedirle dinero a Ailís.

—Es lo mínimo que puede hacer —dice, y antes de que pueda rebatirle, añade—: No deberías estar haciéndolo todo tú sola, y...

—No lo estoy haciendo sola. Estás aquí, ¿no? Y Léan también me ayuda.

—... y si lo haces sola —me ignora él—, lo mínimo que Ailís puede hacer es poner un poco de dinero para la reforma.

—Finn, me fui. La dejé sola con Edna, con los preparativos del funeral, fui a la misa pero no estuve en el entierro, ni tampoco cuando tuvo a Connor... Ni siquiera vine para lo de la herencia. Le di poderes notariales a Léan para que actuara en mi lugar.

—¿Y qué?

—¿Como que y qué? ¿Te lo repito?

—Es tu hermana. La familia pide perdón y sigue adelante. Todos nos equivocamos.

Ella no. Ella es la madre perfecta, la esposa perfecta, la trabajadora perfecta, la hija perfecta. Incluso habla con Sean de vez en cuando. ¿Y yo? Yo borré su número de teléfono hace años y no he intentado buscarlo de nuevo.

—Eso díselo a ella.

Pretendía que saliendo del despacho con el destornillador en la mano quedaría claro que esas eran mis últimas palabras sobre el tema, pero Finn me sigue hasta la habitación de Ailís.

—¿Por eso quieres irte? ¿Para no tener que verla? —pregunta, desde el umbral de la puerta.

Ailís es de las pocas razones que tengo para quedarme.

—Quiero irme porque no quiero quedarme en Kilkerry.

—¿Por qué?

—¿Quieres una lista?

—Por favor.

—Es pequeño.

Da un paso hacia el interior de la habitación y se apoya en la pared, rejuvenecida gracias a mis dos capas de pintura

—Acogedor.

—Es pequeño y eso significa que no hay ni cine ni conciertos ni tiendas decentes, y mucho menos teatros o...

—¿Sueles ir al teatro?

—Esa no es la cuestión. Fuera de aquí, siempre he tenido la opción de hacerlo si me apetece. Eso es lo que importa.

—No, eso...

—Quieres la lista de todo lo malo que tiene Kilkerry, ¿no? Pues calla y escucha. Es pequeño, no hay nada que hacer además de ir de pubs o a la playa en verano. Encima, la gente te conoce. Eso no me lo puedes discutir. Ya has visto cómo me miran, y lo que dicen. Incluso personas con la que nunca he hablado saben quién soy, y eso me lleva al punto tres: la gente es cotilla y se cree que tiene derecho a meterse en la vida de los demás. Eso en una gran ciudad no pasa, ahí ni siquiera sabes quién vive en la puerta de al lado. Aquí la gente habla y juzga a todo el mundo. Cuatro: no hay trabajo. Ni de lo mío ni de nada. Y cinco, y presta atención porque este es el más importante. Punto cinco: odio este pueblo.

Finn parpadea y sus labios se curvan en una sonrisa desafiante.

—Vale.

—¿Vale? ¿Ya está?

—¿Qué quieres que te diga? No vas a cambiar de opinión, haga una lista o haga mil.

—Admite que tengo razón.

—Claro que tienes razón. Pero todo eso que tú odias, como la tranquilidad o que la gente se conozca, a mí me gusta. Yo tampoco voy a cambiar de opinión. ¿Para qué discutir? —dice, avanzando hacia mí. Para hacerle entender cuánto se equivoca, para que pueda ver Kilkerry como yo lo veo, como es en realidad. Él tiene la visión sesgada de la gente de ciudad que llega al campo creyendo que es el paraíso, un lugar donde plantar un huerto y sentarse a observar el atardecer todos los días. Finn pasa junto a mí y se detiene entre la cama y la estantería vacía—: Mejor invertir la energía en algo más productivo.

No necesito más que la sombra de la sonrisa de Finn para imaginarlo tumbado en la cama, tan desnudo como el resto de la habitación, escuchar el silencio roto por gemidos en lugar de crujidos

y golpes producidos por el viento.

Levanto el destornillador en dirección a la estantería, pero antes de que llegue a decir nada, oigo el timbre de mi móvil al otro lado de la pared.

Mi hermana ni siquiera saluda.

—¿Dónde estabas? Es la tercera vez que te llamo. Necesito un favor, es importante — barbotea, sin darme tiempo a intervenir.

La angustia de su voz se hunde en mi estómago. Pide perdón y sigue adelante. Sea lo que sea, estoy aquí para lo que necesite.

—¿Qué pasa?

—¿Puedes quedarte con Connor?

—¿Ahora?

—Sí, ahora.

No. No, ni de broma. Hace un mes, Connor no sabía quién era yo, aún no es capaz de decir bien mi nombre y yo no he cuidado nunca de un niño pequeño. Sería un desastre. Se caería por las escaleras o se bebería un bote de lejía o lo perdería en el jardín.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—¿Te puedes quedar con él o no? —Ailís suena apremiante. Yo no digo nada—. Es Gilroy, mi suegro. Está en el hospital. Tengo que ir con Aidan y no quiero llevar a Connor. ¿Puedes quedártelo o no? No te lo pediría si no fuera importante. La canguro no puede y no tengo...

—¿Es grave?

—No lo sé, Ciara. Ahora no es buen momento. ¿Puedes quedártelo o no?

No puedo decirle otra vez que no.

—Vale.

—¿Estás en casa? ¿Voy a buscarte?

—Pueden llevarme —digo. Es imposible que Finn sepa de lo que hablo, y pese a todo, al ver que lo miro, él asiente. Leo en sus labios que pregunta adónde; le hago un gesto con la mano para que espere a que cuelgue.

En otros tiempos, o quizás simplemente en otro momento, Ailís habría preguntado.

—Te espero aquí.

—Llegaré en diez minutos —digo, aunque eso es menos de lo que se tarda en ir a su casa en moto.

Antes de que cuelgue, Finn ya está guardando las herramientas en la caja.

—Tengo que ir a casa de mi hermana. ¿Podrías llevarme? Si fuera en bici tardaría demasiado, y es urgente.

—Te llevo.

Cinco minutos después estoy sentada en la moto de Finn, agarrada a su cintura, con la cabeza llena de todas las veces en que Edna me prohibió irme de casa en la moto de Owen, y todas aquellas en las que él me esperó con el motor apagado en el desvío del lago.

Ailís tampoco me cuenta nada sobre el padre de Aidan mientras busca las llaves del coche por el salón de su casa. No deja de hablar de Connor. Es alérgico a la lactosa, así que nada de leche ni queso ni yogures, y mucho cuidado con las galletas. Me lo repite todo dos veces y después mira a

Finn y vuelve a la carga. Es alérgico a la lactosa; no le pongas la tele, se malacostumbra, y nada de salir al huerto, sabe que lo tiene prohibido. Jugad al Lego, eso le encanta, o con las figuritas de dinosaurio que tiene en su habitación. Él ya te lo dirá. Pero nada de tele, se ponga como se ponga.

Cuando encuentra las llaves, se despide de mí con un beso en la mejilla y de Finn, que está en el salón con Connor, gritándole un adiós desde el recibidor y un «dale recuerdos a tu tío de mi parte».

El ruido de la puerta al cerrarse es el peor sonido del mundo.

—¡Has sobrevivido a un bebé!

Estamos en una cafetería de Waterford, con dos tazas de té entre nosotras y rodeadas de bolsas. Las de Léan están llenas de libros, ropa y material escolar; las mías, de destornilladores y guantes y mil herramientas que no quiero pero necesito, y, por culpa de mi debilidad frente a la presión de Léan, un par de revistas de decoración.

Llevamos toda la mañana en la ciudad, alargando el tiempo entre tiendas de ropa, librerías y ferreterías. Como en los viejos tiempos, ha dicho Léan cuando he entrado en su coche esta mañana. Y como en los viejos tiempos, ha aprovechado todas estas horas para ponerme al día: ahora sé que tiene que aguantar a un niño de su clase que no para de morderla, que conoció a Liz en la fiesta de cumpleaños de un compañero de trabajo, que me la quiere presentar pronto y que hace tiempo que no sentía esto por nadie. No me acuerdo ni de la última vez, dice, y ahora que lo menciona, yo tampoco. A cambio, le explico mi aventura con la estantería y la tarde cuidando a Connor.

—¿Te has dado cuenta por fin de que no son tan horribles?

—No son tan horribles —le concedo.

Cuando dejé de preocuparme por cómo hablarle o por que se tragara una pieza de Lego de un momento a otro y muriera ahogado, todo fue bien. Jugamos con sus figuras de dinosaurios, lo escuché mientras barboteaba palabras inconexas, nos sentamos los dos en el sofá a mirar la tele aunque Ailís lo hubiera prohibido. Le cambié los pañales como pude, echando mano de lo que había visto en series y películas, le puse música, le canté intentando que se durmiera. Cuando llegó Ailís, Connor ya tarareaba alguna melodía conmigo.

—¿Has dejado de pensar que estoy loca por ser profesora?

—¡No! Un niño, vale. ¿Quince al mismo tiempo? Ni de coña. Se mueven, lloran porque sí y dejan de llorar también porque sí, ahora quieren ir al baño y de camino se les van las ganas. Y encima hablan y hablan, al menos Connor; te lo juro, si mi madre estuviera aquí me pediría perdón por llamarme «radio» de pequeña. Connor es peor que yo, y encima lo que dice no tiene sentido. No son ni frases, son palabras sueltas o directamente inventadas. Suerte que Ailís volvió a las tres horas, porque ya tenía la cabeza como un bombo. ¿Más de un niño? Ni loca.

—Me sorprende que aceptaras cuidarlo, no te ofendas —dice, escondiendo la sonrisa en un sorbo de té. Cuando se separa de la taza, se pone seria—: ¿Sabes qué le pasa al padre de Aidan?

—No. No he vuelto a ver a Ailís desde el lunes y, cuando me coge el teléfono, nunca puede hablar. Supongo que ya le habrán dado el alta, de todos modos. Han pasado cinco días.

El sonido que hace la taza cuando Léan la deja en el plato es tan sordo como el de sus palabras:

—Sigue ingresado.

Siento un tirón en el estómago. ¿Por qué lo sabe ella y yo no? Debería saberlo. Soy la hermana de Ailís. Aunque no lo conozca, eso convierte a su suegro en parte de mi familia. Algo así. Es el padre de Aidan. Si le pasa algo grave, yo debería estar enterada.

—¿Cómo lo sabes?

—Ailís me llamó el miércoles para preguntarme si conocía a alguien que pudiera cuidar de Connor, porque la niñera a la que suelen llamar no tiene libres las mañanas y...

—¿Ailís te llamó? ¿A ti? ¿Por qué?

—Porque sabe que conozco a niñeras por el colegio.

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

—¿Qué, que tu hermana me preguntó si conocía a una niñera?

—Sí.

Soy consciente de que mis celos son completamente irracionales. Habría sido una tontería que Ailís me llamara a mí para preguntarme eso, porque no conozco a nadie. Aun así...

—¿Y por qué no me lo pidió a mí?

Léan arruga la cara.

—¿Me lo estás diciendo en serio?

—Sí. ¿Por qué no le dijiste que me lo pidiera?

Se echa para atrás y cruza los brazos sobre el pecho.

—Porque durante toda la vida has huido de los niños pequeños como si fueran una granada de mano, Ciara.

—Es diferente. Connor es mi sobrino. Debería habérmelo preguntado.

—Estás liada con la casa. No quiere molestarte.

—Soy su hermana.

Ella insiste en que no tiene importancia y aunque lo entiendo, me siento dolida. Soy su familia. Soy la única familia de sangre que tiene Ailís en Kilkerry y, cuando necesita algo, ni siquiera recurre a mí. No me pide ayuda para cuidar a Connor y no me cuenta qué le pasa a su suegro. El lunes me llamó porque era su última opción.

Yo me acostumbré a vivir sin ella. No debería dolerme que ella también se haya acostumbrado a vivir sin mí, y no puedo pretender que solo por haber vuelto todo cambie. Lo sé. Tengo la lección aprendida. Pero hoy ni yo misma me escucho, así que sigo dándole vueltas incluso cuando hace rato que hemos cambiado de tema.

Hoy recuerdo todas las veces en que Ailís me ha colgado el teléfono con malas excusas durante estos años. Siempre tenía algo en el horno o a Connor a punto de meterse una cucaracha en la boca o la pillaba vistiéndose para salir. Y yo, día tras día, le decía que de acuerdo, que no pasaba nada, y le sonreía al teléfono aunque nadie me estuviera mirando.

Hoy, mientras Léan sigue hablando sobre Liz en el camino de vuelta a Kilkerry, no dejo de pensar en mi hermana. Los campos pasan, los dejamos atrás, y cada vez me siento más lejos de la carretera. Estoy de nuevo en Barcelona, sola, mirando el teléfono sin saber si volver a llamar,

prometiéndome que será la última vez que me arrastro por alguien a quien no le intereso, caminando sin rumbo por las callejuelas de mi barrio, bebiendo con Gerda, Filipe y Bruna, riendo. Echo de menos Barcelona, las noches eternas, los días soleados. Era fácil fingir que todo iba bien.

Quizás Aidan tenga razón y Ailís solo necesita tiempo. Ahora lo tengo, quiera o no. Me quedan al menos dos meses aquí. Tiene que ser suficiente, porque la sangre dejará de importar si me marcho de Kilkerry sin el perdón de Ailís. La palabra «familia» se quedará hueca; no pesará nada.

A Edna se le partiría el corazón otra vez.

Si no puedes amar a tu sangre, ¿a quién serás capaz de amar? Eso decía ella. El amor empieza en casa. Un hogar sin amor es una persona sin capacidad de amar, concluía.

Acabamos de pasar el cartel que nos da la bienvenida a Kilkerry y hace rato que no escucho a Léan. Somos familia.

Somos familia, y el amor empieza en casa, y por eso no espero ni a meter la llave en la cerradura de casa para llamarla. No contesta. No me doy por vencida. Lo vuelvo a intentar mientras me cambio de ropa, mientras busco las llaves, antes de montar en la bici, mientras la ato a una farola frente al Flannery's, y una última vez antes de sentarme a terminar la noche de trabajo en la barra, acompañada por una Coors y la conversación de Ivor y Paddy, que cualquiera diría que se turnan para no dejarme sola.

Es casi medianoche cuando el teléfono empieza a sonar.

Le hago un gesto a Ivor para que vigile mi vaso mientras salgo a la calle a hablar. Me recibe un frío tan denso como afilado.

—¿Ciara? ¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—¿Por qué susurras?

—Estoy en el hospital. —Ailís se aclara la voz y alza ligeramente el tono—: Llevo aquí desde las seis, me he acostumbrado a hablar así. ¿Qué pasa? Tengo seis llamadas perdidas tuyas.

El hospital. Mierda.

—Da igual —digo—. Perdona, no he caído en que estarías en el hospital. Da igual, ya hablaremos.

—¿Qué querías?

—No es importante.

—Ciara.

—Ailís.

—¿Qué querías? ¿Más dinero?

El sutil tono venenoso de esas dos últimas palabras me hace reaccionar.

—¿Quién está cuidando a Connor? No ahora mismo. Estos días.

—¿Perdona?

—¿Quién cuida a Connor? Lo cuidaban tus suegros, ¿no? Ahora, con tu suegro en el hospital, ¿quién lo cuida por las tardes, después de la guardería?

Pasan unos segundos antes de que escuche la voz de Ailís al otro lado.

—Una niñera. ¿Por qué?

—¿Por qué no me lo has pedido a mí?

Silencio. Alerta amarilla. Los resquicios de lucidez de la adormilada voz de mi conciencia me advierten que es momento de colgar. Una retirada a tiempo es una victoria. Escucho esa verdad con nitidez y la ignoro por completo.

—¿Perdona?

—Que por qué no me preguntaste a mí si podía cuidar de Connor.

Silencio otra vez.

—¿Hablas en serio?

—Sí.

—No me jodas, Ciara —dice, soltando una risa que atraviesa el auricular como una aguja.

Palabrotas. Alerta roja.

—¿Por qué no me lo preguntaste?

—Lo estás diciendo en serio. —Arrastra las sílabas hasta que estallan en una risa agridulce—.

Increíble. Eres increíble.

—Es mi sobrino. Al menos deberías...

—¿*Debería!* —Ailís alza la voz—. ¡Debería, dice! No me jo... —Deja el grito en el aire. Susurra otra vez—: ¿A qué viene esto ahora?

—Es mi sobrino.

—¿Ah, sí? No te vi en el hospital cuando nació. Ni en el bautizo. Ni en su primer cumpleaños. Ni tampoco te dignaste a enviarle una postal. No sabes ni qué día es.

—Es en abril —susurro. Unas semanas después de la muerte de Edna.

—¿Qué día?

—En abril.

—Es el cuatro. El cuatro de abril.

—Ailís...

—¿Qué? —El enfado de su voz se clava en mi oído. *Ailís*. Ya está. No tengo más. No sé qué más decir—. Podrías haberte ofrecido a cuidarlo. Sabías que Gilroy estaba en el hospital.

—No lo sabía. El lunes no me contaste nada. No sabía que seguía ingresado.

—Tampoco me lo has preguntado. Ni siquiera has llamado a Aidan para ver cómo está.

—No pensaba que... Sabes que estas cosas se me van de la cabeza. No pensaba que fuera algo grave.

—Ya. Tu familia siempre se te va de la cabeza. No has podido pensar que si mi suegro estaba ingresado quizás necesitaría ayuda con el niño o que Aidan agradecería que te preocuparas por él.

—¿Y cómo pretendes que lo haga si no me cuentas nada? ¿Cómo quieras que sepa que seguía ingresado?

—¿Y tú? No sé nada de ti, Ciara. Vuelves aquí, como si no hubiera pasado nada, con esas pintas, y pretendes que todo sea de color de rosa. No sé prácticamente nada de ti ni de tu vida y...

—¿Y eso de quién es culpa?

—¡Tuya!

—¿No me jodas, Ailís! Te he llamado millones de veces. Durante este tiempo te he llamado millones de veces. Y tú a mí, ¿cuántas? Seguro que has hablado con Sean más que conmigo. Da igual, ¿vale? Lo entiendo. Estabas cabreada y aún lo estás, ya lo sé, y lo entiendo, pero no mientas

para demonizarme, sobre todo cuando de las dos, solo yo he hecho algo por seguir en contacto.

—Seguir en contacto. —Su risa me araña los pulmones como ramas secas—. ¿Tú te escuchas? Seguir en contacto. Sí, me has llamado, ¿y qué? No has venido ni una vez a vernos desde que murió mamá. Ni una vez, Ciara. Llamas, sí, y me cuentas lo básico: que estás bien, que las cosas van bien, que el trabajo va bien. Como si fuera la charcutera. *Seguir en contacto*. —Un tono burlón tiñe su risa y sus palabras—. Y ahora te indignas porque no te pregunto si quieres cuidar a Connor.

—Ailís, déjame ayudarte.

—¿Por qué?

—Porque eres mi hermana y porque Léan me dijo que la llamaste para que te recomendara alguna niñera y no quiero que mi sobrino esté con una desconocida cuando puedo cuidarlo yo.

—¿Puedes? ¿Y la casa? Siempre te estás quejando de que no tienes horas suficientes...

—Puedo.

—¿Sabes cuántas horas al día son? ¿Hasta cuándo? ¿Lo que tienes que hacer? ¿La de tiempo que dejarás de invertir en la casa?

No, no a todo. Soy tan consciente de que Ailís está tratando de que me eche atrás como de que no tengo ni idea de lo que implica cuidar a un niño ni de cuánto tiempo de trabajo voy a sacrificar.

—Puedo hacerlo.

—Gilroy ha pillado una buena neumonía; puede estar semanas en el hospital. Vas a perder toda la mañana: tendrías que llevarlo a la guardería a las nueve, ir a buscarlo a la una y estar con él hasta que Aidan salga de trabajar, a las cinco.

Compraré una sillita de bebé para la bici.

—Vale.

—No sé cuánto tiempo durará.

—Hasta cuando necesites.

Silencio, de nuevo. Esta vez más ligero.

—Hablaré con Aidan.

—Sabes que dirá que sí.

—Hablaré con él.

—Ailís...

—Tengo que colgar. Mañana te llamo.

Por una noche, no soy yo quien está encima del escenario. Llevaba toda la semana soñando con este momento y ahora siento que nada está bien. No debería haberle pedido fiesta a Paddy para salir con Léan y sus amigos; Aidan me lo ha dicho todas y cada una de las mañanas: eres una exagerada. Tal vez tenga razón. Le he pedido el día libre a Paddy para descansar de cuidar a un niño que ni siquiera puede caminar solo.

No, nada está bien. Ni tan solo la música. No seré yo quien critique el gusto musical del pub de moda de Kilkerry, solo que podría escucharla en los probadores de cualquier tienda de ropa. Con todo, el local se llena de aplausos y vítores después de cada tema y el escenario se inunda con las sonrisas en las que el músico se deshace.

Por más que intento seguir la conversación, la mitad de las palabras se cuelan entre el ruido del pub y mi cansancio acumulado, así que me limito a observar.

Léan es diferente con Liz a un lado y sus amigos al otro. A veces titubea, y cuando Liz la mira, parece como si las comisuras de sus labios le fueran a tocar los ojos. Hacía mucho tiempo que no la veía así. Quiero advertirle que tenga cuidado, que las dos recordamos lo que pasó la última vez, pero me lo guardo, porque sé que la Léan de siempre sigue estando aquí, alzando la voz cuando discrepa y riéndose con ese trueno de risa suyo.

Liz no es para nada como la imaginaba. Más alta que Léan, con el pelo largo y rizado, negro como el carbón. Sonríe mucho y habla aun más. De todo. Da igual cuál sea el tema, ella tiene siempre una opinión, y tanto le da lo que digan los demás. Me gusta ver cómo se enfrenta a Léan cuando dice algo con lo que no está de acuerdo y cómo al reír los mil collares que lleva tintinean como el cascabel de un gato. Me gusta que le dé un beso rápido a Léan cuando cree que ni Anne ni Patrick ni yo las miramos, y que Léan sea incapaz de mirarla sin sonreír.

Patrick es el más callado de los cuatro. Como yo, observa en silencio; él, sin embargo, sí está atento a la conversación, porque de vez en cuando dibuja una sonrisa divertida, comparte algo con Anne al oído y los dos ríen. A ellos ya los conocía, aunque sabía sus nombres y poco más. Son algo mayores que nosotros, nunca llegamos a salir en el mismo grupo; Léan ha conocido a Patrick en el colegio donde trabaja, Anne es la novia de Patrick, y Liz es la hermana de Anne.

Así funciona todo en Kilkerry.

Me gusta estar aquí porque, aunque el pub está lleno de caras que reconozco, en la mesa no me siento como en casa. Es diferente. Ver que las cosas también han cambiado para Léan me remueve algo en el estómago. La veo compartir bromas que no entiendo, cogerle la mano a Liz, devolverle todos los besos sin comprobar antes si alguien las ve. Sonríe, bebe, habla. Parece feliz.

Las cosas cambian.

Aun así, cada vez que levanto la vista y miro a través del hueco entre Léan y Liz, veo que de alguna forma todo sigue igual. Dicen que este es el pub de moda; ahora la gente de nuestra edad viene aquí, igual que hace tiempo íbamos al Garden y, antes, cuando éramos pequeños e íbamos de las manos de nuestros padres, al Flannery's. Paddy siempre nos ha perdonado las infidelidades; los jóvenes tenéis que probar cosas nuevas, decía siempre cuando nos veía aparecer un sábado por la noche después de semanas sin pisar su pub. Al final siempre volvéis a casa.

Mi jarra está vacía y me he cansado de estar en esta conversación sin estar, por lo que me disculpo, me levanto y me abro paso hacia la barra. Ha sido una semana larga. Necesito otra sidra. Una ya es demasiado, diría Edna. Lo sé porque lo repetió todas las noches de los fines de semana durante años. Luego ella bebía en el Flannery's y también en casa, me acuerdo muy bien. «Una es demasiado», nos decía a los demás.

No espero ni a tener el cambio en la mano para pegarle un trago.

¡Ciara!

¿Ciara?

¡Ciara!

De repente, mi nombre está en todas partes, en el aire y en los labios de gente que hace tiempo que dejaron de existir para mí. Barcelona parece tan lejana. Dublín es un borrón en mi memoria. Aquí, en el «pub de moda», con algo de alcohol en la sangre, tal vez demasiado, con esta gente con la que compartí clase o fiestas durante años, vuelvo a tener diecisiete años.

Hay demasiada gente que conozco a mi alrededor. Demasiada. Preguntándome cómo estoy, diciéndome que han oído que había vuelto, comentando que alguien me vio cantar en el Flannery's pero tuvo que irse antes de poder saludarme. Niamh me pregunta por la familia, tan dulce como la recordaba, con el mismo peinado y las mismas gafas de siempre; Pierce y Oliver se miran el uno al otro, recuerdan demasiado, lo sé, y en cuanto se abre un hueco en la conversación, preguntan por qué no he avisado que volvía; Caitlín no dice mucho, pero atiende; Walter sigue como siempre, oliendo a hierba y con la cabeza en otro planeta, y Caroline, igual de distraída y callada. Solo Jeremy, con el que compartí años de clases en la academia de música, me saluda con un abrazo.

En cuanto se separa, dejo de ser el centro de atención para convertirme en una pieza más del círculo. Todos tienen algo que contar; a mí me interesa poco saber si Walter terminó la carrera y ahora trabaja con su padre llevando los números de la granja o si la novia de Oliver lo dejó por Dennis Wren. Pero escucho y bebo y golpeo la jarra con las uñas, como si fueran los zapatos mágicos de esa película y pudiera aparecer en otro lugar solo con tres golpecitos. No funciona. Sigo aquí. La gente aparece y desaparece.

—¿Os habéis enterado de que Killian ha dejado a Martha?

—¿Y que dicen que...?

— Sí; son todos iguales.

— Pues en la granja las cosas van cada vez peor. Si las cosas siguen así...

— Véndela y no te compliques.

— No la vendas. Al menos tienes trabajo. Yo sigo sin encontrar nada.

— El paseo marítimo está mejor desde que han cambiado las farolas.

—¿Sabéis cuándo van a abrir el japonés? Lleva siglos en obras.

Todos siguen igual. La risa de Caroline, Mary y ese tic en el ojo, Niamh y sus gafas, Jeremy y su forma de mirar el mundo como si todo estuviera bajo sus pies, y Caitlín y Oliver y Pierce hablando sin parar, sin dejar espacio para nadie entre ellos.

—¿Qué sabéis de David y Jim?

—Problemas con el coche.

—Excusas.

—Ciara, el otro día vi a tu hermana con el niño. ¡Está enorme!

—Siento mucho lo de tu madre, Ciara.

—Ya te di el pésame, pero...

—No hablemos de esas cosas.

—Deberíamos pedir otra.

—¿Quién quiere una jarra?

—¿Sidra?

—¿Cerveza?

—¿Te están aburriendo?

¿Qué?

—Te están aburriendo —afirma ahora la voz, tan cerca de mi oído que me hace cosquillas en la piel.

Es instintivo: me doy la vuelta de golpe y, a dos centímetros de mí, aparece la última persona a quien esperaba encontrar. No entiendo cómo no he reconocido su voz.

Owen ha cambiado. Está más delgado, tiene el pelo más largo y se ha dejado barba. No veo nada en él del chico al que dejé en aquella estación de bus hace tantos años. Pero cuando se inclina y me besa en la mejilla y alarga el momento y sus labios pasan demasiado cerca de los míos, sé con certeza que sigue siendo el mismo de siempre. La ilusión desaparece. Él se ha dejado barba, mi pelo es corto y negro y azul y aun así somos los mismos.

—Estás guapa —dice—. Te sienta bien el piercing.

—Te sienta bien la barba.

Clava los ojos en los míos e inclina la cabeza para señalar la puerta.

—Voy a fumar. ¿Vienes?

—Voy a por el abrigo.

La noche es oscura, fría y húmeda como una cueva. La niebla parece surgir del mismo suelo, deforma los haces de luz amarillenta de las farolas en un bamboleo fantasmagórico.

Mientras observo la llama del mechero de Owen, imagino una chimenea encendida, una tetera rompiendo a hervir y una manta gruesa y pesada. El paraíso. Pero estoy aquí, en la calle, con alguien a quien creía olvidado y la nariz helada. Estoy aquí y ya no sé ni dónde estoy y quiero más sidra pero ya he bebido suficiente y Owen me mira sin dejar de sonreír y quiero que se detenga el frío y él dice:

—Así que Barcelona.

Me subo la bufanda hasta que me hace cosquillas en el labio inferior.

—Así que Kilkerry. —Mi aliento me calienta los labios. Veo que está a punto de decir algo; antes de que lo haga, pregunto—: ¿Cómo estás? ¿Cómo va todo?

—Bien, no me quejo, la verdad. Trabajando, que en estos días ya es mucho. Mis padres están buscando comprador para la charcutería. Quieren jubilarse pronto. Y Mick, bueno, ya lo conoces. Sigue siendo un bala perdida. Pero yo estoy bien. Las cosas van bien. ¿Y tú? Me han dicho que vas a vender la casa de tus padres.

Digo que sí con la cabeza.

—Está vacía y cuesta dinero mantenerla.

—Yo pensaba que tu madre se la dejaría a tu hermana.

No sé si me está insinuando algo o si simplemente está interesándose, y me da igual, porque, sea como sea, a mí no me apetece hablar del tema.

—Pues te equivocabas.

Owen le da una calada al cigarro. Suelta el humo lentamente, observando cómo se crea una nube entre nosotros, y cuando esta se funde con la niebla, dice:

—Podrías haberme avisado de que volvías.

—No he vuelto.

La risa de Owen hace que sus cejas se levanten.

—Estás aquí.

—Ya me entiendes. No he vuelto, «vuelto»—digo, dibujando las comillas con los dedos. Yo siempre le decía que me iría de Kilkerry; él siempre respondía que me creía, pero que terminaría volviendo. Tiempo al tiempo, decía—. Es temporal. No voy a quedarme.

—Ya. —Otra calada—. Eso he oído por ahí.

Sé lo que está diciendo.

—Solo avisé a Léan, Owen.

—Deberías habérmelo dicho.

—Hace meses que no hablamos. Años, si no contamos las felicitaciones de cumpleaños y Navidad.

—¿Y qué?

Tiene razón en lo que está pensando, o lo que creo que está pensando, porque es lo que estoy pensando yo ahora mismo. Seguimos siendo amigos. Lo fuimos. La amistad no desaparece a menos que se destruya; eso solía decir él. Hace años de eso. No sé si seguirá pensando lo mismo. La gente cambia. No, no cambia.

—Owen.

Él me conoce.

—Lo sé.

Me pasa el cigarro y yo le digo que no.

—Lo dejé.

Asiente, le da una calada larga y entre una nube de humo, dice:

—Siento lo de tu madre. No pude ir al funeral.

Meneo la cabeza de un lado a otro. Ni siquiera me acuerdo de quién estaba ahí. No recuerdo nada de aquellas horas.

—No pasa nada.

—Fui al tanatorio. Vi a tu hermana.

—Ya.

—Y fui a verte a casa después del entierro pero ya te habías ido.

Sé lo que dice Owen sin decirlo, porque tengo veintiséis años pero ahora tengo diecisiete otra vez y estoy en este pueblo, no otra vez sino aún, y estoy a punto de mudarme a Dublín. Jamás olvidaré la cara de Owen aquel día, esa mezcla de tristeza y rabia pegándose a cada uno de los pliegues de su piel, el sonido del motor calentándose, el autobús traqueteando marcha atrás, mi cuerpo pegado al asiento con el primer acelerón.

—Lo siento.

Owen se encoge de hombros, sonrío y tira la colilla al suelo. Me da lo mismo, quiere decir con su cuerpo; yo sé que no es verdad, porque lo conozco y recuerdo nuestras discusiones, todos esos «no tienes por qué irte» y esos «no te vayas» y los «iré a verte» que no le permití que cumpliera. Aunque quizás él no se acuerda y es verdad que el tiempo lo cura todo, o quizás yo tenía razón y no había nada que curar.

Da un paso hacia mí.

—Lo pasamos bien, ¿no?

—Lo pasamos bien. —Y es verdad. Que no piense en él no significa que no fuera importante. Pero fue hace mucho tiempo.

—¿Te acuerdas cuando...?

Se acerca un poco más a mí. El vaho que crean sus palabras nos acerca. Sé cómo termina su frase. Yo también sonrío.

Tengo quince años. Es verano, uno de esos días en que el viento no corre y el sol pica. Se oyen los pájaros entre los árboles. Owen está sentado a mi lado. No sé qué piensa. Yo solo tengo una imagen en la cabeza y no paro de repetirme los versos de ese poema de Yeats que estudiamos hace poco en clase: *I will arise and go now, for always night and day / I hear lake water lapping with low sounds by the shore.* Aquí, el lago ni se mueve ni canta. Los nervios llenan mi cabeza de canciones y, en aquella época, de los poemas que estudiaba en clase y releía en casa, en aquellos tomos que Edna guardaba en una vitrina del salón.

Tenemos quince años y el lago sin nombre hoy va a tener uno. Solo para nosotros, será el lago de la primera vez. Mientras nuestras pieles tropiezan y nuestras voces llenan esta orilla, aún no sabemos que volveremos a este lago muchas noches de verano y muchas tardes de primavera.

Y ahora tengo veintiséis años y ya no hay humo y Owen está a un palmo de mi cara. Quiero acercarme y quiero que alguien salga del pub de repente y nos interrumpa. En ese instante de duda, Owen se deja caer contra la pared. Sé lo que está haciendo. Ahora sonreirá, entrecerrará los ojos, levantará un poco la barbilla y esperará.

Por primera vez, lo dejo como está, quieto como una estatua. Doy un paso para atrás. No puedo dejar que todo empiece otra vez.

—Vuelvo dentro —digo.

Pasan unos segundos. No se mueve. Parece que se pregunte qué ha fallado, si debería ser él quien diera el paso, si sigo siendo la misma chica que lo dejó para marcharse a estudiar fuera, si

de verdad no voy a seguir el juego. O quizás solo está pensando si quedarse en la calle o seguirme.

Apaga la colilla contra la pared.

—Vamos.

Si nuestra vida hubiera sido un cuento de hadas, tú habrías sido la princesa de nuestra casa. No por bondad, belleza o linaje, sino porque hiciste de tu habitación tu propia torre, solo que no querías ni necesitabas ser rescatada por nadie. Eso lo comprendí muy pronto. Me acostumbré a ver la puerta de tu habitación cerrada, y no dije nada cuando a los dieciséis pusiste un pestillo sin avisarnos ni pedirnos permiso. Me di cuenta dos semanas más tarde. ¿Qué clase de madre no sabe lo que sucede en el mundo de su hija?

Es ahora, habitando espacios diferentes, cuando soy capaz de asomarme a ese lugar. Veo más allá de la mesa en la que estás, mirando a tus amigos con un interés que no llega a penetrar en ti. Te siento tan lejos de aquí...

Owen, así se llamaba el muchacho.

A mí me contaste tan poco que debo unir las piezas de la historia como hacía madre con los sacos de patatas para crear una sábana. Pesca entre mis recuerdos y los tuyos, los que está haciendo aflorar haber mirado a los ojos al que fue tu primer amor.

A ti te veo como eras entonces, más flaca, con el pelo largo y brillante, vestida con ropa ancha y siempre pegada a tu guitarra o a tus auriculares. Incluso cuando íbamos en coche y sonaba la radio, tú preferías ponerte tu música. Te recuerdo con un brillo en los ojos que ahora ya no encuentro.

Pero no fue por Owen.

Él jamás fue tan importante, aunque yo siempre creyera que sí. Tu padre y tu hermana a veces hablaban de vuestra boda; bromeaban, ya lo sé, y aun así esas fantasías son tan vívidas como mis recuerdos. Ya ves, hija: mientras tú te escapabas con el hijo del charcutero para revolcaros entre matorrales, yo ya imaginaba tu boda, el blanco perlado de tu vestido. Inocente de mí. Ni siquiera imaginaba a Owen a tu lado. No tenía por qué ser él.

Tú y tu hermana, las dos casadas con buenos hombres, viviendo en casas grandes y bonitas, con jardín para que corriesen los niños.

Qué poco le pedí al cielo para vosotras.

Ahora me doy cuenta de que jamás tuve una conversación de verdad con Owen. Venía a casa a menudo y os hacíais con el control del salón. Poníais o quitabais la música como os apetecía, ocupabais todo el sofá. La casa se volvía más ruidosa cuando él estaba aquí; incluso tu risa sonaba más fuerte de lo habitual, como si quisieras demostrar algo. ¿Lo gracioso que te parecía? ¿Que entendías su sentido del humor? ¿Que merecías estar con él?

A veces no parecías tú cuando estabas con él. Te achantabas demasiado a menudo, siempre hacíais lo que a él le apetecía hacer, no le decías nada cuando no paraba de soltar una palabrota tras otra aunque sabías muy bien lo que opinábamos de eso en nuestra casa.

Todo cuanto encontré al intentar hablar del tema contigo fue una pared.

No me grita, habla fuerte, me decías.

Es su tono.

Eres una exagerada.

No entiendes el sarcasmo.

Esa última es solo una variación de tu frase favorita, a la que recurrías siempre que te quedabas sin saber qué decir:

Tú no lo entiendes.

Pobre y vieja Edna, que no entiende nada. No entiende la música de ahora ni las películas de ahora ni lo que son las relaciones ahora. El presente es un misterio para ella porque es una mujer de ayer.

Eso era lo que decías en realidad cada vez que pronunciabas esas cuatro palabras. ¿Te dabas cuenta? ¿Eras consciente de lo condescendiente de tu tono, de cómo se te hinchaban los ventrículos de la nariz, la sutileza con que levantabas la barbilla?

Yo era hija de mi tiempo y tú lo serás del tuyo.

Lo positivo de que no puedas oírme es que no debo temer que cargues mis palabras de una malicia que no tienen.

Tampoco yo te entendí.

Ese chico no te trataba ni te hacía bien. Te levantaba la voz y la mitad de las veces que dabas tu opinión te llevaba la contraria, solo por el placer de encararse contigo, de demostrar que podía imponerse en cualquier terreno, en cualquier condición. A veces optabas por callar o cambiar de tema, muchas otras terminabas gritando más que él.

No era un mal chico, pero tampoco era un buen chico. No el que yo imaginaba para mi niña, al menos.

Y esa moto horrible.

Nunca me callé mi opinión, y cuánto me lo repriminaste. ¿No es siempre «lo que tu padre diga»? A Sean le caía bien; eso debía ser suficiente. Saliste con ese chico durante años, con idas y venidas y más tardes llorando de las que pueda contar; yo estaba segura de que al final él conseguiría lo que tu familia no había podido hacer: convencerte de que no te marcharas a Dublín.

Nos engañaste a todos. A él, imagino, el primero. Fue a la estación de buses a despedirse cuando te marchaste a Dublín y tú lo trataste como si fuera un compañero de clase más. Incluso tu padre se dio cuenta, me lo comentó aquella noche mientras nos preparábamos para ir a la cama. Nos encontramos con Owen en el paseo marítimo unos días después y nos dijo que habíais roto. Ese mismo día, en la estación de autobuses, delante de tu hermana, tu padre y tu madre.

¿Qué es el amor para ti?

Cuántos han aparecido como Owen, con un chasquido de dedos, y han desaparecido con la misma facilidad...

Me hablaste de algunos de esos chicos cuando volviste de Dublín, mientras me preparabas la comida o me hacías compañía en el jardín porque los médicos decían que el aire libre era la mejor medicina para el alma y que era un delito encerrarse en casa en un lugar como Kilkerry.

No juzgo tu forma de querer. ¿Qué sabré yo, después de todo? Estuve veintisiete años casada con el mismo hombre. Durante muchos años creí que eso me daba autoridad para hablar del amor. Ahora sé que lo único de lo que estaba hablando es de familia y de deber. Me

di cuenta de ello en algún momento de los meses nebulosos que sucedieron a la marcha de Sean. ¿Era amor lo que sentía por él?

No te juzgo, hija. ¿Cómo podría hacerlo desde aquí? ¿Cómo podría si todo cuanto has hecho ha sido vivir como tú querías?

No juzgo tu relación con el hijo del charcutero, ni que verlo haya despertado una chispa iridiscente en ti, ni que ahora lo busques entre la gente, ni que cuando te des por vencida te pierdas en tu teléfono e ignores la conversación a tu alrededor, tan insípida e inconsistente como la gelatina.

Siempre has hecho lo que has querido, esa ha sido tu proclama y tu bandera. Llegas cuando te apetece, te vas cuando te viene en gana. No pides ni perdón ni permiso. Ahora no quieres estar aquí, de modo que has buscado algo mejor que hacer. Te despides de todos con un beso al aire y sales del pub. El silencio casi parece tangible, hecho de hebras entretreídas con la niebla.

Te apoyas en la pared a esperar, con las manos en los bolsillos y la cabeza echada hacia atrás buscando un cielo al que la niebla te impide llegar.

—¿Cuánto has bebido?

—Nada. Un par de sidras.

Cuatro, en realidad. ¿Cinco?

Finn está de pie al lado de su moto, con un gorro de lana, que le hace parecer un niño de cinco años, y la nariz tan roja como los tomates que cultivaba Edna. Lleva un casco en cada mano.

Le doy un beso en la mejilla.

—Estás helado.

—Tú también.

No digo nada. No quiero hablar de este tiempo asqueroso aquí, en una plaza vacía, a las tres de la mañana, o a las cinco, no sé qué hora es, con el pueblo tan muerto y tanto frío en todas partes, en las manos y bajo los pies y en la garganta cuando hablo. De hecho, no quiero hablar, solo quiero que nos vayamos de aquí. Miro a todas partes, camino hacia un lado, hacia otro, me doy cuenta de que no sé adónde tengo que ir, me detengo y lo miro.

—Movámonos.

Me escruta con una atención que me incomoda, como si esperase que le diera palabras a lo que significa una llamada para vernos en plena madrugada.

¿Por qué le he llamado? Parecía una buena idea ahí dentro, con toda esa gente y la música y Owen apareciendo de la nada y luego en ninguna parte, sin oportunidad de... Ni siquiera sé de qué. No debería haberle propuesto vernos. Ha sido por aburrimiento, en realidad. Un «¿cómo va la noche?». Nada más, ¿para qué? Es suficiente, tan explícito como inocente es a las nueve de la noche y cargado de intenciones en plena madrugada.

—Toma —resuelve, al tiempo que me ofrece uno de los cascos.

Me agarro a él mientras atravesamos la noche a cien kilómetros por hora. El frío es aún más punzante, y el mundo es más rápido y todo desaparece antes de que pueda ser más que un borrón. Las calles estrechas, la carretera, los campos. La casa, a lo lejos, la casa, delante de mí.

Cuando me quito el casco, cojo aire hasta que me duele el pecho. El mundo se ha detenido y aun así sigue moviéndose.

Tal vez hayan sido seis sidras.

—Voy a abrir la verja —le digo a Finn, mientras bajo de la moto. Espero a que él haga lo mismo, pero no llega ni a quitarse el casco. Por lo menos, se levanta la visera y apaga el motor.

Finn me agarra de la capucha antes de que pueda dar un paso. Mis pies resbalan sobre la gravilla.

—Solo te he traído a casa —dice y se avanza a mis protestas.

Mi desconcierto rompe las palabras y tiñe cada sílaba.

—¿No vas a entrar?

Finn me mira de arriba abajo antes de responder.

—Paddy me ha dicho que tenías el día libre.

—He tenido una semana de mierda. —En cuanto lo suelto, me siento más ligera, e incluso el mundo ralentiza sus movimientos y el suelo se estabiliza bajo mis pies—. No voy a dejarlo, si es lo que te preocupa.

Finn da un salto para bajar de la moto y esgrime la sombra de una sonrisa conciliadora.

—Es un alivio saberlo, no te mentiré —dice—. Yo he tenido que lidiar con un pedido que han mandado por triplicado, me ha tocado echar al menos a un borracho violento cada día, ayer se rompieron dos de los tiradores por arte de magia, como sincronizados, y hoy me toca cantar sin haber ensayado porque cuando llego a trabajar, me entero de que tengo que volver a casa a por la guitarra.

Me sentiría más culpable si no estuviera acompañando eso último con gesto de resignación cristiana. Y también por algo cristiano, supongo, porque esa es la educación que nos dio Edna, la de agachar la cabeza y poner la otra mejilla y pedir siempre perdón, la disculpa me sale sola:

—Lo siento. Aunque para ser justos, tengo derecho a un sábado libre.

Para justificarme, y aunque no haya preguntado, me siento en el muro, con él a mi lado, y le hablo de los últimos días, desde el momento en el que nos despedimos en el porche de Ailís.

Estoy helada y aun así le hablo de cada uno de esos días: de los cuarenta y seis mensajes diarios que Ailís me envía para asegurarse de que su hijo sigue teniendo cuatro extremidades; de los viajes arriba y abajo para llevar a Connor a la guardería y recogerlo; de mis mañanas sola en casa, de los botes de pintura que se están acumulando debajo de la escalera, en el hueco donde hace años colocábamos el árbol de Navidad, de las horas arrancando papel de las paredes o malas hierbas del jardín, cocinando las verduras del huerto de Ailís. Le hablo de mis tardes cuidando de Connor en su casa, cerca de sus juguetes y lejos de una casa que mi hermana considera demasiado triste para un niño tan pequeño, aunque a él le da igual tener delante unos rotuladores o sus figuras de dinosaurios o la tele o a Helvética. Detrás de la apariencia del Connor tímido que busca siempre a su madre, hay una mente despierta, siempre alerta a descubrir nuevas cosas, un niño alegre que da palmas cuando está contento y que llora cuando le da la gana y pretende que yo sepa por qué. Con cada hora que paso con él, descubro algo nuevo: que le gusta gritar sin motivo, que mi nombre debe de hacerle gracia porque la mitad de las veces lo pronuncia riendo, que le encanta el puré de patatas y odia las zanahorias, que su mayor dilema en la vida es decidir entre plastilina o Lego y que, definitivamente, es nieto de su abuelo.

Es viernes, ayer.

—¡*Brown*, Cara! ¡*Brown*! —grita Connor, moviendo sus bracitos frenéticamente por encima de la cabeza. Yo hago como que no le oigo. Él arruga los labios y de repente se da cuenta de lo que falta—: ¿Por favor?

Sonrío y le doy al *play*.

*Hey, where did we go
Days when the rains came
Down in the hollow*

La voz de Van Morrison llena la habitación con su *Brown Eyed Girl*. Es de esas canciones que salto inconscientemente, porque me recuerdan demasiado a Sean.

*A brown-eyed girl
You, my brown-eyed girl
Do you remember when
We used to sing
Sha la la la la la la la la la la dee dah*

Connor grita y ríe y mueve los brazos y las piernas sin ton ni son, contoneándose como si estuviera rebotando entre paredes invisibles. Aplaude, canta y no acierta ni una palabra de las pocas que dice. *Sha da da da la da la de*. Yo lo miro muy quieta, de cuclillas junto al sofá, sin atreverme a mover ni un dedo. Me encanta verlo bailar, incluso al ritmo de Van Morrison. Una buena canción, aunque sea esta, es todo cuanto necesitamos para ser felices. Connor la disfruta sin complejos; le da lo mismo quién cante y cómo lo baile. Lo siente y eso es todo.

Música. Eso quiero.

Pero no estoy en el salón de Ailís. Connor no está aquí, no es ayer por la mañana. Ya es ahora, sábado por la noche —o domingo por la madrugada— y estoy apoyada en el muro de esta casa fantasma.

—Ailís me ha invitado a ir a casa de sus suegros mañana.

¿Por qué lo ha hecho? Yo no pinto nada ahí; no conozco a la familia de Aidan, y su padre acaba de salir del hospital. Yo no pinto nada ahí. Es domingo. Es día de familia. Es mi día de comer sobras tirada en el sofá y mirar las paredes y pensar en casas hechas de sábanas y en platos que nunca sabré cocinar. Pero Ailís quiere que vaya; eso dijo, al menos. Los padres de Aidan quieren conocerme, ya llevo más de un mes aquí (un mes y cuatro días) y no conocen a la hermana de su nuera, eso es inadmisibile, dicen; tengo una silla reservada en la mesa este domingo y no se hable más.

Yo asentí mientras Ailís imitaba a su suegra. Nos vemos el domingo. Connor me dio un beso en la mejilla y me marché.

Y ahora ya es domingo, es de noche y la piedra del muro me hiela los muslos.

—¿No quieres ir? —Finn está a mi lado. No me mira, yo aparto los ojos de él—. ¿Te da pereza?

—Más o menos.

—No te gustan las reuniones familiares.

—No mucho.

Espero que diga algo. No te preocupes, irá bien, si Aidan te quiere seguro que a sus padres también les gustas, por algo le criaron; lleva una botella de sidra o unos bombones, y no hables demasiado, escucha, habla cuando tengas algo interesante que decir, no hables de política ni de

religión y no te preocupes, solo es una comida y no es tu familia, todo irá bien.

No dice nada de eso.

—Sobrevivirás.

Es todo.

Dice eso, me da un golpecito en el brazo y se marcha, y me deja a mí con la pregunta en la boca de si quiere entrar.

La escupo sobre el asfalto, gris y maltrecho, y cruzo sola el jardín.

Hoy doy gracias por mi familia.

Puede que yo casi no hablara con Sean, que la mitad de mis conversaciones con Edna terminaran en gritos, y que mi relación con Ailís fuera lenta y eternamente cuesta abajo, pero al menos solo estaban ellos. Edna no tenía hermanos, Sean era como si no los tuviera, y mis cuatro abuelos habían muerto antes de que yo naciera.

Edna solía hablarnos de la poca indulgencia de su madre en la cocina; empezó a enseñarle sus recetas a los ocho años, y cuando fue lo suficientemente mayor para dejarla cocinar sola, se sentaba en una esquina y chascaba la lengua si Edna hacía algo mal. Nunca dejó de hacerlo, ni siquiera durante los años que abrió las puertas de su casa a su hija recién casada y a su marido. Los padres de Sean habían muerto unas semanas antes de la boda. Sin herencia alguna y con los gastos de dos entierros a los que hacer frente, Edna y Sean empezaron su nueva vida sin apenas ahorros. La boda se celebró a pesar del duelo y se mudaron a casa de los padres de ella. La comodidad de la situación hizo el resto, y aquella convivencia en principio temporal duró hasta que mis abuelos murieron.

En mis recuerdos, las cenas de los martes tenían el mismo número de sillas alrededor de la mesa que en Navidad o las comidas del domingo.

Por eso mi instinto me grita que esto no ha sido una buena idea en cuanto una mujer con pelo de coliflor abre la puerta mirando hacia dentro y gritando algo que parece más un chirrido que una frase.

Alguien responde algo que tampoco entiendo.

Cada familia tiene un lenguaje propio.

—Tú debes de ser Ciara. Yo soy Moyra, pasa, cariño, pasa. —Sonríe automáticamente en cuanto me mira—. ¡Ailís, tu hermana está aquí! ¡Ailís! —grita, mientras hace aspavientos con los brazos señalando el interior de la casa—. Vamos, no te quedes ahí parada, pasa.

El recibidor es enorme. Todo aquí es enorme, de hecho: el espejo con un grueso marco dorado colgado a mi izquierda; la lámpara, una esfera grisácea que cuelga del techo como un satélite; hasta la alfombra que conduce hasta una puerta corredera con una colorida vidriera.

Cuando Moyra hace correr la puerta del salón, descubro que también la familia de Aidan es enorme, en número y en talla: el miembro más bajo es su sobrina adolescente, y aún no ha dejado de crecer. Solo se parece a su padre, el hermano pequeño de Aidan, en la pose: ambos apoyan el peso en el pie izquierdo, ligeramente inclinados hacia atrás, como manteniendo las distancias. El hermano mayor y su mujer son mucho más efusivos, aunque controlan el tono de voz porque, como

me hacen saber señalando el carrito de bebé que hay junto al ventanal que da al jardín, su hijo está durmiendo. Connor se agarra al manillar del carrito, intentando ponerse de puntillas para ver a su primo.

—Dice que hace de *Cara* porque lo cuida —me dice Ailís, a modo de saludo, antes de darme un abrazo que dura unos segundos más de lo habitual. Yo no puedo dejar de observar a Connor, preguntándome si es posible que haya crecido desde el viernes—. ¡Fíjate, hasta has traído sidra!

He seguido el consejo que me dio Finn anoche. Esta madrugada, en realidad, hace no muchas horas. He dormido demasiado poco. A pesar de eso, aquí estoy, celebrando que el padre de Aidan, Gilroy, ya está en casa. Aún en reposo para recuperarse de su neumonía, por lo que tendré a Connor al menos un par de semanas más. Gilroy no se mueve del sofá, aunque para ser sinceros, tampoco parece que suela hacerlo; en esta casa, la cocina tiene una fuerza gravitacional que solo afecta a las mujeres.

Desde siempre y hasta que Sean se marchó, Edna se levantaba temprano todos los domingos para cocinar. Guisaba su *coq au vin*, luego lo cubría con papel film y así, al volver de la iglesia —y en casa «ir a la iglesia» era una expresión que incluía tanto la misa como la hora de rigor en el Flannery's— no teníamos que esperar mucho para comer.

Aquí, sin embargo, reina la anarquía. En la organización de las tareas de la cocina, en la disposición de la mesa —un comensal tiene la servilleta a la derecha, otro a la izquierda, uno tiene copa de vino, otro solo un vaso de agua, otro ambas cosas—, incluso en las conversaciones. Somos ocho adultos —y dos bebés sentados en troncos que no aportan mucho— y en cuanto nos sentamos a la mesa, no dejo de mover la cabeza de un lado a otro, atenta ahora a una bandeja que va pasando de mano en mano, ahora a las preguntas que Moyra no deja de hacerme, y que logro entender entre comentarios de cortes de pelo y quejas sobre el tiempo.

—No ha conocido a nadie que haya vivido en el extranjero. ¡Ya ves, con pendientes y el pelo negro y azul! ¡Qué moderna! —Lo dice de forma afable, con un punto de anhelo en la voz.

Yo les hablo de Barcelona entre bocado y bocado, de lo anchas que son las calles, de las barandillas de hierro forjado de los balcones, del buen tiempo...

—No te gusta nada Kilkerry, ¿eh? —pregunta Janet, con el cuchillo y el tenedor en alto, mirándome por encima de unas gafas demasiado pequeñas. Es la mujer del hermano mayor de Aidan, Neil; tiene la sonrisa amplia y los ojos claros, tan faltos de simpatía como el resto de sus facciones. A su lado, su marido asiente enérgicamente aunque por la fruición con la que está sirviéndose el estofado, lo que esté diciendo le importa más bien poco.

—Mujer, si comparas... —Pól, el hermano pequeño, mira a su cuñada haciendo balanza con las manos.

—Yo no podría vivir en una ciudad... *así* —resuelve Janet, dejando caer la vista hasta su plato, como si a partir de entonces lo que siga no vaya con ella.

—Yo no podría vivir en un pueblo... *así* —imito su entonación. Las palabras salen disparadas de mi boca a tal velocidad que solo soy consciente de lo que estoy insinuando cuando ya está dicho—. No quiero decir que...

—Este pueblo es una mierda —masculla la hija de Pól. Había olvidado que hay una adolescente en la sala, y eso que está sentada a mi izquierda. Antes de que nadie pueda

reprenderla, se explica—: No hay cine, las tiendas solo tienen ropa de mujer mayor, y los cuatro pubs que hay ya los tengo aburridos, y encima la música en directo es horrible. Es imposible ir a un concierto decente viviendo en Kilkerry, hay que ir hasta Cork, o a Dublín.

Ailís suelta una carcajada al tiempo que se inclina hacia nosotros para intervenir, sin dejar de jugar con las perlas de su collar.

—Ciara toca en el Flannery's.

La chica me concede un destello de admiración, que sustituye por el mismo desdén con el que despacha la conversación:

—No suelo ir por ahí.

El sonido de los cubiertos al golpear la vajilla vuelve a llenar la mesa, por la que pronto vuelan de nuevo bandejas y boles. Pól me ofrece un plato de patatas asadas y una disculpa.

—No se lo tengas en cuenta. Es la edad —dice, inclinado sobre la mesa para verme, y tras una pausa añade—: Y la historia de siempre: hija única y padres divorciados, la suma es sencilla y el resultado...

El resultado es una chica de diecisiete (¿dieciséis?) años vestida de negro que mira a su padre con una mezcla de vergüenza y rabia, cosas que se esfuerza en que su tono de voz refleje:

—¡Papá!

—Serías el deleite de cualquier psicólogo, Brígh, pero no me haces caso —le dice, y al instante hace como si no estuviera ahí—: Es un encanto de niña, en realidad.

No puedo evitar reírme, lo que aún sulfura más a la chica. Pól tiene razón: es un cliché con piernas.

—No necesitas un psicólogo —le digo. He conseguido captar su atención, porque levanta la mirada del mantel para trabarla con la mía; me permito llevarme un poco de estofado a la boca y saborearlo sin prisas antes de seguir—: Necesitas salir de aquí.

Siento los ojos de Pól sobre mí mientras mantengo los míos clavados en Brígh.

—Como si fuera tan fácil —dice.

—Yo lo hice.

—Aún no tiene edad —interviene Pól.

Me vuelvo hacia él para responder:

—No me refiero a ahora. Ya sé que marcharte en este momento es imposible, he estado en tu situación. Solo digo que decidas *cuándo* será el momento y que te prepares para que, cuando llegue, puedas marcharte —digo, dirigiéndome a Brígh—. Si es lo que quieres, claro. Quizás tu padre tiene razón y solo necesitas un psicólogo, qué sabré yo.

Pól mira hacia el extremo izquierdo de la mesa, donde veo a Moyra entretenida con el bebé de Janet y Neil.

—Irá a estudiar fuera.

Pól ha bajado la voz hasta convertirla en poco más que un susurro, así que yo lo hago también.

—¿Dónde?

Brígh hace una mueca.

—Cork. Waterford. Aún no lo sé.

—*Quiere* ir a estudiar fuera —corrige su padre—. Aún le queda un año de instituto.

—Es lo que hice yo. —Dibujó una sonrisa, esperando que Brígh sepa interpretarla—. Hazme caso, si lo que quieres es marcharte, aguanta lo que quede de instituto, pon al mal tiempo buena cara y no se lo hagas pagar a los que te rodean.

—Haz caso a Ciara, sabe de lo que habla. —Ailís se mete de nuevo en la conversación con un comentario que nadie le había pedido y una copa de sidra tendida hacia nosotros a modo de brindis. Al cruzarse con mi mirada, frunce las cejas y se apresura a añadir—: No lo digo a malas. ¿Acaso no es verdad? Tú sabes qué es eso, que el deseo de irte sea tan fuerte que no importe nada más, sabes lo que es volcar tu rabia y tu frustración contra tu familia. Puedes aconsejar bien a Brígh. —Me otorga una bendición envenenada antes de volverse hacia Pól—. Era una adolescente complicada. Salía mucho, pocas veces llegaba a su hora, discutía por todo, lo odiaba todo, todo era *una mierda*... Lo típico.

Su cuñado aplaude y asiente con la cabeza a cada cosa que Ailís añade a la lista.

—Así es Brígh, la has descrito perfectamente.

La chica entorna los ojos, pero no replica.

—Desde los trece solo pensó en irse a Dublín y... —sigue Ailís, animada por sus propias palabras. Entonces me señala y me sonrío—: Eso te lo concedo, eres una cabezota. Si se le mete algo entre ceja y ceja, no hay quien la pare. Así que... ¡Dublín!

Algo de lo que dice Ailís hace que Moyra levante la cabeza como un ratoncillo asustado, tratando de localizar la amenaza que lo sobrevuela. Mira hacia nuestro lado de la mesa y nos observa uno a uno sin pestañear.

—¿Dublín?

A juzgar por las miradas que se echan Pól y Brígh, hay historia detrás de esa palabra. Más por ellos que por mí, digo:

—Les estaba contando que estudié en la Universidad de Dublín.

La anciana afable emerge poco a poco.

—Estudiar es importante —sentencia, y con una voz casi adiestrada para sonar aséptica, añade—: Pero hay buenas universidades más cerca.

Este es uno de esos momentos que pueden cambiar el curso de la historia. De la mía con Ailís, al menos. Porque ambas sabemos que quiero decir, bien alto y bien claro, que esa señora sabrá mucho de cocina pero muy poco de la vida. Y también sé lo que seguirá a eso: otra discusión.

No merece la pena.

La mejor opción es una sonrisa conciliadora y alguna frase prefabricada, algo como:

—Eso es verdad.

Bastan unos minutos dándole la razón en todas sus opiniones sobre la gran calidad de las universidades de por aquí para que vuelva a sentarse en su silla. La vista se me queda clavada en ella; solo la aparto cuando oigo el murmullo de Pól:

—No está muy de acuerdo con que se vaya.

—Pues que se haga a la idea. —Brígh no se molesta ni en bajar la voz.

—Oye, ya basta. —Pól usa un tono frío y duro—. Tu madre y yo te apoyamos, quédate con eso y pon un poco de tu parte para ahorrarle disgustos a la abuela.

—Se lo va a llevar igual cuando me vaya —rebate Brígh, altiva. Con todo, ha bajado un poco

el tono.

—Ya nos preocuparemos por eso cuando llegue el momento —sentencia Pól—. Por ahora tengamos la fiesta en paz.

Brígh le mantiene la mirada a su padre hasta que él decide que ha tenido suficiente y se vuelve hacia Aidan; ella arruga los labios en un mohín que se expande por todo su rostro, tan áspero como su voz:

—Eso no cambia...

—Brígh, ya basta —masculla Pól, entre dientes.

Y eso es todo. El padre impone el orden, y la hija baja la cabeza y, con la mirada puesta en los cuchillos, con los que desmenuza una patata hasta convertirla en puré, susurra, cuando él ya no la escucha: «... el hecho de que me vaya».

Podría acostumbrarme a esto.

La familia de Aidan está formada por un puñado de piezas irregulares que, pese a algunas fricciones, consiguen encajar perfectamente. Gilroy y Moyra se preocupan por ponerse al día de la vida de todos, sin olvidar en ningún momento su papel de guardianes del orden y la sensatez, él hablando de comportarse como adultos, y ella, como hijos de Dios. Brígh, que mira a sus abuelos con condescendencia, y a los demás adultos, con total desidia, es una bomba dormida. Janet suele ser blanco de todos sus golpes, y también los de Pól; aunque lo tiene bien merecido: es de esas personas que pueden cambiar de opinión siete veces durante una comida con tal de llevar la contraria. Y a Neil solo le importa lo que pase por su plato.

Aidan cumple con el papel que cabría esperar de él: pone paz entre Janet y Pól, entretiene a sus padres cada vez que ve que Brígh les está buscando las cosquillas, e intenta charlar con todo el mundo. En cuanto a Ailís, a medida que avanza la comida, se deja secuestrar por los dos bebés.

—¿Quieres cogerlo? —me pregunta, al darse cuenta de que me he quedado embobada mirando cómo juega con el hijo de Janet, que da brincos sobre el regazo de Ailís, bien agarrado a sus manos.

Niego con la cabeza. Estoy ocupada soplándole a mi té con leche para que sea bebible. Dejo la taza sobre el platillo.

—Estaba pensando en que no sé cómo se llama. —Lleno el silencio con lo primero que se me ocurre.

—Déaglán.

—Declan —repito.

—Déaglán, en gaélico —me corrige, y luego mira al niño, y una sonrisa cruza su rostro—: Como el hermano de Edna.

El hermano de Edna.

Esas palabras llevan mucho tiempo desterradas de nuestra casa y de nuestro vocabulario. Si existe un reglamento no escrito en cada hogar, una de las normas del nuestro sería: no se habla del hermano de Edna.

Edna nos contó lo menos que pudo, apenas lo suficiente para satisfacer la curiosidad de dos niñas con demasiadas preguntas. Nosotras, por aquel entonces, no sabíamos qué estábamos destapando con ellas; a decir verdad, ni siquiera ahora lo sabemos. Sean tampoco conocía demasiados detalles: Déaglán tenía seis años más que Edna; murió en un accidente a los dieciséis, cuando Edna tenía solo diez años.

A pesar de eso, jamás aparecía en su repertorio de anécdotas familiares. Edna podía arreglárselas para terminar hablando de sus padres con toda naturalidad en una conversación sobre las fiestas del pueblo, pero ¿mencionar el nombre de su hermano? Jamás.

Al menos en mi presencia.

—¿Mamá te contó algo de él, en los últimos meses?

Ailís levanta los ojos del niño y ralentiza sus brincos hasta que lo tiene sentado en el regazo, dando palmas, sonriente, ajeno a la rigidez del rostro de su tía.

—Lo mencionó alguna vez, pero no... —Ailís se queda trabada durante unos segundos—, no me contó nada. ¿Tú...?

Deja el resto de la frase flotando en el espacio que nos separa, lleno de todas esas dudas que no nos atrevemos a expresar. Ese fue el verdadero legado de Edna: todos los interrogantes de los que murió rodeada.

—No. ¿Y no te parece...? ¿No es raro? Tanto secretismo.

—Ya sabes cómo era mamá.

—Sí, y por eso... ¿No te lo has preguntado? ¿Qué le pasó? ¿Y si tiene algo que ver con...?

Supongo que ella llamaría instinto protector al hecho de que la simple amenaza de escuchar la palabra prohibida haga que mire a Déaglán y Connor de forma automática. Me esfuerzo para que no se me note en la cara lo mucho que me molesta que aún reaccione así.

La serenidad de Ailís se deshace como cera fundida.

—Ciara, no creo que este sea el lugar...

Nadie nos mira ni parece que hayan escuchado mi pregunta. Aun así, tiene razón, no es el lugar ni el momento. Por eso le pido que me siga a la cocina; deja a los niños con Moyra y se disculpa con un educado «ahora volvemos».

Hay cazos sucios, trapos y peladuras de patata por toda la encimera.

—¿Tenemos que hablar ahora? ¿Es *realmente* necesario que hablemos ahora?

—No creo que sea un tema tan delicado.

—Hay niños en la mesa. A esta edad, son como esponjas, lo absorben todo —rebate ella—. Ibas a preguntar si creía que tenía que ver con... la enfermedad de mamá —aunque no lo está preguntando, espera a que yo asienta para seguir hablando—: ¿Te parece un tema adecuado para sacarlo en la mesa?

—¿Y por qué no? Tú lo has dicho: estaba enferma. Como Gilroy.

—No, no como Gilroy —me corta ella, a la defensiva. Se lleva la mano a la frente con una delicadeza que raya lo dramático—. Mamá sufría depresión, Ciara. No es un tema para...

—¿Por qué no?

Siento cómo el aire entre nosotras se hiela y se expande, empujándonos cada vez más lejos la una de la otra.

—Porque son demasiado pequeños.

—¿Y tú? —Tampoco hablamos de ello: ni de niñas, ni de adolescentes, ni ahora—. ¿Cuál es la excusa?

—No es el lugar, Ciara.

A pesar de que su tono es cada vez más áspero, no puedo detenerme.

—Edna se pasaba días enteros metida en la cama. Mucho antes de que Sean la dejara —apuntillo, en cuanto veo que Ailís abre la boca—. ¿No te preguntas...?

—¿Por qué? —me interrumpe. No era eso lo que iba a preguntar, pero aun así, dejo que ella misma se responda—: Porque estaba enferma.

Aunque entonces ni ella ni yo, y mucho menos Sean, supiéramos verlo.

—¿Crees que tenía que ver con su familia?

Mi hermana repasa cada centímetro de mí, como si fuera un ente venido de muy lejos, ajeno a su realidad.

—La depresión depende de muchos factores —repite las mismas palabras que todos los doctores a los que vimos. Entonces, la máscara de yeso que lleva se fractura y, durante unos segundos, puedo percibir cierta tristeza en sus ojos y también en su voz—: Perder a tu familia no es plato de buen gusto.

Poco después de que Sean dejara a Edna, Ailís me habló de la muerte de los abuelos. Ella tenía tres o cuatro años, así que su historia es una mezcla de sus recuerdos y los de Sean. Los abuelos tuvieron un accidente de coche cerca de Derry; ella murió en el acto, y él, a las pocas horas de ingresar en la UCI. Edna se metió en la cama en cuanto lo supo y no se levantó hasta el funeral; sus amigas y Sean se encargaron de todo. Ailís no recuerda cuándo ni cómo se sobrepuso. Lo que sí recuerda es que, después del entierro, cuando Edna aún pasaba más horas en la cama que fuera de ella, Sean empezó a llegar cada día más tarde a casa, y cuando estaba en ella le prestaba más atención a su copa y su música que a su mujer. Fue como si hubiera volcado por adelantado toda la amabilidad de un año en las semanas anteriores y ya no estuviera obligado a fingir. Ailís tenía ocho años cuando se convirtió en ama de casa; con Edna en cama, Sean fuera todo el día y una hermana de tres años, no tuvo otra alternativa que aprender a cocinar, ordenar y hacer listas de la compra.

—Quizás la muerte de Déaglán... —Dejo la frase a medias porque no sé cómo seguir. Un accidente, eso fue todo cuanto dijo Edna. ¿De coche, como los abuelos? ¿Una pelea? ¿Un coma etílico? ¿Sobredosis?

No se me ocurre nada. Si estuviéramos hablando de un adolescente en pleno Nueva York, podría llenar folios enteros con posibles formas de morir. Pero estamos hablando de un chico de Kilkerry en los sesenta o los setenta.

—¿A qué viene esto ahora? ¿Es porque pronto... es el aniversario?

—Es porque me parece raro que nunca nos hablara de su hermano.

—¿Por qué te importa ahora? Porque mamá ya no está.

Ya no está.

La delicadeza de Ailís me enerva.

—¿No te importa saber qué le pasaba... —una pausa cobarde precede a mi susurro—, qué le pasó?

Ailís se levanta como tirada por un alambre. Se plancha la camisa con las manos y me observa con los labios apretados. Acerca la silla a la mesa con la misma lentitud con que habla.

—Que la atropellaron. —Deja que las palabras resuenen en esta cocina ajena mientras se dirige a la puerta—. Mamá está muerta, Ciara. Lo único que puedes hacer por ella es llevarle

flores al cementerio.
Y me deja sola.

20

«Y recalientalo en la sartén, por el amor de Dios.» Durante los cuatro años en los que estuve viviendo en Dublín, no me marché ni una vez de casa sin esa advertencia y una bolsa de papel con dos táperes. Ella desconfiaba de los microondas; solo permitió que metiéramos uno en casa cuando ya nada le importaba.

Hoy estaría orgullosa de mí.

El estofado burbujea sobre el fogón mientras lo remuevo para que no se queme, aunque lo único que deseo ahora mismo es pegarle un bocado al pedazo de pastel de manzana de Moyra, al que vigilo por el rabillo del ojo. Me marché de Dublín hace cuatro años y sigo recalentando las sobras de otros un domingo por la noche.

¿Edna, sabes que jamás te hice caso? Contigo el truco era decir sí a todo. Después volvía a mi piso de Dublín, húmedo y enmoquetado, y me sentaba en el sofá a cenar restos recalentados en un microondas. Entiendo que no te gustara venir a verme; odiabas viajar, odiabas las grandes ciudades y, por encima de todo, odiabas la «ratonera para besugos» en la que vivía, un pasillo largo y oscuro con dos habitaciones a cada lado, y un salón con cocina abierta al fondo. El sofá daba tanta pena que lo teníamos escondido bajo una tela llena de dibujos de elefantes de colores, y las pelusas campaban a sus anchas por el salón; diría que algunas incluso empezaron a hacer simbiosis con la moqueta.

Estaba mal iluminado, mal insonorizado y mal aislado, pero a cambio tenía a Linne, Andrew y Emily, y eso lo convertía en lo más cercano a un hogar a lo que podía aspirar. Siendo sinceros, también era lo mejor a lo que podía aspirar teniendo en cuenta mi presupuesto. Edna lo dejó claro desde el momento en el que traje la idea de Dublín a casa: no iban a darme ni un centavo. Sean estaba de acuerdo: eso de estudiar en Dublín era un capricho. Yo tenía dieciocho años. Ya eres adulta, me dijo un día sentado a la mesa, con la mano derecha alrededor de un vaso de sidra y la izquierda apuntándome con una servilleta manchada. Ya eres adulta; ahora tus caprichos te los pagas tú.

Tiré de ahorros y de trabajos esporádicos de camarera y, a partir de segundo de carrera, y gracias a la desgracia de un cantante que se accidentó de camino al trabajo y a estar un martes a las seis de la tarde en un pub en lugar de en la biblioteca, también de cantante.

Aun así, mis sueldos nunca dieron para más que una habitación de dos metros cuadrados en la que apenas cabían una cama y un escritorio de cuatro palmos de largo y dos de ancho. Por suerte, el armario estaba empotrado y era espacioso, de modo que lo convertí en mi cámara de los horrores, donde se amontonaban libros, gorros, botellas vacías y zapatos. Colgué algunos pósteres

en la pared y, poco a poco, a medida que iba creando una vida en la ciudad, la fui llenando de fotografías, luces e incluso una planta, aunque de plástico, algo que horrorizó a Edna casi tanto como el hecho de ver una planta en un dormitorio.

Cuando pienso en Dublín, no veo ni el Temple Bar ni el campus de mi universidad ni el St. Stephen's Green ni el supermercado de la esquina de mi casa. Veo esa habitación. Ahí es donde confluye todo.

Lo primero que hizo Edna al verla fue, tras cerrar la puerta, indignarse porque no hubiera pestillo. ¡No hay pestillo! En una casa con tres chicas y un chico... Habrase visto, decía.

Tuve que enseñarle una foto de la puerta con un pestillo nuevo y reluciente para que me dejara tranquila. Nunca le dije lo bien que me vino cuando no volvía sola y aún quedaba gente despierta en casa.

Si saber que había un chico en mi piso la intranquilizaba, imaginarse que pudiera haber uno en mi habitación la volvía loca. Era incapaz de disimularlo; no hacía ni decía nada que no hubiera hecho o dicho antes y, sin embargo, se multiplicaron las charlas sobre el egoísmo de los chicos cuando «aparece un problema» y la consecuente necesidad de que las chicas fueran las responsables, y empezó a despedir cada llamada con un «cuídate y respétate».

Así era Edna.

A pesar de todo, le conté algunas cosas. Ailís había allanado el terreno: empezó a salir con Aidan en el instituto, se comprometieron un año después de que yo me fuera a Dublín y se casaron en el otoño de mi tercer curso en la ciudad.

Le hablaba de lo que ella llamaba «amigos especiales»; siempre historias reales, con engaños solo por omisión: cortaba la cita antes de tiempo, maquillaba algún detalle. Edna, que adoró a Aidan desde el momento en el que pisó su cocina, vivía con la esperanza de que yo «pescara» a alguien como él, alguien formal, con las cosas claras y buen humor. La decepcioné una y otra vez. Puedo verla aquí, en la misma postura en la que estoy yo ahora, removiendo la pasta de forma robótica, escuchando el relato de mi ruptura con Rory, la decepción hundiéndose en su rostro bajo el peso de cada palabra.

No entendió que nos separáramos por nada. Farfulló algo sobre las parejas de hoy y la falta de compromiso y se perdió en un monólogo del que ella fue la única oyente. Yo hacía como que escuchaba mientras jugaba con las manzanas del cesto. Me quedé con lo importante: era una chica con demasiado carácter.

Rory y yo nos conocimos en una fiesta, nos besamos por primera vez en una discoteca y nos acostamos por primera vez en mi cama, todo la misma noche. Pero no *nos conocimos* hasta mucho después, cuando las madrugadas de sábado empezaron a ser mañanas de domingo. Lo veo como una excavación: cavamos juntos hasta que dimos con roca. En algún momento del descenso, Rory había dejado de ser un desconocido de una noche cualquiera para convertirse en un chico que invadía mi mesa con su ropa, que jamás pedía perdón y al que veía demasiado a menudo. Su cuerpo se fue llenando de sus manías, sus virtudes y sus defectos a medida que los iba conociendo. Dejó de ser sencillo.

Una mañana me levanté con esa idea en la cabeza, así que aquella tarde le dije que quería que dejáramos de vernos.

Después de él, pasó mucho tiempo antes de que volviera a hablarle a Edna de nadie, y aun así, ella siempre recibió todo nuevo nombre con esperanza. Ninguno de ellos se quedó en la familia.

Eres una alma libre, repetía Edna, cada vez con los ojos un poco más apagados, las comisuras de los labios un poco más caídas.

Cuántas veces la decepcioné.

Fantaseo con las ruinas: adiós a la taza del váter, a su tapa rota, a los armarios amarillentos y a los azulejos con petunias. Michael ha llegado a las ocho de la mañana, puntual como un clavo, con dos albañiles y una furgoneta llena de cajas de herramientas, ahora amontonadas en mi recibidor. Me ha explicado su plan de seis semanas —si el hijo de Joseph no se adelanta, me ha recordado mientras el futuro padre, un hombre rechoncho con más barba que rostro, asentía a su lado— contando con los dedos: una semana para el baño de abajo, otra para el de la habitación de matrimonio, dos para la cocina, otra para cambiar las ventanas y pulir los suelos y siete días comodín para imprevistos.

Seis semanas. Finales de abril, casi mayo.

Después tendré que pintar las paredes. Y encontrar un comprador. Ailís habló con las tres inmobiliarias del pueblo hace semanas para decirles que estábamos reformando la casa, una novedad que fue recibida con un entusiasmo que no ha conseguido contagiarme, porque las tres fueron tajantes: hasta que la reforma no haya terminado, intentar concertar visitas es una pérdida de tiempo.

Había imaginado que podría finiquitar la reforma en un par de meses y después marcharme con los pocos ahorros que me quedaran a Dublín o a Barcelona, donde con suerte algún amigo me acogería durante las pocas semanas que tardara en venderse la casa.

La realidad es que los meses se están alargando y que yo divido mis días entre reformar una casa, cuidar a un niño de tres años y tocar cuatro noches a la semana en un pub, y mi única fuente de calma es la imagen de un mazo estrellándose contra la pared de la bañera.

Eso es lo que estoy viendo frente a mí, aunque siga con los ojos puestos en los movimientos ágiles y estudiados con los que Ivor y Paddy colocan las jarras una encima de la otra.

—Sabes que es lunes, ¿no? —me pregunta Ivor tras cerrar la puerta del lavavajillas de un rodillazo.

—No he traído la guitarra.

—Entonces, ¿has tenido un mal día con tu sobrino? ¿Te sirvo una?

—En realidad, quería hablar con Paddy.

La sola mención de su nombre basta para que Paddy clave la mirada en nosotros y se acerque, como arrastrado por una red de pesca.

—¿Conmigo?

—¿Lo dejas ya? —La ligera sorpresa con que se arquean las cejas de Ivor es lo único que salva su respuesta.

—¿Es eso? —Paddy me escruta con los brazos cruzados, un paso detrás de Ivor.

—No.

Paddy deja caer los brazos.

—Entonces, ¿qué es?

—Tienes sesenta y siete años, ¿verdad?

Los ojos de Paddy se escapan un instante hacia Ivor, que le mira con la misma expectación con la que al momento siguiente me escruta a mí:

—Sesenta y seis —me corrige, dándose un golpe en el pecho al tiempo que se aproxima—. ¿Eso era? ¿Has venido para preguntarme mi edad?

Un año menos no afecta a mis cálculos.

—Era una comprobación —justifico, y me aclaro la garganta para que las palabras suenen nítidas—. ¿Conocías al hermano de Edna?

Es una pregunta de cortesía, porque sé con certeza que sí. He echado cuentas: no debían de llevarse más de dos o tres años.

Busca por el rabillo del ojo a los dos únicos clientes del pub, sentados a la barra en silencio. No nos observan, pero eso no significa que no nos escuchan. Paddy asiente sin decir nada y yo bajo la voz:

—¿Sabes qué le pasó?

Esta vez su mirada huye hasta Ivor.

—Ciara, son cosas de familia. Habla con tu hermana.

—No sabe nada. Pero no te preocupes —deslizo la vista hacia mi izquierda, donde los dos hombres siguen bebiendo sin abrir la boca—, se lo preguntaré a otro.

Paddy arruga la cara y le echa un vistazo a su reloj de pulsera y, de nuevo, a Ivor:

—Encárgate de la barra. Y tú, ven.

Sigo a Paddy hacia el almacén, donde grita el nombre de su sobrino, que se asoma tras una estantería.

—¿Qué haces aquí?

Qué hago aquí. Eso mismo debió de pensar Finn cuando me dejó en la puerta de casa, con demasiado alcohol en el cuerpo y su rechazo entre las manos.

—Ve a la barra —le ordena Paddy, que a juzgar por cómo Finn suaviza la expresión, debe de tener cara de pocos amigos.

Cuando pasa junto a mí, Finn arruga el rostro en una interrogación gigantesca, que se lleva consigo al cerrar la puerta. Este es el único lugar del pub donde los únicos que pueden escucharnos son las botellas de cerveza, de sidra y de refrescos.

—Yo no debería ser quien te hablara de este asunto, Ciara. Son cosas de familia. Pero tu madre no está... Y pienso que si mi Adaline se marchó con algún secreto del que no había hablado por miedo, o por tristeza, a mí me gustaría saberlo. Da igual que sean... —Su voz se pierde, quizás detrás del mismo pensamiento que tengo yo ahora: son cosas de familia, cosas del pasado—. Déaglán era un buen chico. Yo tenía un par de años más que él, no éramos amigos íntimos, pero el pueblo no era más grande entonces que ahora, ya me entiendes. No hay tantos lugares a los que ir. Era un buen chico, no lo vi pelearse ni una sola vez, y eso que en aquella época todo se

solucionaba a puñetazos. Pero no era buen estudiante, y eso le traía muchos problemas en casa. No me sorprendió que se marchara. A diferencia de tu madre, a él no le importaba hablar de su familia, no, señor. Soltaba culebras por la boca. Eso sí lo tenía. Era un buen chico, pero con su familia... Era difícil. Supongo que... —Sus ojos me estudian como si fuera un cuadro expuesto en una galería—. ¿Sabes? Te pareces a él, ahora que lo pienso.

—¿Era músico?

Paddy oscila la cabeza.

—Artista. Lo suyo era dibujar... Y le sacaba provecho, no creas. Cuando hablaba de chicas, la historia terminaba siendo siempre la misma: les prometía un retrato en el lago, con la luz del atardecer, y lo tenía hecho. No era raro verlo sentado en algún rincón del pueblo con su bloc sobre las piernas y el carboncillo en la mano. Luego vendía algunos dibujos, y también hacía retratos para poder comprar más material de pintura. Sabía buscarse la vida, hay que admitirlo —murmura, ensanchando una sonrisa retraída—. Decía que su padre no le quería dar ni un centavo para papel o pinturas, aunque su madre le dejaba alguna moneda bajo la almohada de vez en cuando.

Dejo que los segundos se traguen las últimas palabras de Paddy, hasta que estoy segura de que no va a seguir si no le animo.

—¿Se marchó de casa?

—Es lo que hacen los artistas, ¿no? —Me rebota la pregunta con una sonrisa ladeada—. Rebelarse contra sus padres.

—No lo sé. No sabía que dibujaba, ni que se había marchado de casa. Lo único que nos contó Edna fue que tuvo un hermano que murió a los dieciséis años en un accidente. Nada más.

—¿Un accidente? —Las pupilas de Paddy se vuelven de piedra, y parece que le cueste decir lo que sigue—: Morir es una cosa; que te maten, otra muy distinta.

—¿Que te *maten*?—Mi voz es un susurro, casi un eco de sus palabras—. ¿Quieres decir que... que lo asesinaron?

—Depende de a quién le preguntes.

Y entonces me pregunta si me suena el *Bloody Sunday*. Yo no había llegado al mundo y aun así, lo recuerdo como si hubiera vivido su nacimiento. Oigo la batería con la que empieza la canción que lleva un título homónimo mientras veo las imágenes de archivo: las que se tomaron en Derry ese domingo de enero del setenta y dos; las de las manifestaciones de los meses e incluso años que le siguieron; el primer ministro prometiendo nuevas investigaciones casi treinta años después, siendo yo una niña de diez años, las preguntas sobre ese suceso en mis exámenes de historia de secundaria. A eso se reducen, a imágenes de archivo sobre un día del que apenas se hablaba en casa.

Edna siempre hacía callar a Sean cuando él se refería a estos hechos. Sean defendía a los civiles; la marcha era pacífica, la policía abrió fuego contra personas desarmadas e inocentes y todas y cada una de la veintena de muertes eran asesinatos. Recuerdo cada uno de sus insultos contra la policía, los políticos, contra cualquiera con poder, y todos los chistes que le lanzaba Edna. No decía nada más: ella no opinaba sobre política, prefería dejar el tema fuera de la mesa. Mientras cenábamos, solo comentaba las noticias sobre sucesos y el tiempo. Todo lo demás no era

más que imágenes encerradas en un televisor. Como para mí.

Ahora el marco que encerraba esa realidad se ha roto y ni todas las reprimendas de Edna juntas lograrían contenerla.

Ya no son solo imágenes de archivo; es la historia de mi familia.

—¿Murió en el *Bloody Sunday*? —pregunto, porque prefiero la obviedad al silencio. Paddy meneaba la cabeza lentamente de arriba abajo—. ¿Por qué Edna no nos lo dijo?

—Cuando pasó, la gente del pueblo prefirió no opinar. Nadie sabía con certeza qué había pasado, si realmente había manifestantes armados, si el fuego de la policía estuvo justificado..., así que callaron. No querían saber si Déaglán se lo había buscado o no. Mucha gente se quedó en casa el día del funeral, y ya sabes lo que eso significa aquí, sobre todo en aquella época. Yo sí fui. Edna era pequeña, la recuerdo agarrada todo el rato de la mano de su madre. Tus abuelos eran muy queridos en el pueblo, supongo que por eso la gente decidió callar. Mejor eso que una palabra fuera de lugar. Pero en el fondo, todos pensaron lo mismo: hiciera lo que hiciera Déaglán, de algún modo se lo había buscado; se había marchado de casa, había abandonado a sus dos pobres padres... —dice Paddy con sorna—. No era un santo, y... era joven. Solo por eso, mucha gente lo crucificó.

El almacén, inundado por todas las imágenes que Paddy sugiere a mi imaginación, parece más pequeño, más sombrío. Esperaba la historia sobre un accidente de moto, un atraco, un suicidio.

—Yo... No sabía nada.

Paddy hace un mohín.

—Edna tuvo una infancia difícil, no puedes juzgarla por no querer recordar —dice, y en cuanto abro la boca, acusándome con el dedo, me impide hablar—: Te lo veo en la cara —replica. Vuelve la cabeza hacia la puerta, tuerce el gesto, suspira—. Tengo que volver a trabajar, pero antes... —Se frota las manos, aprieta los labios—. ¿Sabes que tu abuela perdió a dos niños? —Otra losa. Mi silencio es cuanto necesita Paddy para seguir—: Murieron en el parto, un par de años después de la muerte de Déaglán. Tus abuelos no lo llevaron bien, esto sí que me lo contó Edna. Después de lo que habían pasado, no puedo ni imaginar... ¿Quién puede culparlos? Por eso te lo estoy contando: porque tu madre, desde donde sea que esté, querría que no la juzgaras, que la comprendieras.

—Entonces, debería habérmelo contado.

Tal vez entonces habría sido más fácil entender qué le pasaba por la cabeza en esos días en los que no existía para nadie.

—Pero no lo hizo —dice Paddy—. Y ahora lo único que queda de tu madre en este mundo es su casa, y tú no la respetas lo suficiente; no te atrevas a decirme lo contrario. Te oigo quejarte día sí y día también, y entiendo que para ti sea una carga, pero era lo único que tu madre tenía en el mundo que fuera solo suyo, ¿sabes? Para ella era importante. Sobre todo, después de que se fuera Sean. Al menos tenía una casa propia, lo repetía siempre que venía, hasta que dejó de hacerlo. Pero lo más importante es que era la casa de sus padres, lo único que le quedaba de su familia. Tú no habías nacido y ella ya los había enterrado a todos. Si al final te deshaces de ella, no se la vendas a cualquiera.

Es medianoche. Mañana es martes, mi despertador sonará en seis horas y yo estoy bajando la persiana del Flannery's. Hemos cerrado, pero aún hay dos jarras de Coors sobre la barra.

—Tiene que haber al menos una discusión, es una ley no escrita de las comidas familiares del domingo —concluyo, tratando de sonar solemne—. Y Ailís y yo teníamos todas las papeletas.

Ailís ha aparecido en todas nuestras conversaciones esta noche. ¿Se ha dado cuenta Finn? No he podido pensar en otra cosa desde que he salido del almacén. Ailís. ¿Cuándo y cómo le pregunto si sabía todas esas cosas? Se acerca el aniversario de su muerte; tendré que ir al cementerio. ¿Veremos las lápidas de sus hermanos? ¿Las habrá visto ella? No estoy segura de querer conocer la respuesta.

—Se le pasará, es cuestión de tiempo. Al final, la familia siempre perdona —dice Finn—. Una vez, Paddy estuvo una semana entera sin hablarme. Trabajamos juntos, hay que reconocerle el mérito. Él es así: cuando se enfada, se agarra al cabreo hasta que se harta de su propio malhumor, y siempre termina buscándome. Refunfuña, se queja de mi cabezonería, dice que odia las discusiones y... todo queda olvidado. Con tu hermana pasará igual.

—¿Qué hiciste para cabrearlo tanto?

—¿Con eso es con lo que te quedas? —Finn arquea las cejas.

—Sí —respondo. Puestos a elegir, prefiero hablar de sus meteduras de pata antes que de las mías; aún está a tiempo de estropear la noche mencionando mi borrachera del sábado—. ¿Qué hiciste?

El rostro de Finn se contrae bajo el peso del recuerdo. Veo una chispa en sus ojos, tan alegre como la sonrisa y cada una de las arrugas que le enmarcan los ojos.

—No le hables de esto a Paddy jamás, ¿de acuerdo? Ni se lo insinúes —me advierte, señalándome con el dedo pero sin rastro de seriedad en el gesto—. No me gusta cómo se pone cuando lo recuerda.

—Estás aumentando mis expectativas. —Le doy un trago a la cerveza sin despegar los ojos de él. Saboreo el regusto amargo en mi paladar, siento el frío apagándose en mi garganta—. ¿Qué hiciste?

—No fue para tanto. Paddy se fue de fin de semana a Belfa...

—¿Él? ¿En fin de semana?

—Eso dice él. «Para una vez que decido irme y confiar...» —Intenta imitar a su tío sin demasiado éxito—. Se fue de fin de semana por una vez en su vida y a mí se me ocurrió montar una fiesta en el pub. Yo llevaba pocos meses aquí, el pueblo me parecía un lugar tranquilo, pero...

—... no de noche y con alcohol de por medio —termino la frase. No sé si es lo que iba a decir, pero por cómo asiente, veo que he entendido por dónde va—. ¿Destrozaste el pub?

—Nos robaron la caja.

—¿Toda la recaudación de...?

—Nos robaron la caja registradora, literalmente.

Mi carcajada es tan estridente que contagia a Finn al instante. Quiero enterarme de todos los detalles: ¿atraparon al tipo? ¿Encontraron la caja en alguna parte? ¿Hay testigos que hablan de un borracho tambaleándose por las calles del pueblo con una caja registradora en brazos? ¿Fue un profesional? Las respuestas son demasiado tibias: encontraron la caja tirada en un parque, con la cerradura reventada. Finn no sabe ni quién ni cómo ni cuándo exactamente; lo único que tiene claro es que, a la mañana siguiente, la caja no estaba.

Cuando termina su relato, se prepara para escuchar el mío acomodándose en el taburete.

—Así no conseguirás que te deje el pub.

—¿Y quién ha dicho que vaya a dejármelo? —Finn enarca las cejas.

—No se lo va a vender a cualquiera si se puede quedar en familia —le digo. Conoce a su tío, así que me da la razón en silencio—. Y teniendo en cuenta que te gusta el pueblo, alguien entenderá por qué, y que querías quedarte con ese pub en Bray... Querrás el Flannery's.

—No lo hemos hablado.

—¿Pero si tiene sesenta y seis años! ¿Me estás diciendo que no habéis hablado de qué va a pasar cuando se jubile, y eso que podría haberlo hecho hace tiempo?

—Creo que planea morir antes de jubilarse —responde Finn.

—Aun así.

—Paddy ni siquiera ha mencionado nunca el tema, ¿qué quieres que te diga?

—Pero tú sí lo has pensado.

—Más vale encargarse de cada cosa en su momento —dice. Lo que entiendo yo es que sí, que lo ha pensado pero que aún no se ha atrevido a sacar el tema con su tío—. ¿Va todo bien con Paddy? Habéis estado un buen rato en el almacén y no parecía muy...

—Tranquilo, no voy a dejarlo —lo interrumpo.

—¿No he dicho nada! —se queja.

—No hace falta. —Estoy empezando a conocerlo—. Eres transparente. No voy a dejarlo, si quieres puedo tatuármelo. —Su falta de confianza es insultante. Dije que me quedaría hasta que terminara la reforma o hasta que Paddy encontrara a alguien mejor, y eso haré—. Solo quería hacerle algunas preguntas —le digo, y cuando levanta las cejas, invitándome a contarle más, añado—: Preguntas personales.

—Son mis favoritas —responde, bajando la voz al tiempo que se inclina hacia mí. Deslizo los ojos por las líneas que encierran su rostro, hasta dejarlos caer sobre mi jarra, apoyada en mis muslos.

Edna ya no está aquí para obligarme a guardar silencio y arrastrar su peso; no tengo motivos para callar. Paddy tiene razón: todos ellos, todas sus historias, estaban enterradas desde mucho antes de que yo naciera. Ya no hay nadie a quien la verdad pueda herir.

Pese a todo, la sonrisa de Finn me invita a resistir.

—Te lo cuento si me llevas a casa.

Me gustan las noches en esta casa. Ahora que ya no hay recuerdos por todas partes me siento más a gusto aquí. Tengo ganas de verla acabada, y no solo porque eso signifique que pronto podré marcharme. Quiero verla nueva y reluciente, y quiero pensar que a Edna le gustaría.

Al menos, sé que a Ailís le encantará. Al fin y al cabo, y a pesar de sus reticencias iniciales, lo ha elegido todo: las encimeras, los lavamanos, incluso las escobillas del váter. Yo dije que sí a todo, por supuesto; todo era perfecto.

Pero antes de que podamos llegar a la calma con la que sé que nos va a recibir la casa, antes siquiera de que haya terminado de cerrar la verja, Finn me recuerda que tengo algo de lo que hablarle.

Si no fuera porque la moto está aparcada en el jardín y él se encamina hacia el porche, creería que una vez más hemos venido aquí con distintas intenciones.

—Lo prometido es deuda —concluye él, volviéndose hacia mí.

Y lo último que me apetece hacer ahora es remover todos los silencios de Edna, reconocer que he estado ciega, que una visita al cementerio habría bastado para encontrar el extremo de la cuerda que hila su historia. Yo no soy como Ailís; yo sí que le habría tirado de la lengua. Aun así, habría sido demasiado tarde. Debería haber preguntado antes. Cuando yo aún vivía en casa y la depresión consumía a Edna; cuando de niña le llevaba agua al dormitorio en sus días malos, cada vez que apartaba a un lado a Déaglán si su nombre aparecía en una conversación. Debería haber sabido que el silencio siempre se transforma en vacío.

Las llaves tintinean en mis manos con cada nuevo paso que doy hacia Finn, sin darle la respuesta que espera; me detengo frente a él, a los pies de las escaleras.

—No he dicho cuándo —le respondo, acercándome a él—. Pero tienes razón, lo prometido es deuda.

Lo último que veo antes de besarlo son sus ojos cerrados; mis dedos trepan por su nuca, se pierden en su pelo, sintiendo cómo sus músculos se relajan, cómo sus labios empiezan a buscar los míos y nuestras lenguas se encuentran y nuestros alientos se enredan. Las llaves, que aún cuelgan de mi mano derecha, repiquetean contra su espalda.

Entramos en la casa interrumpiendo el beso, que termina de explotar cuando cierro con llave y nuestras bocas se encuentran de nuevo, tan ávidas como si estos instantes hubieran sido eones; ya no son solo nuestras lenguas las que chocan, son nuestros cuerpos, acariciándonos con la impetuosidad de quienes se encuentran por primera vez.

—No vas a librarte de contármelo —me advierte Finn, apartándose apenas unos centímetros.

Sonrí por toda respuesta, y cuando él vuelve a inclinarse, lo alejo de mí poniéndole una mano en el pecho.

—Te lo cuento arriba —le digo, y me dirijo hacia las escaleras sin esperarlo; sus pasos solo tardan un instante en sumarse a los míos.

Lo primero que hace Finn cuando entra en mi habitación es agacharse junto a las bolsas de basura que hay amontonadas bajo el escritorio, con mis peluches en lo alto, a modo de sacrificio, o tal vez de guardianes.

—Veo que aún no lo has tirado todo —dice. Examina los montones de arriba abajo, mira un peluche a los ojos, abre un par de libretas, coge unos papeles que sobresalen y los arroja a un lado en cuanto se da cuenta de que son apuntes del instituto.

—¿Qué estás buscando?

—Algo vergonzoso —responde, como si fuera obvio—. Échame una mano. ¿Algún diario íntimo, alguna...?

—Solo hay apuntes, boletines de notas y revistas.

Y también canciones, que son otra forma de lo que Finn llamaría «diario íntimo». Eso no se lo digo, claro. No he venido aquí a recordar todos los fin-del-mundo que viví a los dieciséis.

El viento golpea la casa y hace crujir las ventanas.

—Esto es tétrico —dice Finn, mirando primero hacia el techo, y después hacia el pasillo.

El suelo de madera, el papel de las paredes, la puerta entreabierto de la habitación vacía de Ailís. La pálida luz nocturna crea un juego de claroscuros que llena todos los rincones que atisbo a ver desde donde me encuentro.

—Al final te acostumbras. —Alejo a Finn de la puerta de un tirón y cierro la puerta con un golpe seco.

Y antes de que pueda decir nada, exigir nada, encierro su boca en la mía.

Es la primera vez que estoy a solas con alguien en esta habitación.

Es la primera vez que desnudo a alguien en esta casa.

Edna jamás dejaría que sus hijas hicieran bajo su techo lo que hacemos Finn y yo esta noche. Nunca permitió que ninguno de mis novios ni los de Ailís —ni siquiera Aidan después del compromiso, y mucho menos Owen—, pusieran un pie en nuestras habitaciones. Todos los demás debieron sentirse afortunados si los invitó a pasar más allá del salón. Su casa, sus normas.

Todas murieron con ella, y ahora la casa es mía; mía para hacer en ella lo que desee con quien desee. Para desnudar, besar, morder, acariciar y lamer, para gemir y gritar. Sin temor a que nos oigan, sin tener que dar explicaciones a nadie.

También esta noche duermes sola, con las cortinas descorridas y tus cosas metidas en bolsas bajo el escritorio. Los platos de la cena siguen sucios, en el fregadero. El silencio que ha dejado el sobrino de Paddy al marcharse, y que reina ahora en la casa, es un océano de olas tímidas que se adentran en la noche para devolverte ecos de grillos y aves nocturnas: la calma tras la tempestad. El cielo es una cúpula de nubes, la oscuridad es total. Era en noches como esta cuando solías tener esas pesadillas que te agarraban los pies; la calma te aterraba más que cualquier tormenta.

Ya no eres una niña, ya no sueñas con monstruos. Ahora tus pesadillas han tomado la forma de mis recuerdos, los que Paddy te ha confiado. Te cubres la cabeza con el edredón, te das la vuelta, te destapas, te remueves, todo con los labios apretados. ¿Por qué no gritas? ¿Has crecido? ¿Sabes, incluso dormida, que no hay nadie en la casa?

Estás sola en un hogar que se te hace desconocido. El espacio que han dejado nuestras cosas lo ocupa ahora el pasado. Los recuerdos se superponen unos a otros, los años se mezclan, la imagen de mis padres sentados en nuestro viejo sofá gris se integra con la de Sean tomando un whiskey en su butaca de piel. No hay cronología cuando se recuerda. Todo está aquí, toda mi vida.

Ojalá pudiera colarme entre tus sueños y hacerte ver lo que yo veo.

Mis padres compraron la casa en estado de abandono, poco tiempo después de casarse. Se gastaron todos sus ahorros, de modo que fue tu abuelo quien la convirtió en lo que tú conociste. ¿Te dije alguna vez que era albañil? Dejó la casa preciosa, tal y como mi madre quería. A lo largo de los años, fue amoldándola a nosotros: una cocina con una gran encimera y muchos estantes, armarios y ganchos, de los que siempre colgaban trapos llenos de manchas, y una pequeña despensa al fondo; un dormitorio principal sencillo, con un cuarto de baño igual de sencillo, y dos habitaciones para nosotros, con cunas primero y escritorios después. Cuando crecimos, construyó un segundo armario para mí. Déaglán le pidió muchas veces un caballete; jamás se lo hizo. «Ya pasas demasiado tiempo encerrado en tu cuarto.»

Durante más de tres años, solo madre entró ahí. Lo hacía cuando creía que nadie la veía. Yo corría a apoyar la oreja contra la puerta, y acariciaba la madera mientras escuchaba sus hipidos.

Déaglán se marchó dejando atrás una discusión inconclusa que yo seguí desde lo alto de las escaleras. Me lanzó un beso al aire y no volví a verlo.

Padre vació su habitación ese mismo día. Desmontó muebles y bajó cajas al garaje, y después no volvió a mencionar ese cuarto hasta que, dos años después de que Déaglán nos dejara, madre se quedó embarazada. Le bastó un mes para dividirlo en dos habitaciones: una para los mellizos y el otro, hasta que crecieran, para los invitados. Madre creía que tener un dormitorio de invitados era propio de gente con clase.

Ojalá pudieras ver las cunas que construyó. La madera no era demasiado buena, pero qué bonitas quedaron. Aún recuerdo la viveza del verde, los móviles con soles y estrellas que

colgaban sobre la cabecera, las lágrimas que derramó madre cuando las vio acabadas, y también las que se le escapaban en el umbral de la puerta, mientras las dos observábamos cómo padre las desmontaba. La mesa de costura apareció poco después y ya no se movió de ahí.

Vuestros abuelos eran buenas personas. La cuestión fue, tal vez, que eso no les valió de nada. Perdieron a tres hijos en tan poco tiempo... ¿Por qué ellos, que no hacían mal a nadie, que iban a misa todos los domingos y guardaban todas las fiestas? Padre perdió la afabilidad y madre se sumió en la apatía, y el suelo de la casa se convirtió en un lago helado: solía ser seguro, pero había días en que se agrietaba y cualquier paso podía ser en falso, y entonces el amor de mis padres se convertía en algo rígido y asfixiante. Yo no lo veía entonces, claro. Todo lo que hacían, lo hacían por mi bien: los horarios, los castigos, las restricciones, las normas. Mi madre era hija de su tiempo. Yo debía aprender a coser, fregar, cocinar, maquillarme y vestir con modestia. Por supuesto, tenía prohibido salir con chicos, ¡no sin su consentimiento, no sin su bendición! Todo cuanto tiene una mujer es su reputación, hija.

Cuando me casé con Sean, lo hice segura de que mi amor por él haría de mi familia algo distinto, y vi como una prueba del Señor tener que empezarla en esta casa, con mis padres. Sin embargo, algo había cambiado. Me di cuenta en el momento en el que entré en la casa por primera vez después de la boda. De la noche a la mañana, yo ya no era una niña de veintiún años. Ahora era una mujer casada. Tenía marido, tenía responsabilidades. Madre, aunque aún severa, se mostraba satisfecha, y padre empezó a pasar tardes enteras bebiendo con Sean en el salón. Después llegó tu hermana y, antes de que aprendiera a subir por las escaleras, tus abuelos nos habían dejado también.

Los recuerdos se superponen, uno encima de otro, sin fin, y tú duermes intranquila entre ellos, bajo el peso de todos mis silencios.

Tienes razón: debería haberte hablado de esto.

Solo ahora me atrevo, cuando ya no puedes escucharme.

Edna nunca nos dejó poner un pestillo en el baño. Ganamos la batalla de los móviles, la de internet y, años más tarde, incluso la del microondas; con el pestillo no hubo manera. Para Edna, solo las puertas que daban a la calle necesitaban cerrojo, y para Sean se trataba de una cuestión de jerarquía: si no había pestillo en el dormitorio de matrimonio, no lo habría en ninguna otra parte.

¿Es por eso por lo que Ailís no le ha encargado a Michael que lo ponga en el baño nuevo? El pomo de la puerta aún está envuelto en plástico, los armarios son tan blancos y relucientes como el resto de mobiliario. No queda rastro de aquella bañera llena de marcas de cal donde Edna nos bañó tantas veces, siempre acompañada de un cuento. No puedo ponerle ninguna pega a la nueva. Es perfecta. Todo es como debería, en realidad: el espejo es grande, el lavamanos es moderno y ancho, la cadena del váter funciona a la primera, la luz es uniforme.

Ailís tiene buen gusto. Estoy segura de que le encantará cuando lo vea, y eso será... cuando le apetezca. Han pasado dos días desde que lo terminaron y aún no ha querido venir a verlo. Yo he tenido que aceptar todas sus excusas, por supuesto, para minutos después escucharla rebatir todas las que yo le daba para no ir hoy a casa de los padres de Aidan. Estoy cansada, tengo trabajo en casa, debería quedar con Léan, necesito descansar. No he insistido. Tengo demasiadas cosas que decirle y demasiadas pocas fuerzas para decírselas.

Me miro una última vez en el espejo. Son las doce y ya estoy lista para salir de casa, con el pelo recogido en una coleta —debería comprar tinte para retocarme el flequillo—, los labios de color morado y un jersey blanco que, descubro con disgusto, ya he manchado. Me estiro el jersey, soplo para hacer volar los restos de polvos de maquillaje, y mi reflejo me da el visto bueno.

No es lo único que he manchado: el lavamanos está espolvoreado con colorete y sombra de ojos negra, hay restos de base de maquillaje en el grifo y discos de algodón sucios por todas partes.

Cuando salgo del baño, lo he dejado todo de revista. Aún tengo la esperanza de que Ailís venga después de comer, y ya hemos vivido muchas discusiones por la limpieza de este baño como para sumar una más al historial.

Esa época parece muy lejana. Yo parezco muy lejana. La Ciara de quince años, con una media melena castaña, gritando cada vez que Ailís entraba al baño. Dejando un hilo de agua por las escaleras a mi paso, con una toalla enrollada en la cabeza y otra alrededor del cuerpo; los gritos de Edna para que hiciera el favor de vestirme para ir por casa, los de Sean para exigir orden y silencio. Y Ailís, que siempre venía después a mi habitación:

«¿Tanto te cuesta?»

Hubo una época en que parecía que era lo único que sabía decir. Yo solía callar. No hablaba demasiado por aquel entonces, no en casa. Ailís se desesperaba porque los rehuía: si ella entraba en el baño, yo salía; si yo estaba tocando en el huerto, o escuchando música en el salón, o mirando algo en el ordenador del despacho de Sean, y alguien llegaba, me marchaba. Era lo más sencillo: a Ailís nunca le faltaban reproches, Edna siempre tenía algún consejo de vida con que aleccionarme, y Sean siempre terminaba nuestras conversaciones criticándola por su carácter santurrón o porque el guiso estaba salado o porque volvía a tener uno de sus días malos.

La Ciara de quince años mataría por el silencio que reina ahora en la casa, y me mataría si supiera que doce años después sigo aquí, saliendo de casa para ir a la comida familiar de una familia que no es la suya. Quiero creer que preguntaría antes de apretar el gatillo, que entendería las circunstancias y me daría un voto de confianza. Al fin y al cabo, somos la misma persona, y quiero salir de aquí tanto como ella.

Vuelves a casa sola, con una decepción tan densa que podría acariciar la si aúntuviera piel. Como la semana pasada, cenas las sobras recalentadas que has traído en un táper, pero a diferencia de entonces, hoy el vacío de la mesa te pesa más que te alivia.

Tu hermana no ha querido venir a ver la casa.

¿Por qué no podéis hablar?

No os gritéis, hablad, hablad, hablad... Me pasé años repitiéndoos lo mismo. Cuando Ailís te hacía aquellas trenzas perfectas y tú las tocabas tanto que terminabas por deshacerlas y ella te reñía; cuando Sean os llamaba porque alguien había dejado algo fuera de lugar y nunca había sido ninguna de las dos; cuando Ailís te pedía que fueras a tocar al jardín o tú te quejabas por el volumen de su música.

Me hicisteis caso a medias, como siempre. En algún momento dejasteis de gritaros, y también de comunicaros.

No has sido capaz de preguntarle a Ailís por mis hermanos. No has encontrado el momento, aunque has tenido tiempo para todos: para su sobrina, que te ha preguntado por Dublín con gesto vago pero mirada ilusionada; para su hijo, mi nieto, cada día más grande y brillante; para ayudar a quien lo necesitara en la cocina y dar conversación a cualquiera en la mesa. Has hablado con tu hermana de la casa, le has descrito el baño, ella ha rechazado ver ninguna foto —«Quiero verlo en persona, pero hoy no, hoy no puedo.»—, pero sí te ha enseñado lo que ha elegido para la cocina, aunque ya dieras tu aprobación semanas atrás. Conoces a tu hermana, así que has hecho lo que sabías que ella esperaba: has alabado los acabados de la nevera, el tamaño del horno y la elegancia de la campana de acero.

Has alargado esa conversación, le has hablado de las inmobiliarias, de los muebles amontonados en el garaje y, si en algún momento te has visto sin saber qué decir, has buscado alguna conversación ajena en la que inmiscuirte.

No has sido capaz de mencionar siquiera el nombre de Déaglán. Con la caída del sol han llegado la lluvia y el viento, que arremeten contra la casa como olas contra la playa, arrastrando la melancolía dentro y fuera de estos muros. Te salpica los pies, ¿puedes sentirlo? ¿Los escuchas chapotear mientras caminas hacia la puerta, abrochándote el abrigo?

25

Edna está aquí.

Aquí, bajo mis pies.

El cuerpo me pide levitar, pero estoy anclada frente a la lápida, con unas petunias de plástico en las manos y los restos de la llovizna resbalando por mi chubasquero hasta mis dedos, cada vez más helados. Ha dejado de llover segundos después de que encontrara la tumba de Edna, casi como si se callara para que podamos conversar. El problema es que no sé cómo hacerlo.

La lápida es sencilla, blanca, con el nombre de mi madre y las fechas de su nacimiento y muerte, tal y como la describió Paddy ayer, al darme las indicaciones para encontrarla. Debajo, unos versos:

*I will arise and go now
And go to Innisfree.¹*

Ailís eligió un buen epitafio para Edna. Yeats siempre fue su poeta preferido.

Dejo mis flores de plástico junto a las rosas blancas, tan frescas y perfectas que solo pueden ser de Ailís, y empiezo a deambular entre cruces, bloques de mármol, lápidas con nombres, fechas y palabras de cariño. La última vez que estuve en este cementerio todavía era una niña; a Edna nunca le gustaron los cementerios, y a mí tampoco. No me queda más remedio que deambular leyendo los nombres de las lápidas hasta que doy con los que busco: Néassa y Ciar Mullen, enterrados uno junto al otro bajo la misma lápida, una losa gris de acabado tosco. En el centro, bajo sus nombres y las fechas correspondientes, están grabados los mismos versos de Yeats que en la tumba de Edna —parece ser que Ailís prefirió no ponerse creativa—; en el vaso, dos rosas blancas. Alargo los segundos, intentando forzar una plegaria por unos abuelos a los que no conocí y cuya tumba ni siquiera recordaba, y sigo mi camino, leyendo un nombre tras otro hasta que uno de ellos me golpea con tal fuerza que me detiene al instante. Déaglán Mullen. Esta vez, ignoro de quién es el epitafio grabado en la lápida.

*He knows death to the bone
Man has created death.²*

Un escalofrío me recorre el cuerpo desde la punta de los pies. Estoy helada, y el cementerio se me hace más inhóspito por momentos. *He knows death to the bone*. ¿Fue mi abuela o mi abuelo quien escogió aquellos versos? ¿Edna? Es un humor demasiado negro para ella.

Por más que pienso, no consigo ubicar los versos. Estoy desbloqueando el móvil para buscarlos cuando un detalle llama mi atención: una rosa blanca en un vaso alto junto a la lápida de Déaglán, y otra, en un vaso idéntico, en la tumba de al lado. No me hace falta ver los nombres para saber que el gran secreto familiar estaba ante mi vista y ante la de todo el pueblo. La lápida de los mellizos es igual que la de Déaglán, solo que, en el caso de aquellos, hay dos nombres y una sola fecha; incluso la rosa de una tumba parece un reflejo de la otra.

Mi hermana cruza mi mente como un relámpago, no porque las rosas la delaten, sino porque su nombre está grabado en la lápida.

Ailís Mullen

Orrin Mullen

Es extraño ver esas cinco letras en una tumba. Cuando conozco a una Ailís, mi respuesta siempre es: «Como mi hermana». Porque ese nombre es solo suyo. Es de las primeras palabras que aprendí. Le pertenece. Un escalofrío me recorre la espina dorsal mientras recorro la losa con la mirada.

La lluvia no ha regresado, pero la brisa es cada vez más fuerte y más helada. Las nubes corren por el cielo, convertidas en un manto denso inacabable.

Dejo atrás la tumba de los mellizos, la de Déaglán, la de mis abuelos. Camino mirando al suelo, observando cómo el fango salpica mis botas, contando los pasos para salir de este campo de cadáveres.

Es todo cuanto veo: cadáveres, huesos, fantasmas. Las historias de miedo que se pasan de padres e hijos, los llantos de las *banshees*.

Entiendo que Edna no viniera nunca al cementerio; ella entenderá que yo no haya venido hasta ahora.

¿Verdad?

¿Por qué estamos condenados a recordar aquello que nos haría bien olvidar?

También tú te lo preguntas, sentada sobre el escritorio, rozando con las plantas desnudas de los pies la montaña de bolsas que aún no has tirado. Tienes en las manos una de esas antologías poéticas que os hicieron leer en el colegio. En la primera página, a mano:

*Ailís O'Rínn
Ciara O'Rínn*

Pasas las hojas con lentitud, leyendo versos aquí y allá, recordando algunos, perdiéndote en otros. Acaricias el papel con los dedos, las palabras que ayer viste grabadas en mármol y que ahora ves en todas partes.

Levantas la cabeza con la brusquedad de una marioneta; frunces el ceño, te zambulles en una conversación contigo misma que zanjas yendo a comprobar que mis libros estén entre las cosas que Léan te prohibió tirar a la basura y que siguen donde las dejasteis ese día. Regresas a la habitación con los diez tomos, que dejas caer sobre el escritorio sin ningún cuidado.

La colección completa de Déaglán, salvada de pudrirse en un vertedero. Los tomos que hace días lanzaste sin ningún reparo dentro de bolsas de basura hoy te infunden tanto respeto que tu mano se queda flotando encima de ellos, como quien trata de lanzar un sortilegio. Cuando finalmente la dejas caer, pasas los dedos por los lomos con tanta suavidad que parece que estés acariciando la cara de un bebé. Buscas la antología de Yeats y un par más —Keats y Blake, sé que no es coincidencia; nunca pensé que te fijaras en lo que leía— y te tumbas con ellas en la cama. Tus dedos se detienen sobre su nombre, escrito en aquella letra impoluta que jamás logré imitar. Nunca escribí mi nombre en ellos; no eran míos, yo solo los cuidé cuando Déaglán se marchó. Ojalá tuviera voz para pedirte que hicieras lo mismo.

Pasas las páginas poco a poco, zambulléndote en los poemas como lo hace un pato en un lago: unas veces es un remojón en la cabeza, y otras, una inmersión hasta el fondo.

La poesía es un eco.

Eso era lo que decía Déaglán: la poesía es tanto el eco del poeta como del lector. La poesía habla de quien la escribe tanto como de quien la lee. «La poesía es un eco que nos cuenta quiénes somos.»

Eso lo escribió en uno de sus diarios. Los tuviste en tus manos y los llevaste a los contenedores sin ser consciente de lo que hacías. Desearía que los hubierais visto, que hubierais conocido a vuestro tío a través de ellos. La mayoría de las páginas estaban llenas de historias de conquistas, de peleas que, fuera de casa, había observado con resignación desde lejos, y de las discusiones que avivaba dentro de ella. Hablaba de nuestros padres de un modo cruel y despectivo, aunque a veces, cuando su letra era más uniforme y rectilínea, dejaba entrever que su rabia nacía de la frustración. Encontré esos diarios en la caja sellada que me había pedido que le guardara antes de irse. En su cuarto solo dejó trastos viejos; lo importante

quedó escondido debajo de mi cama. Apenas unos meses después, supimos que no volvería.

Crecí durmiendo sobre los pensamientos de Déaglán, a los que regresé una y otra vez durante años. Me gustaba releer las palabras de mi hermano, descubrir que cada lectura era distinta porque yo era distinta. Madre se sentaba en el suelo de una habitación vacía para llorar por él, yo leía sus palabras más íntimas, y padre... Él se pasaba el día haciendo arreglos en la casa. Ajustando bisagras, barnizando las puertas del muro, construyendo armarios en el jardín. Nunca mencionaba a Déaglán, y cuando alguien lo hacía los labios se le tensaban como alambre. Una noche los escuché discutir en el cuarto de costura sobre el cuadro que madre había rescatado del garaje. Yo solo escuchaba a padre repetir una y otra vez que no quería acordarse todos los días, a todas horas. A madre no la oí, pero el cuadro no se movió de ahí.

Los libros saltan a tu alrededor cuando algo te hace dar un respingo sobre el colchón.

He knows death to the bone

Man has created death.

Es uno de los últimos poemas de la antología de Yeats y, como los demás, no se libra de las anotaciones y las marcas a lápiz de Déaglán. Los dos últimos versos, los que inscribimos en las lápidas, están resaltados con un cuadrado y un signo de exclamación al lado. Fue idea de madre. Desde que se enteró de la noticia hasta que pudimos enterrarlo, pasó tardes enteras en la habitación de Déaglán, buscando, en su Biblia primero y en sus libros después, las palabras con que despedirlo.

Veinte años después, hice lo mismo por ella y padre. Pensé que sería bonito que las palabras que los acompañaran a los tres fueran del mismo poeta.

Fue lo último que hice por ellos. Después, dejé de ir al cementerio los domingos, y con los años, incluso el día de Todos los Santos. Prefería sentarme en el salón e imaginar el sonido de la pipa de padre a un lado, la risa de madre al otro, el tintineo de las latas de pintura que Déaglán movía continuamente de arriba abajo.

Ojalá pudieras escucharme.

Los libros ya reposan en el suelo, junto a la cama, y tú te remueves bajo las sábanas, entre mis silencios y tus dudas, mientras fuera estalla la tormenta.

Duerme, hija. Es tarde, y hay preguntas que ya no necesitan respuesta.

¹ «Me levantaré y me iré ahora / e iré a Innisfree.»

² «Conoce la muerte hasta el tuétano / El hombre ha creado la muerte.»

Bajo el volumen para intentar entender algo de lo que dice Connor, pero su monólogo no es más que un balbuceo infinito. Lo veo a través del retrovisor intentando acariciar al pajarito que viaja sobre una toalla doblada en el asiento de al lado. No ha dejado de piar desde que he arrancado el motor.

Se me hará extraño no hacer este trayecto todos los días. Me he acostumbrado a la rutina de levantarme pronto para recoger a Connor y llevarlo a la guardería, desayunar un café sentada en el mármol de la cocina y volver para encontrar la camioneta de Michael en el jardín, hablar con él, Gabriel y Joseph cuando les llevo café a media mañana, desmontar muebles en el comedor bajo un escándalo que he aprendido a echar de menos. Si hay algo peor que el ruido de una reforma, es su ausencia. Estas semanas han sido complicadas: perdimos un día de trabajo por San Patricio — siempre libramos por San Patricio, se excusó Michael—, y otros tres por culpa de un mármol mal cortado del baño de matrimonio, y eso no es todo, porque le han tenido que provocar el parto a la mujer de Joseph. Un par de manos menos. Michael me ha prometido que encontrará a alguien tantas veces como ha evitado decir cuándo.

Esta tarde, como tantas otras de estas últimas semanas, la he pasado con Connor en el jardín de casa —Ailís cedió en cuanto le aseguré que así podría controlar mejor el avance de la reforma—. Yo he tocado la guitarra, él ha bailado y ambos hemos cantado. Cuando regresábamos al interior de la casa, Connor ha empezado a aletear frenéticamente y, con los ojos abiertos como dos posavasos, ha empezado a gritar: «¡Pajarito, pajarito!».

Ahora lleva al pajarito, que está herido y solo puede mover un ala, en el asiento de al lado. Connor se ha negado a marcharse sin él; teníamos que curarlo para que pudiera volar otra vez y volver con su mamá.

A Ailís no le interesa nada de eso. Cuando se da cuenta de que lo que llevo en las manos, sobre una toalla, es un gorrión, solo quiere saber qué hago con eso en su casa.

—Está herido.

Enfermito, ha dicho Connor.

—¿Y por qué lo traes aquí?

Connor se suelta entonces de la pierna de su madre y corre hasta mí y me tira de la manga del abrigo. Cuando me agacho, él señala el pájaro y busca los ojos de su madre:

—Se llama Pajarito.

La afabilidad con la que habla Connor logra enternecer a Ailís, que destensa el rostro y se pone de cuclillas para mirar a su hijo a los ojos:

—No te lo puedes quedar.

Lo que sigue es una discusión en la que Connor se queja, llora y hace morros, mientras Ailís, sin perder ni un segundo la calma, le explica que Pajarito es un animal salvaje y que de todos modos, él no puede tener una mascota *aún*.

Esa última palabra es la que consigue que Connor vaya al salón con una sonrisa.

—¿Cómo se te ocurre hacerle creer que se puede quedar un pájaro que ha encontrado por ahí?

—¿Qué querías que le dijera? —Cuando éramos pequeñas, nosotras solíamos llevar gatos abandonados a casa al menos dos veces al mes. Edna tampoco dejó que nos quedáramos con ninguno.

—Tienes que aprender a decirle que no.

Deja eso en el aire antes de meterse en la cocina. Yo la sigo, repitiéndome que ahora es un buen momento para preguntarle por los hermanos de Edna; llevo un animal malherido en las manos, eso debería jugar a mi favor.

Preparamos la cena, Connor come, limpiamos los restos de macarrones que han llegado hasta la pared, y yo no consigo sacar el tema.

Ni siquiera en el trayecto hasta casa, con Ailís callada al volante y Connor vigilando al pajarillo —Ailís ha terminado por ceder porque en el fondo sabe que, en cuanto pueda echar a volar, desaparecerá— y cuatro bolsas llenas de zanahorias, cebollas, pimientos y patatas. El doble de lo habitual; no sé si esto quiere decir que ahora que ya no cuidaré más de Connor dejaré de darme comida. Gilroy ya está prácticamente recuperado, y Moyra está cansada de escuchar sus quejas, así que a partir del lunes volverán a hacerse cargo de Connor por las tardes, como siempre, y Ailís recuperará su coche.

—¿Queréis pasar? —le pregunto, cuando se detiene delante de casa.

—Aidan está a punto de vol...

—Así verás los baños. Hoy han terminado el de Edna.

Vuelve la cabeza atrás para mirar a Connor, como si tuviera que pedirle permiso, antes de asentir.

—Diez minutos.

Está dispuesta a aprovechar todos y cada uno de ellos. Prefiere no perder tiempo en entrar el coche al jardín y en cuanto pone un pie en casa, no deja de comentar cada mínimo detalle a medida que avanzamos, ella llevando a Connor en brazos y yo al gorrión en las manos: el nuevo alicatado del baño de abajo, el espejo aún envuelto en plástico del de arriba, el acabado lacado de los muebles nuevos. A medida que habla, tanto su voz como su sonrisa adquieren más cuerpo.

—Ha quedado muy bien —admite, tras echarle la enésima ojeada al baño de Edna. No queda nada de ella en este cuarto de baldosas y muebles negros, donde la estrecha bañera de antaño ha sido sustituida por una mampara cristalina que encierra una ducha a ras de suelo.

—El lunes empezarán con la cocina.

Lo que significa que esta noche moveré la nevera vieja al salón y pasaré el fin de semana cocinando para llenarla de táperes y tener con qué alimentarme mientras destrozan mi cocina. De todos modos, Paddy ya me ha ofrecido la del Flannery's como alternativa, y tengo la cena pagada en las noches que trabajo en el pub, aunque allí no puedo aspirar a mucho más que a comer patatas

y salchichas. En cuanto a la vieja —pero aún útil— lavadora, no hay nada que hacer. Las obras de la cocina incluyen la despensa, de modo que el lunes por la mañana la guardaré en el garaje, junto a los muebles y cajas que esperan en el limbo a ir al vertedero. Hasta entonces, lavaré la ropa en casa de Léan, en un autoservicio o en la bañera nueva de mi cuarto de baño.

—Ya queda poco. —Ailís dibuja una sonrisa tintineante.

—Sí.

El gorrión pía, como si quisiera aportar su grano de arena a esta conversación insípida. Lo dejo sobre la mesa y miro a Ailís:

—¿Puedo hablar contigo?

Si no lo hago ahora, no sé cuándo lo haré.

Me alegra no haber llevado al garaje ni el sofá ni las butacas aún; así puedo ofrecerle un asiento digno a Ailís, que rechaza sentarse conmigo en el sofá y se decanta por la butaca de Sean. Connor se sienta junto a sus pies.

—Paddy me contó algo hace unos días —digo, con aplomo; he ensayado esta conversación mil veces, aquí mismo. La escena es tal y como imaginaba, salvo porque nos acompaña un gorrión—. Le pregunté por...

—Sí —responde Ailís, cruzándose de brazos.

—No sabes qué voy a decir.

—Me encontré con él en la iglesia hace dos domingos. —Esto no lo había previsto. Ailís me escruta, con los labios entreabiertos—. Me dijo que habló contigo.

—¿Te contó lo que...?

—Sí.

Connor rompe un silencio demasiado tenso con una carcajada que Ailís acalla con un grito demasiado severo. A cambio, le da dos muñecos de Lego que saca del bolso tras rebuscar unos segundos. Espero a que Connor esté entretenido antes de bisbisear:

—¿Lo sabías? —Prefiero no mencionar las rosas del cementerio; eso nos llevaría a otra conversación. La carta de la ignorancia es mi mejor jugada ahora.

—Sí. —El hastío alarga la palabra hasta deshincharla.

—¿Por qué no me lo has contado?

No debería haber preguntado eso. Me doy cuenta en el instante en que el último sonido sale de mi boca: para entonces, Ailís ya está levantada y agarrando a Connor del brazo.

—Eres... —Pero ni se molesta en terminar la frase; me mira de arriba abajo y suelta un suspiro que debe de dejarla sin aire.

—¿Desde cuándo lo sabes? —le pregunto. Ella meneaba la cabeza de un lado a otro y se sube a Connor en brazos, que no tarda mucho en convertir la espalda de su madre en el nuevo terreno de juego para sus muñecos—. ¿Te lo contó Edna?

—¿Es eso lo que te preocupa? ¿Que me contara algo a mí y a ti no?

—Quiero saber...

—No tienes derecho a exigir nada —me corta. La rabia tiñe su voz y sus mejillas de rojo—. Sí, lo sabía, y no, no te lo conté. Piensa de mí lo que quieras, porque digas lo que digas, la realidad es que no estabas aquí. Te lo habría contado cuando lo supe, pero ya te habías marchado.

—No vivimos en la Edad Media, Ailís.

—No estabas aquí —repite, masticando cada sílaba—. Y no te molestaste en volver. Llevo dos años sin verte, Ciara, ¿y vuelves con exigencias y haciéndote la ofendida porque no sabías algo de tu madre que ni siquiera te atañe?

—Ailís...

—Te lo dije cuando te marchaste, Ciara: si no actúas como familia, no eres parte de ella.

Este es un eco que jamás acaba.

—¿Por eso no me invitaste este domingo a casa de Moyra y Gideon?

Ailís recibe la acusación con una mueca de incredulidad. Se vuelve hacia su hijo, repite su nombre hasta que por fin él le hace caso, y le dice, con una suavidad impostada:

—Dile adiós a la tía Ciara.

Para cuando Connor deja de abrazarme, Ailís ya está en el recibidor, con el abrigo puesto y el gorrión en la mano.

—Adiós, Cara —dice Connor, corriendo tras ella, ajeno a lo que sucede en el mundo de los adultos, mientras me lanza un beso al aire.

—¿Te vas a ir así?

Ailís se detiene, pero no suelta el pomo. Por un momento siento el convencimiento de que sonreirá, dejará al gorrión en el suelo y me abrazará; culpará a los nervios o al estrés de su reacción, matizará sus palabras, me dirá cuánto aprecia que ahora esté aquí, porque lo que importa es que algo suceda, no cuándo. Sí, Ailís me hablará de Déaglán y de los mellizos, me confesará que sabía que la niña llevaba su nombre —o, mejor dicho, ella lleva el de la niña—, me contará cuándo lo supo, rechazaré sus disculpas porque tiene razón, no puedo exigir nada, y hablaremos de Edna, de todos esos secretos que el tiempo, como olas de océano, ha traído hasta nosotras.

Pero no hace nada de eso, solo espera a que Connor salga para preguntar:

—¿Irás el domingo al cementerio?

Me quedo observando las líneas de su silueta, recortada contra la luz sombría del atardecer, incapaz de separar los labios.

Mi silencio absorbe la violencia de su portazo.

Finn está de pie en el porche, con una abultada bolsa de tela de la que asoma una botella de sidra y dos bolsas transparentes llenas de táperes vacíos.

—Esta semana Paddy tendrá que venir a comer a casa —bromea a modo de saludo, antes de darme un beso en la mejilla y entrar sin esperar a que le invite a hacerlo—. Ayer insistió tanto en ayudarme a cocinar que no supe cómo decirle que no hacía falta; porque al fin y al cabo tenía razón en todos sus argumentos: a mí dos manos más me vendrían bien y él, que tiene experiencia en cocinar, se moría por conocer de primera mano las famosas recetas de Edna. Todos ganamos, de modo que aquí está.

Cierro la puerta para dejar fuera un día gris. El jardín está perlado con los restos de la llovizna que lleva cayendo de forma intermitente desde ayer por la noche.

—Solo son las doce —dice, con perplejidad, cuando entra en la cocina y ve los tres táperes de pasta en un extremo de la encimera. Se está cocinando una quiche a la Edna en el horno y, sobre este, hierven patatas para hacer puré.

—Tres semanas de obras. O más, si Michael no encuentra a nadie. Quiero cocinar para congelar en raciones todo lo que pueda y guardar el resto en la nevera. Así no tendré que vivir a base de sándwiches envasados. —le explico. Edna era tan poco amiga de congelar comida como de recalentarla en el microondas. Aun así, creo que lo entendería: frente a situaciones desesperadas, medidas desesperadas. Finn señala el hueco que hasta hace unas horas ocupaba la nevera—. Está en el salón.

Deja las bolsas de táperes sobre la mesa antes de salir de la cocina, y enumera a gritos todo lo que ha traído para preparar la comida de hoy; mientras tanto, yo saco dos vasos de uno de los armarios. Aunque se ha llevado la sidra, confío en que sea de esas personas que saben que cocinar saboreando una copa mejora la experiencia. Y así es, porque cuando vuelve veo antes su sonrisa cómplice que la botella en su mano.

La sirve en los vasos antes de quitarse el abrigo.

—¿Cuándo llega Léan? —pregunta, mientras lo cuelga en el respaldo de la silla libre.

—En una hora. Ha dicho que empezáramos a cocinar.

Finn esboza una sonrisa burlona; conoce bien a Léan. Nunca tiene prisa: probablemente olvidará el postre en casa y tendrá que volver a por él, o se acordará a última hora de que tenía que comprarlo, o se le cruzará un rebaño de vacas en el camino. Finn le da un largo trago a su vaso y lo alza entre nosotros. Va vestido con un jersey de lana, del mismo gris perla que luce hoy el cielo, y unos tejanos oscuros. Tiene todavía el pelo húmedo por la lluvia.

—No vale beber antes de brindar —le digo, pero él se limita a lamerse los labios y levantar un poco más el vaso. Me obligo a despegar los ojos de su boca—. ¿Por qué brindamos?

—Por la comida, por supuesto.

Los cristales tintinean al chocar. Saboreo el dulzor de la sidra y después siento su frescor deslizarse por mi garganta.

—Nos toca esperar —le advierto, señalando el horno—. A la quiche aún le quedan diez minutos.

—Podemos ir adelantando la lasaña. A no ser que tengas un plan mejor —dice, y en ese instante puedo ver su ropa en el suelo y a nosotros en cualquier parte de esta casa menos delante del temporizador del horno. Tal vez la imagen se refleja en mi expresión, o tal vez Finn haya visto lo mismo. Sea como sea, habla meneando la cabeza, con una sonrisa cruzándole el rostro—. De tu plan de cocina, quiero decir.

—Tengo que limpiar los pimientos —admito—, pero merezco un par de minutos de descanso.

Levanto el vaso a modo de brindis, y sin esperar la respuesta de Finn, doy un trago, con los ojos fijos en el horno, donde la quiche pronto empezará a dorarse, y la cocina se inundará con el olor dulzón del cebollino.

—Ailís podría invitarte a cenar estos días a cambio de haber cuidado de Connor.

—Los favores no se cobran, Finn.

—Solo digo que *podría* hacerte ese favor —dice, y sin darme tiempo a replicar, añade—: ¿Qué pensáis hacer en la cocina?

Repaso en voz alta mientras voy de un lado a otro de la cocina, recreando las formas de lo que pronto será. Una encimera blanca en forma de «u», más corta por un lado para dejar espacio a un congelador, junto a la nevera. Serán de aluminio, y el suelo de un gris muy oscuro, tal vez negro. Pese a ello, habrá más luz, gracias al blanco de la encimera y de los muebles.

—Eso es lo que dice mi hermana —concluyo, apoyada en la vieja encimera.

—No pareces muy convencida. ¿Lo ha escogido todo ella?

—Tiene mejor gusto que yo.

—Pero... es tu casa.

—No voy a vivir aquí, ¿qué más da? Lo importante es que quede bien para que alguien la compre.

Finn desiste de hacerme entender nada.

—Los hermanos mayores son peor que los padres —se limita a sentenciar.

La contundencia con la que habla me genera tanta extrañeza como curiosidad.

—¿Tienes hermanos?

—Uno, también mayor.

Finn se tropieza con las palabras hablando de él. Se llama Karl y sigue viviendo en Bray, aunque lejos de la familia. Se mudó al centro cuando tuvo el dinero para hacerlo, y desde hace unos años vive con su novio, al que los padres de Finn y Karl han preferido no conocer. Karl no los ha visto desde esa última mudanza. Tal vez porque siente que se ha quedado sin padres, ha reforzado sus funciones de hermano mayor y se ha convertido en un segundo padre para Finn, aunque aguado debido a la distancia.

—Nunca lo habías mencionado.

Apenas sé nada de su vida; esa certeza me deja congelada donde estoy, de pie en el centro de la cocina, con los brazos caídos a los lados. Finn, con su jersey gris y esas arrugas en la frente casi perennes, me resulta ahora un desconocido.

—O tú no estabas escuchando —dice, tras un silencio. Se encoge de hombros y ese gesto impulsa una sonrisa a sus labios—. El caso es que los hermanos mayores son unos abusones, lo llevan en los genes. Siempre intentarán imponer su opinión en todo, aunque la cosa no les incumba. Como esta cocina.

La pulla me devuelve la movilidad. Atravieso a Finn con la mirada y le señalo el horno.

—Déjalo ya y échame una mano. Yo saco la quiche del horno y tú vas a buscar los ingredientes para hacer la lasaña.

—A la orden —responde él, no sin antes mostrar cierto hastío resignado.

El aroma a cebollino y beicon ha inundado la cocina para cuando vuelve, cargando con todo entre los brazos. Lo vuelca sin ningún cuidado sobre la encimera y, mientras lo observo de reojo, empieza a ordenarlo.

—¿Dónde está la pasta?

—¿Qué pasta?

—Las láminas de pasta para la lasaña —digo. Su expresión de desconcierto es suficiente respuesta. Me froto la cara para reprimir las ganas de pegar un buen grito—. Llamaré a Léan para que traiga.

—Pero no llegará hasta dentro de una hora, y eso si te fías de su palabra, claro —objeta Finn—. ¿Y si la hacemos nosotros?

—Nunca he hecho pasta fresca.

—Ni yo, pero seguro que encontramos una receta en las libretas de tu madre.

La encontraremos. No recuerdo en qué libreta está, pero sí haber pasado de largo miles de veces en estas últimas semanas sin leerla siquiera.

—¿Seguro que no prefieres esperar?

—Nunca he preparado pasta fresca —repite, enfatizando ahora cada una de las palabras—. Esta es una buena oportunidad. Vamos, ¿qué hay que hacer? ¿Dónde están las libretas?

Apenas dos minutos después tengo delante la receta, sobre la mesa. Ahí está la letra pequeña de Edna. *Pasta fresca. Necesitamos (por ración): 100 g de harina, 1 huevo, 1 cucharadita de aceite vegetal.*

Sigo leyendo, con Finn a mi lado, convertido en una especie de eco que va repitiendo lo que leo: tamizar, huevos, harina, diez minutos, amasar.

—¿Tienes rodillo? —pregunta.

—No. —Lo tiré junto a los otros mil cacharros de cocina que creía que no iba a volver a utilizar—. Pero tengo una idea.

Es de Edna, en realidad. Hace muchos años, el rodillo que tenía se partió mientras amasaba la base de la pizza y en lugar de lamentarse, fregó una botella de cristal y se puso a amasar con ella. «A cada problema, una solución».

Se lo cuento a Finn mientras tamizo la harina, observando por encima del hombro cómo lava

la botella. Antes de que me dé cuenta, Finn ha pasado de camarero a pinche: espera órdenes y obedece con diligencia.

—Tenemos que guardarle un poco a Paddy —me dice, mientras huele el sofrito por segunda vez. Deja de nuevo la tapa en su sitio y se acerca a mí—. ¿Quieres que amase yo? Esto solo hay que vigilarlo.

Tengo los dedos blancos de la fuerza que estoy haciendo, pero prefiero terminar lo que he empezado. Además, el bamboleo del agua dentro de la botella resulta hipnótico. Casi me alegra haber tirado ese rodillo. *Casi*. He tirado demasiadas cosas: el colador grande de metal, el rallador de queso, la gran tabla de madera a la que Edna cuidaba con tanto mimo como a sus plantas. Pero como ella decía: a cada problema, una solución; y a cada pérdida, una oportunidad.

Léan me mira de arriba abajo al tiempo que expande su sonrisa.

—¿Te has peleado con un saco de harina?

—Finn te lo cuenta —le digo, restándole importancia a la harina que mancha mis pantalones, mi jersey, los dorsos de mis manos—. Dime que tú sí has traído el postre, porque me niego a tener que preparar uno también —le suplico, mientras le mando con un gesto que entre; ella obedece, tan deseosa como yo de dejar el frío fuera, y levanta el brazo derecho para enseñarme la bolsa de papel.

—Aquí está.

Hacía mucho tiempo que no había tanta gente en la cocina. Michael y Gabriel no cuentan: ellos solo entran para tomar medidas o coger una de las sidras que guardan en la nevera. Hoy vuelve a ser como hace años, cuando Edna aprovechaba los fines de semana para enseñarnos a cocinar a Ailís y a mí, solo que ahora soy yo la que da las órdenes —aunque, para ser justos, siguen siendo las mismas que antaño, las de Edna; al fin y al cabo, son sus recetas—. La parte izquierda de la encimera está llena de táperes humeantes, mientras que la derecha es un campo de batalla. Las dos tablas de madera parecen estar surcando un mar de pieles de patatas, calabacines y zanahorias.

Así es como dejamos la cocina cuando, una hora y media después de lo que pretendíamos, nos sentamos a la mesa. Lo hacemos en silencio, con los estómagos rugiendo y toda la atención puesta en la lasaña. Hablamos del tiempo, intentamos ponernos de acuerdo sobre qué es peor, una clase de treinta niños de ocho años o el Flannery's un sábado cualquiera por la noche, y charlamos de política, compartimos rumores que hemos oído en el pub, nos reímos de la capacidad de exagerar que algunos tienen. Y, por supuesto, Léan me pregunta por la reforma, por mi hermana y, cuando vuelve de la cocina con el té, también aquello que le ronda por la cabeza desde que ha llegado. Lo sé porque aún no ha mencionado a Edna.

—¿Quieres que vaya contigo mañana? —pregunta mientras me pasa la leche.

Por el rabillo del ojo, veo que Finn levanta la mirada hacia ella.

—No te preocupes.

—No es molestia —insiste, para acto seguido organizarme todo el día de mañana: ya que vuelvo a estar sin coche, podría recogerme a primera hora, acompañarme al cementerio, comer en su casa y... Se detiene de golpe—. A no ser que prefieras ir solo con tu hermana.

Aún no he respondido a la pregunta que me hizo ayer en la puerta de casa.

—No sé si iré.

Esa es mi forma de decir que no tengo ninguna intención de hacerlo, y Léan lo sabe tan bien

como yo. Entrecierra los ojos y se gira hacia Finn, que aprovecha la oportunidad:

—¿De qué estáis hablando?

Léan pasa los ojos por encima de mí unos segundos, suficientes para que pueda cortar su respuesta, pero no lo hago. ¿Qué sentido tiene?

—Mañana se cumplen dos años de la muerte de mi madre.

Finn ata cabos al instante.

—¿Y no vas a ir al cementerio?

—Fui hace poco.

Léan cruza los brazos encima del pecho y levanta el mentón para hablar:

—¿Cuándo?

—Hace un par de semanas. —Mi respuesta es tan brusca como su pregunta.

Finn no es tan teatral como ella. Se limita a entrecerrar los ojos con las cejas arqueadas para soltar su conjetura:

—¿Te equivocaste de día?

Debo de mirarlo horrorizada, porque hace un gesto de disculpa en cuanto me giro hacia él.

—¿De verdad fuiste? ¿Sola? —Léan tiene razones para mostrarse reticente; aun así, después de decirle que sí de diez maneras diferentes, decide creerme, o al menos ceder—: ¿Por qué ahora, de repente? ¿Y por qué no quieres ir mañana? ¿Tan horrible fue? ¿Viste un fantasma?

—Dime que viste un fantasma —interviene Finn.

Podría exagerar alguna de las muchas discusiones que he tenido con Ailís por Connor, o meterme en la boca un trozo de la tarta de manzana que ha traído Léan, o sencillamente negarme a responder las preguntas de Léan, colgar la conversación en la broma de Finn y dejarla ahí.

Las palabras que brotan de mis labios vienen directamente desde mi pecho, que se aligera a medida que hablo.

¿Sabíais que mi madre tenía un hermano?, les pregunto, y sin esperar respuesta empiezo a hablarles de él, recurriendo a las palabras de Paddy y a los silencios de Edna: de sus citas en el lago, de su pintura, de los libros de poesía que le dejó a su hermana y que años más tarde ella aún releía sin descanso, de su muerte en Kerry y de cómo el pueblo decidió olvidar para no tener que juzgar. Pero no creo que Edna olvidara, aunque compartiera el mismo silencio que todos los demás. ¿Cómo pude no verlo? Que hablara tan poco de él era una señal. ¿Y los libros de poesía? Tenía que saberse cada poema de memoria, y aun así no quería más libros que esos. Debería haberlo visto. Y ella debería haberme hablado de que la muerte de Déaglán no fue una muerte normal, debería haberme contado que su madre perdió a unos mellizos en el parto, ¿verdad?, y debería haberle dicho a Ailís que le puso su nombre en honor a la tía que no llegó a tener. ¿Cómo podía saberlo? Ella es tan culpable como yo. Supongo que por eso fui al cementerio: quería que esas personas dejaran de ser parte de una historia contada en el almacén de un pub y se convirtieran en algo real, aunque solo fuera una lápida. No sé si tiene sentido. Ni si esto importa, en realidad. Ailís dice que no vale la pena hurgar en el pasado. Edna está muerta.

Yo he visto su tumba.

Edna está muerta, es tarde para preocuparse por ella. Debería haberme hecho todas estas preguntas cuando ella todavía estaba aquí para responderlas, eso es lo que piensa mi hermana.

Tiene razón: todo esto no me atañe. Es solo la historia de una familia a la que no llegué a conocer.

Pero no puedo dejar de pensar en ello. No puedo dejar de pensar... ¿Y si no fue un accidente?

—No digas tonterías —la respuesta de Léan es repentina como un relámpago y dura como un trueno. En cuanto calla, su mirada se dispara hacia Finn, y de pronto su gesto se suaviza y, con él, también su voz—: Claro que fue un accidente.

Dos años repitiéndomelo no han sido suficientes para creérmelas de verdad.

—El conductor se dio a la fuga —le recuerdo—. No sabemos qué pasó. No había cámaras ni testigos, y Edna sufría depresión, Léan, y la depresión lleva a conductas... suicidas.

Mientras hablo, ella menea la cabeza de lado a lado.

—Tu madre no... —Deja el resto en el aire.

Mi madre era religiosa, una santa, una bendita. Jamás cometería ese pecado. El día en que la encontré con medio cuerpo fuera de la ventana y la agarré con tanta fuerza que le dejé una marca debajo del pecho, ella juró mil veces que estaba tomando el aire, y no importa cuántas más veces lo hubiera hecho, jamás la habría creído. Había deseado estar muerta tantas veces delante de mí que no era difícil imaginarla así.

—Ailís también lo pensó. Cuando pasó, cuando me llamó para contármelo, me lo preguntó. Si creía que se había suicidado. Me lo preguntó antes de que colgara y ni siquiera recuerdo qué le respondí. Luego no volvió a mencionarlo.

—Porque la policía dijo que fue un accidente.

—O porque no quiere que me sienta culpable —la corrijo—. Yo debería haber estado ahí para impedir que saliera de casa sola.

—Ciara...

La voz de Léan está teñida con la desesperación de quien no sabe qué decir ante la verdad.

—Tú no tienes la culpa —interviene Finn—. Y si dicen que fue un accidente, fue un accidente. ¿De qué sirve darle vueltas?

—¿Que de qué sirve darle vueltas? —Mi indignación resuena como un estallido y resulta igual de efímera, porque la pregunta no atrae nada. No tengo una respuesta.

—No cambiaría nada —dice Finn por mí.

Tiene razón. No cambiaría nada. Mi madre está muerta. He visto su tumba. ¿Pero acaso no se lo preguntaría él? ¿No querría saber si su madre murió porque decidió hacerlo? ¿Y no se preguntaría si eso lo hace todo más o menos doloroso? Yo no sé decidirme.

Me callo. Me limito a darle un sorbo al té y a decir:

—Ya lo sé.

—No pienses en eso —dice Léan, forzando una sonrisa ladeada—. Ese es mi gran consejo. Es efectivo porque es sencillo. Tienes razón, no podemos saber qué pasó, así que no sirve de nada preguntárselo, ¿de acuerdo? Ve al cementerio mañana, eso es lo que debes hacer. Llama a tu hermana o avísame si quieres que te acompañe, pero ve. A tu madre le gustaría.

Eso también lo sé.

Lo único que diferencia este amanecer de cualquier otro es que lo observas a través de una ventana que no es tuya. El gris perlado del cielo se funde con la niebla que lame las paredes y los tejados de Kilkerry. La observas correr al otro lado de los cristales empañados mientras te subes la cremallera del abrigo. Te alejas de la ventana, pasando de puntillas junto a la cama, y miras atrás una última vez antes de cerrar la puerta de la habitación. Es demasiado temprano para despertarlo, te dices, así que te marchas tan silenciosamente como te has vestido.

Es demasiado temprano para cualquier cosa, en realidad. Ni siquiera el sol ha terminado de salir. El pueblo sigue durmiendo y tú caminas por las calles desiertas con los oídos llenos de música y las manos apretadas en puños dentro de los bolsillos. Vas a acatarrarte.

Hoy, el pueblo te parece más desolador que nunca. Has dejado atrás bares cerrados, coches cubiertos de escharcha, el camino de cipreses, todo envuelto en una niebla densa y helada.

No quieres mirar atrás.

Quieres hacerlo a tu manera —hay cosas que no cambian—. Pasarás el día en la cocina, lejos de todo. Tu música, mis libretas maltrechas, nuestro horno y el silencio del mundo.

Dios te libre de hablar con nadie hoy.

Dios te libre de preocuparte por lo que otros piensen.

Cuando suena el timbre, fuera ya es de noche. La oscuridad y la niebla convierten el coche aparcado en mi jardín en una silueta difusa; lo distingo de todos modos.

—No me has llamado. —Ailís se quita la capucha y me sorte para entrar en casa. Nada de abrazos, nada de besos, ninguna bolsa de cortesía con zanahorias y patatas. La última vez que nos vimos, lo dejó claro: no soy familia.

—¿Tenía que hacerlo?

Mientras se quita el abrigo, pasea la vista por los mármoles cubiertos de harina y restos de cebollas y calabacines, por los fregaderos llenos de cacharros sucios y las dos cazuelas que borbotean sobre el fuego.

—He visto las flores —dice, sin allanar el terreno, con una expresión fría que no me da ninguna pista sobre lo que quiere escuchar. Me mantengo callada, hasta que ella entorna los ojos y me reprocha—: Podrías haberme llamado para ir juntas.

Me siento en un extremo del banco antes de contarle que he estado todo el día aquí. Evito mencionar el detalle de que me he despertado en el piso de Finn y que he pasado cerca del cementerio de camino a casa y que ni siquiera he comprobado si ya lo habían abierto.

—Fui hace días. Son de plástico.

—¿Y hoy? —pregunta Ailís, sin mirarme, mientras aparta una de las sillas de la mesa para sentarse. Se cruza de piernas y, tras plancharse la blusa con las manos, también de brazos.

Meneo la cabeza de un lado a otro.

—He estado todo el día en casa. Mañana empiezan las obras de la cocina, así que...

—¿No has tenido ni una hora para acercarte al cementerio? —me interrumpe Ailís. De nuevo, le respondo con silencio—. Sabes... Sabes qué día es hoy, ¿verdad?

—Claro que lo sé.

No sé si el respingo de mi hermana se debe a mi mirada o a mi tono. ¿Cómo puede pensar que no sé qué día es hoy? Veintiséis de marzo: hace dos años, a esta hora, estaba intentando mantener a raya un ataque de pánico a bordo de un avión. De madrugada, se cumplirán dos años desde que Léan me dejara en esta casa vacía y aún tibia.

—¿Y por qué no has ido al cementerio?

Porque mañana empiezan la reforma de la cocina, porque aún tenía muchos táperes que preparar, porque se me ha hecho tarde, porque hace un tiempo horrible y no tengo coche. Tengo tantas excusas preparadas que, a la hora de la verdad, eso es todo cuanto sale:

—¿Y qué más da? Eres tú la que se empeña en recordarme que mamá está muerta. ¿Qué más

da que vaya o no? No puede verlo.

—Pero si pudiera... —Las palabras parecen atragantarse en la garganta de Ailís—. Le habría gustado, Ciara.

—He estado cocinando. Sus recetas, además. Esto también le habría gustado. —Señalo con los brazos abiertos las que serán las últimas comidas que preparen estos fogones, y Ailís se da la vuelta para buscar las libretas de Edna, que están apiladas en un rincón; encima de todas ellas, hay una abierta. Tarda unos segundos en volver a mirarme, y yo me tomo aún algunos más para seguir hablando—: Fui hace unas semanas. Vi las rosas en las tumbas, Ailís. En las de Edna y los abuelos, pero también de Déaglán y los mellizos y...

Entiende lo que le estoy diciendo.

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

Porque no he encontrado ni el momento ni el valor.

—¿Por qué *tú* no me lo has contado antes? Cuando te pregunté por Déaglán me dijiste que no sabías qué le había pasado.

—Te dije que mamá no me había contado nada sobre él.

—Pero ya lo sabías. Y también lo de los mellizos.

—Te dije que mamá no me había contado nada —repite, alzando la voz—, y es verdad. ¿Te acuerdas de Kathleen? —pregunta. Ni remotamente, aunque no le interesa mi respuesta—. La farmacéutica de la plaza, de unos sesenta y largos, bajita, con gafas, ¿la recuerdas? Déjalo; la cuestión es que estaba conmigo cuando vi las tumbas de los mellizos. Me contó que la abuela los perdió en el parto, y que por poco no murió ella también, y que después de eso, llevando ya a cuestas la muerte de Déaglán... Pero no me dijo qué le pasó. De eso sí me enteré por Paddy.

—Deberías habérmelo contado.

—Te lo hubiera contado si hubieras estado aquí. —Estoy aquí.

Ailís aprieta los labios; las palabras escapan como perdigones.

—Si te hubieras quedado al entierro, lo habrías sabido. Y te recuerdo lo que dijiste entonces: «no importa si me quedo o no, mamá ya no está aquí». Aplícatelo y deja el tema. Todo eso pasó hace mucho tiempo y...

Todos aquellos quienes podían llorarlos están muertos.

—Esto es diferente.

—¿Por qué?

—Porque puede ayudarnos a entender mejor a Edna.

—¿Entender? ¿Qué quieres entender de mamá a estas alturas?

Los días encerrada en su habitación, sus silencios frente a los comentarios desdeñosos de Sean sobre sus lloros, su fragilidad, «sus días», sus ausencias, sus heridas. Descubrir si la persona tras todos esos velos sería capaz de...

—¿Y si se suicidó, Ailís? —Lanzo la pregunta sin pensarlo, antes de que mi hermana pueda decir nada más. Reacciona a mis palabras negando con la cabeza con tanto ímpetu que algunos mechones empiezan a desengancharse de su coleta—. Recuerda la vez que la encontré en la ventana, y... Tú misma me lo dijiste, cuando me llamaste para...

—Ciara, no digas tonterías. La policía dijo que fue un accidente.

—No pueden saberlo.

¿Cómo van a saber si mi madre decidió lanzarse delante de un coche en una carretera desierta y sin cámaras?

Ailís aprieta los labios durante tanto rato que temo que vaya a levantarse y marcharse sin más.

—No.

Eso es todo cuanto dice. Aun así, también escucho el eco de esa palabra: ya no importa, mamá está muerta.

—¿Y no te quita el sueño?

—No. —Lo dice con tanta seguridad que se me hace difícil no creerla—. Ciara, no importa cómo pasara. Mamá está muerta, eso no cambiará.

—Ya lo sé. Pero...

—Pero... —Más que una invitación a hablar, parece un desafío.

—Si no fue un accidente, si *decidió* hacerlo ella, sería...

Ailís enarca las cejas, y dibuja una sonrisa apagada que se ensancha por segundos, como arrastrada por mi silencio.

—Nada va a hacerlo más fácil, Ciara —dice, ligeramente inclinada hacia mí—. Así que no pienses en ello. Está bien que lo sepamos, pero no son nuestras historias. No nos atañen —sentencia, con un tono que me recuerda demasiado al de una profesora de primaria—. Lo que nos atañe es esta cocina y lo preciosa que va a quedar.

Ha mudado de expresión con tanta sencillez que casi parece que lleve horas hablando de decoración de hogar. Antes de que pueda yo añadir nada más, ya me está preguntando por los detalles de las obras, haciendo una lista mental de cosas que debemos comentarle mañana a Michael. Ella va a venir a primera hora, antes de entrar a trabajar, por supuesto. Es la cocina, al fin y al cabo: la parte más importante de la casa, su corazón. Quiere que todo vaya según lo previsto y... ¡Por supuesto que se fía de mí, claro! Es solo que dos pares de ojos ven más que uno. Quiere estar aquí porque le hace ilusión ver como empiezan las obras, admite finalmente, y después, mientras me ayuda a escurrir la pasta, añade que hay una parte de ella a la que le entristece despedirse de esta cocina.

—¿No te da pena... ver así la casa?

—Quedará bien, no te preocupes.

—No lo digo por eso. Crecimos aquí. Y también mamá. Es extraño ver cómo va cambiando la casa, porque cada vez es... un poco menos nuestra, ¿no te parece?, y es más fácil imaginar a otra familia viviendo aquí.

Quiero decirle que imaginarlo siempre ha sido fácil. Lo que está resultando una tarea titánica es conseguir que se haga realidad. Pero sé a qué se refiere, y por eso asiento, concentrada en volcar la pasta ya escurrida dentro de la olla de la salsa.

—Toma. —Le paso a Ailís el escurridor para que lo deje en el fregadero mientras remuevo la pasta unos segundos antes de apagar el fuego—. Ya está. Esto era lo último.

Me quedo observando los fogones, regodeándome en el orgullo de haber sido capaz de cocinar todo lo que había planeado y no haber arruinado ningún plato.

—¿Todo lo que has cocinado son recetas de mamá? —pregunta Ailís, estudiando los táperes

lentos.

—Incluso la lasaña de la comida de ayer, pasta fresca casera incluida.

Ante la curvatura incrédula de sus cejas le relato la serie de pequeñas y catastróficas desdichas que nos llevaron a tomar lo que terminó siendo una gran decisión. Paddy salivaba cuando recalentó su ración para cenar en el pub.

—¿Qué tal te va ahí? —me pregunta, con tanta despreocupación que solo puede ser fingida—. ¿Paddy no ha encontrado a nadie aún?

—No empezará a buscar hasta que no le confirme cuándo me voy —le digo, y ella asiente, complacida.

—Creía que era algo temporal —comenta, con evidente alivio.

—*Es* temporal. Me iré en...

—Quería decir que creía que era solo una sustitución —se corrige, al tiempo que se acerca al fregadero—. Me alegra que tengas un trabajo fijo. Aunque sea temporal, ya sé que lo es, no hace falta que lo repitas —dice, con la cara escondida tras la cortina que crea su melena—. Está bien que tengas opciones, por si cambias de...

Esta vez soy yo quien la corto, de forma tajante:

—No voy a cambiar de opinión. Y deja eso, no te pongas a fregar ahora.

Le quito el escurridor de las manos sin que ella oponga resistencia.

—¿Por qué no? —insiste—. Tienes trabajo y...

—Puedo tener trabajo en cualquier parte.

Ella entorna los ojos y deja caer los brazos.

—¿Por qué estás tan obsesionada con marcharte?

—¿Y por qué debería quedarme?

Mi hermana se muerde los labios y esta vez, esta vez sí, estoy convencida de que va a apretar los puños, va a dar media vuelta y va a salir dando un portazo. Sin embargo, su cuerpo se destensa poco a poco, y también las líneas angulares de su rostro.

—El próximo lunes es el cumpleaños de Connor. Celebraremos una pequeña fiesta en casa, por la tarde, solo la familia y algunos amigos. Ven, ¿de acuerdo? —Lo dice como si yo fuera la culpable de la distancia que hay entre nosotras, como si no fuera ella la que dejó de invitarme a comer con la familia de Aidan los domingos—. Al menos, así Connor no podrá decir que nunca has estado en ninguno de sus cumpleaños.

Esta vez no se marcha dando un portazo, y a pesar de que se despide con un beso en la mejilla y un abrazo, su gesto me hiela más que el frío del exterior.

30

Cuando éramos pequeñas, Edna nos arropaba todas las noches. A veces nos leía un cuento, a veces un poema de alguno de sus libros. En las noches en las que me acosaban las pesadillas, me llevaba con ella al salón y me hablaba hasta que me dormía; al día siguiente, me despertaba en mi cama, como si nada hubiera pasado. Edna siempre velaba por nosotras.

Hace tiempo que los cuentos y los poemas dejaron de funcionar.

Acaban de tocar las doce y las luces siguen encendidas. Las quejas de Edna flotan en el salón, en el pasillo, en el rellano del piso de arriba. *Esas no son horas de ir a dormir, diría.*

¿Y quién ha hablado de dormir?

Hay algo mejor que los cuentos: las caricias de dos cuerpos al rozarse, el temblor bajo los dedos de los pies, en las tripas, la explosión que durante unos segundos logra barrer con todo.

Solo durante unos segundos. Cuando me apoyo sobre la almohada, la realidad vuelve a marcar sus contornos en las sombras. La voz de Finn deja de ser un jadeo, mi respiración se acompasa y el viento que se cuele entre las juntas de las ventanas se adueña del silencio de la habitación.

Finn ha aparecido por sorpresa poco después de que se marchara Ailís. He abierto la puerta a punto de preguntarle a ella qué se había olvidado cuando lo he visto ahí plantado, con una botella de sidra en la mano y olfateando el aire, al tiempo que intentaba adivinar qué he estado cocinado.

Esta vez, la botella de sidra se ha quedado en la cocina, igual que el abrigo de Finn y su bufanda. El resto de su ropa está tirada por el suelo de la habitación.

—Deberías cambiar las ventanas —dice, pregunta, mientras se inclina hacia el borde de la cama para coger el edredón. Se tumba a mi lado tapado hasta la nariz y buscando el calor de mis piernas con las suyas.

También debería lijar los techos, tirar la porquería amontonada bajo el escritorio, desmontar los muebles de mi habitación, pintar las paredes y encontrar a alguien que quiera comprar la casa.

—Está en mi lista de cosas pendientes.

—Hablando de cosas pendientes... —Finn me observa apoyado sobre su costado derecho, esperando que yo capte lo que quiere dar a entender. Y lo hago, pero en lugar de decir nada, me remuevo bajo el edredón y murmuro un «es tarde» al tiempo que le arranco uno de los extremos para poder taparme yo también—. ¿Has ido?

—No.

—Ciara...

Los dedos de sus pies cosquillean las plantas de los míos al encorvarse bajo la tensión que le agarrota las piernas.

—Es solo una fecha más, Finn. —Pronuncio su nombre con la misma dureza que ha usado él.

—Y por eso te has marchado de casa esta mañana antes de que amaneciera sin decir adi...

—Estabas durmiendo. Y acababa de amanecer.

—... adiós y te has encerrado aquí todo el día.

—Es mi casa. Tenía cosas que hacer.

Finn cierra los ojos. No sé si está preguntándose qué hace aquí, o sencillamente trata de ignorarme; si algo está claro es que no le interesa escuchar lo que tenga que decirle.

—¿Has llamado a Léan?

—No.

—¿Y a tu hermana?

—No —repito, y antes de que suelte lo que sea que tenga en la punta de la lengua, añado—: Pero he hablado con ella. Ha venido a verme.

Le revelo que no ha sido la primera visita inesperada del día. Intento resumir la conversación con mi hermana en cuatro palabras que se convierten en diez y en cien y en una historia que, como Ailís quiere que recuerde, ya no es de nadie. Todos están muertos. Estoy llenando la habitación con los secretos de una familia que ya no existe. Hoy, lo único que importa somos nosotras dos y que yo viva según sus reglas. Ella es la mayor, ella sabe más: no debes hacer preguntas, debes olvidar, debes quedarte.

—¿Por qué no lo haces?

Finn me mira a los ojos para preguntármelo, pero aun así no veo más que un mosaico de sombras. Esa no es la respuesta que esperaba.

—Ya hemos hablado de esto, ¿recuerdas?

—Sí, recuerdo vagamente una lista de pros y contras —susurra él—. No te estoy preguntando eso. Aquí tienes una casa sin hipoteca, un trabajo que te da para pagar las facturas, a tu hermana, a tu sobrino..., ¿y ni siquiera se te pasa por la cabeza quedarte unos meses?

Quedarme en Kilkerry nunca ha sido una opción. Este pueblo me oprime con su rutina, sus rumores, sus silencios.

—Tengo que vender la casa.

—Nadie te está apuntando con una pistola. Puedes ponerla a la venta cuando quieras, o ahora o dentro de unos meses.

—Y mientras tanto, vivo en una casa sin muebles.

—Creo que lo llaman minimalismo. De todos modos, estoy seguro de que tu hermana estaría encantada de acogerte un tiempo si se lo pidieras —dice Finn, y cuando se resigna a que no voy a darle más respuesta que una expresión incrédula, añade—: ¿Tan malo sería? ¿Vivir aquí?

—Sí.

A juzgar por la mueca que cruza su rostro, lo he dicho demasiado rápido, seguramente también con demasiada vehemencia. Aparta sus piernas de las mías con brusquedad.

—¿Por qué?

—Porque es pequeño y no tiene...

—Ya, conozco tu lista. ¿Tan mal lo estás pasando?

Silencio.

Tengo la respuesta en la lengua y aun así soy incapaz de liberarla. Las semanas han pasado volando, esa es la verdad. No he tenido tiempo para nada. Entre la reforma, el trabajo, Connor, mi hermana, Léan, él. Me he acostumbrado a la rutina, a vivir en una casa alejada de todo, a caminar o ir en bici, a los sonidos del campo y también a los de la noche, como el que hace el viento al colarse por entre las juntas de las ventanas. Me gusta poder ir andando a todas partes y ganarme la vida —aunque con ese sueldo, apenas podría pagar un tercio de mis necesidades— tocando en un pub tan pequeño y familiar, donde la gente baja ligeramente la voz cuando hay música en vivo. Me gusta terminar el día con una ronda de Coors y, en los días especiales —que son casi todos—, una ración de patatas o salchichas. Y también tocar en el jardín mientras Connor baila, y recoger pajarillos heridos aunque eso conlleve un sermón de su madre. ¿Me gustan los sermones de Ailís? Son mejor que nada, que un intercambio estéril de preguntas y monosílabos.

Aun así, nada de eso pesa tanto como esta casa, todos los secretos que estoy desenterrando, aquí y en el pueblo, la idea de que mi madre deseara morir, los recuerdos que siguen surgiendo en cada rincón, aunque este lugar ya solo sea una sombra de lo que fue.

Pero es una respuesta demasiado larga.

—No puedo quedarme.

—¿Por qué?

—No puedo quedarme —repito. Es cuanto puedo decirle.

Él niega con la cabeza, en un gesto de exagerada desesperación, y dice:

—Eso no es una razón. ¿Por qué no puedes quedarte ni siquiera unos meses? —A eso de repetir frases podemos jugar los dos, parece decir.

—Paddy encontrará a otro cantante, Finn. No me voy a marchar de un día para otro.

—No lo digo por eso.

Y aunque no dice nada más, ni me mira con ningún brillo especial en los ojos, ni me acaricia ni me besa ni me propone ni pide nada, siento cómo cada célula de mi cuerpo se tensa.

—Finn, creía que eso estaba claro. Que esto... —señalo el espacio que nos separa—, lo pasamos bien, somos amigos. No quiero complicaciones, ¿de acuerdo? Me marcharé en un par de meses, si todo va bien.

—Si todo va bien —repite, con sorna, y se queda observándome, como si hubiera hecho una pregunta que yo tuviera que responder—. ¿Te has dado cuenta de cómo suena eso? —De nuevo, abre un silencio que no soy capaz de llenar—. ¿De dónde nos deja? Y antes de que saques el ego a relucir: no estoy hablando de ti y de mí. Hablo de nosotros: tu hermana, tu sobrino, toda la familia de Aidan, y Léan, Ivor, Paddy, nuestros clientes, toda la gente que vive aquí y a la que miras por encima del hombro día tras...

—Yo no...

La fuerza con la que se levanta de la cama hace que deje la frase a medias.

—Y ni siquiera puedes darme una buena razón para no quedarte aquí —dice, mientras se pone los calzoncillos. Yo no me muevo de donde estoy. Lo observo sin pestañear mientras se viste, arrugando el edredón contra mi pecho.

—Porque quiero irme.

—¿Por qué?

—Porque no quiero vivir en Kilkerry.

—¿*Por qué?* —Finn suena apremiante. Se sube la cremallera de los vaqueros de un tirón y se queda mirándome—. ¿Ves? No sabes qué decir, así que tiene que ser lo que parece: que aborreces Kilkerry tanto como a la gente que vive aquí.

—Así que ese es el problema: te sientes ofendido. ¿Y *tú* te atreves a hablar de mi ego? —hablo con una rabia que Finn decide ignorar por completo. Sigue vistiéndose, concentrado en sus movimientos, como si yo hubiera dejado de existir—. ¿Qué tiene de malo querer irse?

—Nada, si lo haces por los motivos correctos —dice, mientras se pone la camiseta.

—¿Y cuáles son esos motivos, si puede saberse?

—Una oferta de trabajo o perspectivas de encontrarlo, tener a alguien esperándote en alguna parte, yo qué sé. Cualquier motivo razonable.

—¿Y por qué los míos no valen? —Siento que la cara empieza a arderme. Decido no moverme de la cama; si lo hiciera, echaría a Finn a patadas de aquí. Odio cómo alza las cejas, entre divertido y perplejo, odio la confianza con la que me habla.

—Porque no has dado ninguno. Te quieres marchar porque no quieres estar aquí.

—¿Y eso no es un motivo?

Él arruga aún más la expresión y menea la cabeza de lado a lado.

—En mi casa, a eso se le llama *huir*.

Observo cómo acaba de vestirse en un silencio roto por el siseo del viento. Nos vemos el miércoles, dice, con la mano apoyada en el marco de la puerta y la chaqueta abrochada hasta el cuello. Siento sus ojos clavados en mí; no tengo nada que decir, prefiero que se marche y poner punto y final a esta conversación. Nos vemos el miércoles.

La luz de su moto se escurre por las paredes de la habitación, se pierde en el pasillo, se apaga, y la casa se queda otra vez a oscuras.

Por qué no lo haces?

Podrías plantar un huerto, judías y lechugas. Tomar té con miel de verdad, vivir rodeada de campos, salir a pasear los domingos por la mañana, aunque no vayas a la iglesia, cuidar del jardín, podar los árboles, plantar rosas y campánulas, disfrutar del calor del verano y rezar desde septiembre para que nieve. Cantar en un pub algunas noches a la semana, si eso es lo que quieres, crear tu lugar en el mundo en vez de buscarlo.

Podrías quedarte aquí.

Este año no ha nevado. Este pensamiento me asalta recorriendo el paseo marítimo con el abrigo desabrochado y el sol brillando en un cielo despejado.

Cuando llegué al pueblo, el invierno azotaba y acusaba una primavera tardía, así que tal vez el día de hoy sea solo un espejismo. Solo estamos a cuatro de abril.

La entrada de la casa de Ailís está decorada con globos y banderolas de colores, y en la puerta hay un cartel amarillo, el color favorito de Connor, para dar la bienvenida a los invitados a su fiesta de cumpleaños. Llamo al timbre y oigo la voz de Ailís sobresalir por encima del barullo y el sonido de sus tacones acercándose. Lleva un vestido de punto de manga larga y cuello de cisne, de un rosa intenso que resalta la palidez de su piel y el brillo de su collar de perlas. Pese a ello, está radiante, con las mejillas arrojadas como si llevara horas corriendo. Conociéndola, es lo que habrá hecho: cualquier cosa para tener la fiesta perfecta.

Me saluda con un beso en la mejilla y un abrazo. Cuando se aparta, me doy cuenta de que está buscando algo a mi espalda.

—¿Has venido sola?

Al parecer, se cruzó con Finn en el camino que lleva a casa hace dos domingos; él no reconoció ni el coche ni a ella, pero a mi hermana no se le escapa nada. Desde entonces se las ha arreglado para sacar a flote su nombre todas las veces que hemos hablado. Ayer, lo último que me dijo antes de colgar fue que podía ir al cumpleaños acompañada.

No le he mencionado nada a Finn. El miércoles, en cuanto me acerqué a la barra para pedir algo con lo que refrescar la garganta después de la actuación, me hizo señas para alejarnos hasta un extremo de la barra. ¿Todo bien? Lo preguntó y lo afirmó al mismo tiempo. Tema tratado, tema cerrado. Aun así, no ha olvidado nada de lo que le dije en mi casa, como tampoco yo he olvidado sus acusaciones. Estas últimas noches he vuelto a casa más temprano de lo habitual, y siempre sola.

Me he entregado a la casa: he desmontado los muebles del salón y de mi habitación —ahora duermo con el colchón sobre el suelo: «minimalismo», como lo llamó Finn—, y presa de la frustración por no poder empezar a pintar hasta que no hayan cambiado las ventanas y, por qué negarlo, desesperada por escapar del ruido de las obras de la cocina, me he dedicado al jardín. Siempre creí que sería lo último que haría, el toque final; sin embargo, los planes nunca salen como esperas, así que he ido al garaje a sacar todo lo que he ido acumulando durante estas últimas semanas destinado al jardín, y en lugar de pintar las paredes de casa, he pintado de un escarlata intenso la puerta nueva del jardín y la verja; estoy deseando descubrir si Ailís me felicita por el

toque de color o pone el grito en el cielo cuando las vea. También he cortado el césped, y he plantado rosas junto al muro. Las flores hacen hogar, al fin y al cabo, y eso es precisamente lo que necesito: que cuando lleguen los primeros compradores interesados, se sientan como en casa.

A Ailís solo le digo que sí, he venido sola. Y a ver a Connor, ¿dónde está? Mi hermana cierra la puerta, incapaz de reprimir un último vistazo afuera, y me conduce hasta el salón. Reconozco a algunos padres de la guardería, pero las únicas caras que agradezco ver son las de Aidan y su familia. Incluso Brígh está aquí, entreteniendo a Connor con un camión de juguete que empuja de un lado a otro, por todas partes, incluso por la espalda y la cabeza de Connor, que se ríe excitadísimo e intenta atrapar la mano de su prima.

Su rostro se ilumina cuando Ailís lo coge en brazos.

—Mira quién ha venido, Connor.

—¡Cara!

Ya ha dejado de importarme que no sepa pronunciar mi nombre. Hoy su abrazo es más corto de lo normal, porque en cuanto se fija en la bolsa que hay junto a mis pies, abre mucho los ojos y la señala.

—¿Es para mí?

En cuestión de minutos está abrazando la guitarra de juguete, sobre un lecho de papel de regalo hecho trizas.

—No te preocupes, es de plástico. Casi no hace ruido — tranquilizo a Ailís.

Levanta la mirada de su hijo sin dejar de sonreír. Es imposible no hacerlo viendo cómo se cuelga la guitarra al cuello.

—¿Por qué no presentas a tus amigos a Ciara y les enseñas lo que te ha regalado? —le propone Ailís, y se marcha antes de que ninguno de los dos podamos decir nada.

Connor me da la mano para llevarme a conocer a Mark, su mejor amigo. A Mark le gustan las ranas, odia los truenos y sabe contar hasta diez. Leila, su hermana gemela, sabe contar hasta once, le gusta dibujar y *detesta* las ranas. Yo me dejo arrastrar de niño en niño, escuchando — interpretando, en realidad— lo que dicen, repitiendo una vez tras otra que no puedo tocar con la guitarra de Connor. ¿Por qué? Porque es de niños y yo ya no soy una niña. Algún día Connor y yo os enseñaremos cómo cantamos juntos, por supuesto. Claro que lo prometo, Connor.

—¡Ciara! —Moyra aparece a mi espalda con una bandeja llena de platos con nuggets y salchichas que se apresura a dejar encima de la mesa para darme un abrazo—. ¿Cómo estás? Hace mucho que no vienes a casa. —A pesar de que «mucho» son tres semanas y que hace un mes ni siquiera me conocía, la aflicción de su voz parece genuina—. Estás siempre invitada, lo sabes, ¿verdad? La familia de Ailís también es parte de nuestra familia. —Me aprieta el brazo con la misma ternura con la que me mira—. Connor, me llevo a tu tía, ¿de acuerdo? Id con Brígh, vamos.

A mí me guía hasta la mesa, donde descubro que la fiesta de Connor es solo una excusa para que los adultos puedan comer y beber mientras vigilan a sus hijos de lejos. Hay tanta gente alrededor de la mesa que, si cerrara los ojos, pensaría que estoy en el Flannery's. Aunque aquí no hay música. Las conversaciones mezcladas y las risas de los niños es suficiente ruido.

—¡Tú por aquí! No sabía que venías. —Pól me saluda con un abrazo antes de ayudar a su madre a hacer sitio en la mesa para dos bandejas más.

—Es el cumpleaños de Connor.

Se gira para mirarme y aprieta los labios en una mueca de disculpa. A saber qué historias les habrá contado Ailís.

—Me alegra que estés aquí. Brígh quería preguntarte algo.

Su hija sigue entreteniéndolo a los niños, que se agolpan a su alrededor como si fuera algún tipo de hada del bosque y los hubiera hechizado. En realidad, eso es lo que ha hecho: ha conseguido captar la atención de una decena de críos de dos años, que ríen y aplauden mientras ella canta con Connor.

—No me...

—Ahora quiere clases de guitarra —interviene Moyra, colocándose la bandeja vacía bajo el brazo—. Esa niña está descontrolada y, a cambio, su padre le consiente todos los caprichos.

Basta un cruce de miradas para que madre e hijo acuerden no intervenir en esa guerra. Moyra aprovecha el silencio para desaparecer en dirección a la cocina con la bandeja vacía bajo el brazo.

—Es una exagerada —dice él, tras cerciorarse de que ya no puede oírlo—, y de la vieja escuela. Ya he probado lo de los castigos y no funciona. Solo consigo que esté de peor humor. Creo que lo que necesita es hacer algo que la motive.

—¿Le gusta la música?

—Eso dice —responde Pól—. Que pruebe. ¿Tú podrías darle clases? Te pagaría, por supuesto.

—Pól, no soy profesora.

—¿Y qué? Sabes tocar y tienes mano con ella: yo creo que eso es suficiente para enseñarle lo básico y vea si le gusta y deja de estar tan insoportable.

—Pól... —No quiero desinflar sus esperanzas, pero tengo que hacerlo—: No tengo tiempo. Y de todos modos, me voy a ir en...

La interrupción de Ailís me evita tener que seguir con esta conversación. El impulso de darle las gracias por salvarme de la situación se desvanece en cuanto pronuncia mi nombre. Lo hace con el mismo temor que contrae su rostro, con la mano tendida hacia mí, el teléfono apretado en la garra que es su mano. Solo cuando mis dedos rozan el aparato, susurra:

—Es papá.

Los gritos de los niños atraviesan las paredes y las voces de los adultos se cuelan por debajo de la puerta, llenando una cocina que da pena ver. Si a Ailís le molestan los mármoles cubiertos de bolsas vacías y la vajilla sucia que se amontona dentro y alrededor del fregadero, sabe disimularlo. Ahora mismo, su rostro está hecho del mismo mármol sobre el que dejó el teléfono, igual de frío y plano.

—Sabes que no hablo con él —le digo.

En lugar de responderme, Ailís señala con la cabeza el teléfono que ha dejado en la base que hay junto al pequeño televisor.

—¿Qué querías que le dijera? —Mentir no es una opción para una buena hija como ella.

—«Lo siento, papá, Ciara no quiere ponerse al teléfono».

O lo que le he dicho yo: «No es buen momento».

Es todo cuanto le he dicho antes de colgar. Ni siquiera le ha dado tiempo a oír el portazo con el que me he encerrado en la cocina. Me tiemblan las manos, los labios, cada célula de ellos y del resto de mi cuerpo. ¿Puede verlo Ailís?

A ella solo le importa Sean:

—¿Vas a pasarte el resto de tu vida sin hablarle, entonces?

—Pensaba que ese era el plan. —Hace dos años, tampoco ella habría respondido a esa llamada.

Ailís agarra una silla con las manos y la arrastra por el suelo. Con gesto imperturbable, ajena al arañazo de las patas sobre las baldosas, se sienta y se cruza de brazos y de piernas y me reta con una mirada más hosca de lo habitual. Lo único que soy capaz de hacer es sentarme frente a ella.

—Cargaré con la culpa toda su vida, Ciara. Eso ya es suficiente castigo.

—Engañó a Edna durante meses, se marchó y se desprecupó. Tú me dices que si no me comporto como si fuera de la familia no merezco que me trates como a tal y ahora... ¿Por qué es diferente con Sean? ¿Por qué lo defiendes?

—Porque lo hizo lo mejor que pudo.

¿Quién es esta persona que tengo sentada enfrente? Reconozco cada milímetro de sus facciones, podría dibujar en un lienzo en blanco cada una de las pecas que tiene esparcidas por ella como diminutos granos de café. El pelo recogido en un moño caído, elegante, una camisa verde recién planchada, el cansancio bajo los ojos que hoy consigue traspasar el maquillaje. Cada una de esas piezas forman parte de mi hermana; sin embargo, no puedo reconocerla en esta mujer

que me observa con los hombros caídos, los brazos cruzados sin convicción. Mi hermana juró mil veces que jamás perdonaría a Sean. Mi hermana jamás diría las palabras que acabo de escuchar.

—Sean no hizo *nada*.

—Ciara, no puedes seguir enfadada con él toda tu vida. Independientemente de lo que pasara entre él y Edna, no fue un mal padre.

«Fue una buena madre, una buena esposa.»

Eso dijo el párroco de Edna durante el entierro, mientras yo intentaba despegar los ojos del ataúd de nogal. ¿Habría dicho lo mismo si fuera Sean el que estuviese dentro de esa caja de madera?

Él era el padre generoso, el que hacía mohines a espaldas de Edna después de que esta nos regañara, el que conseguía que todas las Navidades, bajo la escalera, tuviéramos los regalos que más deseábamos. Fue él quien me regaló mis primeros discos, y también mi primera guitarra. Sean siempre fue el padre al que es fácil querer. Al menos, mientras el espejismo perdura.

—¿Independientemente de...? —No me molesto en repetir toda la frase—. ¿Te estás escuchando? Porque estoy segura de que en el funeral de Edna juraste que no le perdonarías a Sean el que no hubiera ido.

—La gente se equivoca. Y papá...

—¿Vas a justificarlo? ¿Que no viniera al funeral, que desapareciera, que nunca hiciera nada por ayudar a Edna cuando era evidente que estaba enferma?

Los encierros de Edna eran en realidad su paraíso: escuchaba música en el salón, fumándose un puro, leía el periódico, se tomaba una copa, tal vez más, veía las noticias, se marchaba al Flannery's sin avisar a nadie si había partido.

—¿Qué quieres que te diga, Ciara? Papá tiene la inteligencia emocional de un zapato.

—Eso no justifica...

—Trata de ponerte en su piel por un segundo, ¿quieres? No debería ser tan difícil.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Has salido a él —responde, sin concederse ni un instante de duda—. Tú también te fuiste. «Ojos que no ven, corazón que no siente», ¿verdad?

—No es lo mismo. Volví de Dublín y...

—... y después volviste a marcharte.

Así no era como iba a terminar la frase.

—Y sabes por qué.

—Porque no podías más —responde ella con rapidez, mordaz. Se ha echado hacia adelante para apoyar las manos en la mesa. Sus dedos parecen las patas de una estrella de mar—. Como papá.

Porque no podía más, porque iba a terminar como ella, porque la casa estaba empezando a devorarme, y su lobreguez a calar en todos los rincones de mi cuerpo. Me pongo de pie antes de pensar siquiera en hacerlo. La silla choca contra la pared.

—Me voy.

—Espera. —También Ailís se pone de pie. Su mano queda suspendida en el aire en un gesto que parece de paz—. No pretendía echártelo en cara. Siéntate, por favor —dice, señalando la

silla con la mano. Mi cuerpo rechaza acercarse a ella. No quiero estar aquí, no quiero discutir en la fiesta de cumpleaños de mi sobrino, no quiero ser esa clase de tía—. Solo digo que tú deberías entenderlo mejor que nadie. Es nuestro padre, y mamá ya no está, y también se siente culpable, Ciara, eso ya es suficiente castigo. Llámalo. Habla con él, al menos una vez. Inténtalo, por favor.

La única respuesta que puedo darle es la que no quiere escuchar, de modo que callo y abro la puerta para obligarla a ella a que también calle.

—Voy a por mi abrigo —le digo.

Mi hermana levanta la barbilla como hacía Edna cuando se le llevaba la contraria; no sé muy bien qué quiere decirme con eso, o qué quiere que añada yo, de modo que aprieto los labios y espero a que hable, con el pomo de la puerta enfriándome los dedos.

—Al menos despídete de Connor.

Culpable, culpable, culpable.

La palabra te persigue desde la cocina de tu hermana hasta la puerta de casa. Aunque ha dicho muchas otras cosas después, tú ya no escuchabas. No quiero discutir. Es el cumpleaños de Connor. Me marchó. ¿Para esto querías que viniera? Te has despedido de Connor; le has prometido volver otro día para jugar con él, le has pedido que salude a su peluche Tommy de tu parte, te ha seguido hasta la puerta. Ha murmurado: «no te vayas». Y Ailís le ha apretado la mano y ha cerrado la puerta.

Me gusta pensar que si hubieras visto las lágrimas de tu sobrino, te habrías quedado.

Es solo cuando ves la casa delante de ti cuando te das cuenta de que no quieres estar aquí.

Tu nombre en labios de tu padre ha sido suficiente para insuflar vida a su recuerdo, y aquí lo ves en todas partes: bajo el pino, podando las ramas más bajas; cargando con sus herramientas por el jardín, de cuclillas frente a la verja de la entrada para engrasar las bisagras; incluso dentro de casa, levantando a tu hermana para que colocara la estrella dorada en lo alto del árbol de Navidad, cocinando el único día del año en que la tradición le obligaba a hacerlo: el seis de enero, día de fin de las fiestas y de descanso para las mujeres de la casa. Recogía las luces, los adornos del árbol y el candelero de plata de mi madre, cocinaba la comida y la cena y fingía enfadarse cuando yo rompía las normas para preparar un chocolate caliente.

Aunque no te has movido del camino, ves mucho más que una casa. Ahora, con los ojos abiertos frente a ella, la percibes con tal nitidez que sientes que podrías meter la mano en algún recoveco de la realidad y sacar todos esos adornos navideños del mundo de los recuerdos, rescatarlos del vertedero al que los abocaste.

Si fuera tan sencillo, no estarías de pie frente al muro, incapaz de atravesar los recuerdos —los vinilos de villancicos que tu padre no se cansaba de escuchar, los moldes para galletas con forma de muñeco de nieve, el candelero que año tras año usamos para encender la vela en la ventana en Nochebuena—, incapaz de adentrarte en el vacío al que has reducido nuestra casa.

Estoy de pie en medio de un camino que une dos nada: no quiero estar en casa y ¿qué puedo hacer en el pueblo? Las calles son las mismas que recordaba, algunos pubs y restaurantes han cambiado de dueño y de nombre, pero todos siguen ahí; son las siete de la tarde y el pueblo ya está dormido. El cielo está demasiado encapotado para que la luna se intuya siquiera, así que camino bajo la luz de las farolas, a lo largo de un paseo marítimo mucho menos concurrido de lo que esperaba. Es agradable caminar por la playa cuando el calor aún no ha llegado. La prefiero así, en la época en que la gente no piensa en ellas. El frío es sedoso, y el romper de las olas incisivo y constante. ¿Cuánto tiempo hacía que no veía el mar de noche?

El sonido del móvil interrumpe mis cuentas. La luz de la pantalla me deslumbra unos segundos, los mismos que tardo en darme cuenta de quién me está llamando. El «Canadá» que aparece bajo el prefijo internacional no deja mucho a la imaginación. Ailís le ha dado mi número a Sean.

El móvil cosquillea las palmas de mis manos, desde las que brota un temblor rabioso que invade todo mi cuerpo. Rechazo la llamada y silencio el móvil antes de guardarme el aparato en el bolsillo.

No quiero hablar con él. No quiero pensar tampoco en las palabras de mi hermana. No quiero pensar en nada y eso es todo cuanto puedo hacer aquí. Estoy empezando a cansarme del frío y a pensar que debería haber comido algo en el cumpleaños de Connor.

Desearía que hoy fuera día de música en el Flannery's. Nunca había odiado tanto un martes. Aunque tal vez podría ir y tocar algo, si no es noche de partido. Finn podría dejarme su guitarra; no hemos hablado demasiado últimamente, tal vez sería una buena excusa para hacerlo.

No me hace falta ni abrir la puerta del local para saber que no voy a matar ni a dos ni a un solo pájaro de un tiro. El barullo que se escucha desde la calle es suficiente para saber que hoy ya hay espectáculo en el Flannery's. Aun así, no tengo lugar mejor al que ir.

Me he prometido que volvería a casa después de tomarme una cerveza. He tenido demasiada fe en mí misma. A las once, el pub sigue lleno, aunque no tan abarrotado como cuando he llegado. En los televisores vuelven a aparecer los videoclips sin sonido de siempre, y por los altavoces suena una canción que no reconozco. Las trompetas se pierden entre las conversaciones..

Estoy cansada. Daría cualquier cosa por una cama, pero la única que tengo a mi disposición, la mía, es la única que no quiero. Porque es evidente que Finn no es una alternativa. Ese «todo bien» dicho en voz baja ha resultado ser lo que parecía, solo palabras. Esta noche, incluso Ivor

me ha dado más conversación que él. Se pasa el tiempo yendo por la barra de un lado a otro. Yo me lo paso yendo de mesa en mesa. Siempre hay alguien a quien saludar, alguna pregunta demasiado metomentodo que sortear.

Hay más tranquilidad en la barra, cerca de Paddy, de modo que ahí es donde me quedo en cuanto ya hay demasiadas jarras de cervezas vacías en todas las mesas.

—Le ha regalado una guitarra a su sobrino —les dice Paddy a Ivor y Finn, que atienden a los clientes sin prestarnos ninguna atención, en cuanto termino de contarle la historia—. De tal palo, tal astilla, ¿eh? ¿Quieres convertirlo en cantante de rock?

—No aspiro a tanto —respondo, sonriendo ante la imagen de Connor disfrazado de Elvis.

—¿Cuántos cumple? —pregunta Ivor, sin acabar de despegar los ojos del tirador de cerveza.

—Dos.

Los ojos de Paddy se hunden, y de pronto parecen más oscuros, más profundos. Aunque no se mueve del otro lado de la barra lo siento mucho más lejos.

—Ya se han cumplido dos años... —susurra.

Todos te recuerdan en estos días, Edna. Estás en todas partes otra vez.

—Le ha encantado el regalo —concluyo, en un intento de echar lejos la tristeza de Paddy—. Ailís no parecía tan contenta.

Paddy se encoge de hombros y se despide del grupo que se marcha dejando atrás una vaharada de aire gélido.

—¿No quieren más músicos en la familia? —pregunta Ivor.

—Ni ruido en casa —le digo—. Ailís aún me reprocha haber tenido que aguantar mis ensayos de guitarra, así que deduzco que no lo ha superado y que no quiere repetir la experiencia.

—Y tú decides regalarle una guitarra a su hijo. —Ivor alza las cejas mientras le tiende dos cañas a una chica vestida con un jersey plateado. Le arranca los billetes de la mano y marcha hacia la caja registradora.

Me estiro por encima de Paddy para ver bien a Ivor antes de gritarle:

—¡Es de plástico!

Lo primero que veo en cuanto vuelvo a sentarme en la silla es a Paddy riendo.

—Niña, tú sí que sabes hacer regalos.

Es lo único bueno que he hecho en la fiesta. Aprieto los labios, y antes de que tenga tiempo a pensar una respuesta mejor, mi móvil empieza a vibrar encima de la mesa. Le doy la vuelta, cuelgo y lo vuelvo a dejar como estaba sin mirarlo siquiera; ya lo he convertido en una respuesta automática. Paddy me interroga con la mirada.

—Número equivocado.

Paddy no se lo traga ni por asomo. Mira el teléfono con tal fijeza que uno diría que es capaz de ver el historial de llamadas; finalmente, levanta los ojos hasta mí y enarca las cejas.

—Llevan así toda la noche.

Sean no se ha dado por vencido. Ya he perdido la cuenta de cuántas veces he rechazado sus llamadas.

—Hay gente que no se cansa.

—Si vuelven a llamar, respondo yo. Ya verás como paran.

—No. —Mi brusquedad es suficiente para que la desconfianza de Paddy se acreciente.

—¿Seguro que se equivocan de número? ¿Tienes algún problema con alguien?

Respondo moviendo la cabeza de lado a lado.

—A lo mejor es un admirador. —Ivor mete baza desde el otro extremo de la barra y, tras él, Finn levanta la mirada hacia mí.

—No. —Mi respuesta es rotunda. Paddy abre los ojos en un gesto interrogante—. No quiero contestar y ya está. ¿Y si hablamos de otra cosa?

—No tendrás un acosador, ¿no? —insiste Ivor, ahora observándome con los labios curvados en un mohín.

—Es Sean. —Clavo los ojos en él para no tener que mirar a Paddy, al que, por el rabillo del ojo, veo que me observa sin pestañear, con la misma expresión que tiene Finn mientras se acerca a nosotros. Ivor entrecierra los ojos—. Mi padre.

La reacción de Finn no se hace esperar.

—¿Has hablado con tu padre? —pregunta

—Creía que no hablas con él —interviene Paddy.

—No hablo con él. Ha llamado a Ailís para felicitar a Connor y me ha pasado el teléfono sin preguntar. Y ahora, encima, le ha dado mi número. Sin preguntar tampoco, por descontado.

—Entonces, sí has hablado con Sean —resuelve Paddy.

—Le he dicho que no era buen momento y he colgado.

—Creo que eso no cuenta —interviene Finn, que se ha apoyado en el congelador.

—No —le concedo—. Y no quiero hablar con él.

—¿Por qué? —La voz de Paddy suena acusatoria.

—Porque no tengo nada que decirle.

—Pero quizás él sí tenga algo que decirte.

—Pues que se lo guarde —digo, mirando a Finn—. Se marchó y se desentendió por completo de nosotras. Dejó de preguntar por Edna, y ni de la pensión, ni hablamos. Él fue quien acabó por... por romperla, y no... No tengo nada que decirle ni quiero escucharlo.

Me da igual lo que diga Ailís.

Finn me sigue mirando, en silencio. De nuevo, su tío toma la voz de la familia:

—Aun así. Es tu padre, niña. Deberías responderle al teléfono, al menos.

Paddy nunca le tuvo mucha simpatía. Esas cosas se notan en pequeños detalles, en las miradas frías y el tono apenas cordial con que le hablaba, lo suficientemente evidentes como para que una niña pudiera percibirlos. Tampoco es que haya hecho mucho por ocultarlo. Tras el divorcio, Paddy se convirtió en uno de los paños de lágrimas de Edna, cuando ella aún salía de casa, y lo escuché muchas veces decir que si Sean aparecía por el pub, lo recibiría tirándole una jarra a la cabeza. ¿Por qué se pone de su parte ahora?

Me sostiene la mirada durante unos segundos, como a la espera de que le dé la razón; finalmente, lo deja correr y se despide haciendo un gesto vago con la mano, con el que parece lanzarme mis asuntos a la cara. «Ahí os quedáis.»

Finn mira el reloj, y después a Ivor, que está limpiando los grifos. Solo quedan cinco personas, y tres de ellas ya se están poniendo el abrigo.

—Debería ir a... —dice Finn, señalando hacia su compañero.

Y yo debería marcharme. A casa, porque no tengo otro lugar al que ir ahora.

—¿Me invitas a tu casa? —le pregunto, aunque ya se está alejando de mí, sin permitirme pensarlo dos veces—. Espero a que termines. No me apetece caminar.

34

Ya no queda ni rastro del calor primaveral del día; el frío que nos acompaña mientras recorremos las calles del pueblo es húmedo y denso. Una nube de vaho se funde con el rostro de Finn en cuanto habla.

—No te has librado de andar.

—Hay menos camino que hasta casa —le respondo, torciendo hacia el paso de peatones que me señala.

—Un punto para Kilkerry. —Habla tan deprisa que solo se da cuenta de lo que está diciendo cuando ya lo ha dicho. Antes siquiera de que yo reaccione, reprime su sonrisa en una mueca nada favorecedora y añade—: Nada de puntuaciones. No hablaremos de eso. ¿Qué tal está tu padre?

—Ya os he dicho que no he hablado con él. Y no me apetece hablar del tema.

—¿También es un tema tabú? —La sonrisa se le empieza a escapar por las comisuras de los labios.

Al final tendré algo que agradecerle a Sean: ha conseguido terminar de diluir la hostilidad de Finn hacia mí. Esta ha sido la primera vez en una semana en que hemos hablado de algo más personal que nuestra marca favorita de sidra, y también en que ha sido él quien ha tomado la iniciativa y se ha acercado para hablar.

—Tú habla de él, si quieres —le digo, usando el mismo tono que cuando Connor se enfada. Esta noche no quiero volver a casa—. Pero para mí es como si no existiera.

No vuelve a mencionar su nombre ni el de nadie de mi familia en toda la noche.

A las cuatro de la madrugada, la casa de Finn está sumida en el mismo silencio que el resto de Kilkerry. Aprovecho que estoy sola en el salón para observar sus rincones, bañados por la luz de las farolas. A un lado, hay una cocina americana con los mármoles llenos de cajas de cereales, bolsas de la compra y una pila de vajilla secándose junto al fregadero. No veo nada sucio, ni un solo vaso. Deduzco que, pese al horno y a los sólidos fogones, Finn no es de los que disfruta de la comida, porque solo tiene un par de taburetes en la barra que marca el límite entre la cocina y el salón, y una mesa móvil individual junto al sofá. Si invitara a alguien más, tendríamos que comer en el suelo. Tampoco hay plantas, aunque no faltan elementos de decoración: todas las paredes están llenas de discos y pósteres con siluetas que la penumbra no me permite distinguir.

—No has tirado de la cadena —Finn habla con la voz amortiguada por la almohada.

—No he ido al baño —le respondo, y entrecierro la puerta antes de trepar por la cama hasta colarme bajo el edredón.

Finn se aparta cuando mis pies rozan sus piernas. Se remueve sobre el colchón y me busca con los ojos.

—Estás helada —se queja—. ¿Qué estabas haciendo?

Busco la almohada libre antes de responder.

—No podía dormir.

—¿Estabas fisgando? —Finn parece cualquier cosa menos enfadado u ofendido.

—Estaba dando una vuelta por la casa.

—No hay mucho que ver, que digamos.

—Por eso he tardado poco.

Cierro los ojos, más por él que por mí. Ya he tirado la toalla en lo que respecta a dormir esta noche. Podría irme, pero no me apetece ver amanecer de camino a casa; eso solo suena romántico para quien no lo ha vivido. Prefiero quedarme aquí, envuelta en el edredón de Finn, buscando el calor de su cuerpo.

—¿Has encontrado algo incriminatorio? ¿Todo en orden en *chez Finn*?

Al abrir los ojos, lo veo mirándome con una sonrisa que se hunde en la almohada.

—Eres desordenado —le digo, y al instante algo en mí me empuja a justificarme—: No pasa nada, no te juzgo: yo también lo soy. —Me quedo callada mientras Finn sigue mirándome; espero a que cierre los ojos o hable, pero no hace ninguna de las dos cosas—. No soy fan de las cocinas americanas, para ser sincera. Te falta una mesa.

—Ya la tengo.

—¡Eso no es una mesa! —Mi indignación hace reír a Finn, que empieza a acercarse en cuanto abro la boca—. Una con cuatro patas y sillas alrededor, no una mesa móvil de baratillo.

—Tenías razón, la reforma te ha afectado.

El aliento de Finn me acaricia la punta de la nariz, y las yemas de sus dedos, delicados, cada milímetro de mi columna vertebral.

—Solo digo que para disfrutar de la comida se necesita un buen lugar donde hacerlo. —Un escalofrío hace que me remueva y Finn aprovecha para atraerme hacia él—. Pero si lo tuyo es comer pizza en el sofá...

—Yo disfruto de la comida, y no como *solo* pizzas. Pregúntale a Paddy; si no fuera por mí, comería y cenaría en el pub todos los días. ¿Por qué te crees que quería ayudarte a cocinar tu cargamento de táperes? Tengo que aprender recetas nuevas, porque Paddy se está malacostumbrando y se queja de que siempre cocino lo mismo.

La oscuridad esconde los matices de su rostro.

—Pensé que era una excusa para volver a meterte en mi cama.

La tenue luz de la noche hace que la sonrisa de Finn reluzca, expandiéndose al tiempo que se acerca un poco más a mí. Aunque ya he dejado de temblar de frío, aún siento cómo su piel quema al contacto con la mía.

—¿Sigues preocupada por lo de tu padre?

—¿Qué?

Lo repite, aunque no lo necesitaba; le he entendido. No es lo que esperaba escuchar al sentir su aliento y a él entero tan cerca.

—¿Por eso no puedes dormir?

—No puedo dormir porque eso de que hacer ejercicio antes de dormir ayuda a conciliar el sueño —le digo— no funciona conmigo.

Finn me introduce una mano bajo la camisa para acariciarme la cintura con los dedos, dejando un escalofrío a su paso; aprovecho para acercarme un poco más a él. El contacto de mis labios sobre los suyos es suficiente para hacer que se separe de la almohada y pase un brazo bajo mi cabeza. Deslizo una mano por su espalda mientras lo atraigo un poco más hacia mí.

—Sigues helada.

Aun así, entrelaza nuestros cuerpos un poco más.

—Y tú eres una estufa humana. —Mi susurro roza sus labios, que se curvan en una sonrisa. Cierro los ojos, concentrada en el compás de su respiración, para decir—: Gracias por dejar que me quede.

Lo último que quería era pasar esta noche en el silencio de mi casa.

—Ya te he dicho que no me des las gracias —Sueno serio, pero al abrir los ojos, su sonrisa sigue ahí—. Aunque no te voy a mentir, creía que después de la última vez...

—¿No hemos dicho que no hablaríamos de eso? —susurro, acercándome un poco más a sus labios, que atrapo en cuanto los separa para responder. Ahogo todos sus intentos de conversación en besos, hasta que se rinde, bajo mi cuerpo, con mis manos alrededor de sus muñecas y los labios perdidos en su cuello.

—Puedes quedarte a dormir siempre que quieras —dice, con palabras ahogadas y los ojos entrecerrados por una sonrisa.

Cuando nos derrumbamos sobre el colchón, con la respiración entrecortada, la noche aún nos rodea. Es demasiado temprano para ir a casa. Tumbada de espaldas a Finn, sintiendo su respiración acompasada en la nuca y su mano en mi cintura, cierro los ojos y me dejo arrastrar por el cansancio y la noche, con el deseo de que el amanecer no llegue nunca.

La casa está vacía y solo las obras de la cocina rompen su silencio, que regresa, implacable, al caer la noche. La primavera está acomodándose en el pueblo, reclamando los campos, los prados y los árboles, cada vez más verdes. Kilkerry empieza a florecer tras el invierno, y también nuestro jardín. Aprovecho estos días para plantar campánulas en los jarrones de la entrada. Las primeras visitas llegarán pronto, y quiero que se sientan como en casa.

Sean no se olvida de mí. Supongo que debe de creer que si le respondí una vez, volveré a hacerlo. He sustituido el timbre clásico por *Brown Eyed Girl*, y ahora, cada vez que me llama, no puedo evitar ver a Connor dando brincos al ritmo de la canción, así que no me importa que el móvil suene hasta que la llamada se corte.

Con Ailís no he vuelto a hablar. El punto de recogida de muebles solo funciona los viernes, de modo que hoy me pasaré el día haciendo viajes con la furgoneta que recogí ayer por la tarde, antes de ir a trabajar. Es bastante más pequeña de lo que parecía en el anuncio, y solo necesito un par de viajes en darme cuenta de que tardaré más de lo que planeaba en vaciar el garaje.

Por suerte, Léan se ofreció a ayudarme. De hecho, prometió traer la comida, pero a las tres y cuarto, aún no ha dado señales de vida. Así que cargo los muebles con la única compañía de la música, que me acompaña donde vaya: en el garaje, cargando muebles, o en la furgoneta, haciendo viaje tras viaje.

Michael me ha prometido que hoy terminarán la cocina pase lo que pase, y yo quiero hacer lo mismo con el garaje. Después de eso, solo quedará cambiar las ventanas y pintar las paredes.

Apenas acabo de encender el motor para volver a casa cuando el móvil empieza a sonar. Le doy al botón de responder sin pensarlo, a punto de gritarle a Léan por llegar tarde cuando escucho una voz grave al otro lado de la línea.

—Hola.

Levanto el freno de mano en un gesto brusco.

Aún soy capaz de reconocer la voz de mi padre, pero de todos modos le echo un vistazo al teléfono para comprobar que el número canadiense aparece en la pantalla.

—No sabía que eras tú.

Estaba pensando en Léan. ¿Dónde está? ¿Por qué no ha llamado? ¿Por qué he respondido sin comprobar el número? Ha bastado que lleve unos días sin llamarme para que yo bajara la guardia. Sean se aclara la garganta y pronuncia mi nombre casi con solemnidad.

—Ciara... No esperaba que lo cogieras.

—Puedo colgar, no te...

—No, cariño, no cuelgues. Por favor. —Si Sean espera que le pregunte cómo está, ya puede ir haciéndose un té o encenderse un puro o lo que más le apetezca; la espera será larga—. Quería hablar contigo. —Vuelve a callar, como atrapado en su propio silencio—. Ailís me dio tu teléfono, espero que no te importe. Le insistí mucho después de hablar contigo el otro día. O de escuchar tu voz, mejor dicho, porque...

El cinturón me oprime contra el asiento. Me detengo en el arcén y pongo los intermitentes.

—Debería haber preguntado —digo, mientras abro la ventanilla; necesito que corra el aire. Miro el paisaje desierto a través del retrovisor—: ¿Qué quieres, Sean?

—Hablar contigo, cariño.

—No tengo nada que decirte.

—Pero yo sí —masculla él—. He intentado hablar contigo muchas veces. Tu hermana nunca me ha querido dar tu teléfono y... —No es necesario que lo diga: buzones de correo bloqueados, redes sociales privadas, completo silencio por mi parte—. Cariño, estoy preocupado por ti.

—Estoy muy bien.

—Pero eso yo no lo sé —La calma de Sean se transforma en un suspiro exasperado—. Sé que estás dolida por lo que pasó, pero, cariño...

—Por lo que pasó. —Jugueteo con el llavero que cuelga del contacto. Quiero que me escuche con claridad—: Ahora hasta hablas como un cobarde. Ni siquiera te atreves a decir en alto lo que hiciste.

—No te he llamado para hablar de eso.

—Pues resulta que yo de lo único que podría hablar contigo, es de eso.

Si quiere hablar, hablemos.

—No puedes seguir enfadada —dice él—. Me enamoré de otra persona, yo no quería hacer daño a vuestra madre. Y mucho menos a vosotras.

—¿Crees que la razón por la que no hablo contigo es porque te divorciaste de mamá? —Me sorprende la calma helada con la que soy capaz de hablar. Por dentro estoy ardiendo. Es imposible que Sean esté tan ciego.

—Ciara, no lo sé, yo intento entenderte, pero tú no quieres ayudarme, eres tan terca como tu...

—Edna estaba enferma —digo, con un aplomo que solo consigue ser aparente—. Mucho antes de que la dejaras de un día para otro y desaparecieras.

—Tu madre no estaba enferma. Era una mujer sensible. Solo necesitaba...

—Un psicólogo, alguien que nos dijera si estaba sufriendo una depresión. Esos días en cama eran brotes, Sean, y lo único que hiciste fue dejar que intentara curarse sola. Nos mandabas a cuidarla. Ella se desvivía para que tu ropa estuviera siempre perfecta, para que comieras buenos platos, para hacerte feliz, y a cambio...

—Yo traía el dinero a casa. —La voz de Sean es lacerante como un latigazo. Ha perdido toda afabilidad—. La comida, tus clases de guitarra, todas tus cosas, todo, todo lo pagué yo.

—... a cambio tú te desentendiste de ella —termino mi frase, imperturbable.

—No es cierto. —Aún sin perder la soberbia, empieza a desinflarse, como una barca hinchable a la que le pica un abejorro.

—Sabes que lo es, por eso ahora te sientes culpable —mascullo. Al otro lado de la línea,

nada, silencio—. Me lo dijo Ailís. Es verdad, ¿te ha venido toda la culpabilidad de golpe? ¿Por eso quieres jugar la carta del «buen padre»?

Sean no es sentimental.

Sean es el padre que disfruta de una copa y un puro, el que consiente, el que se queda con el mérito de un trabajo fácil y deja la parte sucia a otro, sin preguntar siquiera. En casa era generoso con lo que no implicaba ningún esfuerzo, como regalos o pagar unas clases de guitarra, y severo con cualquiera que infringía las normas que él imponía. Pero no nos contaba cuentos ni nos vestía ni nos preparaba un chocolate caliente cuando estábamos tan tristes que no podíamos parar de llorar. No es de los que pide permiso ni perdón, y mucho menos de los que reconoce su debilidad.

—Sí. —Ahora su voz es solo un susurro irreconocible—. Claro que me siento culpable, hija. Tu madre aún era joven, yo no creía que... No sabía que iba a pasar esto. Nadie...

«Nadie lo sabía. ¿Quién iba a imaginar...?».

Cuántas veces habré escuchado esas palabras.

Nadie podía saberlo, pero alguien *debería* haberlo imaginado. Él era su marido, y siempre eligió mirar hacia otro lado.

—¿Sabías que Edna tuvo dos hermanos que murieron en el parto? —le pregunto—. ¿Y que su hermano mayor...?

—¿A qué viene esto ahora?

—Lo he sabido hace poco. ¿Lo sabías tú?

—Mira, cariño... —Fuerza un tosido—, tu hermana también me sacó el tema hace poco y terminó enfadada conmigo, así que... —Casi parece que contenga la respiración mientras espera a que diga algo, a que cambie de tema tal vez. No lo hago—. Esto no tiene que ver conmigo, ¿de acuerdo? Es cosa de tu madre, era ella quien debía contaros estas cosas, ¡por Dios! Yo creía que ya lo sabíais, y de todos modos, ¿qué más da ahora?

—¿Que lo sabíamos? Conoces a Edna tan bien como yo, sabes que ella no nos hablaba de sus cosas, y menos de su familia.

—¿Y acaso crees que conmigo fue muy diferente? —suelta, con un bufido—. La mayor parte de lo que sé de su hermano me lo contaron sus padres. Me hablaron un poco de él, de cómo era de crío, y de lo que le pasó allí, en Derry, y también de los mellizos que perdió Néassa poco tiempo después. Edna solo los mencionaba por accidente o cuando era inevitable, y se marchaba siempre que sus padres hablaban de ellos. No soy muy listo, hija, pero sé que eso significa que no le gustaba escuchar aquellas conversaciones, y aún menos mantenerlas. Así que me callé y no pregunté. Edna guardaba sus cosas: diarios, cuadros, libros... Pero no hablaba de él, ni con vosotras, ni con sus padres, ni conmigo.

—¿Hay cuadros de Déaglán en casa? —Sé que me quedo en el detalle, pero y aun así, soy incapaz de no preguntarlo.

—Había muchos en el garaje, no sé qué fue de ellos. Creo que Ciar los tiró, no quería tener recuerdos de su hijo en casa. Aunque Néassa y Edna consiguieron salvar el del lago. Estaba en la habitación de tu hermana, ¿te acuerdas de él?

Veo aquel marco tan negro como basto, los trazos acuosos de la acuarela, que parecía derramarse fuera del cuadro. Jamás salió de la habitación de Ailís; antes de eso, cuando era el

cuarto de costura de la abuela, ya estaba ahí colgado, y ahí seguía más tarde, cuando Edna decidió que en su habitación había demasiados recuerdos.

Todavía quedan cajas en las baldas superiores de las estanterías, pero soy consciente de que es mejor no albergar la menor esperanza de encontrarlo. A no ser que a Ailís le entrara un ataque de nostalgia al verlo y se lo llevara, a estas alturas el cuadro debe de estar hecho trizas en algún vertedero.

—No sabía que era de Déaglán.

Sean suelta un hondo suspiro de alivio.

—A eso me refiero. Si tu abuela no me lo hubiera dicho, yo tampoco lo sabría. Tu madre siempre decía que no quería hablar de las cosas que la ponían triste. ¿Qué quieres que te diga? Yo no iba a cambiarla, hija. Ella era así. Yo solo hacía lo que me pedía, dejarla tranquila.

—Porque era lo más fácil.

—Porque era lo que quería. —Sin embargo, no niega que yo tenga razón—. Lo que sucedió no debería haber pasado, alguien debería haber estado cuidándola para... evitar que aquello pasara. Pero sucedió, fue un accidente y lo único que podemos hacer es seguir adelante.

—A ti se te ha dado bien —le reprocho—. Es fácil, ¿verdad?, viviendo en otro país, demasiado lejos incluso para ir a su entierro.

—No seas niña, Ciara.

—Es verdad: ojos que no ven, corazón que no siente, ¿no?

—Por lo que me han dicho, parece ser que tú tampoco te quedaste demasiado tiempo —Sean lanza el reproche sin titubear.

Intento que mi voz suene firme.

—Estamos hablando de ti.

—No. Hablamos de ti y de por qué llevas tres años evitando hablar conmigo.

—Porque no tengo nada que decirte.

—Soy tu padre. —Sean esgrime su argumento más manido—. Después de todo lo que he hecho por ti, no merezco esta clase de... de desprecio, esta falta de respeto y de educación.

—Volví a casa cuando tú la dejaste de un día para otro, te fuiste y te olvidaste de ella. Yo tenía una vida en Dublín, ¿sabes? ¿Y tú me hablas de desprecio? Tú, que todos los meses dabas problemas con el pago de la pensión con la excusa de las transferencias internacionales, y que siempre te iba mal hablar con ella.

—¿De eso se trata? ¿Dinero? —farfulla, burlesco.

—Te desentendiste de ella, Sean. ¿Nos dejaste solas y crees que con firmar una transferencia de uvas a peras lo arreglabas?

—¿Y qué querías que hiciera? ¿Decirle a Megan que no podía mudarme a Vancouver porque tenía que cuidar de mi exmujer?

—Nos dejaste solas —le escupo.

—Y tú dejaste sola a tu hermana. ¿Dónde te deja eso a ti?

El móvil se me escurre de las manos, y cuando lo atrapo antes de que aterrice sobre mi falda, lo aprieto entre los dedos.

—¿Quieres decirme algo más? —le pregunto, sin acercarme el aparato a la oreja.

—Ciara...

Mi nombre, la súplica en la voz de mi padre, es lo último que escucho antes de colgar y quedarme mirando una pantalla fundida a negro.

36

La furgoneta da una sacudida al ponerse en marcha y yo observo el móvil por el rabillo del ojo, deseosa de que Léan dé señales de vida, temerosa de que lo haga Sean.

El coche de Léan es lo primero que veo; a medida que se acerca, la chica que conduce cantando con una entrega total va adquiriendo los rasgos de mi amiga.

Tengo que tocar el claxon tres veces para que me reconozca. Nos detenemos una al lado de la otra y Léan se asoma por la ventanilla.

—¡Ciara! ¿Qué haces aquí? —me saluda, con tanta despreocupación que no puedo evitar soltar una carcajada, más tensa que alegre—. ¿No habíamos quedado en tu casa?

—Hace como unas dos horas —le recuerdo.

—He tenido un problema con el horno. Luego te cuento.

Conduce tras de mí hasta el punto de recogida, apenas unos metros cuadrados de gravilla arreglado con desgana, con cuatro contenedores de reciclaje anclados a un lado y un espacio en el que dejar electrodomésticos.

Antes de terminar de descargar —«¿Todo lo que hay es tuyo?, ¿lo has traído tú sola, hoy?»—, no deja de preguntar Léan—, la furgoneta de Michael aparece por el recodo de la carretera; la veo acercarse por encima del hombro de Léan, y la sigo con la mirada hasta que se detiene justo delante de nosotras, entre la gravilla y el arcén. Michael baja la ventanilla y alza la voz a causa del ruido del motor:

—Dije que la tendrías y la tienes —anuncia, sin disimular su orgullo—. Hemos terminado la cocina. Estábamos esperándote, pero tardabas mucho. Verás que no falta nada: la vitrocerámica, el horno, la nevera... Lo hemos comprobado y todo funciona perfectamente. Toda tuya. El lunes empezaremos a cambiar las ventanas. —Esboza una sonrisa y cuando se echa hacia atrás para arrancar de nuevo, Gabriel y Joseph asoman la cabeza tras él para decirnos adiós.

—¡Disfruta de la cocina!

—¡Nos vemos el lunes!

—¡Que tengáis buen fin de semana!

—¡Y descansad, pero también...!

Las voces de los tres se entremezclan hasta perderse en la carretera. ¿Cómo podría descansar ahora que estoy tan cerca del final? La cocina ya está terminada y antes de que se ponga el sol no quedará ningún mueble inútil en la casa. Hoy agradezco más que nunca las dos manos extra que me ofrece Léan —y también su conversación, que mantiene mis pensamientos alejados del móvil—. En apenas diez minutos volvemos a estar en casa, corriendo sin complejos hasta la cocina.

¿Qué pensaría Edna de estas baldosas de color café, de los mármoles blancos y la vitrocerámica? ¿Tendría la sensación, como yo, de que hay más luz? ¿Apreciaría el espacio que hemos ganado al sacrificar el banco? ¿Se sentiría, a pesar de todo, poco acogida por los tonos oscuros y las líneas rectas?

—Qué bien ha quedado —comenta Léan.

—No parece mi cocina, ¿verdad? —susurro, mientras recorro cada una de las vetas de la nueva encimera—. ¿Vamos?

Me siento una extraña en esta cocina. Observo a una vieja conocida y no la reconozco. Echo a andar hacia el garaje sin esperar a Léan, que no tarda mucho en alcanzarme.

—¿Cuánto te queda? —pregunta.

—Unos tres viajes, tal vez dos. Vamos retrasadas —la urjo—. Son casi las cinco, a las ocho tengo que estar tocando en el Flannery's, y tengo que devolver la furgoneta y ponerle gasolina antes —digo, señalando la furgoneta aparcada frente al garaje, encarada hacia la verja.

No hace falta que diga mucho más para que Léan compense su retraso con una dedicación total. Amontona una caja tras otra sin detenerse a tomar aire, encaja muebles como piezas de Tetris y me hace ir de aquí para allá sin descanso, bajando las cajas de las estanterías más altas, acercándome la que mejor cabe en el hueco que queda libre, arrastrando tablas de madera, cajones y cajas llenas de trastos, las sillas del comedor, las regaderas de Edna, la butaca de Sean, que agarro por una de las orejas y arrastro sin ningún miramiento. Léan me ayuda a meterla en la furgoneta sin brindarme más atención que alguna que otra mirada de reojo. Cada vez quedan menos cosas en el garaje y aun así, no me siento más ligera. La tensión que me ha invadido todo el día, antes incluso de la llamada de Sean, se agudiza por segundos.

—Estaba pensando que... —empiezo a decir, creyéndome preparada para hablar de Sean, incapaz de pronunciar su nombre. Bajo de la furgoneta de un salto e inspiro antes de darme la vuelta y mirar a Léan—. Creo que he tirado todas las cosas de Déaglán. —Siento el mismo encogimiento de corazón que sentía cuando Edna me mandaba a confesar el último domingo de mes. Veo en las arrugas de su frente que Léan no sabe de qué estoy hablando—. Solo tengo la colección de poesía. Edna guardó diarios, libros y cuadros... Y yo lo he tirado todo, y ni me acuerdo de haberlo hecho.

«Si no he necesitado nada de lo que hay en esta casa en dos años, nunca voy a necesitarlo.» Llené bolsas de basura sin preocuparme por mirar qué pasaba por mis manos.

—Suerte que vi esos libros a tiempo —responde Léan, reposando las manos sobre las caderas—. Te dije que no tirarás tantas cosas sin...

—¿Te acuerdas de la acuarela del lago que había en la habitación de Ailís? —la corto. Ella responde con un movimiento afirmativo no demasiado convencido, que transforma en una negativa vehemente al preguntarle si recuerda haberlo visto en enero, cuando llegué al pueblo—. Ese cuadro lo pintó Déaglán. Y no sé qué he hecho con él.

—¿Se lo has preguntado a Ailís? —inquire Léan, y solo me da tiempo para empezar a negar antes de que me aconseje que la llame.

Si alguien sabe dónde puede estar la acuarela del lago, o cualquiera de las otras pertenencias de Déaglán, es Ailís. Tal vez esta sea una buena excusa para llamarla. Y también podría contarle

que han terminado la cocina y que he hablado con Sean, maquillar la conversación tanto como seguro que hará él, hacerla feliz y salir de esto con buen pie, y de paso conseguir una respuesta.

Pero estará trabajando y no quiero molestarla. Además, prefiero evitar más discusiones por hoy; la pantalla me devuelve un reflejo de mi rostro, demasiado cansado.

También podría enviarle un mensaje.

—¿Por qué te importa tanto? —Léan me escruta de arriba abajo cuando me guardo el teléfono en el bolsillo.

—Porque he tirado todo lo demás, es lo único que queda de él.

Por el silencio que sigue a mi respuesta, Léan debe de darla por buena, pero aun así frunce el ceño y, sin despegar los ojos de mí, pregunta:

—¿Seguro que es eso lo que te preocupa?

Me digo que si pronuncio el nombre de mi padre, él podrá percibirlo y alguna fuerza extraña lo impulsará a llamar, así que aprieto los labios y asiento antes de seguir trabajando. Lo único que importa ahora es vaciarlo todo, tachar otro punto de la lista, acercarme a este final que cada vez siento más borroso.

—Te dije que estabas siendo muy optimista —me reprocha Léan, cuando apaga el motor del coche.

—Llegar cinco minutos tarde es llegar a tiempo. —Salgo del coche de un salto y corro hacia el maletero—. Además, hemos terminado, ¿no? Eso es lo que importa.

Y que podré volver a comer algo más que platos recalentados —aunque Ailís insiste en que no use el horno ni la nevera ni el congelador nuevos; «electrodomésticos a estrenar» luce más en el anuncio— y estaré a solo dos semanas de ver acabada la reforma. La tranquilidad de saber que el final está más cerca viene acompañada de la certeza de que esa meta es solo un oasis. Encontrar comprador no será fácil.

Léan me empuja hacia la entrada, salvándome sin saberlo de que el miedo me deje anclada junto a su coche. En cuanto entramos, le doy mi móvil y ella asiente sin que tenga que decirle nada; me arranca el abrigo de las manos y me empuja hacia el escenario, al que me acerco intentando recordar el repertorio de hoy en lugar de preguntarme si cuando baje de él, Ailís habrá respondido.

Oh, it's coming on Christmas.

Solo unas pocas de las muchas cabezas que se han levantado al oír las primeras notas de *Jingle Bells* sonrían cuando comienzo a cantar, pegada al micrófono y presionando las cuerdas con demasiada fuerza, empujada por la energía de lo imprevisto, de la primera vez de cantar esta canción sobre el escenario del Flannery's.

Oh, I wish I had a river I could skate away on...!

No puedo darle a mi versión de *River* la dulzura de Joni Mitchell, ni ninguna de hecho, de modo que me aferro a esa rabia casi desesperada y canto desde ella.

I'm hard to handle

I'm selfish and I'm sad

Recuerdo que la aprendí sola las navidades de mis quince años, pero no logro visualizar el momento en que la toqué por última vez. Aun así, la letra fluye en mí, la melodía me guía a través de la canción y de los recuerdos de esas otras Ciaras tocando la canción en su cuarto y en el jardín y en el porche de casa.

I would teach my feet how to fly.

El silencio se va entretejiendo por las mesas hasta que cuando me aparto del micro, estalla en un aplauso uniforme y entusiasta.

—¡Plate Blue Eyes!

Localizo a la mujer que ha gritado por el corrillo de aplausos y voces de aprobación a su alrededor. Tiene la cara tan redonda como su peinado, y parece querer empujarme hacia el micro a golpe de señalarlo con la cabeza.

—¿De The Velvet Underground?

Antes de que la mujer responda, asintiendo con la cabeza, mis dedos ya están buscando la posición de arranque.

La suavidad de la canción saca a flote de nuevo las voces que habían desaparecido, barridas por los aplausos. La mujer que ha pedido la canción no deja de tararearla, agarrada del hombre flacucho que tiene a su lado, de ojos grandes y claros y que parece querer esconderse tras una barba desproporcionadamente frondosa.

Con las últimas notas aún en el aire, me aparto del micro para buscar la botella de agua. Bebo lentamente, mientras los aplausos se van desvaneciendo, y al volver frente al micro, bromeo con que la próxima petición debería ser algo más animada.

Los dedos se me congelan sobre las cuerdas al darme cuenta de la puerta que acabo de abrir. Los nombres de canciones, cantantes y bandas se mezclan unos con otros, hasta que el plan de seguir un repertorio no vuelve a pasarme por la cabeza. Respondo a las peticiones pescando los nombres de aquellas canciones que conozco y puedo tocar, encadenando una petición con otra. La última es para Léan, que lleva toda la noche exigiendo la misma canción desde la barra, y que se entrega en acompañarla en los coros aunque en la original no los haya. Si bien cerrar con *Fix You* es como invitar a la gente a que se vaya a la cama, al apagar el micro recuerdo cuánto aborrecía Sean a Coldplay, y eso me hace llegar sonriendo hasta Léan, que me recibe con un abrazo y mi móvil. Menea la cabeza de un lado a otro, así que me lo guardo en el bolsillo trasero sin mirarlo.

Ailís debe de estar más enfadada de lo que creía.

—No sabía que cantabas a demanda —dice Finn cuando me dejo caer teatralmente sobre la barra. Una actuación innecesaria porque ya impulsa sobre la barra la Coors que tiene lista para mí.

—Y no lo hago —respondo, cogiendo el vaso sin darle las gracias. Al ver que me mira interrogativo, añado—: Normalmente. Y tú... —Señalo a Léan, que sigue sonriéndome a pesar de saber lo que voy a decirle—. Sabes que odio esa canción.

—Y tú, que a mí me encanta —dice, ensanchando tanto la sonrisa que sus ojos son solo dos pequeños destellos entre sus párpados.

—Voy a empezar a apuntar ideas para mañana.

Finn consigue que aparte la mirada de Léan.

—Ni se te ocurra. Ha sido cosa de una vez.

Él dibuja la sombra de una sonrisa y mientras le hace gestos a un cliente para que se asome, dice:

—Ya veremos. —Finn le sirve dos Guinness a un hombre cuadrado como un ladrillo e igual de rojizo, y tras darle el cambio, se reúne con nosotras—. Léan me ha dicho que habéis acabado de llevarlo todo. Ah, y que conduces como una kamikaze.

—Teníamos prisa —me defiende, levantándole un dedo de advertencia a Léan; si ella no hubiera llegado tarde, yo no habría tenido que correr más de la cuenta—. Pero sí, ya está todo

vacío. Y han terminado la cocina.

Todo en mi anuncio —mi tono, mi sonrisa, mis brazos alzados— es impostado; no me siento ni un paso más cerca del final que ayer; y por más que fuerzo el sentimiento, no brota nada. Bajo los brazos al darme cuenta de que Finn está enterado de todos los detalles. Léan no es de las que escucha un concierto en silencio.

—¿Te gusta cómo ha quedado?

La pregunta resuena en mí como un eco. Es demasiado gris, demasiado impoluta. No la reconozco. Como eso es lo que en definitiva quería, me obligo a asentir. No tengo tiempo de añadir nada más: en cuanto separo los labios, siento una vibración en mi bolsillo.

«Lo tengo yo, me lo llevé cuando murió mamá. No sabía que era de Déaglán. ¿Te lo ha dicho Paddy? ¿Han terminado la cocina? Si no es así, dímelo y hablaré con Michael. ¿Necesitas ayuda con algo? Acuérdate de empezar a buscar inmobiliarias en Cork y Limerick. Llámame mañana y lo hablamos. Descansa.»

—Lo tiene ella.

Léan destensa el rostro de expectación dibujando una sonrisa ladina. «¿A quién se le ha ocurrido preguntárselo a Ailís?», parece querer decir.

—Un cuadro de su tío —le explica a Finn—. Ciara no sabía dónde lo había metido, pero lo tiene su hermana.

—¿Es importante? —pregunta él, aunque a juzgar por cómo me escruta, parece que ya ha decidido que lo es.

—Lo pintó el hermano de Edna.

—¿Habías perdido un cuadro? —pregunta Finn, extrañado—. ¿Cómo pierde uno un cuadro?

—Ailís se lo llevó cuando Edna murió —salto, antes de que ninguno de los dos diga nada más—, así que no lo he perdido. Cuando llegué, ya no estaba en la casa.

—¿Y no te has dado cuenta hasta ahora? —me acusa él.

—Había muchos trastos. No me fijé en que faltaba un cuadro. Si hubiera sabido que lo pintó el hermano de Edna, me habría asegurado de protegerlo.

Esa mentira reaviva la imagen de una veintena de cajas de cartón apiladas junto a los contenedores. Prefiero no imaginar cuántos de los tesoros de mi madre estaban encerrados en ellas, ignorar el pinchazo que siento en el estómago en cuanto este pensamiento me atraviesa.

—¿Cómo sabes que era suyo? ¿Quién te lo ha dicho?

Estoy a tiempo de mentir de nuevo. Puedo decirle a Finn que Ailís lo sabía pero que nunca habíamos mencionado el cuadro hasta que hoy he visto el gancho vacío en la habitación de mi hermana. Puedo callar como llevo horas haciendo, evitar pronunciar su nombre para evitar que sea real, abrazar la certeza de que aún hay algo de de Déaglán —de Edna—, callar sabiendo que no lo he destrozado todo, guardar los pedazos de lo que he roto en un cajón, callar y fundirme en el silencio.

—Sean.

Su nombre es un murmullo ahogado en mi garganta y un canto de sirena para Paddy, que se ha acercado y asoma la cabeza detrás de Finn, secándose las manos en el delantal.

—¿Has hablado con tu padre? —me pregunta, y en cuanto aprieto los labios, añade, con una

sonrisa taimada—: Uno tiene que saber de qué se habla en su pub, no vaya a ser que se mueva nada ilegal. Y tampoco es que estéis hablando lo que se dice en voz baja.

—¿Cuándo? —quiere saber Léan, que me observa con mucha menos amabilidad que Paddy, aunque con idéntica incredulidad.

—Esta tarde —respondo, con la misma sequedad. Y cuando va a replicar, añado—, antes de que llegaras. ¿Necesitáis ver mi registro de llamadas?

Pongo el móvil sobre la barra; los tres se quedan mirándolo, sin atreverse a tomar la iniciativa, hasta que Paddy carraspea y, con los brazos cruzados sobre el pecho, pregunta:

—¿De verdad has hablado con él?

—He respondido por error, pero sí.

—¿Y por qué no me lo has dicho? —pregunta Léan, entre ofendida e incrédula.

—Porque ha ido mal —digo, con voz arisca; una risa triste se me escapa por la nariz—. Tan mal como había imaginado que iría. Le he preguntado por Déaglán, por eso sé lo del cuadro. —Aparto los ojos de Léan para buscar a Paddy—. Lo sabía *todo* y no nos lo contó.

Parece como si estuviera masticando mis palabras.

—¿Y qué habría cambiado saberlo? —pregunta Paddy.

Finn se queda con los labios entreabiertos, como si su tío se le hubiera adelantado; cierra la boca al instante esperando mi respuesta.

Habría sabido entender los silencios de nuestra madre, ver lo que se escondía tras sus encierros en su habitación, habría entendido que necesitaba ayuda mucho antes de que empezara su caída irreversible al vacío.

Habría visto antes a la Edna que ahora veo, en los tiempos del *coq au vin* y las campánulas, habría podido cambiarlo todo, pero hace años que el huerto y las flores se secaron. Ahora la casa es otra y Edna ya no está. Ahora la respuesta es otra, porque la pregunta es otra: ¿qué cambia saberlo?

—Nada.

—Sabes que tu padre no es santo de mi devoción, pero es tu padre —dice Paddy—. Con la familia, más vale perdonar y olvidar. Tu madre ya se ha ido, y no volverá, pero tu padre aún está aquí.

—En eso tiene razón —interviene Léan.

Miro a Finn de forma automática. Aquí todos tienen algo que opinar, y está claro que no les importa si quiero escucharlo o no. Sin embargo, Finn se limita a preguntar:

—¿Volverás a hablar con él?

—No lo sé.

Eso es cuanto puedo concederle esta noche.

Ya es tarde; pronto tocarán las doce, la hora de las hadas y la magia de las que nos hablaba Edna en sus cuentos. Todas las noches tenía una nueva historia o una nueva criatura del reino mágico de la que hablarnos mientras nos arropaba.

«En noches como esta...», empezaba. Solo una vez, Ailís se atrevió a decir lo que ambas pensábamos: siempre dices lo mismo, sea como sea la noche, llueva, esté nublado o sople el

viento. Edna siguió contando su historia, mirándonos sin perder la sonrisa, como si no entendiéramos nada, y nunca empezó los cuentos de otra forma.

En noches como esta, yo estaría mejor en mi cama, descansando el cuerpo, tras un día entero cargando y descargando muebles, aunque mi casa esté vacía y ya no sienta que pertenezca a nadie. No tardo mucho en rendirme a esta idea; algunos minutos después de medianoche, salgo a la calle, con Léan siguiéndome a zancadas. No, no quiero quedarme, y no necesito que Finn me lleve, dile que prefiero caminar, le repito manteniendo sujeta la puerta. Yo me marcho ya. Léan no necesita mucho más para que la convenza.

Esta noche brilla más en el cielo que en la tierra, con un cielo perlado de estrellas, inundado por la luz blanquecina de la luna, que ilumina un pueblo ya dormido. El viento agita las copas de los árboles que me guían hacia las afueras de Kilkerry y peina los prados que flanquean el camino a casa.

La casa brilla con luz propia.

La veo mucho antes de que tú lo hagas, resplandeciendo como si el sol estuviera ardiendo en sus entrañas, y te veo a ti, caminando por las calles vacías del pueblo con las manos en los bolsillos y los ojos huyendo hacia el cielo, un lienzo impoluto agujereado por las estrellas. Esta noche has preferido caminar sola, aunque sientas que el viento que barre el mundo te erosiona a cada paso que das.

La casa brilla donde tú aún no puedes verla.

Caminas despacio, sintiendo la densidad del día de hoy entre tus articulaciones. Te inflama y te consume y no tienes que hablar para que yo te oiga. Ya es tarde, solo te apetece dormir. Te es sencillo imaginarte hecha un ovillo bajo uno de esos fresnos, tal vez escondida en los campos de trigo, y desear que se te lleven las hadas de esas historias que yo os contaba de pequeñas, las mismas que aprendí de mi madre.

Aquí estás bien.

Podrías quedarte aquí y la noche te apagaría los ojos.

No quieres llegar a casa; solo querías alejarte del pub y de esas personas que creen saberlo todo. ¿Es que no tienen una vida propia sobre la que opinar? ¿Es que no ven cuánto arrastras, no son capaces de oír el tintineo de aquello a lo que tu hermana puso nombre, atado a tus tobillos?

No los culpes: todo el mundo está ciego cuando no sabe qué está mirando. Tú también estás ciega, hija. Ves solo de cerca. Tus pies sobre el asfalto, los muros de piedra y el trigo a los lados. Y para cuando abres los ojos, ya es tarde, y lo único que puedes hacer es correr.

Esta noche brilla más en la tierra que en el cielo, con una luz destructora que brota de esa casa que fue nuestra, que tú quieres dar a otros y que ahora el fuego trata de hacer suya. Como si le perteneciera, como si su destrucción llevara años latiendo debajo de las baldosas, esperando una grieta de debilidad para estallar.

La casa está ardiendo demasiado lejos de ti, la tierra que sostiene tu peso se vuelve árida, el viento te golpea y te retrasa y no importa cuánto corras porque ya es tarde.

Nunca me he sentido tan pequeña como delante de esa bola de fuego que las ventanas de la cocina han logrado contener. He corrido tanto como he podido al darme cuenta de que lo que veía brillar en la lejanía no eran los faros de un coche. La casa se está incendiando. Parece que el sol se estuviera consumiendo dentro de la cocina.

Es la muerte de una estrella.

Y yo, tan pequeña como un cometa, no puedo hacer otra cosa que orbitar a su alrededor, observando cada piedra, preguntándome hasta dónde habrán llegado las llamas, tratando de dar mi dirección a los bomberos. Ya están de camino, alguien se ha preocupado por mi casa antes que yo. Un trueno rompe el silencio de esta noche sin nubes. La ventana estalla frente a mí y miles de esquirlas se pierden entre la oscuridad y la hierba. Una bola de fuego se funde con la noche y las

primeras lenguas de fuego empiezan a elevarse, tratando de agarrarse a la fachada y alcanzar la ventana de mi habitación. No puedo luchar contra la muerte de una estrella.

Cuando llegan los camiones de bomberos, aún estoy sentada sobre el muro, una pierna colgando en cada realidad: a un lado, los cristales de la ventana de la cocina esparcidos entre la hierba, las llamas trepando por la fachada; al otro, la noche que se llena de sirenas, luces rojas y azules, voces que desde un camión gritan que abra la verja para acercarse a la casa todo cuanto les sea posible.

Abren la verja antes de que tú saltes del muro, y ni siquiera intentan entrar en casa con tu llave. Apenas te preguntan nada: ellos saben cómo tratar el fuego mientras que tú, ni siquiera sabes dónde estás.

Solo veo las llamas y el humo. La oscuridad de la noche se traga todo lo demás: los mensajes, las explicaciones de los bomberos, la voz de Ailís al otro lado del teléfono, negándose a colgar mientras no hayan extinguido el fuego. Incluso en el coche pone el manos libres. Llegará en cualquier momento; no estaré sola para ver cómo mi casa se convierte en el nido de un fénix del que no va a resurgir nada.

Yo he provocado esto: yo deseé reducir todos mis recuerdos a ceniza y ahora el fuego ha reclamado la casa y ya no será de nadie más que de él, y todo cuanto puedo hacer es observar, con un nudo en la garganta, y rezar a un dios en el que no creo. Esto no era lo que quería.

Qué poco sabes de tus deseos, hija.

Si pudieras oírme, te diría que llorarás. Porque eso que llevas dentro no es miedo ni enfado ni rabia. Es una tristeza que no reconoces como tuya y contra la que no te quedan fuerzas para rebelarte.

Recuerdo lo que te decía cuando eras pequeña, lo recuerdo y me arrepiento de ello todos los segundos que ya no puedo contar. No llores, las niñas buenas no lloran. Eso me decía a mí mi madre, tu abuela —que en paz descanse—, y yo os lo repetí a vosotras porque creí que os haría fuertes. Pero hay valentía en la vulnerabilidad. Nuestra casa se está quemando y tú estás paralizada delante de ella, tan inexpresiva como una muñeca de porcelana.

Tu hermana está derramando todas tus lágrimas, mientras se pone el abrigo, de camino a casa, al bajar del coche, al gritar tu nombre..., aunque su llanto es lo primero que le oyes.

Ailís me abraza por la espalda, envolviéndome en una desesperanza que sacude todo su cuerpo. Ni siquiera se ha vestido; solo se ha puesto un abrigo encima del pijama. La voz le tiembla casi tanto como las manos. Qué te han dicho los bomberos, cómo que no te dicen nada, con quién tengo que hablar, hasta dónde ha llegado el incendio, dime que no ha afectado a la estructura. No tengo respuestas para casi ninguna de sus preguntas. Solo sé cuanto ella misma puede ver: que el fuego ha hecho estallar la ventana y ahora trepa por la fachada a lametones, trata de hacerse con toda la casa, destruirla, reducirla a la nada.

La abrazas, le prometes que la casa estará bien, aunque sabes que solo repites lo que los bomberos, que siguen dentro, sabían que querías escuchar.

Lo siento, le dices.

Cuánto ha esperado tu hermana a oír estas palabras, cuánto se arrepiente ahora, si este era el precio a pagar. Te observa mientras te escucha balbucear que es culpa tuya, deberías haber

estado en casa, pero no has tocado nada, no sabes cómo se ha originado, no entiendes cómo ha podido pasar. Lo siento, repites. Hoy la habían terminado. Ojalá hubieras podido verla.

Tu hermana se traga la tristeza que reptas por su garganta. Las dos sentís que habéis perdido una batalla que no sabíais que debíais librar; abrazadas por la espalda, cada una de las dos segura de ser quien sostiene a la otra.

Las llamas han empezado a retroceder y aun así, Ailís no despega la mirada de la ventana, ni se aparta de mí.

¿Y la cocina? ¿Qué vamos a hacer?

Le respondo que en realidad no había quedado muy bien, y mi hermana traza una sonrisa quebradiza.

Cuando el brillo de la casa se apaga, la noche vuelve a ser noche, pero su silencio no regresa. La voz de Ailís llena el aire, mientras las de los bomberos tratan de calmarla; pobres inconscientes, no conocen a tu hermana. Quiere saber qué ha pasado, quién es el culpable, ¿pagará el seguro? Necesitaréis el dinero. ¿Ha sido culpa de la instalación eléctrica? ¿Es posible que la reforma...?

Dejas atrás todas sus preguntas en cuanto oyes que el fuego no ha pasado del recibidor. Mi casa aún vivirá un poco más, aunque pronto sea de otros.

Observas el rastro que el fuego ha dejado en la fachada, un camino tan oscuro como la más negra de las tinieblas, y los marcos quemados de las ventanas, convertidos en bocas monstruosas con afilados dientes de cristal. El violeta de las campánulas que plantaste es el único color que ves. Te alejas de esa conversación que ha dejado de interesarte hace rato para acercarte a ellas. Han sobrevivido, pero están tan mustias por el calor que temes que no lleguen a ver salir el sol. Te acercas a ellas, pero quien acaricia sus pétalos es otra Ciara. Tienes tres años y apenas has aprendido a andar. Te agarras al tiesto con una mano mientras con la otra acaricias las flores. Acabo de explicarte lo importante que es hablarle a las flores y tú no quieres que se mueran por tu culpa. Les dices que vas un segundo a tu habitación para coger tu cuento favorito y sales corriendo hacia el interior de la casa gritando el nombre de tu padre.

Cuando cruzas el umbral, ya ha cumplido los seis años. Ahí estás, con el pelo más largo y los ojos más pequeños, igualmente vivos, en el centro del salón decorado con guirnaldas y globos. Hay color en todas partes, y no falta ni uno de tus amigos. Léan no está; a ella la conocerás unos años más tarde. Sean lleva toda la tarde tocando con la guitarra todas las canciones que tú o Christina o cualquiera de tus amigos le pida. Christina es tu mejor amiga y quien te ha regalado el que será tu juguete favorito durante los próximos meses: una tiara. En cuanto abres el paquete, agarras a Christina de la mano y echas a correr hacia el baño con la tiara en la mano. Quieres verte como una princesa.

Pero cuando te miras al espejo, te devuelve a otra Ciara. A tu lado, Ailís se está maquillando. Es la máxima rebeldía que se va a permitir en estos primeros años de adolescencia, y tú observas y tratas de memorizar los movimientos que hace con el lápiz de ojos. Tienes once años y el mismo derecho que tu hermana a maquillarte. No importa cuántas veces te lo haya prohibido yo. Ailís te quita sus potingues de las manos, esos que ha comprado

a escondidas, segura de que no me he dado cuenta. Con una de sus brochas, golpea suavemente tus mejillas, y a ti se te escapa una risita. Una pizca de colorete y un toque de brillo de labios; no necesitas más, dice Ailís, así estás perfecta. Tú le pides que te siga hasta tu habitación y Ailís apaga la luz, pero en cuanto pisas el pasillo, no hay nadie a tu lado. Oyes el eco de esa fiesta celebrada tanto tiempo atrás, cada vez más lejano.

Ahora Ailís está en el hueco de la escalera. Ya es demasiado mayor para que Sean la levante para colocar nuestra estrella dorada en lo alto del árbol de Navidad. Ahora te toca a ti, y sin pensarlo dos veces, corres hacia tu padre, que te agarra casi al vuelo cuando saltas sobre él. Ninguno de los dos sabéis que, con doce años, le estás regalando las últimas de las sonrisas sinceras que le darás. Al árbol solo le falta el toque final, dice tu padre, y tú sabes qué tienes que hacer.

Todo se inunda de colores, que resbalan por las paredes y por vuestros cuerpos. Tu padre te pide que vayas a buscarme. Seguro que así sale de la habitación, murmura. Tú asientes y obedeces.

Te encaminas hacia el piso superior, dejando atrás las luces de Navidad y las voces de la fiesta.

Tu habitación todavía está caliente. Cuando la pisas, tu cuerpo cambia. Estás mayor. Toda una mujercita. A tu espalda escuchas un portazo, pero la puerta no se ha movido. Ahí estás, tirada en la cama con Léan, con miles de revistas a vuestro alrededor, los móviles cerca y un par de vasos de plástico. No dejáis de reír por lo bajo, con las mejillas arrojadas y los ojos brillantes. Yo estoy al otro; sé lo que estáis haciendo. Hace tiempo que sospecho que Sean no bebe tanto de su licor de manzana como parece a juzgar por cómo mengua. Me basta pegar la oreja a la pared de mi cuarto de baño para escuchar el líquido correr. Cierro la puerta con delicadeza y vuelvo a la cama. A tu padre no le digo nada, ni esta noche ni todas las que aún nos quedan juntos.

Tú también sales a hurtadillas de tu cuarto, y con cada paso, ganas un año más. El pasillo está ahora lleno de cajas, marcadas con tu letra. La voz de tu hermana resuena en el pasillo. ¿Está llamándote? La sigues hasta su habitación, donde ya solo quedan los muebles y Ailís, que observa con impaciencia las cajas que aún quedan por sacar. Tu hermana siempre tan eficiente, incluso cuando no hay prisa. El cuadro de mi hermano aún está colgado en la pared. Es de las pocas cosas que Ailís ha querido dejar aquí. Se marcha a vivir con Aidan. Lo que siempre quise, y aun así, estos días me cuesta más que nunca fingir buen humor. A ti se te da mejor mentir, a nosotros y a ti misma. Ailís lleva semanas prometiéndote que seguirá viniendo a menudo y que su casa es nuestra casa. Tú respondes con indiferencia, una y otra vez.

Te alejas, dejas atrás a tu hermana, sus cajas y la tristeza reprimida. Aún puedes escuchar las voces de la fiesta bajo tus pies, que se mezclan con las risas de Léan y el ruido de las cajas arrastrándose por el pasillo.

Cuando entras al despacho de Sean, ya eres universitaria. Son tus primeras vacaciones de verano tras vivir en Dublín y estás contando los días para volver a marcharte. Habéis discutido durante la comida porque a tu padre no le parece bien que toques en pubs. No es lugar para ti, dice. Tú quieres saber cuál es tu lugar, pero él no responde. Tampoco lo hace cuando irrumpes

en su despacho, lista para descargar toda tu rabia contra él. Sin embargo, hace algo que te descoloca: admite que se ha equivocado. Trabajar será bueno para ti, te dice; así podrás empezar a pagarte el alquiler, porque no vas a vivir de nosotros toda tu vida, tenlo claro.

Quizás no replicas porque no esperabas esa respuesta. ¿Qué vas a tocar?, pregunta él. Tú dices que lo que te manden, y él meneaba la cabeza de lado a lado. Necesitas un repertorio, no puedes tocar de todo; no sabes tanto, hija. Antes de que te des cuenta, tú tienes la guitarra en las manos y él un papel en blanco delante. Te hará tocar prácticamente todas las canciones que ya conoces, y también improvisar algunos temas. Cuando termináis, le preguntas por mí. Está en la habitación, dice. Ignoras su expresión hastiada y te diriges hacia la puerta. Voy a verla, seguro que la anima escuchar un poco de música. Él no se mueve.

Atraviesas el pasillo lleno de las sombras de quienes fuimos, y a medida que avanzas, parte de ti desaparece. Al entrar en mi habitación, ya eres distinta.

Estoy tumbada en la cama, arropada por el edredón, con los ojos perdidos en el libro que tengo entre las manos. No reaccionas hasta que paso una página. Aún llevas el pelo al natural, de un castaño tan intenso como lo tuve yo de joven, y vas vestida con un chándal que te queda holgado. Estás demasiado delgada, y el azul de tus ojeras es tan intenso que no puedo mirar otra cosa. Eso solo soy capaz de percibirlo ahora.

Ella volvió a su libro y yo me dirigí al armario para guardar la ropa limpia. Solía hacerlo cuando Edna no estaba en la habitación, pero si estaba leyendo, era un buen día. Las cortinas estaban descorridas y Edna vestía su bata, lo que significaba que al menos había salido de la cama en algún momento. Aún estaba doblando su ropa interior cuando la oí murmurar algo, y al girarme la vi con los ojos fijos en su libro, mientras iba alzando la voz. Lo primero que pensé fue que estaba delirando.

Quería compartir contigo una de las pocas cosas que me traían calma en esos días. Vi por el rabillo del ojo que fruncías el ceño, pero seguí recitando el poema de Yeats sin titubear. No sé qué esperaba, pero desde luego, no era que te sentaras a mi lado.

Aquella tarde, escuché a Edna recitar un poema tras otro. Puedo verla ahí, en la cama, y a mí junto a ella, con el pelo aún castaño cayéndome por la espalda. Edna, embargada por su poesía, sonriendo como ya no recordaba que era capaz de hacer.

Esta noche, todo vuelve a estar aquí.

Ahora me ves.

Y al otro lado de los cristales sucios de la ventana, todo lo que esta casa no es capaz de contener. Tus oídos se inundan con la melodía de River, que te guía hasta la ventana. Los rayos de sol te deslumbran al derramarse sobre el jardín, en el que ha estallado la primavera. Ailís sostiene a Connor junto a las rosas del jardín mientras él ríe y aplaude. Distingues la moto de Finn junto a la verja, y la voz de Paddy soltando blasfemias. Los llamas, desesperada, pero solo te responde la voz de Léan, que grita tu nombre aún con más fuerza. No puedes verla y ella ni siquiera puede oírte.

Abres la ventana y la primavera rompe el hechizo. El viento corre hacia las entrañas de la casa, barriendo todo cuanto encuentra a su paso. La casa se sume de nuevo en el silencio y las únicas luces que brillan son las de los bomberos. Vuelves a estar sola sobre un suelo aún

caliente. Al otro lado de la ventana, la realidad ha vuelto a correr su telón.

Cuando te das la vuelta, yo ya no estoy ahí.

No queda nada tras lo que esconderse, hija.

La realidad me golpea con una brisa helada que me arrastran de nuevo al presente, donde Edna ya no está y todo lo que he vivido en esta casa son solo ecos y sombras.

Los bomberos tenían razón. La segunda planta está intacta. Y aun así, mi desazón no se atenúa. Siento que estoy en el interior de un animal herido de muerte.

La voz de Ailís retumba desde la planta baja, y se acerca mucho más rápido de lo que yo me muevo.

¿Qué haces aquí?, me pregunta cuando me ve salir de la habitación de Edna. Te he estado buscando, dice. Apenas sé qué responder. Necesitaba ver con mis propios ojos que la casa estaba bien. La sigo hacia la planta baja mientras la escucho hablar sobre no sé qué firma en no sé qué documento. Ahora mismo, no podría importarme menos. Cuando llegamos al recibidor, el estómago se me encoge. Con la luz del móvil de Ailís, el destrozo se ve aún mayor. Se detiene delante de la cocina apenas unos segundos, lo justo para echar un vistazo a través de la puerta y preguntarme: ¿Qué vamos a hacer?

Le respondo con lo único que quiero decir ahora. Espérame fuera, aún no he visto la cocina. No tenía estómago para hacerlo. Primero tenía que comprobar que el resto de la casa estaba bien.

Espero a que Ailís esté en el jardín para entrar en la cocina, abrazándome a mí misma con los brazos cruzados sobre el estómago.

No queda nada.

Ni queda nada por salvar, ni de nuestra cocina ni de la que no llegó a ser de nadie. El fuego la ha convertido en una cueva recubierta de hollín, oscura y asfixiante, inundada con un dedo de agua infestada de cenizas, que se cuele entre las suelas gastadas de mis zapatos. Siento la humedad en las puntas de los dedos mientras recorro la cocina con pasos cautos.

Los restos de humo se funden con el viento primaveral en un baile fantasmagórico que no logra emborronar cuanto queda al otro lado del hueco de la ventana. El jardín, la verja, los prados y los árboles, las luces de un Kilkerry dormido. El mundo descansa, ajeno a la tragedia de este viejo caserón.

La culpa es solo mía. El incendio, las paredes desnudas, las habitaciones vacías. Yo le deseé fuego a la casa y ahora mi pelo está nevado de ceniza y mis pies tan húmedos que estoy empezando a tiritar. Pero algo me retiene en este lugar que ya no reconozco. No queda rastro de nada, ni de la cocina de Michael ni de aquella donde Edna me enseñó a preparar su famoso *coq-au-vin*.

Prefiero no contar cuántas noches tendré que trabajar en el Flannery's para arreglar este desastre. Serán muchas, tal vez demasiadas para alguien que regresó pensando que en dos meses ya habría vuelto a marcharse. Aún estoy a tiempo de hacerlo, si quiero. Podría irme a Dublín y pagarme una habitación con el dinero reservado para cambiar las ventanas. Me queda para un mes o un mes y medio de alquiler; suficiente para encontrar algún trabajo que me permita sobrevivir. Podría olvidarme de esta casa, dejar que se convierta en ruinas y marcharme lejos.

Si quisiera terminar la reforma, tendría que quedarme y vería otro invierno en el pueblo.

Tendría que buscar otro trabajo para conseguir el dinero con que pagar las obras, tal vez pedirle a Paddy que me contratase de camarera, y aun así, necesitaría meses para reunir el dinero. Si lo hiciera, tengo clara una cosa: esta vez, sería yo quien eligiese los muebles. Es mi casa, al fin y al cabo, mientras no la venda. Me olvidaría de ese conglomerado frío y oscuro que eligió Ailís y volvería a los muebles de madera clara. Pondría baldosas de cerámica, y cambiaría de lugar el fregadero, colgaría algunos cuadros junto a la mesa, y volvería a poner un banco en forma de ele para estirar las piernas mientras se disfruta del café de la mañana.

Si me quedara, podría hacer que esta casa dejara de ser de nadie, crear la cocina que yo quisiera, y luego buscar un comprador que la juzgara digna de convertirse en su hogar, o tal vez no, tal vez podría comprar nuevos muebles, plantar nuevas campánulas en la entrada si no sobreviven a esta noche. Podría inundar la casa con los aromas de las recetas de Edna, convertir el jardín en el patio de juegos de Connor, perder el tiempo cantando y bailando con él, rescatando pajarillos heridos o yendo a Cork con Léan o al lago o al Flannery's, y todas las noches volvería a casa flanqueada por los mismos prados, bajo el mismo cielo agujereado de estrellas.

Regresé a Kilkerry consciente de que volvía a la casa de la que siempre traté de huir. Pero mi madre ya no está y nuestros recuerdos son solo ecos en las habitaciones vacías de una casa que ya no es de nadie. Este ya no es el lugar que siempre quise dejar atrás.

La brisa arrastra el humo más allá del jardín, de la verja, de los prados y de Kilkerry, más allá del horizonte que las montañas perfilan en el cielo. Lo veo perderse en la oscuridad de un firmamento tan lejano, tan ajeno.

Esta es mi noche, la del fuego y las cenizas. Esas luces son mi pueblo, y este suelo y este techo y estas paredes calcinadas no son de nadie sino mías. Habría que ser ciego para percibir solo las cicatrices del fuego y no todo lo que puede resurgir de las cenizas. Si me quedara, podría aprovechar la primavera para plantar más rosas, y tal vez arar el jardín trasero y recuperar el huerto que tiempo atrás nutrió nuestra cocina. Podría plantar tomates, patatas y judías. Podría cumplir los deseos de Edna, aunque ya no esté aquí para verlo ni escucharme. Podría hacerlo.

Podría quedarme aquí.

Agradecimientos

Escribir, por fortuna, no es tan solitario como cuentan por ahí. Todas las historias tienen padrinos, compañeros de viaje y genios de la lámpara; y yo me siento afortunada al pensar en todos los que ha tenido Ciara.

Aunque ella llevaba años en mi cabeza, su historia nació como proyecto final del Máster en Creación literaria de la BSM-UPF, y por suerte, lo hizo rodeada de personas que me ayudaron a trazar los primeros esbozos de la novela que ahora tienes entre las manos. Gracias a Yafri y Andrea, por leer y escuchar siempre, por vuestra amistad más allá de la distancia; a Carlos, por ayudarme a encontrar la voz de Ciara; a Jorge Luis, por Helvética y la poesía; a Pablo, por enseñarme a escuchar a Edna, y a George, por las dudas y los ánimos. A todos los que me dejó, fue un placer aprender de vosotros. Gracias también a mi mentor, Manel Martos, que me ayudó a encontrar el camino correcto para Ciara.

Gracias a Laura, por tu ayuda llueva, nieve o haga sol. *For good.*

Gracias a Dani, porque no habría podido ponerle el punto y final a esta historia sin nuestras horas colgados al teléfono.

Gracias a todos los amigos que se dejan explotar con mis dudas: a Jesús, por tus consejos sobre psiquiatría; a Ferna, por tener siempre una repuesta a mis preguntas jurídicas, y a Guille y a Xenia, por ser mis *enviadas especiales* en Irlanda a lo largo de tantos años.

Gracias a Alena y Andrea, por ayudarme a sobrevivir.

Gracias a Silvia, por todas tus palabras de aliento.

Gracias a Lara, por tus consejos y tus *paper rings*.

Gracias a Unai, por haber dejado que te lea.

Gracias a Anna López y a todas las casualidades que nos han traído hasta aquí. Por todos estos años compartiendo palabras, de un modo u otro. Gracias por creer en la historia de Ciara.

Gracias a Ariadna, por crear esta maravilla de portada.

Gracias a Sandra por encontrarle un buen hogar para esta novela.

Gracias a mis padres, por seguir significando hogar bajo cualquier techo.

Y como siempre, gracias a ti, lector, por seguir leyendo hasta esta última palabra.